



CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES

**TRANSICIONES Y TRAYECTORIAS DE TRES COHORTES DE
MEXICANOS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX.
ANÁLISIS DE LAS DIFERENCIAS SOCIOECONÓMICAS Y DE GÉNERO
DE LA SALIDA DE LA ESCUELA, EL PRIMER TRABAJO
Y LA PRIMERA UNIÓN CONYUGAL**

Tesis presentada por:
Guadalupe Fabiola Pérez Baleón

Para optar por el grado de
DOCTORA EN ESTUDIOS DE POBLACIÓN

Directora de tesis:
DRA. OLGA LORENA ROJAS MARTÍNEZ



CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Directora de Tesis: Dra. Olga Lorena Rojas Martínez

Aprobada por el Jurado Examinador:

Dra. Olga Lorena Rojas Martínez

Dra. Orlandina de Oliveira Barbosa

Dra. Marta Mier y Terán Rocha

Dr. David Philip Lindstrom

Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea (suplente)

**CON AMOR,
PARA MI
MADRE**

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a **El Colegio de México**
por brindarme la oportunidad
de aprender y por haber hecho posible mi crecimiento,
no sólo académico, sino también personal
a través de estos años de estudio.

Asimismo, deseo agradecer al
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
por la beca que me otorgó, misma que me permitió
estudiar mi maestría y doctorado en
El Colegio de México.
Así como por la beca mixta que hizo posible
realizar mi estancia doctoral
en la Universidad de Brown.

De igual manera, le doy las gracias a
la **Universidad de Brown** por todo el apoyo
brindado para ampliar mis horizontes profesionales
y personales dentro de ese recinto educativo.

A mi **comité** le doy las gracias
por haber guiado a buen puerto esta tesis.

A la doctora **Olga Lorena Rojas**,
quien pacientemente dedicó horas enteras
a leer y corregir esta investigación.
Y que a lo largo de este trabajo conjunto supo
guiarme para concretar lo que en principio
era tan sólo una idea general.

A la doctora **Marta Mier y Terán**
por sus enseñanzas teóricas y estadísticas,
por impulsarme a superar este trabajo cada vez más
y por mostrar un enorme interés en este proceso.

A la doctora **Orlandina de Oliveira**
por su apoyo y comentarios y
por su nivel de crítica y análisis
para esta investigación.

Al doctor **David Lindstrom**
por sus valiosos comentarios a esta investigación y
por su respaldo durante el tiempo de mi
estancia doctoral en la Universidad de Brown.

Al doctor **Juan Guillermo Figueroa**
por proporcionarme aliento en el
último tramo del trabajo.

Agradezco a la doctora **Silvia Giorguli Saucedo**
y a la doctora **Estela Rivero Fuentes**
por su respaldo y por todas las facilidades mostradas en
distintos momentos de mi paso por el Colmex.

A mis **profesores** de
El Colegio de México,
a todos y cada uno,
ya que de ellos aprendí
el oficio y el arte de la Demografía.

A las secretarias del CEDUA
por su apoyo,
en especial a **Alejandra Franco**,
Rosa Pineda
y **Esther Correa**.

A mis **amigos**,
a aquellos que ya tenía,
a los que he vuelto a reencontrar y
a los que vine a hacer dentro de esta institución,
por su impulso y aliento durante este tiempo.

En especial agradezco a mi **mamá:**

la señora **Rosa María**,

a mi **hermana Evelyn**,

a **Noé Manuel**

y a mi **familia**,

por estar conmigo en todo momento,

brindándome su amor y comprensión.

A **todos**,
muchas gracias.

RESUMEN

Esta investigación se enfoca en estudiar la primera salida de la escuela, así como el primer trabajo estable y la primera unión conyugal de tres cohortes de mujeres y de hombres del México urbano de la segunda mitad del siglo XX. Aunado a ello, se precisan los factores demográficos y sociales que afectaron la ocurrencia de cada una de estas transiciones y se presentan las trayectorias que más contribuyeron a configurar su vida adulta.

En los primeros tres capítulos se muestran los aspectos contextuales, teóricos y metodológicos que permitieron su análisis. En tanto que en los siguientes tres capítulos se realiza un estudio de cada transición por cohorte, por género y por estrato, a la par que se establecen los factores sociodemográficos que incidieron en éstas. Mientras que en el último capítulo se abordan sus trayectorias.

Los resultados más destacados del capítulo IV revelan que la salida de la escuela fue el ejemplo que más claramente mostró la síntesis entre las desigualdades por género y por estrato, así como las diferencias por cohorte. Lo que indica que si bien aumentó la cobertura de las instituciones educativas, permitiendo con ello que la salida escolar se retrasara cada vez más y se alcanzaran mejores niveles educativos, las mujeres tuvieron un mayor riesgo de salir del sistema escolar con relación a los varones, a la par que aquellos ubicados en mejores niveles económicos vieron aumentadas sus posibilidades de permanecer en ella por más tiempo que quienes vivían en condiciones económicas deprimidas. Buscando conocer la relación entre transiciones se precisó que trabajar un año antes aceleró la salida de la escuela en los varones, mientras que en las mujeres este resultado no se observó.

Por otra parte, en el capítulo V se constató que hombres y mujeres han seguido patrones diferenciales en su ingreso a la vida productiva, ya que en cada cohorte y estrato ellas tendieron a realizar trabajo extradoméstico en menor medida que los varones, y cuando lo hicieron sus edades se distribuyeron a lo largo de su niñez y de su tercera década. Mientras que otra fracción de estas mujeres quedó confinada en el hogar paterno, realizando quehaceres domésticos y el cuidado de los menores, viendo afectadas sus posibilidades de acceder al área laboral. Situación que fue especialmente evidente en la cohorte antigua de mujeres. Y fue hasta la cohorte joven en que la población femenina se integró de manera masiva al trabajo. En tanto que por estrato no se encontraron diferencias a lo largo del tiempo en esta población.

En contraparte, los varones iniciaron y concluyeron rápidamente esta transición. De nueva cuenta, ellos tampoco presentaron diferencias por estrato, debido a que el trabajo es un elemento importante de su identidad masculina. Por cohorte se precisó una mayor tendencia a trabajar en los varones de la más antigua. Lo que mostró su apego a la división tradicional del trabajo. Mientras que los miembros de la más joven no vieron incrementado su riesgo de laborar, a pesar de haber enfrentado varias crisis económicas durante sus primeras tres décadas de vida.

Entre los factores sociodemográficos que intervinieron en esta transición destacó que el aumento del nivel educativo de las personas incrementó su riesgo de trabajar, tanto en hombres como en mujeres. Mientras que para ambos, el haber estado en la escuela un año antes influyó en su postergación.

En el capítulo VI se observó que en el inicio de la vida conyugal se presentó un calendario diferencial por género siendo más tardío para ellos y más temprano para ellas. En las mujeres de cada cohorte dicha transición fue iniciada y completada antes de su tercera década de vida. Asimismo, sólo se encontraron diferencias por estrato en la cohorte antigua de mujeres, donde las del nivel bajo se casaron antes que las del medio, pareciendo apegarse al modelo tradicional vigente durante la década de los cuarenta y cincuenta, aunque su efecto desapareció una vez controlando por otros factores. Mientras que por cohorte no se observaron diferencias significativas al momento de casarse en la población femenina.

Por el contrario, en los varones la primera unión conyugal se presentó más tardíamente y no siempre diferencial en sus edades entre estratos más que en la cohorte joven. De igual manera, los varones de la cohorte antigua tuvieron menores probabilidades de unirse con relación a los de la cohorte intermedia.

Los factores sociales y demográficos que influyeron en el inicio de la vida marital de las mujeres fueron la edad, ya que el tiempo en sí es un elemento que favorece la probabilidad de casarse, aunque en cierto momento este riesgo decrece, según mostró la edad elevada al cuadrado. También, el tener un nivel educativo de secundaria, así como el continuar estudiando fueron dos factores que en las mujeres contribuyeron a posponer su enlace conyugal.

En tanto que entre la población masculina la edad también afectó positivamente su riesgo de entrar en unión, aunque el tiempo jugó un papel en su contra, debido a que luego de ciertas edades su riesgo de casarse disminuyó. Asimismo, los hombres que se encontraban en la escuela tuvieron un menor riesgo de casarse.

Dado el comportamiento mostrado por mujeres y por varones entre estratos y cohortes se concluye que para ambos, la primera unión siguió siendo una transición importante en la conformación de su vida familiar.

En el análisis de las trayectorias de vida de mujeres y de varones presentado en el capítulo VII se descubrió una mayor diversidad de secuencias en la población femenina dadas sobre todo por el incremento de su escolaridad y por el aumento de su ingreso al mercado laboral, así como por la posibilidad de iniciar su adultez uniéndose conyugalmente como primera transición. Mientras que los varones vieron más acotadas sus secuencias vitales al no poder posponer por mucho tiempo el inicio de su vida productiva.

Sin embargo, se precisó que las dos trayectorias mayormente seguidas por la población fueron las que acumularon un menor capital humano, en comparación con la edad mediana de salida de la escuela de su grupo poblacional de origen, por lo que el colegio no pareció haber sido una opción para ellos. Y una vez fuera del sistema escolar, la realización de las otras dos transiciones en lapsos cortos de tiempo fue inevitable, no observándose grandes diferencias por sexo, aún cuando fueron los varones quienes más postergaron su primera unión conyugal. Ello fue especialmente claro en la llamada trayectoria normativa enunciada por el enfoque del curso de vida dada por la salida de la escuela, el primer trabajo y la primera unión conyugal. Por tanto, los resultados permiten afirmar que esta secuencia, más que ser un patrón seguido por aquellos que deseaban apegarse a la normativa social, fue un trayecto recorrido por quienes no contaron con las posibilidades económicas o con el estímulo personal para continuar con sus estudios.

Por estratos socioeconómicos se observaron mayores diferencias entre las mujeres que entre los varones, por lo que en ellos las formas de comenzar la adultez parecieron traspasar las diferencias socioeconómicas y generacionales para establecerse como patrones socialmente esperados de vida.

La conclusión general del estudio apunta a afirmar que a lo largo de las tres cohortes de mexicanos el género fue la desigualdad que mayormente persistió en el tiempo, siendo el eje que articuló las diferencias por cohorte y por estrato socioeconómico. Por ello es indispensable realizar acciones que conduzcan a abatir estas discrepancias a fin de permitir que cada vez más jóvenes realicen su paso a la vida adulta siguiendo elecciones libres y acordadas por ellos mismos.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
Introducción	9
1. Construcción del objeto de estudio	10
2. Objetivos	15
3. Preguntas	16
 I. Contexto social de México durante la segunda mitad del siglo XX	19
1. La época del crecimiento económico (1940-1960)	19
2. El desengaño tras la bonanza (1961-1980)	26
3. El último tramo del siglo XX: la crisis persistente (1981-1998)	33
 II. Marco teórico conceptual	47
1. Enfoque del curso de vida	47
1.1 Principios del curso de vida	49
1.2 Cohorte y generación	51
1.3 Efectos de cohorte y efectos de periodo	53
1.4 Transiciones y trayectorias	54
1.5 El significado social y el uso de la edad dentro del curso de vida	56
1.6 Modelo normativo del curso de vida	57
1.7 Limitaciones de los estudios del curso de vida	59
2. La desigualdad socioeconómica: enfoques teóricos	60
2.1 La desigualdad persistente	60
2.2 ¿Igualdad de qué?	63
2.3 La propuesta latinoamericana sobre el estudio de las clases sociales	64
2.4 La Demografía de la desigualdad	67
3. La perspectiva de género	69
3.1 La conceptualización de la categoría de género	70
3.2 Dificultades en la enunciación de la categoría de género	74
3.3 Aportaciones de la perspectiva de género al ámbito demográfico	76
 III. Procedimientos metodológicos de la investigación	81
1. Acerca de la fuente de información	81
1.1 Cohortes de nacimiento	83
1.2 Estrato socioeconómico	84
	Págs.

1.3 Algunas precisiones sobre las transiciones	87
2. Las herramientas estadísticas	89
2.1 Precisiones acerca de la tabla de vida	89
2.2 Especificaciones sobre los modelos de historia de eventos	90
2.2.1 Variables incluidas en el modelo de historia de eventos	93
IV. Salida de la escuela de las mujeres y de los hombres	95
1.1 Panorama general de la educación en México	95
1.2 Antecedentes de investigación de la salida de la escuela de la población mexicana	96
2.1 La experiencia escolar femenina: cambios en el tiempo	105
2.2 La experiencia escolar masculina: cambios en el tiempo	109
2.3 Transformaciones en el calendario de la salida de la escuela de las mujeres y de los varones	111
2.4 Desigualdad por estrato socioeconómico en la salida de la escuela de tres cohortes de mujeres	115
2.4.1 La cohorte 1936-1938	116
2.4.2 La cohorte 1951-1953	117
2.4.3 La cohorte 1966-1968	118
2.5 Desigualdad por estrato socioeconómico en la salida de la escuela de tres cohortes de varones	119
2.5.1 La cohorte 1936-1938	120
2.5.2 La cohorte 1951-1953	121
2.5.3 La cohorte 1966-1968	122
2.6 Desigualdades por género y por estrato socioeconómico al momento de salir de la escuela	123
3.1 Factores sociodemográficos relacionados con la salida de la escuela	126
3.2 Consideraciones finales	128
V. El inicio de la vida laboral estable de las mujeres y de los hombres	131
1.1 La actividad productiva en México durante la segunda mitad del siglo XX	131
1.2 La incorporación laboral de las mujeres y de los hombres: breves antecedentes	135
2.1 Inicio laboral de las mujeres: entre el trabajo extradoméstico y el doméstico	146
2.2 Comienzo laboral de los varones: variaciones a lo largo de medio siglo	148
2.3 El primer trabajo estable de tres cohortes: divergencias en su calendario por género	150

Págs.

2.4 Incorporación por estrato socioeconómico a la vida laboral de tres cohortes de mujeres	153
2.4.1 La cohorte 1936-1938	154
2.4.2 La cohorte 1951-1953	154
2.4.3 La cohorte 1966-1968	155
2.5 Incorporación por estrato socioeconómico a la vida laboral de tres cohortes de varones	157
2.5.1 La cohorte 1936-1938	158
2.5.2 La cohorte 1951-1953	159
2.5.3 La cohorte 1966-1968	159
2.6 Entrelazamiento de las desigualdades socioeconómicas y de género en el inicio de la vida productiva	161
3.1 Análisis de los factores sociales y demográficos asociados a la transición del primer trabajo estable	163
3.2 Consideraciones finales	166
VI. Inicio de la vida marital de las mujeres y de los hombres	169
1.1 Perspectiva general de la nupcialidad en México	169
1.2 La vida marital de las mujeres y de los hombres: estado del arte	171
2.1 Inicio de la vida conyugal: el calendario para tres cohortes de mujeres	184
2.2 Comienzo de la vida en pareja: el calendario para tres generaciones de varones	186
2.3 Cambios y permanencias en el calendario de la primera unión conyugal por género	188
2.4 El inicio de la vida marital de tres cohortes de mujeres: análisis por estrato socioeconómico	191
2.4.1 La cohorte 1936-1938	192
2.4.2 La cohorte 1951-1953	194
2.4.3 La cohorte 1966-1968	195
2.5 El inicio de la vida marital de tres cohortes de varones: análisis por estrato socioeconómico	196
2.5.1 La cohorte 1936-1938	197
2.5.2 La cohorte 1951-1953	198
2.5.3 La cohorte 1966-1968	199
2.6 Divergencias por cohorte, género y estrato socioeconómico en la primera unión conyugal	200

Págs.

3.1 Factores sociodemográficos asociados a la primera unión marital de mujeres y de hombres	202
3.2 Consideraciones finales	204
VII. Trayectorias de inicio a la vida adulta de las mujeres y de los varones	207
1. Estado del arte sobre los estudios demográficos de las trayectorias en México	207
2. Una aproximación a las trayectorias vitales	215
2.1 Trayectorias de vida de las mujeres	217
2.1.1 Itinerarios de la cohorte 1936-1938	221
2.1.2 Itinerarios de la cohorte 1951-1953	221
2.1.3 Itinerarios de la cohorte 1966-1968	222
2.2 Secuencias vitales de los varones	223
2.2.1 Secuencias de la cohorte 1936-1938	226
2.2.1 Secuencias de la cohorte 1951-1953	226
2.2.3 Secuencias de la cohorte 1966-1968	226
2.3 Estudio de las principales trayectorias de vida de las mujeres y de los hombres	227
2.4 Análisis de las edades medianas de inicio de las principales secuencias	229
2.4.1 Estudio de la temporalidad de los trayectos de vida de las mujeres por cohorte	230
2.4.2 Estudio de la temporalidad de los itinerarios de los varones por cohorte	232
2.4.3 Comparación de la temporalidad de las trayectorias de vida por género	235
2.5 Principales trayectos de vida de las mujeres por cohorte y estrato socioeconómico	238
2.6 Principales trayectos de vida de los hombres por cohorte y estrato socioeconómico	239
3. Consideraciones finales	240
Conclusiones	234
Bibliografía	251
Índice de cuadros	263
Índice de gráficas	267

INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo XX, México ha atestiguado una serie de cambios en los ámbitos económico, laboral, demográfico, social, cultural y educativo, mismos que han impactado a la población mexicana y a las mujeres en particular. Históricamente, la vida de las mujeres se enmarcaba dentro de un patrón en el que privaba una baja o nula escolaridad, una entrada en unión temprana, una alta y precoz fecundidad y una baja tasa de participación en el mercado laboral.

Los varones en cambio, casi siempre comenzaban desde temprana edad a apoyar en las labores consideradas masculinas tales como el trabajo en el campo o en el negocio familiar, contando apenas con unos cuantos años más de escolaridad que las mujeres. Y era común que su edad a la primera unión y al primer hijo fuera mayor que en el caso de las mujeres.

Sin embargo, al finalizar el siglo pasado el panorama había cambiado en algunos aspectos, presentándose avances sustantivos en materia educativa y laboral, además de ligeras modificaciones en cuanto a la nupcialidad. El nivel educativo de la población se incrementó, ya que en 1930 cerca del 62% de las personas mayores de 15 años de ambos sexos no sabían leer ni escribir, en tanto que cerca del año 2000 este porcentaje se redujo a 11.3%. De igual manera, el promedio escolar de la población en general para 1960 era de tan sólo 2.2 años, incrementándose en más de cinco años en 1997 al ubicarse en 7.4 años (Alba, 1989; Muñoz y Suárez, 1994; Parker y Pederzini, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Pederzini, 2006; Aboites, 2006; Giorguli, 2006).

Asimismo, los niveles de participación laboral femenina han crecido en las últimas décadas, aún cuando nunca han llegado a igualar las tasas de participación de los varones. Las mujeres mexicanas han pasado de ocupar unos cuantos espacios dentro de la fuerza laboral durante sus años de juventud y soltería, a insertarse cada vez más dentro del mercado de trabajo. En 1970 sólo el 17.6% del total de mujeres de 12 años y más se encontraba trabajando, mientras que en 1997 el 36.8% de las mujeres comprendidas entre estas edades ya desempeñaban un trabajo extradoméstico (García y De Oliveira, 1991; CONAPO, 2000). Los hombres por su parte, han tendido a retardar su ingreso a la fuerza laboral, aun cuando su incorporación es prácticamente universal.

Por lo que se refiere a la nupcialidad, la edad media a la primera unión de las mujeres se situaba hacia 1930 en los 21 años, siendo hasta épocas recientes en que se registró un

ligero incremento en la edad en la que las mujeres se casan. Al respecto Quilodrán (1983, 1993 y 2001) reporta que en 1990 dicha edad se ubicó en 22.2 años. En tanto que para los hombres la edad promedio se estacionó alrededor de los 24 años desde 1930 y hasta finales del siglo pasado.

1. Construcción del objeto de estudio

Este trabajo tiene como interés principal analizar los cambios ocurridos en el calendario, la intensidad y la secuencia de la salida de la escuela, el ingreso a la vida laboral y a la vida conyugal de tres cohortes de mujeres y de hombres que realizaron estas transiciones en distintos momentos de la segunda mitad del siglo XX en México. También se buscó estudiar los efectos de los factores demográficos y sociales sobre la ocurrencia de cada una de estas transiciones. El énfasis de este estudio se dio en torno a la experiencia femenina.

Las transiciones aquí abordadas son objeto de estudio de diversas disciplinas sociales, entre ellas los estudios de población, debido entre otros aspectos a la relevancia que poseen por su propia definición, a los factores sociodemográficos que se asocian a ellas y al impacto que tienen en la vida de las personas. Éstas marcan la asunción de los roles y de las responsabilidades que los individuos habrán de tener como adultos en los años siguientes, siendo factores determinantes en su vida y en la de su descendencia por su capacidad de transformar las conductas individuales.

Se sabe que existe una relación estrecha entre la salida de la escuela y el inicio del primer trabajo ya que son eventos que se influyen mutuamente y afectan la conformación de las trayectorias¹ de cada persona. En el caso de la mujer, el comienzo de la vida sexual, matrimonial y reproductiva también marca de manera determinante su presente y futuro, ya que en espacios donde ella se ocupa principalmente del ámbito doméstico y del cuidado de los niños, tenderá a casarse joven y a tener a sus hijos a temprana edad, presentándose una situación inversa en los casos en que se encuentra trabajando o estudiando (Parrado y Zenteno, 2005a).

Aunado a lo anterior, las mujeres mexicanas tienden en un alto porcentaje a comenzar su reproducción dentro de una relación conyugal, con un intervalo protogenésico que varía entre uno y dos años, es decir, el primer embarazo, el nacimiento del primer hijo y la primera unión conyugal son transiciones muy ligadas una de la otra (Ojeda, 1989; Tuirán 2002;

¹ Las trayectorias están marcadas por la ocurrencia, calendario y secuencia de las transiciones del curso de vida (Tuirán, 2001).

Brugueilles y Samuel, 2005; Seville, 2005). Por tal situación es que en este estudio se eligió estudiar sólo una transición del ámbito familiar para asociarla al primer trabajo y a la primera salida de la escuela, eligiéndose así a la primera unión conyugal, independientemente de si ésta era legal o consensual.

Estas tres transiciones forman parte y son resultado de distintos factores que conducen a los individuos por determinados senderos. Por ello, más que hablar de una forma única de comenzar a vivir la edad adulta² entre la población mexicana, se tendría que mencionar la presencia de trayectorias vitales diferenciadas y desiguales, en donde algunas personas tienen mayores oportunidades de continuar sus estudios, incorporarse al mercado de trabajo con mejores credenciales educativas y retardar su entrada en unión matrimonial. En tanto que otras ven restringidas sus opciones de vida, siendo impelidas a dejar la escuela para dedicarse a los quehaceres del hogar o para contribuir a la economía doméstica, insertándose a temprana edad en empleos de baja calidad y de escasa remuneración económica o se casan precozmente.

Existe cierta normatividad social en el orden en que se esperaría que cada persona realice estas transiciones dependiendo de su género, lo cual no necesariamente significa que en la realidad suceda. Así, se podría esperar que los varones realicen la salida de la escuela, ingresen al mercado laboral y posteriormente se casen, en tanto que en la mujer el orden de las transiciones sería salir de la escuela, casarse y comenzar su procreación, con escasas e intermitentes participaciones dentro del mercado laboral.

La normativa se manifiesta a través del desempeño de los roles de género, mismos que toman una de sus mayores expresiones en el ámbito familiar al establecer y reproducir la división tradicional del trabajo. Estas diferencias de género traspasan a su vez el espacio doméstico para situarse en el ámbito profesional. Dentro de él, las mujeres son orientadas o confinadas a realizar labores que se consideran una extensión de aquellas que realizan dentro del hogar, mismas que reciben un bajo reconocimiento y prestigio social y un menor salario.

Las mujeres participan principalmente en actividades precarias tales como el trabajo por cuenta propia, mismo que les permite compatibilizar mejor las actividades domésticas y extradomésticas pero que encubre los conflictos y tensiones que implica realizar diferentes labores. Además de ello, se concentran en ocupaciones asalariadas de tiempo parcial, en

² En los estudios sobre el curso de vida se considera a la transición a la vida adulta como una serie de eventos independientes que ocurren dentro de una secuencia normativa y homogénea dada en el siguiente orden: salida de la escuela, primer empleo, salida del hogar paterno, primera unión y nacimiento del primer hijo (Hogan y Aston, 1986). Coubès y Zenteno (2005) por su parte afirman que el modelo normativo y la institucionalización hacia la vida adulta se refieren a la normalización tanto desde el punto de vista del calendario como de la secuencia de sus transiciones.

trabajos esporádicos, estacionales o a domicilio y tienden a enfrentar discriminación salarial en ocupaciones masculinizadas o a percibir menores ganancias que sus colegas del sexo masculino en igualdad de circunstancias laborales y educativas (De Oliveira y Ariza, 2000a; Pedrero 2004).

Actualmente, y a diferencia del pasado, la mujer no siempre deja el empleo una vez casada y con hijos, sin embargo ello no necesariamente significa que tengan una emancipación y un mayor empoderamiento de su vida y de sus decisiones, debido por una parte a la baja calidad de los empleos en general, mismos que no le permiten disponer de suficientes recursos económicos, y a que aún sigue recayendo sobre ella la responsabilidad del desarrollo de la mayor parte de las actividades domésticas y de la crianza de los hijos.

Mientras que en el caso del hombre se ha observado que su mayor contribución a las labores del hogar se ubica, en el mejor de los casos, en el cuidado de los menores. Dicha situación genera una doble carga de trabajo en la mujer, misma que se agrava en los casos en que las condiciones socioeconómicas son bajas, sumiéndola dentro de una desventaja múltiple cruzada por el género y el nivel socioeconómico.

Si bien las mujeres en general, y aquellas que viven en condiciones de pobreza en particular, se enfrentan a obstáculos en los diferentes ámbitos de su vida, los hombres tampoco se encuentran exentos de vivir situaciones difíciles, ya que históricamente han llevado sobre sí la responsabilidad principal de la manutención del hogar, por lo que en caso de emergencia económica los jóvenes deben comenzar a trabajar para apoyar en los gastos del hogar paterno. Ello viene a significar grandes obstáculos para concluir con sus estudios, además de un ingreso a la fuerza dentro de empleos de baja remuneración y de alta vulnerabilidad, por lo que se ven afectados tanto por sus escasas credenciales educativas como por su medio socioeconómico.

Asimismo, las diferencias genéricas pueden atenuarse dependiendo del acceso a recursos económicos y a las redes sociales con que cuentan, ya que estos factores pueden favorecer el aplazamiento del egreso escolar y del inicio del matrimonio, así como una mejora sustancial en sus ingresos y puestos laborales al momento de comenzar a trabajar, superando las barreras impuestas por la normativa de género. Con ello se busca poner de manifiesto que los efectos de pertenecer a uno u otro estrato son diferentes si se es hombre o mujer y a su vez la construcción de lo que es ser mujer o ser hombre puede variar de acuerdo con su estrato socioeconómico (Lagarde, 1996).

Asociado a lo anterior, la cohorte de nacimiento influye decisivamente en la vida de las personas, ya que en términos generales ésta es el reflejo del tiempo histórico, mismo que

afecta de manera distinta a los individuos según su edad al momento en que los cambios sociales ocurren. Así, factores tales como la estabilidad o la recesión económica, el desempleo generalizado y la implementación de políticas públicas en materia demográfica, educativa y de salud, pueden llevar a cambios en la forma y las circunstancias en que estas transiciones ocurran en cada generación, siendo indicadores de las variaciones sociales y culturales que se concatenan hasta formar trayectorias de vida marcadas por la cohorte, el género y el estrato.

Los enfoques teóricos que dan sustento a esta investigación son el enfoque del curso de vida, como el marco teórico principal, además de los estudios de la desigualdad socioeconómica y la perspectiva de género. Estas teorías son empleadas para comprender por una parte la complejidad de las interrelaciones entre las transiciones de salida de la escuela y el ingreso al primer trabajo y a la primera unión conyugal y las trayectorias de vida que de éstas se generan y por otra parte los factores económicos, culturales y sociales diferenciales y aún desiguales que han afectado a mujeres y hombres a la luz de las transformaciones ocurridas en el México de la segunda mitad del siglo XX.

El curso de vida permite el estudio de individuos y familias a través del tiempo y del contexto histórico de generaciones sucesivas (Elder, 1978). Este enfoque parte de la idea de que el individuo cuenta con opciones, aunque restringidas de acción, por lo que no es un ente pasivo sobre el que actúan las circunstancias sin que éste pueda actuar. Enfatiza además, la existencia de factores, tanto externos como subjetivos, que llevan a las personas a optar por diferentes transiciones y trayectorias que conforman la diversidad y heterogeneidad de una sociedad, por lo que ofrece una forma holística de concebir las experiencias de vida.

Tuirán (1999) afirma que el curso de vida enfatiza la construcción social de la biografía al analizar en conjunto el desarrollo individual y familiar con las grandes estructuras y procesos macro sociales. El eje central de la perspectiva del curso de vida es la visualización de la vida personal como un proceso dinámico estructurado por, y a la vez estructurante de, las diversas trayectorias que el individuo sigue en los distintos ámbitos o dominios en los que se mueve a lo largo de su vida (Camarena, 1999).

La desigualdad social por su parte, puede ser considerada como un fenómeno estructural y culturalmente instituido, que opera por medio de estructuras de oportunidades, poderes, recompensas diferenciales y del prestigio logrado, de acuerdo con la posición que los individuos y grupos guardan en la sociedad. Su rasgo más profundo es que incide en la conformación de una estratificación diferenciada, en cuyos extremos se encuentran las capas de la sociedad más deprimidas por un lado y las más favorecidas por el otro. Este tipo de

desigualdad se reproduce inter generacionalmente a través de la transmisión de la riqueza o de su privación, reportando situaciones y estados vinculados a las contradicciones de las circunstancias que rodean a los individuos (Salles, 2005).

Para comprender la desigualdad social Tilly (2000) plantea el estudio de pares categoriales consistentes en un sistema de distinciones desiguales, socialmente organizadas entre categorías que se oponen y perduran en el espacio y en el tiempo. Estas diferencias permean todos los ámbitos de la vida en sociedad, contribuyendo a generar otro tipo de disparidades tales como las de género. Por lo que las diferencias de género, sin ser completamente equiparables, constituyen una dimensión de la desigualdad social, cuyas ramificaciones son sumamente complejas y diversas (Salles, 2005).

En los estudios de género se busca poner de manifiesto el modo en que los procesos de diversa índole y aliento implicados en la estructuración de la desigualdad de género se modifican, refuerzan o desaparecen al calor de las transformaciones propiciadas por el cambio económico. Además de ello, el análisis de género implica destacar la dimensión relacional del problema, es decir las mujeres en su interacción con los varones y éstos como coproductores de las relaciones de género, e incluir los demás ejes de diferenciación con los que problemáticamente se articula, tales como la desigualdad socioeconómica (Ariza y De Oliveira, 1996).

El universo de estudio de esta investigación son las mujeres y los hombres mexicanos urbanos nacidos en 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968, ubicados en dos estratos socioeconómicos: medio y bajo. La fuente de datos que se empleó es la Encuesta Demográfica Retrospectiva³ (Eder) 1998. Se utilizó esta encuesta debido a que contiene datos año por año de la vida de las personas sobre las transiciones que aquí se estudian, pudiéndose distinguir el momento y el orden en que sucedieron.

Si bien se sabe que existen grandes diferencias en la forma de realizar cada transición según el contexto rural o urbano, se decidió delimitar el estudio al ámbito exclusivamente urbano para poder profundizar ampliamente en el mismo. Además, así se está en posibilidad de observar diferencias entre dos estratos socioeconómicos y entre mujeres y varones, todos del área urbana. Es decir, los niveles de análisis de esta investigación son: el género, la cohorte y el estrato.

³ Para mayores detalles sobre la Eder véase el capítulo III que se refiere a los aspectos metodológicos de la investigación.

El énfasis de la tesis fue estudiar las transiciones y trayectorias de las tres cohortes con un interés principal en las mujeres. Sin embargo, la población masculina facilitó el contar con parámetros de comparación para realizar el análisis por género.

También se eligió trabajar con dos estratos socioeconómicos: bajo y medio, a fin de identificar y contrastar los calendarios y los factores que llevaron a mujeres y hombres con distintos bagajes económicos a realizar sus transiciones y trayectorias a la vida adulta.

A su vez, el uso de las cohortes permitió observar cambios en dichas transiciones a través del tiempo. Así, se profundizó en las diferencias al interior de cada una, ya que las personas de una misma generación se encuentran a su vez condicionadas por su identidad de género y por su medio económico y sociocultural al momento de ir realizando las acciones que conformarán sus trayectorias vitales.

2. Objetivos

Para ordenar el acercamiento del estudio de estas transiciones se estableció un objetivo general y tres objetivos específicos. El primero se planteó:

- ◆ Profundizar en el estudio de los cambios en el tiempo y de las desigualdades por género y por estrato socioeconómico que las mujeres y los varones vivieron al momento de realizar las transiciones de salida de la escuela, ingreso al primer trabajo estable y a la primera unión conyugal en el México de la segunda mitad del siglo XX.

En tanto que en los objetivos específicos se buscó:

- ◆ Conocer el calendario de cada una de estas transiciones, diferenciándolas para las mujeres y los varones de las tres cohortes y de los dos estratos socioeconómicos.

- ◆ Determinar los factores demográficos y sociales asociados al calendario de cada una de estas transiciones.

- ◆ Establecer los tipos de trayectorias que principalmente siguieron las mujeres y los hombres mexicanos de la segunda mitad del siglo XX según su cohorte de nacimiento y su estrato socioeconómico.

3. Preguntas

Las preguntas centrales a las que buscó dar respuesta esta investigación son las siguientes:

- ¿Cómo se articulan las diferencias inherentes a la cohorte, así como las desigualdades derivadas del género y del estrato socioeconómico con las transiciones de salida de la escuela, entrada al mercado laboral y a la primera unión conyugal de las personas?
- ¿Cuáles son los grupos sociales que sintetizan las mayores desventajas al momento de realizar y de ordenar cada una de estas transiciones?
- ¿Qué factores demográficos, sociales y económicos afectan las transiciones de salida de la escuela e inicio de la vida laboral y conyugal de las mujeres y de los varones?
- ¿Cuáles son los tipos de trayectorias vitales más frecuentes que mujeres y varones han presentado según su cohorte de nacimiento y su estrato socioeconómico?

Para abordar estas interrogantes se emplearon tres herramientas estadísticas: las tablas de vida, los modelos de historia de eventos y el análisis de frecuencias. Con la primera técnica se estudió el calendario, la prevalencia y la intensidad de cada transición. Complementando este estudio se analizó, mediante modelos de historia de eventos, los factores sociodemográficos que afectaron la ocurrencia de cada transición. Características tales como la edad, la cohorte, el estrato socioeconómico, el sexo, el nivel educativo, la asistencia a la escuela y la integración al mercado de trabajo fueron incluidas en los mismos.

Cabe mencionar que estos modelos sólo permiten caracterizar de manera particular a cada transición, pero no facilitan el conocimiento de cómo es que éstas se fueron concatenando para dar forma a determinados itinerarios de vida marcados por la cohorte, el género y el estrato socioeconómico.

Por ello, se consideró indispensable incorporar un tercer elemento que permitiera dar cuenta del ordenamiento de estas transiciones en trayectorias vitales. Para esta parte se realizó un análisis descriptivo, basado en las frecuencias y edades medianas de las secuencias más representativas de cada grupo.

El desarrollo de la investigación comienza con un breve recorrido por los acontecimientos más importantes que a nivel económico, laboral, demográfico y educativo se presentaron durante la segunda mitad del siglo XX en México. En un segundo capítulo se hace una revisión de los postulados teóricos de los tres enfoques que guían esta investigación, a saber el curso de vida, las diferentes propuestas sobre la desigualdad socioeconómica y la perspectiva de género. En el tercero se presentan los procedimientos metodológicos que permitieron realizar el estudio de las transiciones de salida de la escuela e ingreso al primer trabajo y a la vida conyugal.

Una vez precisados los aspectos contextuales, teóricos y metodológicos, se procede a realizar un análisis de cada transición, para ello se presentan tres capítulos que contienen, al inicio de cada uno, un panorama general de cada transición en México, así como el estado de arte de la salida de la escuela, el primer trabajo y el inicio de la vida marital, respectivamente. Luego de ello, se hace un análisis intercohorte de cada transición a partir de las tablas de vida, primero de las mujeres y de los varones y posteriormente para ambos sexos. Después se presentan los indicios más relevantes del calendario de cada transición por estrato al interior de las cohortes. Y se concluye con el examen de los factores demográficos y sociales que afectaron cada una de estas transiciones.

En el séptimo capítulo se analizan las tres transiciones para mujeres y varones de cada cohorte y estrato, engarzándolas en trayectorias vitales. Se determina cuáles son las que principalmente han seguido estas generaciones, así como las edades medianas de ocurrencia de las mismas. Finalmente se exponen las conclusiones más importantes del estudio.

CAPÍTULO I

Contexto social de México durante la segunda mitad del siglo XX

Para comprender las transiciones y trayectorias educativas, laborales y nupciales de tres cohortes de mexicanos nacidos en diferentes momentos del siglo pasado es preciso explorar algunas de las principales transformaciones que el país experimentó en los aspectos económicos, laborales, educativos y demográficos, para ello se hace un recuento de éstos dividiendo en tres fases la historia nacional reciente, mismas que comienzan a partir de 1940 y concluyen a finales del siglo XX.

La primera etapa, que va de 1940 a 1960 registró un gran crecimiento económico y poblacional en México. En una segunda fase que va de 1961 a 1980, se vivió un periodo transicional por lo que se refiere al control demográfico de la población y a los virajes que la economía del país tomó. Finalmente, el periodo de 1981 a 1998 fue atravesado por dos crisis económicas que afectaron el desarrollo personal y familiar de todo el país, pero sobretodo de la cohorte nacida entre 1966 y 1968.

1. La época del crecimiento económico (1940-1960)

Las mujeres y varones nacidos entre 1936-1938, que es la generación más antigua de este estudio, comenzaron a vivir sus primeros años en la década de los cuarenta en un país que iniciaba un proceso de industrialización y urbanización, que en conjunto con los ideales nacionalistas, la presencia de un partido político dominante denominado Partido Revolucionario Institucional (PRI), la economía mixta, la reforma agraria y el sindicalismo urbano, contribuyeron a la expansión de la economía mexicana y a la estabilidad política y social de la nación (Gougain, 1983; Alba y Potter, 1986; Smith, 2001; Aboites, 2006). Debido a estas características históricas, Parrado y Zenteno (2005b) afirman que esta cohorte puede ser considerada representativa del periodo temprano de desarrollo de la economía mexicana.

A nivel mundial se presentó una expansión económica denominada “época de oro”, la cual permitió que a partir de 1940 México mostrara un crecimiento medio anual del producto interno bruto (PIB) de entre el 6 y 7%. Este desarrollo estuvo sustentado en un proceso de acumulación de capital y en el uso de una abundante y barata mano de obra, el cual fue

generado en gran medida con recursos gubernamentales invertidos en infraestructura, energía y comunicaciones. En esta etapa el país aumentó sus lazos con las economías mundiales, principalmente con los Estados Unidos, lo que le ocasionó una gran dependencia tecnológica. Aún así, se cuidó que la inversión privada aumentara sobre la base de una economía fuertemente protegida de la competencia exterior (Alba, 1989; Aboites, 2006).

Al modelo económico que en ese momento predominaba se le denominó de sustitución de importaciones de bienes industriales o modelo de crecimiento hacia adentro, ya que en él se promovía la producción para el consumo interno en vez de recurrir a la importación de productos procedentes del extranjero. Su objetivo fue reducir la dependencia del país respecto al exterior y facilitar así el progreso económico, además de impulsar el desarrollo manufacturero del país mediante la promoción de nuevas industrias, las cuales contribuyeron al aumento generalizado en la tasa de crecimiento de este sector, todo lo cual significó un incremento de los empleos, mismos que estaban mayormente dirigidos a los hombres (Durán y Partida, 1992).

Este periodo fue favorecido por la Segunda Guerra Mundial, ya que durante la misma disminuyó la oferta de bienes procedentes de países extranjeros y creció rápidamente el mercado para la producción nacional, lo que dio ímpetu al naciente desarrollo industrial de México al reducir la influencia de importaciones norteamericanas (Durán y Partida, 1992).

Además de la industria, la agricultura desempeñó también un papel importante en la economía del país al aumentar anualmente en 7.4 % desde mediados de los años cuarenta hasta mediados de los cincuenta, y en 4.3% en la siguiente década y hasta mediados de los sesenta. Este sector se convirtió en fuente de alimentos, materias primas, ahorro y divisas para el área urbana e industrial (Alba y Potter, 1986).

Sin embargo, dentro del campo mexicano la población agrícola se encontraba establecida en parcelas de temporal ubicada en pequeñas comunidades que se encontraban aisladas y en pobreza; por lo que las familias se convirtieron en la base de la cual partieron individuos que buscaban insertarse en empleos temporales o permanentes de baja calificación dentro de la industria urbana o en la mano de obra agrícola asalariada nacional o en el suroeste de Estados Unidos bajo el régimen del programa Bracero (Alba y Potter, 1986).

Por su parte, las mujeres que emigraban del campo a la ciudad tenían como única posibilidad de trabajo la prestación de sus servicios como empleadas domésticas debido a su escaso nivel educativo, el cual se ubicaba por debajo del de los hombres, ya que en ese momento la asistencia a los centros educativos para ambos no se encontraba extendida en el país.

La migración del campo a la ciudad cambió el perfil de la nación al facilitar su urbanización. Dichos movimientos migratorios fueron propiciados en gran parte por el acelerado crecimiento poblacional que se experimentó en esos años. El número de personas que vivían en áreas urbanas aumentó entre 1940 y 1970, pasando de 4 a 22 millones, lo que significó un cambio radical en la forma de vida de estos migrantes (Gougain, 1983; Alba y Potter, 1986; Alba, 1989; Aboites, 2006; Smith, 2001).

En esta etapa el país vivió un significativo avance socioeconómico que repercutió fuertemente en las condiciones laborales: la población económicamente activa, mayoritariamente masculina, entre la que se encontraban los varones de la cohorte más antigua, creció en forma acelerada, el sector público se expandió de forma importante y la población trabajadora tuvo acceso a empleos más productivos y mejor remunerados (Parrado y Zenteno, 2005b). Lo cual fue consecuencia del proceso de urbanización y del cambio económico en el campo, mismos que dieron lugar a un crecimiento constante del trabajo asalariado y la ampliación del mercado laboral (Rendón, 2003).

En las ciudades se desarrolló una amplia clase media urbana compuesta por empleados y funcionarios de empresas privadas, burócratas, profesionistas independientes y pequeños empresarios que gozaba de salarios a la alza, de los servicios médicos proporcionados por el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) y de la expansión de la educación pública. Estos grupos componían la corriente principal del sector formal de la economía. En contraparte, otros trabajadores se integraban a empleos temporales, con baja calificación o realizaban servicios personales o por cuenta propia, mismos que les ofrecían escasas oportunidades económicas y nula seguridad social para ellos y sus familias (Alba y Potter, 1986; Aboites, 2006).

Por lo que si bien se hallaban sectores urbanos que se veían beneficiados por las transformaciones sociales y económicas del momento, tanto en el campo mexicano como en las ciudades existían grandes rezagos económicos. A la orilla de las ciudades comenzaron a formarse enormes cinturones de miseria compuestos en su mayoría por migrantes pobres que se encontraban en condiciones socioeconómicas deprimidas, con un bajo nivel educativo e insertos dentro de empleos de baja calificación y remuneración salarial. La desigualdad socioeconómica se encontraba muy presente, ya que se calcula que entre 1950 y 1963 sólo el 10% de la población concentraba casi la mitad de la riqueza nacional (Alba, 1989; Aboites, 2006).

Por su parte, a lo largo de este periodo los roles de género se encontraban fuertemente marcados por la división tradicional del trabajo. Por lo que mujeres y varones de la cohorte

más antigua vivieron en una sociedad que promovía el modelo de familia con un único generador de ingresos: el jefe de familia-varón. Tal fortalecimiento fue posible debido a los incrementos logrados en la productividad del trabajo y al constante aumento de los salarios reales, lo cual beneficiaba mayormente a las familias cuyo proveedor económico se encontraba inserto dentro del mercado laboral formal, no así en el informal (Rendón, 2004).

A causa de los mandatos de género la población femenina vivía bajo una fuerte dependencia y sumisión a la autoridad masculina.⁴ En esa época las mujeres de la cohorte más antigua se dedicaban de manera exclusiva al trabajo doméstico y una vez casadas al cuidado de los hijos, ya que se hallaban insertas en un contexto donde privaba la nupcialidad precoz, la fecundidad era intensiva y el uso de métodos anticonceptivos era nulo (Rendón, 2004; Brugeilles y Samuel, 2005). La tasa global de fecundidad (TGF) de mujeres en edades entre los 15 y los 49 años se ubicaba en 6 hijos en 1940 por cada mujer y en 6.6 hijos en 1960, mostrando un leve repunte de la fecundidad durante este lapso de tiempo (Alba, 1989; Zavala de Cosío, 1992).

Dicha situación llevaba a que las mujeres tuvieran que dedicar gran parte de su vida reproductiva al cuidado y crianza de los menores, enfrentando fuertes cargas de trabajo doméstico, ya que además existía poco desarrollo tecnológico en cuanto a aparatos electrodomésticos se refiere.

Aunado a esto, socialmente no era aceptado el que una mujer casada trabajara fuera del hogar y contribuyera al gasto familiar, así que las oportunidades ocupacionales para ellas se encontraban muy limitadas y eran mayormente dirigidas a las solteras. Es por ello que apenas la mitad de las mujeres de la cohorte antigua, quienes llegaron a su vida productiva a mediados de la década de los cincuenta, realizaron trabajos extradomésticos antes de los 30 años.⁵ Por lo que más que participar dentro del mercado laboral, las mujeres buscaban contribuir a la economía familiar a través de la producción doméstica de alimentos y de otros productos de consumo no duradero como las prendas de vestir (Rendón, 2004).

No obstante esto, ya durante los años cuarenta la economía mostró un crecimiento importante en las actividades comerciales y de servicios en las ciudades, lo que dio como resultado un incremento y diversificación de las oportunidades ocupacionales de las personas, permitiendo una mayor incorporación de las mujeres. Ya para 1950 la actividad industrial de éstas era más diversificada y si bien el servicio doméstico en casas particulares continuaba

⁴ Como prueba de ello baste recordar que el voto femenino no fue reconocido sino hasta el 17 de octubre de 1953 (Carranza, 2004).

⁵ Véase cuadro 10 del capítulo III.

siendo una importante fuente de trabajo femenina, la expansión del sistema educativo, de los servicios de salud, de la banca, del comercio y del trabajo de oficina habían dado lugar a la creación de nuevas oportunidades de trabajo para ellas (Rendón, 2003).

Por lo que se refiere a la escolaridad, ésta era muy baja, se calcula que para 1960 el promedio de educación de la población en general era de tan sólo 2.2 años y el analfabetismo se encontraba presente en cuatro de cada diez personas mayores de 15 años (Muñoz y Suárez, 1994; Bracho y Padua, 1995 en Parker y Pederzini, 2000; Alba, 1989; Aboites, 2006). Por lo que el cursar la secundaria o un nivel educativo superior era un lujo al que muy pocos podían acceder (véase cuadro 1).

Cuadro 1. Nivel de instrucción de la población de 15 años y más, 1960.
(Porcentaje)

Año	Sin instrucción	Primaria incompleta	Primaria completa	Educación media básica	Educación media superior	Licenciatura y posgrado	Total
1960	40	40.2	12.0	4.6	2.1	1.0	100

Fuente: Muñoz y Suárez, *Perfil educativo de la población mexicana*, México, INEGI, CRIM, IIS-UNAM, 1994, cuadro 2, pp. 13.

Aunado a ello, terminar la primaria a la edad adecuada no era un objetivo fácil de alcanzar, ya que en 1960 tan sólo el 12% de los niños de 12 a 14 años lograban concluir este nivel educativo a tiempo (Mier y Terán y Rabell, 2001).

Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo pasado empezó a registrarse un importante crecimiento del sistema educativo promovido por el Estado, lo cual implicó un aumento en el número de escuelas, tanto del nivel básico como superior, y un mayor acceso a las mismas.⁶ Asociado a esto, la educación comenzó a ser vista como un instrumento que permitía aspirar a la movilidad social, por lo que las familias buscaban invertir en sus hijos a fin de lograr el ansiado ascenso social. Promesa generada por las propias condiciones económicas y sociales de la época⁷ (Alba, 1989; Parker y Pederzini, 2000; Pederzini, 2006; Aboites, 2006).

⁶ Como parte importante del desarrollo educativo del país se debe tener presente la construcción y entrega de la Ciudad Universitaria a la sociedad en 1952, así como la fundación del Instituto Nacional de Bellas Artes y la construcción de las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional (IPN) (Carranza, 2004).

⁷ Al respecto del ascenso social y del prestigio logrado por medio de la educación Latapí (1985) explica que en términos sociopolíticos se considera a la educación como un bien en sí misma, a la vez que condición necesaria para tener acceso a otros bienes tales como la ocupación, el ingreso, el prestigio y el poder. No obstante, cada sociedad dispone de procesos educativos propios a través de los cuales reafirma su visión del mundo y su cultura y la transmite a las siguientes generaciones. Además de ello, cada sociedad la ubica de diversa manera en el conjunto de bienes apetecibles, por lo que la igualdad educativa está culturalmente condicionada. De igual forma, al interior de los grupos sociales se valora de diferente manera a la educación dentro del mercado, lo que llega a dar lugar a una estratificación de las instituciones de enseñanza técnica y superior que se refleja en los sueldos promedio de sus egresados.

Las circunstancias anteriormente descritas se desarrollaban en medio de un escaso poblamiento del país en distintos estados de la República Mexicana, principalmente en las fronteras. Ello preocupaba al gobierno ya que se visualizaba a la población como una garantía para la preservación de la independencia y de la soberanía nacional y como un impulso al desarrollo económico (Zavala de Cosío, 1992 y 1996).

Por tal razón el Estado promulgó dos leyes generales de población con una diferencia de 11 años, la primera dada a conocer el 24 de agosto de 1936 y la segunda el 27 de diciembre de 1947. Ambas eran completamente poblacionistas y tenían como uno de sus objetivos principales el asentamiento de los individuos a lo largo del territorio y su redistribución a través del aumento del crecimiento natural, el retorno de los emigrados y la inmigración. Para lo cual se implementaron acciones pronatalistas, entre las que destacó el apoyo financiero y la preferencia en el empleo de padres y madres de familias numerosas, la nupcialidad temprana y la prohibición de la propaganda y venta de los métodos anticonceptivos (Zavala de Cosío, 1992 y 1996).

Si bien el aspecto poblacional se encontraba regulado por la ley, el espectacular incremento en el número de habitantes que se experimentó durante estas décadas se debió más al crecimiento natural que a los componentes de la migración promovidos por la ley.

La tasa anual de crecimiento del país había sido hasta 1940 del 1.7%, año en que casi sumó los 20 millones de habitantes, en tanto que en 1960 la población ascendió a 34 millones, es decir en sólo 20 años aumentó en un 70% (Alba 1989; Zavala de Cosío, 1996; Partida, 2005). Por otra parte, se registró un incremento en la esperanza de vida al nacimiento, misma que pasó de 38.8 años en 1940 a 58 años en 1960 (Alba, 1989; Zavala de Cosío, 1992).

Las familias mexicanas solían ser numerosas, pero existía una alta mortalidad en todas las edades que no permitía que aumentara la población. Sin embargo, esta situación cambió completamente desde principios de siglo con la mejora en los servicios de agua potable y alcantarillado, la aparición de la penicilina, las campañas de erradicación de algunas enfermedades infecciosas tales como el paludismo, la viruela y la tuberculosis, el lanzamiento de campañas de vacunación y la organización de un sistema nacional de salud que llevó a la construcción de clínicas y hospitales en las ciudades y en las áreas rurales, lo que en conjunto contribuyó a la multiplicación del número de habitantes del país al disminuir la mortalidad (Zavala de Cosío, 1996; Tuirán, 2002; Aboites, 2006).

Este aumento no fue considerado en general como algo problemático debido al crecimiento económico de la época, el cual requería de mano de obra concentrada en

determinados centros urbanos donde el ímpetu industrializador, especialmente manufacturo así la requería. Y sería hasta la década de los años sesenta, con las proyecciones poblacionales generadas a partir de los datos del censo de ese año, en que el tema de la población empezaría a ser objeto de discusión pública, comenzando a tomar forma el discurso de que el alto crecimiento demográfico ejercía fuertes presiones sobre la disponibilidad de recursos del país y que la capacidad del sistema para hacer frente a las demandas derivadas de ese incremento eran limitadas, por lo que había que controlarlo (Alba y Potter, 1986; Alba, 1989).

Por otra parte a inicios de los años sesenta, cuando la cohorte más antigua contaba con poco más de veinte años, se registraba a nivel nacional una edad promedio a la primera unión de 20.7 años para las mujeres y de 23.9 años para los hombres, mostrando una estabilidad en el calendario nupcial para ambos sexos presente desde 1930. Con una diferencia de la edad de los cónyuges de aproximadamente 3.2 años (Quilodrán, 2001). La distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo para 1960 se presentaba de la siguiente manera:

Cuadro 2. Distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo en el año censal 1960. (Porcentaje)⁸

Año	Estado civil	Matrimonio				Unión libre	Viudos	Divorciados	Total
		Solteros	Matrimonio civil	Matrimonio civil Y religioso	Matrimonio religioso				
1960	Mujeres	30.1	10.3	33.5	5.7	9.6	10.0	0.8	100
	Hombres	31.7	11.0	37.2	6.3	9.9	3.5	0.4	100

Fuente: Quilodrán, *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México, 2001, cuadro 3.1, pp. 132.

En 1960 tres de cada diez personas se encontraban viviendo en soltería. Entre los alguna vez unidos privó el matrimonio civil y religioso, al que más de un tercio de la población de entre 15 y 59 años recurrió, en tanto que cerca del 10% vivía en unión libre. En cuanto a la viudez, eran pocas las personas que la experimentaban, lo cual sin duda era producto de la baja de la mortalidad que se presentó en el país durante ese tiempo, aun cuando en todo momento el riesgo de viudez fue mayor para las mujeres que para los varones.

Asimismo, se aprecia que es menor el porcentaje de hombres que vivían solos tras un divorcio o una viudez con relación a las mujeres, lo que indica que los varones, tras la conclusión de una relación conyugal, tendían a volverse a casar con mayor frecuencia que las

⁸ La categoría de los “no declarados” fue excluida.

mujeres. Por último, fue menor el porcentaje de los célibes definitivos⁹ entre los varones que entre las mujeres, ya que las cifras para 1960 se ubicaron en 6.3% y en 8.6% respectivamente (datos no presentados en el cuadro 2) (Quilodrán, 2001).

2. El desengaño tras la bonanza (1961-1980)

Al comienzo de este segundo periodo analizado, la cohorte antigua contaba con más de 23 años y la intermedia, nacida entre 1951 y 1953, vivía sus primeros años en un periodo de rápido crecimiento económico en México, aun bajo el modelo industrial de sustitución de importaciones, mismo que dominó hasta que las personas de esta última generación se encontraron en sus veinte años.

Pese a ello, a principios de la década de los setenta comenzaron a presentarse las primeras señales de agotamiento del modelo económico en el país en tres frentes: las finanzas públicas, la producción agrícola y la balanza de pagos (Alba y Potter, 1986). Esta situación tuvo su origen en la época de crisis generalizada que se presentó a nivel mundial a partir de 1973, momento que es considerado como el año del fin de la era de la posguerra y el inicio de la desaceleración de las economías mundiales (Aboites, 2006).

En el país el incremento anual del valor de la producción agrícola durante la segunda mitad de la década de los sesenta fue de sólo 1.9%, contra cerca del 7% en los 20 años anteriores. Es decir el campo mexicano dejó de producir en cantidades suficientes para cubrir las demandas de alimentos de la población mexicana, ello debido a la falta de apoyos e inversiones para hacer crecer el agro, lo que a su vez obligó a recurrir a la importación de alimentos básicos tales como el maíz y contribuyó a aumentar la migración de los campesinos hacia la ciudad (Gómez Oliver, 1978).

La combinación de la reducción agrícola y del aumento en la demanda de artículos y bienes importados determinó el deterioro de la balanza de pagos, por lo que en 1970 el déficit en la cuenta corriente había alcanzado el 2.8% del producto nacional bruto (PNB) (Alba y Potter, 1986). Esta situación de inestabilidad económica llevó al gobierno a pedir préstamos a organismos internacionales tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) a fin de mantener e incluso elevar el gasto público, situación que contribuyó a la generación de un déficit de las finanzas públicas y a una devaluación del peso, lo que a su vez vino a perjudicar gravemente la economía de las familias mexicanas (Aboites, 2006).

⁹ Se considera a los célibes definitivos como aquellos que a los cincuenta años de edad no han contraído matrimonio al menos una vez en su vida (Quilodrán, 2001).

No obstante la desaceleración económica, a principios de 1978 se descubrieron grandes yacimientos de petróleo al sureste de México que hicieron creer de nuevo en el progreso del país, para ello el gobierno recurrió al endeudamiento con la esperanza de recuperar rápidamente dicho gasto. Ante este auge del gasto público la tasa de crecimiento llegó hasta un 7% anual y se dedicó el mayor presupuesto en salud, educación e infraestructura hecho desde 1929 (Aboites, 2006).

Las condiciones laborales de los trabajadores comenzaron a deteriorarse gravemente a raíz de la situación de inestabilidad que el país presentaba, destacando el estancamiento del proceso de asalarización de la fuerza de trabajo, situación que se acentuó en la década de los ochenta. Sin embargo, la disminución del empleo asalariado en el país fue contrarrestada por la cantidad de nuevos puestos de trabajo remunerados que surgieron en el comercio y en los servicios, muchos de ellos realizados en actividades de pequeña escala, individuales y familiares. Con ello se presentó el fenómeno de la terciarización del empleo, el cual mostró un ritmo de incremento del empleo superior al registrado por el secundario (García, 1988; Rendón, 2003).

Aunado a la situación anterior el país registró un acelerado crecimiento demográfico, así a partir de 1965 medio millón de jóvenes al año, entre los que se encontraban los de la cohorte antigua y algunos de la intermedia, buscaron acceder al mercado de trabajo, mismos que no siempre encontraban cómo colocarse, ya que el modelo de desarrollo económico no podía hacer frente a tal demanda de empleos. Por lo que un porcentaje considerable terminó por ingresar al sector laboral informal, mismo que ya desde ese entonces distaba de proveer las prestaciones laborales que los trabajadores requerían para su desarrollo personal y familiar (Urquidí, 1976; Zavala de Cosío, 1996).

En un lapso de 30 años la población económicamente activa (PEA) se duplicó al pasar de 6 millones en 1940 a 13 millones en 1970. A su vez, se transformó el tipo de actividades que desarrollaban las personas, ya que en 1940 cerca de dos terceras partes se consagraban a la agricultura, mientras que para 1970 alrededor del 60% se dedicaba a actividades no agrícolas (Alba, 1989). Esta situación se debió al dinamismo con que había crecido la industria hasta finales de 1970, lo cual contribuyó a dejar la fuerza laboral masculina fuera del sector agropecuario y promovió su incorporación a la manufactura (De Oliveira, Ariza y Eternod, 2001).

Por su parte, en 1970 el porcentaje de las mujeres que participaba dentro de la actividad económica continuaba siendo muy bajo, ya que del total de mujeres de 12 años y más, sólo el 17.6% realizaba trabajos extradomésticos (CONAPO, 2000). Sin embargo, el

proceso de terciarización que el país experimentó abrió paso a la incorporación paulatina de la mujer al mercado de trabajo, presentándose ya desde esa época el fenómeno de la feminización laboral. Algunas de estas actividades eran consideradas de baja calificación y escasa remuneración, tales como los servicios personales, la preparación y venta de alimentos y el comercio ambulante, mientras que otros como la docencia del nivel básico y la asistencia médico-social permitían la obtención de un mejor salario (Rendón y Salas, 1996; De Oliveira, 1990; De Oliveira, Ariza y Eternod, 2001; Rendón, 2004).

Es muy probable que las mujeres de la cohorte intermedia que llegaron a laborar eran, como la mayoría de la población femenina económicamente activa de la época, jóvenes, solteras y sin hijos, mismas que trabajaban unos cuantos años a fin de poder contribuir a la economía de sus familias de origen, para abandonar su vida laboral una vez casadas y a punto de comenzar su procreación, situación que era vista como la norma social vigente (García y De Oliveira, 1991).

En cuanto a la educación, el país continuó expandiendo los servicios educativos, sobre todo en el nivel de primaria,¹⁰ lo que llevó a que un mayor número de personas tuvieran acceso a la escuela y por tanto se pospusiera algunos años la salida de la misma, tanto de mujeres como de hombres. Con la creación de la oferta educativa la cohorte intermedia, así como la población en general, alcanzaron una escolaridad promedio de 3.4 años para 1970. De igual forma se produjo una notable reducción del analfabetismo, el cual pasó de 62% en 1930 a 31.6% en 1970¹¹ y a 16.1% en 1980 entre la población de 15 años y más (Alba, 1989; Muñoz y Suárez, 1994; Parker y Pederzini, 2000; Aboites, 2006).

No obstante, aún era insuficiente el logro educativo registrado hasta el momento, debido a que para 1970 una de cada dos personas mayores de 15 años tenía apenas una escolaridad de primaria, ya sea completa o incompleta, aunado a ello, era escasa la población

¹⁰ Para ello el 19 de octubre de 1959 se planteó el “Plan de Once Años”, cuya reforma entró en vigor en 1960. En él se señalaba que la baja escolaridad de la población mexicana representaba un problema que ponía en peligro la identidad nacional y el crecimiento económico. Por lo que se promovieron campañas de alfabetización, se construyeron escuelas y se editaron y distribuyeron libros de texto y materiales educativos gratuitos en todas las primarias del país. Los objetivos que se planteaba eran incorporar a la primaria a los niños que todavía no eran atendidos, dotar de plazas a la educación para poder inscribir cada año a todos los niños de seis años y mejorar la eficiencia terminal de la misma (Muñoz y Suárez, 1994; Carranza, 2004).

Aun así, los resultados obtenidos no fueron los esperados, ya que a finales de la década de los sesenta el volumen de alumnos rezagados había crecido, asimismo el número de niños y de adultos que no contaban con su primaria y que no asistían a la misma se había incrementado (Muñoz y Suárez, 1994).

¹¹ Sin embargo, las cifras de analfabetismo y de población sin instrucción mayor de 15 años continuó situándose por encima de los 6 millones, por lo que la proporción y la magnitud del rezago permaneció prácticamente constante en ese año (Muñoz y Suárez, 1994).

que contaba con niveles de escolaridad media y superior. Ya para 1980¹² el porcentaje de las personas con escolaridad mayor a la primaria comenzó a aumentar lentamente y el analfabetismo empezó a disminuir, tal como se aprecia en el cuadro 3.

Cuadro 3. Nivel de instrucción de la población de 15 años y más, 1970-1980.
(Porcentaje)

Año	Sin instrucción	Primaria incompleta	Primaria completa	Educación media básica	Educación media superior	Licenciatura y posgrado	Total
1970	31.6	38.9	16.8	6.5	4.0	2.2	100
1980	16.1	32.2	21.7	13.6	11.2	5.3	100

Fuente: Muñoz y Suárez, *Perfil educativo de la población mexicana*, México, INEGI, CRIM, IIS-UNAM, 1994, cuadro 2, pp. 13.

Además, ya desde ese entonces existían grandes diferencias educativas por tamaño de localidad,¹³ ya que para 1970 el 44% de las mujeres mayores de 15 años del sector rural eran analfabetas, en tanto que el 27.6% de las mujeres del ámbito semiurbano y el 17.8% del urbano se encontraban en la misma situación (Quilodrán, 1983).

Por otra parte, en el país se registraron fuertes cambios en el ámbito poblacional, tanto en la generación de leyes como en la regulación de su crecimiento demográfico, ya que México había venido presentando un veloz aumento de su población entre 1950 y 1970. El crecimiento económico no provocaba por sí mismo una baja de la fecundidad y el modelo de desarrollo económico no llegaba a integrar una fuerza de trabajo cada vez más numerosa ni a proporcionar un adecuado nivel de vida para las personas. Aunado a esto se encontraba el deterioro económico y político de finales de los años setenta, el desempleo, la inflación y el incremento de la deuda externa, por lo que el crecimiento poblacional empezó a preocupar al Estado (Brugilles, 2005).

Por ello, el gobierno mexicano adoptó la corriente malthusiana de pensamiento, misma que hacía referencia al excesivo crecimiento demográfico y a la necesidad de los países por controlarlo. Con tales ideas se promulgó el 7 de enero de 1974 la tercera Ley General de Población, la cual marcó un cambio significativo en la actitud del gobierno con respecto al incremento poblacional, ya que en ella el Estado tomó la responsabilidad de regular activamente la dinámica demográfica (Zavala de Cosío, 1992 y 1996). Con estas

¹² A partir de septiembre de 1980 el Estado ofrece la posibilidad de educación primaria a todos los niños en edad escolar del país. Aún así, una proporción considerable todavía desertaban de la escuela y otro tanto se encontraba inscrito en grados escolares que no correspondían a sus edades, situación especialmente grave en el primer grado, además de que muchos no contaban con la educación preescolar, lo cual los colocaba en desventaja con respecto a aquellos que sí la tenían (Latapí, 1985; Carranza, 2004)

¹³ La calidad de la educación para estos años era aún deficiente, principalmente en el medio rural, donde sólo 16% de las primarias tenían los seis grados; asimismo, la deserción que en el medio urbano era de 50%, en el rural alcanzaba casi el 90% (Carranza, 2004).

acciones México derogó las leyes que prohibían la venta de métodos anticonceptivos y favoreció la oferta de servicios de planificación familiar, sobre todo a través del sector de la salud pública (Brugelilles, 2005).

Otro elemento que vino a influir de manera decisiva en la ejecución de la política demográfica del Estado mexicano fue la Conferencia Mundial de Población, realizada en 1974 en Bucarest, la cual proponía la integración de la población al desarrollo económico y social con el objetivo de mejorar sus condiciones de vida (Zavala de Cosío, 1992 y 1996; Brugelilles, 2005).

Si bien la política recién expedida a través de la tercera Ley General de Población abarcaba los diversos componentes de la dinámica demográfica: defunciones, nacimientos, distribución de los habitantes y flujos migratorios, articulados dentro del proceso de desarrollo y bienestar de la población, en la realidad se orientó principalmente hacia el establecimiento de metas para reducir la fecundidad (Lerner y Quesnel, 1994).

Para el logro de estas metas fue creado el 27 de mayo de 1974 el Consejo Nacional de Población (CONAPO). Dicha institución tuvo como propósito aplicar medidas encaminadas a reducir el crecimiento de la población y a controlar la fecundidad por medio de los programas de planificación familiar. Por tal, en octubre de 1977 el gobierno anunció los lineamientos de una Política Demográfica Nacional y un Plan Nacional de Planificación Familiar que fijaba las tasas de crecimiento demográfico a alcanzar, las cuales eran del 2.5% en 1982 y del 1% en el 2000 (Alba y Potter, 1986; Zavala de Cosío, 1992 y 1996; Aboites, 2006).

En la implementación de dichos programas la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA) y el Instituto Mexicano del Seguro Social tuvieron una participación activa a partir de 1973, ya que ampliaron rápidamente los servicios anticonceptivos mediante sus respectivas redes de centros de salud y hospitales. Para 1977 cada médico tenía una meta mensual de usuarias por reclutar a fin de garantizar la promoción de la planificación familiar. Asimismo, los prestadores de servicios de salud tenían el objetivo de informar, educar y comunicar los servicios anticonceptivos que en estas clínicas se ofrecían, mismos que a partir de 1980 fueron puestos a disposición de toda la población, incluyendo a los no afiliados al sistema del seguro social, para así estar en posibilidad de abarcar un mayor número de usuarias de métodos anticonceptivos (Alba y Potter, 1986; Zavala de Cosío, 1992 y 1996).

La acción en materia de planificación de estas instituciones hospitalarias estuvo focalizada, sobre todo en sus inicios, hacia mujeres casadas y con alta paridad, excluyendo del mismo a las solteras, infértiles, adolescentes y a todos los hombres, aún cuando en la

teoría se reconocía el papel del varón en la toma de decisión sobre el tamaño y cuidado de la familia (Lerner y Quesnel, 1994).

Estos programas de planificación familiar fueron exitosos ya que contribuyeron al logro del descenso de la fecundidad al venir a satisfacer una demanda previamente sentida por las personas, ya que anterior a este periodo los anticonceptivos no estaban al alcance de la mayoría y las mujeres no tenían la posibilidad de controlar su fecundidad. En tanto que con la participación directa del gobierno en actividades de planificación familiar se logró montar una amplia red de información, educación y de actividades que publicitaron los beneficios del control natal y promovieron la imagen de la familia pequeña, además de que distribuyeron los métodos anticonceptivos al grueso de la población (Alba y Potter, 1986).

Sin embargo, en sus inicios estos programas presentaron grandes deficiencias, no sólo al excluir a grupos con diversas necesidades sexuales y reproductivas. Sino que también comenzaron a advertirse una alta frecuencia de esterilizaciones femeninas, practicadas mayormente a mujeres de bajos recursos económicos sin su consentimiento e información, situaciones que en su momento provocaron tensión y un fuerte cuestionamiento hacia los métodos anticonceptivos proporcionados por estas instituciones gubernamentales al ser considerados como un arma empleada para el control de la población (Lerner y Quesnel, 1994).

A pesar de los problemas que los programas de planificación familiar presentaron, los resultados reportados muestran una tasa de crecimiento que pasó de 3.5% en 1965, año en que México alcanzó su máximo histórico, a 2.96% en 1980. Con una población total para este último año de más de 66 millones de habitantes. En tanto que la TGF se modificó, ya que en 1965 el número de hijos por mujer, en edades reproductivas era de 6.7 hijos, lo que indicaba que se había presentado un repunte de la fecundidad atribuida a las mejoras en salud pública,¹⁴ para finalmente comenzar a disminuir al ubicarse en 5.4 hijos en 1980 (Zavala de Cosío, 1992; Zúñiga y Vega, 2004), lo que vino a significar una reducción en el número de años que la mujer debía dedicarle a la crianza de la familia, así como la posibilidad de darles mayor tiempo de calidad a cada uno de sus hijos al ser menor su cantidad.

Las transformaciones en materia de fecundidad son indicadores del cambio ideológico que tanto la población en general como la cohorte intermedia experimentaron influenciados

¹⁴ Las mejoras en las condiciones de salud de la población posibilitaron también el aumento en la esperanza de vida al nacimiento, misma que experimentó un incremento sostenido al pasar de 58 años en 1960 a 61 años en 1970 y a 66.3 años en 1980 (Zavala de Cosío, 1992 y 1996; Zúñiga y Vega, 2004; Partida, 2005).

por los medios de comunicación y por el personal médico principalmente, a fin de disminuir la fecundidad (Alba y Potter, 1986).

No obstante estos cambios, Zavala de Cosío (1996) reporta que aún en 1970 se observaban comportamientos tradicionales en la formación de las familias, donde las uniones de las mujeres, incluidas las de la cohorte intermedia, continuaban siendo tempranas y los nacimientos de los primeros hijos no se retrasaban, sin embargo la esterilización femenina comenzaba a ser el método anticonceptivo al que mayormente se recurría después de alcanzar el tamaño de familia deseado.

En este contexto la cohorte intermedia comenzó su historia sexual, conyugal y reproductiva. Esta generación puede ser considerada como una articulación entre el comienzo de la transición de la fecundidad y el empleo de la anticoncepción que se desarrolló al implementar a nivel nacional el programa de Planificación Familiar (Samuel y Seville, 2005). Y es que debido a la disposición masiva de estos métodos, las trayectorias reproductivas de mujeres y varones de esta cohorte se distinguieron de la antigua por la presencia de los anticonceptivos, volviéndose mayoritaria la secuencia de: unión, nacimiento y anticoncepción, con un intervalo corto entre cada transición (Brugilles y Samuel, 2005).

Por lo que se refiere a la nupcialidad, la población femenina en general y las de la cohorte intermedia en específico, mantuvieron la edad promedio a la primera unión alrededor de los 21 años entre 1960 y 1980. En tanto que para los hombres la edad promedio se estacionó alrededor de los 24 años durante la década de los sesenta y setenta. De igual forma, disminuyó la distancia entre la edad de los cónyuges al pasar de 3.2 años en 1960 a 2.4 años para 1980, situación que pudiera indicar una mayor igualdad al interior de las relaciones de pareja (Quilodrán, 1983, 1993 y 2001).

Durante las décadas de 1970 y 1980 la distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo fue la siguiente:

Cuadro 4. Distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo en los años censales, 1970-1980. (Porcentaje)¹⁵

Año	Estado civil	Matrim.								Total
		Solteros	Matrim. civil	civ. y rel.	Matrim. religioso	Unión libre	Viudos	Divorciados	Separados	
1970	Mujeres	31.3	8.7	36.1	4.9	9.1	7.0	0.7	2.2	100
	Hombres	33.0	9.4	39.5	5.3	9.5	2.1	0.4	0.8	100
1980	Mujeres	34.7	11.6	36.9	2.5	8.2	3.3	0.7	2.1	100
	Hombres	35.5	12.3	39.3	2.6	8.4	1.0	0.3	0.7	100

Fuente: Quilodrán, *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México, 2001, cuadro 3.1, pp. 132.

¹⁵ La categoría de los “no declarados” fue excluida.

En 1960 el matrimonio civil era del 10.3 y del 11% para mujeres y varones respectivamente (véase cuadro 2), en tanto que en 1970 éste había disminuido tanto en hombres como en mujeres, sin embargo, dicha situación volvió a cambiar en 1980 al aumentar nuevamente su porcentaje en ambos sexos. En tanto que el matrimonio civil y religioso, así como el porcentaje de divorciados y separados mantuvo su porcentaje entre 1970 y 1980, siendo diferencial estos dos últimos estados civiles por sexo, ya que menos hombres que mujeres reportaron estas situaciones.

Mientras que el matrimonio religioso, la unión libre y la viudez continuaron disminuyendo al paso de los años. Las primeras como consecuencia de una mayor tendencia a contraer matrimonios legales promovidos por las campañas de legalización llevadas a cabo por el gobierno entre 1971 y 1974 y las segundas por la disminución de la mortalidad en todas las edades. Aunado a ello, aumentó levemente el porcentaje de personas solteras entre ambos años. Asimismo para 1970 la proporción de personas mayores a 50 años que podían ser considerados como célibes permanentes, al no haber realizado en algún momento de su vida una unión conyugal, fue de 6.3% para los hombres y de 7.4% para las mujeres (Quilodrán, 2001). Lo que muestra una mayor propensión de los hombres en general, con relación a las mujeres, a unirse en algún momento de su vida a fin de contar con una pareja que les proporcione los apoyos emocionales y familiares que de ella se esperaba.

3. El último tramo del siglo XX: la crisis persistente (1981-1998)

En las dos últimas décadas del siglo pasado transcurrió una parte de la vida adulta de la cohorte antigua e intermedia, pero sobre todo los primeros años de la vida productiva y reproductiva de la generación más joven de este estudio, misma que había nacido entre 1966 y 1968.

La cohorte joven vivió en un país mayoritariamente urbano, en el que la escolarización de los niños y la inserción de las mujeres al mercado de trabajo asalariado habían progresado fuertemente. Además de ello, la anticoncepción ya era legal y masiva. Sin embargo, también creció en un contexto de depresión económica constante que comenzó en la década de los setenta y que tuvo sus mayores expresiones en 1981 y en 1994, cruzando permanentemente todos los ámbitos de su vida (Samuel y Seville, 2005; Brugeilles y Samuel, 2005).

A inicios de los ochenta, justo cuando la cohorte joven se encontraba entre los 12 y los 14 años, el país había comenzado a realizar su transición hacia el modelo industrial

exportador y de apertura económica liberal. Esta etapa se caracterizó por el continuo deterioro de las condiciones laborales y de los ingresos en México (Parrado y Zenteno, 2005b).

Dicha situación tuvo como uno de sus orígenes la crisis de 1981, la cual inició cuando el precio del petróleo comenzó a contraerse, provocando que las tasas de interés aumentaran, llegando a una inflación del 100% para 1982 debido a la suspensión de pagos a acreedores que el país realizó (Aboites, 2006). El efecto inicial de la crisis se reflejó en la caída del PIB, en la contracción de la inversión y del consumo y en el aumento de la inflación (Tuirán, 1993).

Mientras que a nivel internacional, a inicios de los años ochenta países como Estados Unidos e Inglaterra promovieron la reducción del gasto público, la liberación del mercado mundial, el impulso a la inversión privada y las reglas del mercado bajo el modelo económico neoliberal, lo cual significaba adelgazar el Estado benefactor en los países que adoptaran tal sistema económico, ya que contrario a lo que anteriormente se proponía, se consideraba que el gasto público de la economía era uno de los principales males que impedía el desarrollo de los mismos (Tuirán, 1993; Aboites, 2006).

A fin de superar la crisis económica de 1982 y siguiendo las restricciones económicas impuestas por el modelo neoliberal y por organismos internacionales tales como el Banco Mundial, México abandonó el modelo del Estado interventor para adoptar el modelo neoliberal. Ello implicó la apertura comercial con fuertes afectaciones a la industria nacional, la reducción de los subsidios al consumo, el confinamiento de la intervención del Estado a cuestiones meramente administrativas, la venta y privatización de numerosas empresas estatales y paraestatales tales como Teléfonos de México, el recorte del gasto y de las inversiones públicas, el control estricto sobre los salarios y el ajuste del tipo de cambio (Tuirán, 1993; Aboites, 2006).

La transformación de la economía mexicana fue acompañada por políticas de reformas fiscales, la flexibilización del mercado laboral y el establecimiento, a partir de 1991, de acuerdos de libre comercio con Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea a fin de incorporar a México a la economía mundial (Parrado y Zenteno, 2005b).

En el corto plazo estas disposiciones repercutieron en la reducción presupuestal en salud, asistencia social y educación pública, así como en el incremento de la desigualdad social que desde 1984 se acrecentó favoreciendo al estrato social más rico, luego de haberse reducido entre 1960 y 1980. Este aumento en la desigualdad se debió a la agudización del desempleo, ya que el sistema económico se mostró incapaz de generar trabajos asalariados al

ritmo que exigía la incorporación de miles de personas en edad de laborar que todavía se presentaban con gran celeridad como resultado de las altas tasas de crecimiento demográfico, lo cual a su vez impactó en el aumento del autoempleo, el ambulante y la migración a Estados Unidos (Tuirán, 1993; Aboites, 2006).

Además, se observó una participación decreciente de la masa salarial dentro del PIB y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993). La eliminación de protecciones laborales, la disminución de los salarios reales, la privatización de las empresas del Estado y la reducción del sector público deterioraron y desestabilizaron el mercado del empleo formal en México, volviéndolo más inestable y flexible, lo cual contribuyó a una mayor subutilización de la fuerza de trabajo (Parrado y Zenteno, 2005b).

Durante los años ochenta continuaron acentuándose varios fenómenos estrechamente vinculados entre sí, en donde el sector secundario perdió dinamismo, produciendo una desaceleración de su capacidad de absorción de mano de obra, misma que se vio reforzada por el proceso de modernización tecnológica de algunas empresas y el cierre de establecimientos por falta de competitividad ante la contracción en la demanda de sus productos. Aunado a ello, la dinámica ocupacional en la industria empezó a trasladarse hacia las maquiladoras, dejando a miles de hombres sin empleo a la vez que abría la oportunidad para que las mujeres se emplearan en trabajos de baja remuneración¹⁶ (Alba, 2004).

Por otra parte, más de una década después se volvió a registrar en 1994 los estragos de una política regional regresiva que llevó al país a una crisis económica a causa de una súbita devaluación del peso de casi el 100%, situación que a su vez provocó que la economía decreciera en un 6% en 1995 (Alba, 2004; Aboites, 2006).

El desempleo y subempleo aumentaron, los salarios se rezagaron aún más y las tasas de interés se dispararon. De igual forma, se incrementaron las tasas de desempleo abierto, lo cual afectó mayormente a las mujeres, aunque también disminuyó la tasa de ocupación de los hombres en el trabajo asalariado (Zenteno, 1999). No obstante lo anterior, los problemas ocupacionales en México se manifestaron, más que en el aumento de la tasa de desempleo abierto, en la precarización del empleo, en la creciente terciarización del trabajo no asalariado, en un número creciente de proveedores de ingreso por familia, en la proliferación

¹⁶ Ya desde 1970 se había observado un proceso de feminización de la fuerza laboral en el comercio y los servicios a causa de la notable expansión del empleo asalariado en estas áreas, ocupaciones que históricamente había realizado la mujer. Aunado a ello, los sectores agropecuarios e industriales, en la rama extractiva y manufacturera, donde mayormente se concentraba la población masculina, habían perdido dinamismo en la generación de empleos, lo que contribuyó a este proceso, mismo que se vio reforzado por la situación de crisis económica vivida durante la década de los ochenta (Rendón y Salas, 1996; Rendón, 2004).

de actividades de muy pequeña escala, en el incremento del trabajo familiar sin pago y del asalariado a destajo, así como en el aumento de la población trabajadora sin acceso a prestaciones (Rendón, 2003).

También, la migración hacia Estados Unidos se acrecentó de forma insospechada, fenómeno que hoy en día se ha constituido en una fuente importante de divisas y en un problema político de dimensiones nunca antes vistas (Aboites, 2006).

Para hacerle frente a estas situaciones las familias mexicanas buscaron, desde la crisis de 1982, incorporar a más miembros del hogar a las actividades remuneradas. Este patrón se presentó en todos los estratos socioeconómicos y principalmente en los de menores ingresos, en los cuales si bien la utilización de fuerza de trabajo femenina fue más reducida que la masculina, se incrementó considerablemente tanto en las edades adultas como entre las adolescentes (Tuirán, 1993).

Las mujeres de la cohorte más joven, quienes vivirían una entrada masiva al mercado de trabajo en los siguientes años, ya comenzaban su vida productiva en la década de los ochenta. Esta generación tuvo más probabilidades de ingresar al mercado de trabajo en empleos menos calificados y más flexibles, debido a que el crecimiento de las oportunidades ocupacionales no manuales calificadas se situó por debajo del aumento de las posibilidades educativas que éstas habían experimentado en sus años escolares. A su vez, ello se tradujo en mayores requerimientos educativos para acceder a las ocupaciones más calificadas en el mercado de trabajo (Parrado y Zenteno, 2005b).

Algunos sectores de mujeres que tradicionalmente se habían mantenido al margen del mercado laboral, tales como las de mayor edad, las casadas o unidas, con hijos en edad escolar y las de más baja escolaridad presentaron una tendencia creciente tanto en sus tasas de participación dentro de la actividad económica, como en la propensión de estar buscando activamente un empleo en ambas crisis económicas. Lo cual contribuyó a registrar un cambio en la composición por situación familiar y nivel de escolaridad de las mujeres que trabajaban fuera del hogar, mismas que hasta entonces habían sido jóvenes, solteras, sin hijos y con un alto nivel de escolaridad, las cuales dejaban la actividad económica una vez casadas y con hijos (García y De Oliveira, 1991; Zenteno, 1999).

Este cambio en las tendencias tradicionales de retiro de las actividades económicas extradomésticas después del matrimonio pudo deberse a la necesidad de las familias de contar con un mayor ingreso corriente, dada la baja generalizada en el poder adquisitivo del ingreso familiar. Sin embargo ésta no es la única explicación, ya que factores tales como los cambios en las pautas matrimoniales, el descenso de la fecundidad y las transformaciones

experimentadas en las relaciones de género también permitieron a la mujer participar en actividades fuera del hogar a pesar de estar casada o unida (Tuirán, 1993; Zenteno, 1999; García y Pacheco, 2000; Rendón, 2003).

Otros factores que llevaron a estas mujeres a incorporarse al mercado laboral fueron la existencia de una gama relativamente amplia de posibilidades de empleo asalariado y por cuenta propia para ellas, así como el acelerado proceso de urbanización, el aumento en las tasas de la migración masculina, la elevación de los niveles educativos de las mujeres, la frecuencia de los divorcios y las separaciones conyugales, mismos que llevaron a que más mujeres se convirtieran en jefas de familia y proveedoras del sustento de sus hijos. Además de presentarse el debilitamiento del cuestionamiento social acerca de que las mujeres casadas trabajaran fuera del hogar, con lo que se ampliaron sus posibilidades de inserción laboral (Tuirán, 1993; Zenteno, 1999; García y Pacheco, 2000; Rendón, 2003 y 2004).

Así, durante los años de recesión una fracción importante de mujeres casadas ingresaron a la fuerza de trabajo, algunas en ocupaciones de servicio doméstico, en tanto que otras lo hicieron dentro de ocupaciones de profesionistas o administrativas (Parrado y Zenteno, 2005b). Luego de haber superado estas contingencias económicas el país continuó registrando un incremento considerable en la incorporación de las mujeres en general, y de la cohorte más joven en particular, a la actividad económica, mismo que para 1997 era ya del 36.8% del total de mujeres de 12 años y más (CONAPO, 2000).

Se considera que su incorporación continua, luego de las crisis económicas, es un reflejo de que para muchas familias mexicanas el éxito del modelo económico no fue compartido, ya que la inserción de éstas se dio dentro de un ámbito macro estructural donde operaron los procesos globales de crisis y reestructuración económica y las tendencias de flexibilización laboral sobre los mercados de trabajo (Zenteno, 1999; De Oliveira y Ariza, 2000a).

La simultaneidad de la expansión del trabajo femenino y el deterioro de sus condiciones laborales muestra las contradicciones que estas mujeres debieron enfrentar al incorporarse a mercados de trabajo caracterizados por la inestabilidad económica. Por un lado el incremento de la participación femenina puede contribuir a reducir las necesidades al interior del hogar, pero por otra parte, la precarización del empleo ha conllevado a oportunidades de trabajo más frágiles y menos gratificantes para ellas (Parrado y Zenteno, 2005b).

En estas circunstancias es viable que algunas de las mujeres de la cohorte joven hayan tenido que trabajar durante la década de los noventa en actividades por cuenta propia luego

de haberse casado y de tener hijos, buscando así compatibilizar sus roles productivos y reproductivos ante la inestabilidad económica y la escasa participación de los varones en las tareas de casa (De Oliveira y Ariza, 2000a).

Ello ya que, a pesar de que ha aumentado la presencia femenina en la actividad económica ésta no ha tenido como contraparte una mayor participación de los varones en la realización de los quehaceres domésticos, por lo que esta situación encubre los conflictos y tensiones que la mujer enfrenta al tratar de conciliar ambos roles. Además de esconder las limitaciones que la estructura de oportunidades impone a sus posibilidades de inserción, aunado a que la sobrecarga de tareas les ocasiona un desgaste físico y mental que las afecta en su salud y en sus posibilidades de desarrollo personal (De Oliveira, 1988 en De Oliveira y Ariza, 2000a).

Es posible que la incompatibilidad que se presenta al tratar de desempeñar ambas funciones haya sido una de las causas por las que las mujeres de la cohorte más joven mostraran intermitencias laborales en los distintos momentos de su formación familiar, impidiendo con ello la descripción de una trayectoria laboral ininterrumpida, lo cual denota el peso que aún tienen los aspectos extraeconómicos sobre su conducta laboral (Ariza y De Oliveira, 2005).

En cuanto al plano escolar, para 1990 la cohorte más joven contaba con un nivel educativo superior al de las otras dos generaciones, ya que la escolaridad promedio a nivel nacional era de 6.5 años (Bracho y Papua, 1995 en Parker y Pederzini, 2000) y continuó elevándose hasta situarse en 7.4 años en 1997 (Tuirán y Zúñiga, 2000; Giorguli, 2006). En tanto que el analfabetismo en la población mayor de 15 años disminuyó al pasar del 40% en 1960 al 13.7% en 1990 y al 11.3% en el 2000 (Muñoz y Suárez, 1994; Pederzini, 2006; Aboites, 2006).

No obstante estas cifras, las tasas de analfabetismo por grupo etario para 1992 fueron diferenciales, ya que si bien en la población joven ésta se ubicó por debajo del 5%, en la población de 50 años o más alcanzó el 32.5%. Por sexo también se observaron diferencias importantes, ya que las mujeres de todas las edades fueron quienes tuvieron las menores tasas de alfabetización con relación a los varones (Eternod, 1996).

Por otra parte, ya para 1990 la probabilidad de entrar a secundaria era alta, ya que un 87% de los jóvenes que terminaban primaria continuaban estudiando y cuatro de cada diez personas mayores de 15 años ya contaban con al menos niveles de secundaria, en tanto que en 1960 sólo poco más de la mitad de los niños que terminaban a tiempo la primaria ingresaban a secundaria (Mier y Terán y Rabell, 2001).

Otro aspecto que da cuenta de la desigualdad educativa es el acceso a secundaria por tipo de localidad, ya que para 1990 el porcentaje que ingresaba a la secundaria luego de haber concluido a tiempo la primaria era del 92% en localidad de más de 2500 habitantes, en tanto que en las localidades pequeñas el porcentaje se reducía a tan sólo el 75%, presentándose diferencias por sexo en ambas localidades en dicho ingreso, ya que las niñas lo hacían en menor medida que los niños (Mier y Terán y Rabell, 2001).

Cuadro 5. Nivel de instrucción de la población de 15 años y más, 1990.
(Porcentaje)

Año	Sin instrucción	Primaria incompleta	Primaria completa	Educación media básica	Educación media superior	Licenciatura y posgrado	Total
1990	13.7	23.3	19.7	20.3	14.6	8.4	100

Fuente: Muñoz y Suárez, *Perfil educativo de la población mexicana*, México, INEGI, CRIM, IIS-UNAM, 1994, cuadro 2, pp. 13.

Continuando con las diferencias en el nivel educativo entre áreas rurales y urbanas, en la última década del siglo XX sólo el 91.5% de los niños entre las edades de 6 y 12 años del área rural asistían a la primaria, contra un 95% del total nacional reportado por el Censo Nacional de Población y Vivienda de 1995. Es importante resaltar que un 5% de los niños entre estas edades no asistían a la escuela, situación que no sólo se presentó en las áreas rurales, sino también en las urbanas, principalmente donde se concentraba la población más pobre y excluida del desarrollo nacional (Aguado, 1995 en Parker y Pederzini, 2000).

De igual forma, la calidad de la educación primaria se distribuyó inequitativamente entre las distintas zonas de residencia, siendo las escuelas de las zonas más pobres las que reportaron índices más altos de repetición escolar¹⁷ (Centro de Estudios Educativos, 1993 en Parker y Pederzini, 2000).

Además de ello, por efecto de la reprobación, de la inscripción en grados inferiores a la edad del alumno y por la deserción escolar, una gran cantidad de niños no concluían a tiempo su primaria, situación especialmente marcada entre la población con menores recursos, quienes ya de por sí al inicio de la escolaridad se encuentran subrepresentados, pero que además ven rápidamente disminuida su presencia a medida que los estudios avanzan. Esto indica una gran desigualdad educativa al interior del país, donde los grupos de los estratos intermedios y altos, así como aquellos que viven en zonas urbanas son quienes más se han beneficiado de su expansión a lo largo del tiempo (Latapí, 1985).

¹⁷ Latapí (1985) considera que debido a la amplia heterogeneidad económica y cultural del país es que se agudizan las diferencias en los resultados académicos de los estudiantes. Ya que los objetivos, la currícula y los métodos escolares facilitan el logro académico de aquellos grupos más cercanos a dicha cultura y dificultan el de aquéllos para quienes éstos resultan ser ajenos.

Por lo que se refiere a las desventajas educativas y socioeconómicas que enfrentan las personas más pobres, las que viven en áreas rurales o las que se dedican a actividades agrícolas, se sabe que éstas tienden a acentuarse con la edad, independientemente del sexo. Se reporta que a los veintitrés años estos jóvenes han logrado apenas un promedio de escolaridad equivalente al 68% del nivel obtenido por aquellos de la misma edad que pertenecen a hogares ubicados en el cuartil de ingresos per cápita más alto o que viven en áreas urbanas. Lo cual muestra la existencia de un umbral educativo para los menos privilegiados, mismo que les es difícil traspasar debido a diversos obstáculos estructurales y de género que les impide llegar más allá de la primaria (Camarena, 2000).

En cuanto a los diferenciales de educación por género, se ha visto que la brecha educativa entre hombres y mujeres se ha ido cerrando en estas últimas décadas. Dos factores que parecen haber contribuido a la reducción de las diferencias de educación por género son, por un lado la expansión general de la educación, que implicó un mayor número de escuelas y un acceso más fácil a las mismas, y por otro lado, el hecho que las mujeres mexicanas incrementaron su participación en el mercado laboral entre 1970 y 1990, lo que podría haber contribuido a la disminución de tal brecha, ya que los padres al esperar que sus hijas pasen un mayor número de años trabajando tenderían a invertir más en su educación. A su vez el aumento en los niveles educativos femeninos habría provocado un incremento en su participación en el mercado laboral, por lo que ambos procesos se estarían reforzando mutuamente (Parker y Pederzini, 2000).

La reducción de las discrepancias de educación por género se manifestó en mayor medida en las edades más jóvenes, mismas que para 1995 se encontraban entre los 5 y los 24 años, en las que prácticamente no se observa contraste alguno entre hombres y mujeres a nivel agregado. Luego de estos grupos etarios las diferencias entre ambos se incrementan, siendo especialmente bajos los niveles de escolaridad en los grupos de edades más grandes y que pertenecen a las áreas rurales, donde los hombres de mayor edad sólo alcanzaron un nivel educativo promedio de 1.4 años, en tanto que las mujeres lograron una escolaridad promedio de 1.1 años (Parker y Pederzini, 2000).

La desigualdad por género también se encuentra presente en las áreas urbanas, pero en menor medida y afectando a las mujeres de mayor edad en su ingreso y asistencia al nivel

superior,¹⁸ situación que pudo haber afectado a algunas de las mujeres de la cohorte joven al momento de intentar seguir estudiando (Camarena, 2000).

Continuando con los contrastes educativos entre el ámbito rural y urbano se sabe que en 1997 el grado promedio de escolaridad de las mujeres residentes en localidades rurales era de 4.4 contra 7.9 años de las mujeres urbanas. En el caso de la población masculina el grado promedio de escolaridad era de 4.8 y 8.6 años respectivamente. Estos indicadores muestran que si bien las mujeres del medio rural tienen el más bajo promedio de escolaridad, éste también es compartido muy de cerca por los varones del mismo medio. Asimismo, el 26% de las mujeres rurales de 15 años y más no sabían leer ni escribir contra un 9% de las mujeres urbanas (Tuirán y Zúñiga, 2000). Por lo que las niñas, sobre todo de zonas rurales, contaban con los más bajos niveles de escolaridad, no sólo con respecto a los varones de su mismo contexto social, sino sobre todo con relación a las mujeres de otros ámbitos.

Si los datos son desagregados por niveles de ingreso y tamaño de localidad es posible observar que aún en la última década del siglo pasado las niñas comenzaban a dejar la escuela a una tasa más elevada que los niños a partir de los 12 años, sobre todo en las comunidades pequeñas y en los hogares rurales de más bajos recursos, viendo disminuidas sus posibilidades de ingresar a la escuela secundaria y al nivel medio superior, aun cuando las niñas presentan una eficiencia terminal de la primaria mayor a la de los niños (Muñoz y Suárez, 1994; Parker y Pederzini 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Mier y Terán, 2004).

A pesar de estos contrastes, los varones en general no mostraron niveles educativos más altos que las mujeres, ya que tendieron a rezagarse en la escuela o a realizar trayectorias educativas más irregulares, lo que pudiera estar relacionado con una temprana inserción al mercado laboral, misma que no les permite concentrarse en sus estudios y que termina por hacerlos que abandonen su educación (Parker y Pederzini 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Mier y Terán, 2004).

¹⁸ Una diferencia de género que se reporta en los sistemas de escolaridad mayores a la secundaria es la preferencia” de las mujeres por insertarse en las modalidades de la educación media superior consideradas como “terminales”, sobre todo dentro de los estudios técnicos y comerciales, tales como los estudios secretariales, mismos que reciben un mayor número de mujeres que de varones. De igual manera, los estudios de normal y normal básica han sido una opción para ellas. Esto parece indicar que la incorporación femenina al sistema educativo no se efectúa homogéneamente dentro de las oportunidades que se ofrecen, sino que se encuentra fuertemente concentrada en ciertos segmentos considerados como propios de la mujer. Aun cuando también cabe notar que ha crecido la presencia de la mujer en las instituciones de educación superior, no sólo en las carreras consideradas como una extensión del rol tradicional femenino, sino también en aquellas solicitadas tanto por hombres como por mujeres (Muñoz y Suárez, 1994).

Se afirma que el trabajo adolescente ha sido utilizado por las familias, sobre todo por las más pobres o de áreas rurales, para compensar la necesidad de ingreso adicional (González de la Rocha, 1991). Bajo este argumento se encuentra el supuesto de que los jóvenes, principalmente los varones, se ven obligados a abandonar tempranamente los estudios y a insertarse en el mercado laboral. En tanto que para las adolescentes se supone una temprana deserción escolar como resultado del aumento de su participación en las tareas del hogar y en el cuidado de los menores para apoyar a las mujeres adultas, mismas que han ido insertándose cada vez más a la fuerza de trabajo y requieren del apoyo de los demás miembros de la familia para compatibilizar los roles domésticos con los laborales (Rendón, 2004; Giorguli, 2006).

Ello tendría como telón de fondo las escasas oportunidades de desarrollo que la sociedad brinda a sus jóvenes, así como la persistencia de los roles y de la división tradicional del trabajo que contribuyen a formar las expectativas de los padres respecto a lo que deben hacer los hijos durante y después de la adolescencia (Rendón, 2004; Giorguli, 2006).

Contrastando con lo anterior, se registró el crecimiento de la matrícula en los niveles superiores de la educación formal,¹⁹ lo que mostró avances en el sistema escolar, aunque siempre con rezagos²⁰ y demandas insatisfechas en la calidad del servicio educativo.

Ante este panorama educativo, si bien ya en la década de los noventa más personas contaban con mejores niveles educativos, aún así la expansión educativa no había respondido a los requerimientos del sistema económico, ni era resultado de una política planificada de desarrollo social y económico orientado hacia la equidad y la competencia, por lo que seguía existiendo un alto grado de contradicción y antagonismo entre grupos sociales. Ya que la educación había servido sólo como un mecanismo de “fuga hacia adelante” en el que, cuando un grupo inferior accedía a la educación primaria, el siguiente se desplazaba a la educación media y el subsiguiente a la educación superior, dificultándose así el acceso pleno de la

¹⁹ Muñoz y Suárez (1994) explican cómo la expansión de la matrícula universitaria en muchas ocasiones pudo haber obedecido a la necesidad de retrasar la entrada de los jóvenes al mercado de trabajo y de reducir las presiones sociales de la población juvenil que todavía por inercia demográfica crecía durante esos años y que solicitaba dichos servicios, por lo que su ampliación no siempre se tomó en función del proyecto educativo plasmado en la Constitución ni de las necesidades económicas del país.

Asimismo, estos autores refieren que el número y la proporción de las personas que logran avanzar a niveles de escolaridad superior ha crecido a un ritmo acelerado, en tanto que en la educación básica todavía persiste un amplio conjunto poblacional que no ha logrado concluir este nivel educativo, fenómeno que es denominado como la “polarización de la escolaridad” (Muñoz y Suárez, 1994).

²⁰ Para 1990 la proporción de niños de 12 a 14 años que había logrado terminar la primaria a tiempo era apenas del 63%, por lo que seguía existiendo un alto porcentaje que no concluía este nivel en las edades en que se esperaba lo hiciera (Mier y Terán y Rabell, 2001).

escolaridad para el total de la sociedad y el ejercicio de las capacidades adquiridas en la escuela (Muñoz y Suárez, 1994).

Por lo que la expansión lineal del sistema educativo no sólo ha beneficiado principalmente a los ya favorecidos, sino que ha producido otros efectos contrarios a la igualación: la devaluación de la escolaridad ante el mercado de trabajo, que afecta sobre todo a quienes sólo logran obtener la primaria y la secundaria, y un crecimiento del sistema educativo que no ha estado determinado por las demandas de la economía y del desarrollo social (Latapí, 1985).

Además de las transformaciones económicas, laborales y educativas que México presentó, siguieron mostrándose amplios cambios en el panorama demográfico nacional como resultado del control de la fecundidad que desde la década de los setenta se registró. La TGF pasó de 6.1 hijos por mujer en 1974 a 2.5 hijos cerca de 1998 (Aboites, 2006). Las modificaciones en el comportamiento reproductivo han implicado el nacimiento de un menor número de hijos, así como una menor duración del proceso de procreación, los cuales han impactado en la dinámica de la formación y expansión de las familias mexicanas (Tuirán, 2002).

De igual manera, esta situación ha permitido que las mujeres no tengan que dedicar una gran parte de su vida a actividades relacionadas con la crianza de los menores como anteriormente lo hacían. Se estima que en 1995 eran 13 los años de vida fecunda que en promedio empleaban éstas en el cuidado de sus hijos menores de cinco años (CONAPO, 1995 en López y Salles 2000). No obstante lo anterior, como consecuencia del aumento de la esperanza de vida, la cual en 1990 se ubicó en 75 años para las mujeres y en 70 para los hombres, las personas en general vieron aumentados el número de años que podían esperar vivir en la condición de padres de un número más reducido de hijos. Por ejemplo, en el caso de las mujeres, entre 1970 y 1974 eran 42.5 años los que en promedio vivían en esta condición, en tanto que entre 1990 y 1994 este indicador había aumentado a 47.8 años (Zavala de Cosío, 1992; Tuirán, 2002; Zúñiga y Vega, 2004; Partida, 2005).

Estos cambios en la fecundidad también se reflejaron en la tasa de crecimiento del país, misma que en 1970 era del 3.6%, mientras que en 1990 fue del 2.6%, para situarse cerca del año 2000 en 1.3% (Zavala de Cosío, 1992; Zúñiga y Vega, 2004; Partida, 2005).

Mientras que en lo referente a la nupcialidad, para 1998 la mayor parte de las mujeres de la cohorte más joven, quienes ya se encontraban entre los 30 y los 32 años, ya habían contraído una primera unión y cinco de cada seis hombres de esta generación estaban casados (Samuel y Seville, 2005).

Asimismo, a partir de los años noventa se reporta que la edad media a la primera unión de las mujeres se situó en 22.2 años, lo que muestra un importante cambio en dicho indicador, ya que todavía hasta 1980 esta edad se había encontrado en los 21 años, en tanto que para los hombres la edad promedio se mantuvo en 24 años desde la década de los treinta, mostrando una estabilidad en su calendario nupcial. Con estos datos es posible observar que las mujeres postergaron sus uniones en 1.2 años en promedio entre 1980 y 1990 (Quilodrán, 1993; López y Salles 2000; Samuel y Sebille, 2005).

Al aumento de la edad a la primera unión de la mujer se le vincula con transformaciones en otras esferas personales tales como el retraso del inicio de su vida reproductiva y una mayor participación dentro de los recintos escolares y los espacios laborales una vez que se ha concluido con la educación formal (López y Salles 2000).

Las etapas de inicio de la vida reproductiva de la población mexicana se modificaron lentamente, marcadas sobre todo por la postergación de la edad de las mujeres a la primera unión, así como por una anticoncepción cada vez más frecuente y precoz durante las uniones. Entre las mujeres de la cohorte joven el ritmo de entrada en unión y a la vida fecunda fue más lento, sin embargo una vez iniciada esta transición, ambos eventos se sucedieron rápidamente en el tiempo. Por ello, en esta generación es mucho más frecuente que en la intermedia, la secuencia marcada por la primera unión, el nacimiento de uno o varios hijos y luego el uso de la anticoncepción como forma para limitar la familia. Aunque también aumentó el uso de la anticoncepción después de la unión pero antes del nacimiento del primer hijo (Brugeilles y Samuel, 2005).

Debido al retraso de la edad a la primera unión conyugal de las mujeres la brecha de edades entre los cónyuges se redujo al pasar de 3 a 2.5 años entre 1970 y 1997 (López y Salles 2000; Quilodrán, 2001). En una encuesta realizada por López, Salles y Flores²¹ (1999 en López y Salles 2000) se reporta que la población en general opinaba que la diferencia de edades entre los cónyuges debería ser de 1.8 años en promedio, aún cuando las generaciones mayores tenían una opinión favorable a una distancia mayor entre los esposos. Entre las expectativas de las mujeres acerca de los atributos que su pareja matrimonial debía poseer estaban el que él fuera mayor que ellas, soltero, sin hijos de otra relación y con mejor preparación o posición social que ellas. En tanto que para los hombres algunas de estas

²¹ Esta encuesta formó parte del proyecto denominado *Observatorio de la Situación de la Mujer en México* realizado en 1999. Fue aplicada a nivel nacional y tuvo como propósito recoger las percepciones de la población mexicana sobre la condición de la mujer desde el enfoque de género. Los resultados de este estudio fueron publicados en el año 2000 por López, Salles y Flores.

variables operaron en sentido inverso, tal como la edad, el nivel educativo y la posición en el empleo.

Por otra parte, la conformación de las uniones matrimoniales para 1990 se distribuyó de la siguiente forma:

Cuadro 6. Distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo en el año censal 1990. (Porcentaje)²²

Estado civil	Solteros	Matrimonio civil	Matrimonio civ. y rel.	Matrimonio religioso	Unión libre	Viu-dos	Divorciados	Separados	Total
Mujeres	36.3	12.6	34.8	2.3	8.5	2.7	1.1	1.9	100
Hombres	36.8	13.4	37.0	2.4	8.7	0.7	0.5	0.6	100

Fuente: Quilodrán, *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México, 2001, cuadro 3.1, pp. 132.

Comparando estos datos con los de 1980 (véase cuadro 4) se observa que en 1990 existió un mayor número de solteros de ambos sexos. De igual forma, el matrimonio civil continuó aumentando entre mujeres y varones, el civil y religioso mostró un leve descenso y el matrimonio únicamente religioso presentó valores cada vez más bajos, lo cual indica que este último es el que más vio disminuido su poder de convocatoria tanto entre las mujeres como entre los hombres, aun cuando la población más que eliminarlo del panorama nupcial lo integró al esquema de la sanción civil, buscando compatibilizar ambos preceptos. La unión libre se conservó en menos del nueve por ciento de la población, mientras que la viudez, cada vez más escasa, siguió disminuyendo, el porcentaje de separados se mantuvo y el de divorciados aumentó levemente entre 1980 y 1990. Estas categorías, aunque escasas en sus números, afectaron mayormente a las mujeres (Quilodrán, 2001).

Por su parte la proporción de célibe a los 50 años para 1990 muestra que el 5.5% de los hombres y el 7.1% de las mujeres se encontraban en esa situación. Al respecto Quilodrán (2001) afirma que el celibato femenino definitivo se ha mantenido alrededor del 7% entre 1970 y 1990, mientras que el masculino ha disminuido ligeramente al pasar de 6.3 a 5.5% entre esos años.

Además, la migración por estado civil, tanto interna como internacional, afectó las proporciones de solteros de uno y otro sexo y por tanto las probabilidades de casarse de hombres y de mujeres. Quilodrán (2001) considera que en el caso de una migración selectiva, ya sea mayoritariamente soltera o en mayor número unida conyugalmente, los efectos que tendrán sobre el mercado matrimonial y sobre las posibilidades de casarse que una persona tenga van a ser diferentes ya que el flujo migratorio modifica la estructura por estado civil de

²² La categoría de los “no declarados” fue excluida.

las poblaciones de atracción o de expulsión, así como el balance de los mercados matrimoniales, sobre todo en las edades en que las primeras uniones son más frecuentes. Por lo que es posible afirmar que la importancia de la nupcialidad y de la migración está relacionada con el estado civil que predomina entre los migrantes, con la edad a la cual se produce esta migración y con el volumen que alcanza.

De esta forma, algunos estados de la república con emigración mayoritariamente masculina cuentan con un número superior de mujeres que de varones en edades casaderas, de ahí que éstos tiendan a unirse conyugalmente en mayor proporción que éstas, mientras que ellas permanecen solteras más tiempo o definitivamente no se casan.

En cuanto a las rupturas matrimoniales López y Salles (2000) reportan un aumento en la proporción de personas divorciadas o separadas a lo largo del tiempo, sobre todo en la última década del siglo XX, lo cual puede deberse al hecho de que se han modificado las actitudes sociales, familiares y personales hacia este hecho, lo que ha significado que las parejas pueden terminar una relación sin sufrir los estigmas sociales a los que antes se les sometía, situación que afectaba en mayor medida a la mujer.

Con este panorama de la realidad económica, laboral, educativa, nupcial y demográfica del país se cuenta con una perspectiva que permite situar las vidas de las tres cohortes de mujeres y de varones de este estudio a fin de comprender la complejidad, profundidad y diversidad de situaciones que dieron origen a sus transiciones y trayectorias laborales, escolares y conyugales a partir de la segunda mitad del siglo XX. En el siguiente capítulo se verán los sustentos teóricos que, junto con la perspectiva histórica, permiten realizar el análisis de tales transiciones.

CAPÍTULO II

Marco teórico conceptual

El propósito de este capítulo es establecer los ejes teóricos que permitan analizar las transiciones de salida de la escuela, el inicio de la vida conyugal y la primera entrada estable al mercado laboral para tres cohortes de mujeres y de varones y para dos estratos. Con el planteamiento de los marcos teóricos del curso de vida, la perspectiva de género y de la desigualdad social se está en posibilidades de realizar un estudio del cambio social de estas transiciones y de sus trayectorias.

Para ello el capítulo se encuentra dividido en tres secciones, en la primera se presentan los principios y conceptos básicos relacionados con el enfoque de curso de vida, el cual es el marco teórico principal de este estudio. En una segunda parte se hace un breve recuento de algunas de las diferentes propuestas que existen para estudiar la desigualdad socioeconómica. En tanto que en un tercer apartado se expone de manera general la perspectiva de género, la construcción de la categoría de “género”, las dificultades teóricas que este concepto llega a representar para el análisis de las desigualdades entre mujeres y hombres y algunas de sus aportaciones teóricas y conceptuales a las ciencias sociales.

1. Enfoque del curso de vida

El curso de vida representa un concepto multidimensional y una perspectiva teórica. Como concepto, se refiere a una categoría de vida imbricada en las instituciones sociales y sujeta al cambio histórico. El curso de vida individual es multidimensional debido a que se mueve a través de diferentes escenarios de vida, con la asunción de múltiples roles. Su planteamiento alude a un conjunto de carreras o trayectorias²³ vinculadas a la edad, mismas que son conformadas por secuencias de eventos y transiciones sociales (Elder, 1975; Elder, 1985; Elder y M. O`Rand, 1995; Cohler y Hostetler, 2003; Settersten, 2003).

Como una orientación teórica el curso de vida ha definido un campo común de investigación, proporcionando un marco que guía las investigaciones en términos de identificación y formulación del problema, selección de variables, justificaciones, estrategias

²³ Las carreras o trayectorias aluden a ámbitos tales como el laboral, educativo, residencial, matrimonial y parental.

de diseño y análisis de diversas problemáticas sociales interrelacionadas con el cambio social (Elder y M. O`Rand, 1995; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

El desarrollo del concepto y aproximación teórica del curso de vida se ha fortalecido gracias al renovado interés por estudiar el cambio social y su interrelación con la vida individual que en los últimos años ha surgido en los campos de la demografía y la sociología. Y ha crecido gracias al avance de los métodos, la recolección de los datos longitudinales y el planteamiento de nuevas investigaciones, así como por las contribuciones técnicas de los modelos de historia de eventos (Elder, 1985).

Uno de sus objetivos es guiar la investigación de vidas humanas dentro del contexto socio histórico para entender el impacto diferencial que tiene el cambio social en la vida de las personas. Para ello, ubica a los individuos en un lugar determinado y en un tiempo histórico a través de su cohorte de nacimiento, esto le permite considerar el impacto de los eventos y circunstancias históricas en las vidas individuales, familiares y comunitarias, las cuales son mutuamente dependientes en el proceso del cambio social (Elder, 1985; Elder y M. O`Rand, 1995; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

La teoría del curso de vida desea entender los patrones sociales, los efectos de su desarrollo, el cambio de los mismos y su relación con las condiciones socio históricas y personales (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003). Para ello se enfoca en el proceso del desarrollo individual y en el entendimiento de la relación que guarda la biografía personal con las estructuras histórico-sociales del desarrollo humano, ya que conjunta a ambos en su análisis (Modell y Hareven, 1978; Elder, 1975; Elder, 1987; Elder y M. O`Rand, 1995).

Este marco facilita el estudio de las trayectorias y transiciones de los individuos inmersos dentro de una compleja configuración de roles y estatus desempeñados dentro de diferentes dominios institucionales,²⁴ como pueden ser la escuela, la familia y el trabajo. De igual manera, permite el estudio del calendario, la duración,²⁵ el espaciamiento y el orden de las transiciones a la vida adulta (Modell y Hareven, 1978; Elder, 1975; Elder, 1987).

²⁴ El dominio del curso de vida se refiere a una esfera institucional, un campo de actividad, pertenencia o participación dentro del cual los individuos pueden ser observados en cualquier momento en el tiempo (Tuirán, 1999).

²⁵ El espacio de tiempo entre transiciones es conocido como duración (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

1.1 Principios del curso de vida

Para su mayor comprensión el curso de vida ha resumido en cinco principios su campo de estudio, mismos que Elder, Kirkpatrick y Crosnoe (2003) enuncian y otros investigadores complementan. Éstos son:

a) El principio del desarrollo del lapso de vida: el crecimiento humano y el envejecimiento son procesos de toda la vida.

Este planteamiento afirma que el desarrollo no termina a determinada edad, ya que se inicia con el nacimiento y culmina con la muerte, por lo que los comportamientos y la personalidad humana no están determinados de una vez y para siempre en las etapas tempranas de la vida, sino que más bien son maleables a lo largo de la misma.

Así, los individuos continúan experimentando cambios fundamentales en las áreas psicológicas, biológicas y sociales, estando expuestos a adquirir nuevas pautas de conducta en todo momento, así como a adoptar ideas y valores diferentes a los adquiridos en la primera parte de su vida, pautas que los llevarán a transformar su forma de pensar y de actuar dependiendo de sus circunstancias individuales y sociales y de sus motivaciones personales.

b) Por su parte, el principio de la agencia señala que las personas construyen su propio curso de vida, realizando elecciones y acciones tomadas dentro de oportunidades y circunstancias históricas y sociales constreñidas.

Los adultos tienen una historia de vida y experiencias, por lo que en cada transición interpretan las nuevas circunstancias en términos de su conocimiento previo y elaboran su adaptación, por lo que no actúan pasivamente dentro de la influencia social y de las constricciones estructurales, sino que hacen elecciones y compromisos basados en las alternativas que perciben tener. Esta postura retoma a la persona como un ente activo y protagonista de su vida, aún en medio de opciones restringidas de acción (Modell y Hareven, 1978; Elder y M. O`Rand, 1995; Tuirán, 1999).

Sin embargo, si bien la persona está en posibilidad de elegir su actuar, también es cierto que se encuentra relativamente limitada por determinados condicionamientos sociales y aún biológicos que le marcan ciertos tiempos para ir construyendo las acciones que conformarán su vida (Modell y Hareven, 1978; Elder y M. O`Rand, 1995; Tuirán, 1999). Por lo que los individuos gozan de una libertad de elección y acción pero siempre circunscrita a sus condiciones particulares de vida.

De igual manera, este principio pone interés en evitar el determinismo y en minimizar la conceptualización de las personas como seres completamente racionales al demostrar que

si bien pueden buscar actuar racionalmente, dicho comportamiento nunca lo será al cien por ciento ya que no cuentan con la información suficiente para hacer complejos cálculos acerca de los costos y los beneficios sobre las diferentes opciones con que cuentan (Marshall y Mueller, 2003).

c) Aunado al anterior, el principio del tiempo y del lugar afirma que el curso de vida individual se encuentra imbricado y formado por el tiempo histórico y por el lugar en que las experiencias de vida de las personas se realizan.

Ya que un lugar no sólo contiene una localización geográfica, sino también es portador de formas materiales y culturales que lo caracterizan y por tanto de significados y valores, por lo que un mismo evento histórico o cambio social puede diferir en sustancia y significado a través de diferentes lugares, regiones o naciones.

d) En tanto que el principio del lapso del tiempo o “*timing*” pone atención a los antecedentes del desarrollo y en las consecuencias de las transiciones, los cuales varían acorde con el tiempo de vida de la persona.

Por tal, un evento idéntico afecta de manera diferencial a los individuos dependiendo de su edad, de la etapa de su vida y de sus circunstancias personales, familiares y sociales en que se encuentren, es decir, de acuerdo a su calendario de vida. Así, las sucesivas cohortes encaran un mismo hecho o cambio social en diferentes etapas de la vida y son consecuentemente influidos de diferente manera por ellos (Elder, 1975).

Dentro de este principio se señala también la existencia de expectativas sociales acerca del momento en que ciertos eventos sociales tales como el matrimonio, la entrada al mercado laboral o la salida de la escuela deben ocurrir, presentándose en ocasiones sanciones, formales o informales, de no seguir el individuo las pautas socialmente establecidas (Marshall y Mueller, 2003).

e) El principio de las vidas interconectadas hace mención al hecho de que las personas viven en interdependencia con otros y su estructura conecta un proceso de autodesarrollo personal.

Las vidas unidas son un producto de los vínculos intergeneracionales y de la transmisión social. Asimismo, las influencias sociohistóricas a las que los individuos están sujetos se ven expresadas a través de sus relaciones interpersonales, por lo que las situaciones vividas por un individuo llegan a afectar el desarrollo y la armonía de los grupos a los que pertenece (Elder y M. O`Rand, 1995).

Este principio hace referencia a la relación mutuamente influyente que el sujeto sostiene con la sociedad, en donde las instituciones sociales fungen como instancias estructuradoras de comportamientos y actitudes, pero al mismo tiempo son estructuradas por

las acciones de grupos e individuos, lo cual supone una relación activa entre la persona y su entorno, en donde ambos confluyen y se modifican permanentemente (Tuirán, 1999).

En síntesis, estas bases permiten entender de forma holística la vida individual dentro de un tiempo y lugar determinados y a través del contexto del cambio social.

1.2 Cohorte y generación

El enfoque de curso de vida afirma que la forma de pensar el mundo social de las personas va a depender en gran parte de sus condicionantes socio históricos, marcadas por el tiempo en que nacieron y vivieron sus primeros años, por tal es que los conceptos de cohorte y de generación toman gran relevancia, sin embargo es común que se tienda a emplear ambos conceptos como sinónimos sin considerar sus diferencias.

La cohorte es un grupo de personas que han compartido algunas experiencias críticas durante el mismo intervalo de tiempo. Para determinar la cohorte existe un evento o experiencia en común que la define, tal como el nacimiento, el matrimonio o la entrada al colegio, en un mismo periodo de tiempo. En demografía el evento por excelencia en que mayormente se emplea este término es referido a las cohortes de nacimiento, que son aquellas que nacen en un mismo año o conjunto de años (Alwin, y McCammon, 2003).

Los miembros de una cohorte de nacimiento enfrentan una misma historia social, con eventos, oportunidades y límites dados por la sociedad en un momento determinado. Las personas de una cohorte se socializan dentro de un tiempo histórico común y están expuestas a ideas similares sobre el mundo y sobre las relaciones sociales, laborales, nupciales y educativas (Alwin, y McCammon, 2003).

Asimismo llegarán a la adolescencia, juventud, adultez y vejez en los mismos tiempos, requiriendo de una serie de satisfactores que variarán en los distintos tiempos y que crearan demandas diferentes según el momento del desarrollo humano en que como grupo etario se encuentren. A su vez, encaran la experiencia de la cohorte en sí misma, esto es los aspectos distintivos de la misma tales como su tamaño y nivel de escolaridad (Alwin, y McCammon, 2003).

Si bien el concepto de cohorte permite observar cambios sociales sucedidos en un determinado momento para un conjunto de personas, es importante aclarar que los individuos de una cohorte no viven de manera igual un mismo suceso, ya que ello depende también de su posición socioeconómica y del género al que pertenecen, entre otros factores de distinción.

Por otro lado, la generación es un concepto que tiene más de un significado, por una parte se refiere al parentesco, por lo que tiene un componente biológico dado por la relación que tiene un individuo con sus ancestros, por ejemplo, entre padres e hijos. Como un término que denota relaciones de parentesco, la generación consiste en una etapa o grado en la línea natural de descendencia. Así, este concepto alude al reemplazo generacional, el cual se da comúnmente dentro de las familias (Alwin, y McCammon, 2003).

Una noción más social se refiere al grupo de personas que tienen una autoconciencia de identidad en virtud de haber experimentado al mismo tiempo, un mismo evento o eventos históricos en sus vidas, como por ejemplo un movimiento político, cultural o ideológico que les marcó la forma de ver la vida y a la sociedad. Sin embargo, es necesario aclarar que las generaciones pueden estar compuestas por individuos pertenecientes a distintas cohortes de nacimiento (Alwin y McCammon, 2003).

Otra forma de referirse a la generación tiene que ver con las personas que nacieron en el mismo tiempo, que comparte una cultura distintiva o una identidad en virtud de haber experimentado el mismo evento histórico en aproximadamente el mismo tiempo en sus vidas. Por tal, comprensiblemente se confunde el concepto de generación con el de cohorte (Alwin y McCammon, 2003).

En un sentido laxo Alwin y McCammon (2003) admiten el uso de todos los significados antes dados a la generación, ya sea usándolo en un sentido genealógico dentro de la línea de la descendencia familiar, o también en una acepción histórica cuando se enfoca en hablar de un grupo de personas que comparten una cultura distinta y una autoconciencia e identidad al haber experimentado los eventos históricos en el mismo tiempo en sus vidas. Aunque estos autores hacen notar que el concepto de generación implica mucho más que diferencias de cohorte.

Contrario a la cohorte, la generación no es fácilmente medible, por tal, es más bien un asunto de calidad y no de grado y sus límites no pueden ser fácilmente identificados, particularmente sin el contacto de un conjunto particular de cuestiones analíticas que contribuyan a delimitarla (Alwin y McCammon, 2003).

Una acotación que debe hacerse respecto a los estudios que emplean a la generación como categoría de estudio es que éstos analizan la influencia familiar y la relación entre generaciones, por lo que no se encuentran interesados en distinguir los efectos de la edad y de la cohorte en las diferencias generacionales, cosa que si realizan los estudios que emplean a las cohortes (Elder, 1975; Alwin y McCammon, 2003).

Las investigaciones sobre diferencias generacionales ven los procesos de transmisión entre padres y su descendencia y tiene su tradición en el análisis de la movilidad y de la estratificación social, pero tienden a dejar de lado la realidad del contexto histórico, por lo que es inapropiado y engañoso inferir algo del cambio social de tales datos intergeneracionales como si ellos representaran diferencias de cohorte. Ya que mientras la generación de hijos puede representar una cohorte de nacimiento, la de los padres no necesariamente lo será, debido a las diferencias individuales en la fecundidad que cada cohorte presenta (Elder, 1975; Alwin y McCammon, 2003).

El enfoque del curso de vida permite la utilización del estudio de una o varias cohortes a las cuales se les sigue a lo largo del tiempo a fin de observar cómo se van dando sus diferentes transiciones en su vida y la conformación y apego o no a las trayectorias de vida, tanto normativas como alternas, pudiéndose establecer con ello el orden de las transiciones de éstas personas. Sin embargo, se debe tener cuidado en no caer en la llamada falacia de cohorte, misma que asume que los miembros de las distintas cohortes actuarán de igual manera que los de la cohorte analizada, ya que cada persona y cohorte estarán respondiendo a diferentes tiempos sociales, históricos y familiares, así como a sus respuestas individuales y a sus subjetividades (Borgatta y Montgomery, 2000).

1.3 Efectos de cohorte y efectos de periodo

La evolución individual y el cambio social es un interés permanente del curso de vida, ya que existe una conexión entre ambos aspectos debido a que las personas se transforman y a la vez permanecen estables después de un temprano periodo de socialización. Los cambios en las personas ocurren en primera por el envejecimiento, el cual es un proceso que inicia desde temprana edad y se da en combinación con mecanismos biológicos, psicológicos y sociales (Alwin y McCammon, 2003).

Una segunda fuente de cambios individuales viene de las respuestas de las personas a los eventos históricos y a los procesos sociales, pudiéndose distinguir dos tipos de efectos: de periodo y de cohorte.

La influencia histórica toma la forma de efecto de periodo cuando los resultados del cambio social son relativamente uniformes a través de las sucesivas cohortes de nacimiento. Es decir cuando la sociedad entera es atrapada y afectada por un conjunto de eventos históricos, tales como una guerra o una depresión económica, los cuales producen un cambio

generalizado (Elder y M. O`Rand, 1995; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003; Alwin, y McCammon, 2003; Cohler y Hostetler, 2003).

Por su parte, el efecto de cohorte se refiere a la existencia de cambios históricos que afectan diferencialmente las vidas de las distintas cohortes que componen a un mismo país o lugar geográfico (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003). Alude a las experiencias formativas diversas que a lo largo de la vida comparten los miembros de una o de un grupo de cohortes de nacimiento contiguas y que los marca de manera característica y singular. Asimismo, hace alusión al impacto que los eventos históricos y los procesos sociales tienen sobre las vidas individuales de manera persistente (Alwin, y McCammon, 2003).

El efecto de cohorte refleja el impacto diferencial que un evento histórico tienen sobre determinada cohorte dependiendo del punto en el curso de vida en que las personas se encuentren cuando el evento es experimentado, así como a la interpretación de eventos dependiendo de la membresía a una cohorte particular (Cohler y Hostetler, 2003).

Este tipo de efectos comúnmente son asociados a las cohortes jóvenes, sin embargo no son privativos de ellas, ya que cada una encara un evento histórico o cambio que la marca distintivamente. El siguiente paso es demostrar cuál es el proceso por el cual sucesivas cohortes de nacimiento son diferencialmente influenciados por fuerzas históricas particulares. Para responder esta pregunta es importante reconocer la heterogeneidad de cada una y el impacto de la experiencia histórica sobre las vidas individuales de estos grupos sociales (Elder y M. O`Rand, 1995; Alwin y McCammon, 2003).

Se considera que la reacción de algunas cohortes a sus experiencias históricas con el paso del tiempo puede llegar a ser un patrón normativo, que una vez racionalizado por la sociedad, influye en la vida de las cohortes posteriores. Existe una fina línea entre lo que debe ser considerado como un efecto de cohorte y uno de periodo, pero ello es frecuentemente determinado por quién es afectado por los eventos en cuestión. Sin embargo, ambos efectos constituyen evidencias de la influencia histórica sobre los individuos y sobre la forma en cómo éstos realizan sus diversas transiciones y trayectorias (Elder y M. O`Rand, 1995; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003, Alwin y McCammon, 2003).

1.4 Transiciones y trayectorias

La dinámica del curso de vida tiene lugar en la interrelación entre transiciones y trayectorias, mismas que pertenecen a un proceso longitudinal común en donde las primeras dan idea del

corto alcance mientras que las segundas se orientan al largo plazo (Elder, 1985; Tuirán, 1999; Ariza, 2000).

El curso de vida conlleva múltiples trayectorias en los ámbitos educativos, laborales, familiares y residenciales, las cuales están marcadas por una secuencia de transiciones. Estos caminos son conformados por fuerzas históricas y por instituciones sociales. Los individuos tienden a elaborar su propio curso de vida y sus trayectorias con relación a los caminos institucionalizados y los patrones normativos de la sociedad en que se desarrollan. Sin embargo, las trayectorias no indican la dirección, grado o velocidad de cambio del curso de vida (Elder, 1985; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

Las transiciones están imbricadas en las trayectorias, dándoles formas distintivas y significados (Elder, 1985). Dicho de otra forma, las trayectorias están compuestas por transiciones o por cambios de un estado o rol a otro (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

Una transición implica la ocurrencia de eventos cruciales en la vida de las personas, mismos que son creados y reconocidos por la sociedad. Por ello mismo, envuelven cambios en el estatus o identidad de la persona a nivel individual y social y abren oportunidades para los cambios de conducta a lo largo de la vida (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003). Las transiciones se refieren a los cambios en un estado, tal como empezar a trabajar, salir de un trabajo, casarse, dejar la escuela o iniciar una vida residencial independiente de los padres, entre otros aspectos (Elder, 1987).

Algunos eventos se encuentran graduados por la edad, tal como el matrimonio, mientras que otros, como el divorcio, no tienen relación con la edad. Asimismo, algunas transiciones pueden no ocurrir (Elder, 1985; Tuirán, 1999). A su vez, las transiciones involucran movimientos al interior o entre dominios institucionales específicos, así como la separación de o la integración a esferas particulares de actividad y en alguna medida el rechazo, la adaptación o aceptación de una nueva configuración de roles y estatus (Tuirán, 1999).

Todas las transiciones envuelven una salida de un rol social determinado y una entrada a un nuevo rol. Por lo que en la literatura es común considerar que si la persona realiza una salida problemática de un rol, ello tenderá a incrementar el riesgo de tener una entrada difícil al siguiente. Por ejemplo, una salida temprana de la escuela muy probablemente afectará el ingreso precario de las personas al mercado laboral (Elder y M. O`Rand, 1995).

Ciertas transiciones pueden llegar a ser importantes puntos de inflexión (*turning points*) en la vida de las personas, obligándolas a re-direccionar sus trayectorias. Para evaluar

los efectos de los puntos de inflexión se debe tomar en consideración la naturaleza de los eventos o transiciones, su severidad, los recursos, creencias y experiencias de las personas, así como las situaciones y los resultados surgidos de las alternativas disponibles (Elder, 1985).

Por otra parte, el eje central de la perspectiva del curso de vida es la visualización de la vida personal como un proceso dinámico estructurado por, y a la vez estructurante, de las diversas trayectorias que el individuo sigue en los distintos ámbitos o dominios en los que se mueve a lo largo de su vida (Camarena, 1999).

Si bien es común hablar de trayectorias de vida dentro de este marco teórico, existe quien considera que el concepto de sendero (*pathway*) es un término más exacto que el de las trayectorias, para describir una serie particular de transiciones que un individuo hace y que lo alienta fuertemente a tomar una ruta para ir de un lugar a otro (Hogan y Astone, 1986). Sin embargo, en esta investigación se empleará el término de trayectorias para referirse principalmente a la conformación de la secuencia temprana de vida, compuesta por tres transiciones: la salida de la escuela, el ingreso al primer trabajo y el inicio de la vida conyugal de las personas, cualquiera que sea su orden.

1.5 El significado social y el uso de la edad dentro del curso de vida

La edad, como una construcción social, contribuye a diferenciar el curso de vida y es importante desde la perspectiva de las sociedades, los grupos y los individuos. En la mayoría de las sociedades occidentales, el curso de vida está, al menos parcialmente, diferenciado por la edad, con roles sociales y actividades asignados sobre la base de la edad o de un periodo de la vida (Settersten, 2003).

Para la sociedad el significado y uso de la edad va de lo formal a lo informal y de lo macro a lo micro. Dentro de lo formal, la edad subyace en la organización de la familia, la educación, el trabajo y las organizaciones e instituciones. Muchas leyes, políticas, estructuras, responsabilidades y derechos se basan en la edad, ya sea a través de reglas explícitas o de juicios implícitos sobre la naturaleza de un periodo particular de la vida (Settersten, 2003).

Asimismo, la edad puede estar vinculada de manera informal a las conductas o al calendario de lo que en esa sociedad se considera apropiado para ciertas transiciones, experiencias y roles (Settersten, 2003).

De acuerdo con la teoría, las expectativas por edad definen tiempos apropiados para la mayoría de las transiciones dependiendo de la etapa de la vida en que las personas se

encuentren. Ello a su vez varía según sea la sociedad de la que se hable. Dentro de cada colectividad existe una edad apropiada para cada transición, y conforme las personas se mueven en la estructura por edad se les hace saber si están realizando a tiempo dicha transición o rol, o por el contrario, si lo han hecho muy temprano o muy tarde, valiéndose para ello de un sistema informal de recompensas y sanciones (Elder, 1975; Elder, 1985).

El grado de estructuración de la edad varía según las esferas de la vida, ya que los ámbitos educativos y laborales están especialmente estructurados por la edad y por el tiempo, mismos que calibran formalmente los movimientos o etapas dentro de estas instituciones. En tanto que la esfera familiar no se encuentra tan estructurada, ya que la experiencia de tiempo en la familia es más contingente y menos predecible que las otras esferas (Settersten, 2003).

Tres conceptos que son comúnmente relacionados con la edad son la cronologización, la institucionalización y la estandarización del curso de vida. La cronologización de la estructura por edad indica una serie de pasos a través de los cuales transcurre la vida según sea la edad de la persona y la etapa del desarrollo humano en que se encuentre: niño, adolescente o adulto. Asimismo, indica cómo debe ser cada una de estas etapas (Settersten, 2003).

En tanto que la institucionalización se refiere a las formas en las cuales el curso de vida es estructurado por las organizaciones, las instituciones y por el propio Estado. Por su parte, la estandarización se refiere a la regularidad de los patrones de vida de las personas y es un resultado directo de la cronologización y de la institucionalización (Settersten, 2003).

Sin embargo, hoy en día existen evidencias que sugieren que el curso de vida ha llegado a ser más flexible en su organización y experiencia, por lo que también se puede hablar de la decronologización, desinstitucionalización y desestandarización de la vida, sino para todas las personas, si para determinados grupos sociales y cohortes de nacimiento (Settersten, 2003).

1.6 Modelo normativo del curso de vida

Dentro del curso de vida se ha llegado a discutir sobre la existencia de un modelo normativo o de un reloj social, el cual especifica una edad apropiada para las transiciones importantes de la vida, con normas que marcan un calendario individual adecuado para la mayoría de éstas. Para ello se asume que estas normas son apoyadas por sanciones informales que marcan cuando la transición a un rol ocurre muy temprano o muy tarde (Elder, 1975; Mooney, 1984; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

Algunas transiciones son más fuertemente sancionadas que otras, además de que el grado de penalización cambia en el tiempo (Modell y Hareven, 1978). De igual forma, cada sociedad impone sus propios tiempos normativos y las personas los internalizan. Estos calendarios estructuran la forma en la que los individuos conciben el desarrollo y planean e interpretan su propio curso de vida, pudiendo llegar a alterar el calendario de salida o entrada a otros roles (Elder, 1975; Hogan y Astone, 1986; Cohler y Hostetler, 2003).

Para que existan las normas sociales éstas deben estar prescritas contra cierta conducta o rol, de igual forma, debe haber consenso acerca de estas reglas y deben estar reforzadas por varios mecanismos de control social, particularmente a través de sanciones positivas o negativas. Mismas que pueden ser informales, tales como la persuasión, o formales, como pueden ser las políticas, legales o económicas (Settersten, 2003).

Si bien no todas las personas realizan sus transiciones y trayectorias de forma normativa, esta línea de investigación dentro del curso de vida ayuda a demostrar la enorme diversidad de vidas, y cómo las normas sociales dan significado y afectan las trayectorias individuales (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

No obstante ello, se debe tener cuidado de no confundir los resultados estadísticos con las normas sociales, ya que existe una tendencia general a asumir la presencia de pautas universales a partir de medidas de tendencia central y así ignorar la variabilidad de códigos dentro de los subgrupos (Mooney, 1984).

Ya que más que hablar de una sola norma social se debe considerar la existencia de diversas, las cuales varían por subgrupos y en el tiempo (Mooney, 1984; Settersten, 2003). Pues de lo contrario se puede llegar a encontrar dentro de las investigaciones que las personas con niveles socioeconómicos extremos, muy bajos o muy altos, actúan de manera no normativa con más frecuencia que aquellas con un nivel socioeconómico promedio. Y la explicación probablemente no sea que se ajustan menos a las pautas sociales, sino que se ajustan más a las expectativas de su propia clase social (Modell y Hareven, 1978; Mooney, 1984).

Asimismo, los calendarios normativos varían por género, reflejando diferencias culturales generalizadas en la estratificación por edad de los hombres y de las mujeres (Hogan y Astone, 1986). Lo anterior pone de manifiesto que los miembros de una cohorte no están uniformemente expuestos al cambio, ya que el género y el nivel socioeconómico, entre otras categorías, también tienen una participación activa en la conformación de las transiciones y trayectorias de las personas (Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

Por tal, es indispensable realizar estudios que contemplen dichas diferenciaciones, con categorías que incluyan el nivel socioeconómico, el género, la residencia rural o urbana, la etnicidad o el nivel educativo de las personas a fin de dar cuenta de las variaciones sociales dentro de una misma cohorte y entre cohortes, más que buscar precisar la existencia del modelo normativo dentro de una población dada (Elder, 1975).

1.7 Limitaciones de los estudios del curso de vida

Algunas restricciones en el estudio del curso de vida es que si bien este comprende una serie de transiciones, su análisis usualmente se ha restringido a una en el tiempo, debido a que las herramientas estadísticas disponibles tales como el análisis de historia de eventos solo permite el estudio de una a la vez, no siendo fácil conjuntarlas de una manera más holística, lo que a su vez dificulta hacer comparaciones en el tiempo y así poder validar la presencia de los cambios sociales (Hogan y Astone, 1986; Gauthier, 2007).

De igual forma, si bien el curso de vida ofrece herramientas conceptuales para entender el impacto colectivo del cambio social, se ha estudiado poco las variaciones intra cohorte, es decir las diferencias entre subgrupos de la misma cohorte (Hogan y Astone, 1986; Cohler y Hostetler, 2003). Además, en el análisis de la secuencia temporal de dos transiciones se debe tener en consideración que la presencia de una no necesariamente indica una relación causal con la otra (Hogan y Astone, 1986).

Para concluir con este apartado, es importante aclarar que aún cuando este tipo de análisis se ha enfocado en gran parte al estudio de las transiciones a la vida adulta, no sólo quedan acotados ahí sus temas de estudio, ya que situaciones como las jubilaciones, el desempleo, la migración, la viudez, el divorcio, las nuevas nupcias, los nacimientos subsecuentes al primero, la primera relación sexual y el uso de métodos anticonceptivos entre otros aspectos, pueden ser abordados bajo esta perspectiva, contribuyendo a la investigación de las vidas dentro de una sociedad cambiante, lo que permite observar cómo es que las personas se ven afectadas dependiendo de sus condicionantes personales y socioeconómicos.

2. La desigualdad socioeconómica: enfoques teóricos

Por su parte, la desigualdad²⁶ y la estratificación social han sido ampliamente abordadas desde diversas teorías y puntos de vista, siendo su sistematización un trabajo que va más allá del propósito de esta investigación. Por tanto, más que abundar en cada propuesta teórica, sólo se presentarán las ideas de los autores y de las corrientes teóricas que para efecto de este trabajo se considera contribuyen al análisis y entendimiento de las tres transiciones aquí estudiadas.

Para ello se abordan las ideas generales expuestas por Charles Tilly (2000) y por Amartya Sen (1992), así como las propuestas analíticas que en el área de los estudios de población se realizó en América Latina en los años setenta, además de la demografía de la desigualdad presentada por Alejandro Canales.

2.1 La desigualdad persistente

La propuesta de Charles Tilly (2000) sobre el estudio de la desigualdad social parte de la idea de que las desigualdades más importantes y significativas que subsisten entre los seres humanos responden principalmente a un sistema de distinción socialmente organizado entre categorías pareadas: hombre-mujer, blanco-negro, indígena-no indígena, pobre-no pobre, ciudadano-no ciudadano, entre muchas otras, que producen desigualdades persistentes que perduran en el espacio y en el tiempo.

Las categorías pareadas, consistentes en relaciones asimétricas a través de una línea divisoria socialmente reconocida, se reiteran en una amplia variedad de situaciones y su efecto corriente es la exclusión de una parte de cada red de los recursos controlados por la otra. Cuando se aplican estas categorías hacen un crucial trabajo organizacional, por lo que producen diferencias importantes y duraderas en el acceso a los recursos valorados (Tilly, 2000).

La desigualdad persistente entre categorías surge porque las personas que controlan el acceso a recursos productores de valor, referidos no sólo a la riqueza económica, sino al poder y a otras formas de beneficio social, resuelven problemas organizacionales acuciantes por medio de distinciones que se oponen (Tilly, 2000).

²⁶ En sentido sociopolítico se habla de la desigualdad cuando se refiere a bienes sociales susceptibles de ser distribuidos diferencialmente (Latapí, 1985).

Una clase determinada de desigualdad alcanza preponderancia en una gran población de dos maneras complementarias: o bien el par categorial en cuestión actúa en organizaciones que controlan recursos fundamentales que afectan el bienestar, y sus efectos se difunden desde allí; o bien se repite en muchas organizaciones similares, independientemente de su poder (Tilly, 2000).

Cuando muchas organizaciones adoptan las mismas distinciones categoriales, éstas alcanzan mayor difusión y son más decisivas en la vida social en general, contribuyendo a su persistencia en el tiempo y dentro de los distintos ámbitos sociales. Para que una desigualdad particular se perpetúe en el tiempo se requiere de la institucionalización de los pares categoriales por medio de organizaciones sociales. En una población dada, cuando más predominante y/o poderosa sea la organización que establece un par dado de categorías, más se difundirán las desigualdades entre los miembros de ambas (Tilly, 2000).

De esta manera, las distinciones categoriales locales, es decir las que privan en una sola organización social, ganan en fortaleza y disminuyen los costos de mantener la desigualdad cuando se asocian a categorías pareadas y desiguales ampliamente accesibles, mismas que ya privaban en el total de la sociedad, tales como las desigualdades de género (Tilly, 2000).

Por tal, Tilly (2000) considera que los mecanismos subyacentes a la desigualdad categorial no consisten en sucesos mentales, o en las diferencias dadas por los atributos y esfuerzos individuales, en los estados de conciencia o en las acciones autónomas de los sistemas sociales, sino que más bien actúan en los dominios de la experiencia colectiva y en la interacción social.

Para perpetuar esta desigualdad existen dos mecanismos denominados de explotación y acaparamiento de oportunidades. La explotación actúa cuando personas poderosas y relacionadas disponen de recursos valiosos que demandan trabajo, de los que extraen utilidades significativas, incrementadas mediante la coordinación del esfuerzo de personas ajenas a las que excluyen de todo el valor agregado por ese esfuerzo (Tilly, 2000).

El acaparamiento de oportunidades por su parte, actúa cuando los miembros de una red categorialmente circunscripta ganan acceso a un recurso que es valioso, renovable y está sujeto a monopolio, acaparándolo y urdiendo creencias y prácticas que sostienen su control (Tilly, 2000).

Otros dos mecanismos que complementan a la explotación y al acaparamiento de oportunidades son la emulación y la adaptación. La emulación es la copia de modelos

organizacionales establecidos y/o el trasplante de relaciones sociales existentes de un ámbito a otro (Tilly, 2000).

En tanto que la adaptación es la elaboración de rutinas diarias como la ayuda mutua, la influencia política, el cortejo y la recolección de información sobre la base de estructuras categorialmente desiguales. Ésta mantiene en su lugar los sistemas de desigualdad, a pesar de no desempeñar un papel importante en su creación (Tilly, 2000).

En conjunto, los cuatro mecanismos actúan mediante combinaciones de libretos y conocimiento local para interceptarse de diversas maneras, generando la desigualdad categorial. Así, la desigualdad persiste por dos razones: una vasta gama de circunstancias facilitan la explotación y el acaparamiento de oportunidades por parte de los miembros más favorecidos de una organización, dado que tienen los medios para mantener su ventaja, aún a costa de la ineficiencia global del sistema en el que funcionan (Tilly, 2000).

Y segundo, los costos de transacción de modificar las circunstancias presentes, agravadas por los efectos de la adaptación, plantean serios obstáculos a la adopción deliberada de nuevos modelos organizacionales, ya que cuando el cambio se produce o se fundan nuevas organizaciones, favorecen la incorporación de los modelos existentes en otros lugares (Tilly, 2000).

Por otro lado, las categorías pareadas en sí mismas no producen una desigualdad profunda y persistente, debido a que ello depende de su combinación con una segunda configuración: la jerarquía, es decir los lazos establecidos entre sitios sociales en que las conexiones son asimétricas. De esta manera, la desigualdad categorial obedece a la conjunción de un límite bien definido que separa dos sitios por un conjunto de lazos sociales asimétricos que conectan a los actores en ambos lados (Tilly, 2000).

Por estas razones, las desigualdades por raza, género, etnia, clase, edad, ciudadanía, nivel educacional y otros principios de diferenciación aparentemente contradictorios, algunas de las cuales se basan en características físicas y genéticas, se forman mediante procesos sociales similares y se les puede combinar, sustituir o intercambiar organizacionalmente dentro de límites fijados por libretos y por el conocimiento local previamente establecido (Tilly, 2000).

Los hogares, los grupos de parentesco y las comunidades locales de una población dada ocupan posiciones cruciales en la transmisión y perpetuación de la desigualdad por dos razones: primero porque se forman y cambian de acuerdo con principios similares, y segundo porque influyen intensamente en la reproducción biológica y social de dicha población. Dentro de ellas las distinciones por edad y género, si bien no separan linajes entre sí, si

influyen en la población al repetirse en casi todas las estructuras de cualquier escala de la sociedad, adquiriendo enormes caparazones culturales de lentos movimientos (Tilly, 2000).

Concluyendo con este planteamiento teórico, Tilly (2000) explica que la desigualdad siempre se encuentra en fluctuación, por lo que cualquier modelo unificado y fijo para tratar de explicarla corre el riesgo de caricaturizar una realidad dinámica, ya que tan sólo pinta un retrato de la interacción social y corre el riesgo de convertirla en un fenómeno unidimensional, por lo que se debe bosquejar un modelo que ponga de relieve los rasgos destacados de su objeto, pero que nunca se confunda con la realidad.

2.2 ¿Igualdad de qué?

Una siguiente propuesta sobre el análisis de la igualdad es la presentada por Sen (1992), mismo que se plantea la pregunta: ¿igualdad de qué? Esta cuestión descansa sobre el hecho empírico de la disimilitud física y de las habilidades mentales y debilidades de los seres humanos, así como sobre la vulnerabilidad epidemiológica, la edad, el género, el bienestar, la libertad social y las bases económicas que cada uno presenta. Es decir, las personas son heterogéneas por naturaleza al diferir en características internas y externas, así como en circunstancias, ambientes naturales y oportunidades de lo que puede o no hacer. Por ello, aún cuando se habla de que todos los hombres nacen iguales, se debe tener en cuenta que el efecto de ignorar las variaciones interpersonales puede ser un acto que promueva la desigualdad.

Una de las consecuencias de la diversidad humana es que la demanda de igualdad en términos de una variable implica una posible desigualdad en otros aspectos de la vida. Ello puede permitir y justificar la desigualdad a través de la igualdad. Asimismo, existe una multiplicidad de variables en términos de cuál igualdad debe ser analizada, tales como el ingreso, el bienestar, la felicidad, la utilidad, los recursos, la libertad, los derechos o la calidad de vida, lo cual lleva al problema de la elección de la variable focal a analizar (Sen, 1992).

De esta manera, una teoría que promulgue la igualdad en cierto aspecto puede no ser igualitaria con respecto a otra variable, lo que a su vez posibilita que dos perspectivas se contrapongan. Por lo que al tratar de tomar nota del total de la diversidad se podría caer en una confusión empírica, de esta manera se recomienda concentrarse en las más importantes, además de ser tolerantes con la desigualdad de las áreas consideradas como periféricas (Sen, 1992).

Ante esta situación Sen (1992) propone examinar la igualdad real de oportunidades a través de la igualdad de las capacidades. Entendiendo a la capacidad como un conjunto de vectores de funcionalidades que reflejan la libertad de una persona para vivir su vida de una manera u otra, es decir para elegir entre vidas posibles. Si el logro de las funcionalidades constituye el bienestar de una persona, entonces la capacidad de lograr todas las alternativas combinaciones de funcionalidades que una persona puede elegir tener constituirá la libertad de una persona, es decir la oportunidad real de lograr el bienestar.

Una segunda conexión entre el bienestar y la capacidad toma la forma directa de hacer un logro del bienestar en sí mismo, dependiendo de la capacidad de funcionar. La elección puede ser evaluada como parte de la vida y dar más riqueza a la misma. En esta visión, al menos algunos tipos de capacidades contribuyen directamente a hacer la vida de la persona más rica, con la oportunidad de reflexionar las elecciones (Sen, 1992).

Así por ejemplo, para comprender tanto la desigualdad de género, como la económica se puede recurrir a la comparación de las cosas que intrínsecamente importan, tales como las funcionalidades y capacidades, y no sólo los bienes o los recursos (Sen, 1992). De igual forma, la pobreza de capacidades puede llevar a la exclusión social y a la pobreza, vista ésta última como la falta de capacidad para vivir una vida decente mínima (Sen, 2000).

Para impedir dicha pobreza de capacidades Sen (2000) considera necesario evitar la exclusión de las personas del sistema educativo, del desarrollo humano, del sistema de protección social, del cuidado de la salud, del acceso a la tierra y a los micro créditos, así como del mercado laboral, ya que de no hacerlo se generan consecuencias adversas significativas en las personas y en los pueblos que perduran a través del tiempo y del espacio.

2.3 La propuesta latinoamericana sobre el estudio de las clases sociales

En demografía se ha buscado explicar desde hace varias décadas la existencia de la desigualdad y las diferencias de clase en Latinoamérica. Al respecto, destaca el enfoque basado en la aproximación histórico-estructural, mismo que surgió en la década de los setenta en respuesta al estudio sociológico atomístico de los fenómenos demográficos, caracterizado por un abordaje que relacionaba el comportamiento de los individuos con los factores socioeconómicos de manera unidimensional y con carencia de todo principio unificador (Torrado, 1978).

La preocupación de esta propuesta se centró en las transformaciones y en las determinaciones históricas y estructurales de los fenómenos poblacionales, inquirendo acerca

de las interrelaciones entre la reproducción de la población y de la sociedad. Al respecto de ésta, los procesos de reproducción social incluyen elementos biológicos y sociales. A su vez, estos últimos aluden a aspectos materiales y simbólicos presentes en la esfera de lo económico, lo demográfico y lo político (De Oliveira y Salles, 2000).

Dos líneas de reflexión eran las que dominaban dentro de este enfoque: una de las cuales enfatizaba la reproducción de la población en el contexto del de la sociedad y otra se centraba en la reproducción de los individuos y en sus determinaciones estructurales (De Oliveira y Salles, 2000).

Así, la aproximación histórico-estructural trató de rescatar, en el marco del análisis específico de situaciones concretas dadas por la relación entre clases sociales, familia y comportamiento demográfico, el estudio de la relación entre fenómenos del nivel macro social²⁷ (estructuras) y del nivel microsocial (comportamientos) a través de instancias mediadoras tales como las clases sociales y la familia (Torrado, 1978; Bronfman y Tuirán, 1984).

El concepto de clase social se encuentra inscrito bajo la óptica del materialismo histórico elaborado por Carlos Marx. En esta propuesta teórica las clases aparecen como la personificación de las categorías económicas fundamentales de cada régimen de producción, las que a su vez, expresan relaciones específicas entre los objetos y medios de trabajo que los hombres establecen con éstos en el proceso de producción social de bienes materiales (Bronfman y Tuirán, 1984).

De ahí que las clases sociales, denominadas como capitalistas, burguesía y proletariado, principalmente, se distingan entre sí por la posición que guardan en los modos de producción,²⁸ más específicamente en las relaciones de explotación, lo cual imprime un carácter antagónico a las relaciones entre clases. Siendo la delimitación y definición objetiva de una clase social producto de la existencia de dos atributos dados por la posición que las personas tienen dentro de la relación de explotación y por el antagonismo que ello genera entre clases (Bronfman y Tuirán, 1984).

La clase social como concepto se sitúa en las diferentes instancias económicas, jurídico-políticas e ideológicas, que conforman el todo social. Por ello se definen tanto en

²⁷ La conceptualización relativa al nivel macrosocial corresponde a la teoría de los modos de producción que supone la división de los agentes sociales en clases sociales (Torrado, 1978).

²⁸ En los modos de producción la relación que los determinan constituyen relaciones antagónicas de explotación. Dicho proceso social se descompone a su vez en un proceso directo de producción que asegura las condiciones principales de la reproducción y en varios procesos coadyuvantes de naturaleza económica, jurídica-política o ideológica que contribuyen a asegurar condiciones relativamente secundarias del proceso social de producción, y de manera fundamental, de las relaciones de explotación que lo determinan (Torrado, 1978).

términos de determinaciones estructurales (relaciones de producción) como de instancias superestructurales dadas por las prácticas jurídicas, políticas e ideológicas de la sociedad en que ello se desarrolla (Torrado, 1978). Por lo que es necesario definir a las clases no sólo por la posición que guardan en las relaciones económicas, sino también por su conciencia y presencia política (Bronfman y Tuirán, 1984). De esta manera, la operacionalización de este concepto resultó ser objeto de amplias discusiones en las investigaciones demográficas para su abordaje y estudio.²⁹

Para la determinación de la clase de los agentes sociales estudiados se puede acudir al análisis de la forma de su inserción en los procesos de producción, ello en el caso de los agentes que participan directamente en la producción, lo que comúnmente se denomina como “población activa”, o a la pertenencia a un grupo familiar en el caso de los agentes que no participan en estos procesos, es decir, la llamada “población inactiva” (Torrado, 1978).

Debido a que no todos los miembros de una sociedad participan directamente en los procesos de producción, es que la familia toma relevancia en este tipo de estudios, ya que es considerada como la sede donde se opera la determinación de la posición social de una parte considerable de los agentes sociales pertenecientes a una sociedad concreta, llámese amas de casa y estudiantes, entre otros. Por lo que es una unidad de análisis privilegiada en el estudio de la estructura de clases sociales del nivel macroestructural (Torrado, 1978).

Aunado a lo anterior, dado que en la familia se gesta la reproducción material y social³⁰ del grupo y de cada uno de sus miembros, también es considerada como un concepto analítico en el nivel microestructural por dos razones: ya que su estructura es la cristalización del comportamiento demográfico de cada uno de sus miembros y porque la especificidad de estos comportamientos derivan del hecho de la adscripción de cada individuo a un grupo familiar con determinada pertenencia de clase (Torrado, 1978).

Sin embargo, entre las críticas que se le pueden hacer a los estudios realizados con este marco analítico destaca la falta de sustentación empírica de algunas proposiciones, ya que los censos y estadísticas no permiten, aún hoy en día, realizar aproximaciones multidimensionales al individuo a fin de determinar su clase social. Ello a su vez, impide presentar evidencias suficientes sobre la existencia de diferenciales de comportamiento demográfico según la clase social, llegando a lo sumo a gruesas generalizaciones sobre dicho comportamiento dados por la división entre sectores o clases sociales, sin distinguir si

²⁹ Al respecto véase el trabajo de Torrado (1978) y de Bronfman y Tuirán (1984).

³⁰ Los procesos de reproducción incluyen elementos biológicos y sociales; estos últimos aluden a aspectos materiales y simbólicos presentes en la esfera de lo económico, lo demográfico y lo político (De Oliveira y Salles, 2000).

prevalecen formas particulares de estructura familiar y conductas demográficas específicas y si éstas difieren entre distintas clases sociales, así como saber cuál es el rango de variabilidad dentro de una misma clase social (Torrado, 1978).

Asimismo, se puede señalar que en las sociedades existen más clases sociales que las enunciadas por esta teoría, por lo que se dificulta la aplicación de este modelo, además de que se le considera una sobre simplificación de la realidad, aún cuando Marx estaba consciente de esta situación y esperaba que con la progresiva maduración del capitalismo desaparecieran las demás clases sociales (Grusky, 1994).

2.4 La Demografía de la desigualdad

Una segunda propuesta de los estudios de población sobre el análisis de las contradicciones socioeconómicas presentes en las sociedades latinoamericanas es el postulado por Canales (2003 y 2004), la cual es nombrada por el autor como la Demografía de la desigualdad. En ella se realiza una crítica a la falta de reflexiones demográficas sobre los actuales retos teóricos y los desafíos epistémicos que se han presentado en esta disciplina a raíz de la crisis de los meta relatos que en las ciencias sociales sustentaban el discurso de la modernidad.

En los países del tercer mundo el debate principal en demografía ha girado en torno a la relación población-desarrollo. En América Latina este debate se centró principalmente en el papel del crecimiento demográfico en el proceso de desarrollo e industrialización de las sociedades modernas, especialmente en donde el crecimiento de la población se dio de manera desmedida (Canales, 2003 y 2004).

Por un lado, autores como Notestein (1945) sostenían que la persistencia de un régimen demográfico tradicional hacía del crecimiento de la población un rezago estructural que era necesario transformar para eliminar los obstáculos a la modernización. Por otra parte, existían visiones alternativas que planteaban que el problema del crecimiento demográfico era más bien una consecuencia de la persistencia de estructuras sociales, políticas y culturales heredadas de sociedades tradicionales, mismas que frenaban el proceso de desarrollo económico y el cambio demográfico en las regiones menos desarrolladas (Singer, 1971, Germani, 1973 y 1969 en Canales, 2004).

En América Latina este debate derivó en la propuesta del enfoque histórico-estructural mencionado en el apartado anterior, mismo que tuvo un importante desarrollo que derivó en una fuerte crítica a la teoría de la transición demográfica, ya que se consideraba que ésta no era capaz de comprender las especificidades del proceso de desarrollo y subdesarrollo

de las sociedades periféricas al sólo retratar la realidad de los países desarrollados, con un discurso euro centrista y occidental que negaba la singularidad de estos pueblos (Canales, 2003 y 2004).

Por lo que se pugnaba por una reformulación radical de las propuestas de la transición demográfica respecto a la dinámica de la población en los países en desarrollo. A pesar de que este enfoque significó un pensamiento independiente y crítico a las posturas neomalthusianas, continuó elaborándose dentro del discurso demográfico dentro de la modernidad, resaltando los conceptos de la evolución social regida por la razón del progreso y el desarrollo (Canales, 2003 y 2004).

Sin embargo, en la actualidad el mundo ha atestiguado el paso de sociedades modernas hacia una era postmoderna, en donde la propuesta del desarrollo-modernización ha perdido sentido y poder explicativo para dar paso a un nuevo contexto económico: el de la globalización.³¹ Al respecto cabe aclarar que la postmodernidad no es una negación de la modernidad, sino su continuación bajo otras formas, en donde el prefijo post es una alusión a otra modernidad, que ha convertido al periodo precedente en algo tradicional (Canales, 2004).

Ante esta situación se propone la revisión de las bases sobre las que se construye tanto el discurso demográfico como el de las ciencias sociales modernas. Ya que ante la presencia de las sociedades globales e informacionales se requiere de la construcción de categorías de análisis que, desde una perspectiva crítica de la modernidad, permitan aprehender los nuevos rumbos y ritmos que están tomando los procesos sociales (Canales, 2003 y 2004).

Por tanto, Canales (2003 y 2004) considera que los nuevos ejes de la demografía ya no deben derivarse tanto del crecimiento de la población y del análisis de los agregados demográficos, como de la forma en que la sociedad postindustrial y globalizada se organiza en términos de las relaciones y contradicciones entre individuos, generaciones, géneros y

³¹ La globalización no se circunscribe únicamente a lo económico, sino que abarca todas las dimensiones de la vida actual (Canales, 2003). En palabras de Tokman (1999), en el mundo globalizado la gente y los países están más cerca y son más interdependientes que nunca. En ellos el sector privado juega un papel cada vez más importante, con el corolario de que los gobiernos están interviniendo menos. Asimismo, los mercados y la sociedad civil tienen un papel mayor en la regulación de la economía. Como resultado, este triple proceso de globalización, privatización y desregulación afecta la forma de crear puestos de trabajo y de proteger a la gente, y en rigor, empieza a configurar un nuevo sistema económico y social.

Al respecto de la globalización Sen (2000) considera que ésta puede representar una enorme oportunidad para los individuos al proveerles de nuevas formas de prosperidad y afluencia, pero la habilidad de éstos para usar la prospectiva positiva depende de que no se encuentren excluidos de las oportunidades efectivas que ésta ofrece, tales como los actuales diseños de intercambio, los bienes que el nuevo sistema económico demanda producir, las nuevas habilidades a desarrollar y las recientes técnicas de producción. Si las personas están excluidas de esas oportunidades, ya sea por restricciones internacionales o internas, el impacto de la globalización puede generar aún mayores exclusiones, manteniéndolos al margen de estos beneficios.

pueblos, proponiendo para ello la recuperación de lo diverso dentro de espacios históricos concretos. En otras palabras, se trata de pasar de la preocupación por la dinámica demográfica y sus componentes, al estudio de la estructuración social de las diferencias categoriales organizadas en sistemas de relaciones asimétricas y desiguales construidas sobre los usos y significados sociales, culturales, políticos y económicos de dichas categorías, tal como Tilly (2000) ha señalado.

Por último, propugna por la reformulación del estudio de la población³² para pasar de entenderla como un mero agregado de individuos iguales e indiferenciados, a la articulación de sujetos con múltiples dimensiones de cada categoría sociodemográfica. Es decir, reconstruir la categoría "población" propugnando por la diversidad en la unidad desde una perspectiva postmoderna (Canales, 2003 y 2004).

3. La perspectiva de género

El tercer marco que da sustento teórico al análisis de las transiciones y trayectorias que conforman este estudio es la perspectiva del género. Misma que tiene como finalidad contribuir a la construcción subjetiva y social de una nueva configuración a partir de la resignificación de la historia, la sociedad, la cultura y la política desde las mujeres y con las mujeres (Lagarde, 1996).

Esta perspectiva hace referencia a la concepción académica, ilustrada y científica que sintetiza la teoría y la filosofía liberadora creadas por las mujeres y que forma parte de la cultura feminista (Lagarde, 1996). La categoría de género surgió dentro del feminismo académico anglosajón de los años setenta para hacer evidente las situaciones de desigualdad que históricamente han vivido las mujeres. Con este concepto se buscó diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología en torno al ser y hacer de las personas según su sexo (Lamas, 1996c).

Este concepto contenía un objetivo político que buscaba mostrar que las características humanas consideradas “femeninas” eran adquiridas por las mujeres mediante un complejo proceso individual y social, en vez de derivarse naturalmente de su sexo. Su hilo conductor fue y ha sido la desnaturalización de lo humano, ya que pensar que algo es

³² Cabe mencionar que ya desde los años 70 los estudios latinoamericanos propugnaban porque el concepto de población se redefiniera como un conjunto de individuos involucrados en diferentes relaciones sociales de producción y reproducción y no sólo como un agregado de individuos que cumple una determinada definición con especificidad temporal y espacial (De Oliveira y Salles, 2000).

“natural” lo hace ver como inmutable, por lo que no puede ser transformado (Lamas, 1996b y 1996c).

Asimismo, muestra como en torno a las diferencias biológicas de los individuos las sociedades han construido toda una serie de diferencias y desigualdades que marcan la vida personal y social de sus integrantes. El análisis de género es detractor del orden patriarcal, ya que contiene de manera explícita una crítica a los aspectos nocivos, destructivos, opresivos y enajenantes que se producen por la organización social fundada en la desigualdad, la injusticia y la jerarquización política de las personas basada en el género (Lagarde, 1996).

3.1 La conceptualización de la categoría de género

El género es considerado como la construcción sociocultural de la diferencia sexual, aludiendo con ello al conjunto de símbolos, representaciones, reglas, normas, valores y prácticas que cada sociedad y cultura elabora colectivamente a partir de las diferencias corporales de hombres y mujeres. El sistema sexo/género³³ establece las pautas que rigen las relaciones sociales entre hombres y mujeres, las cuales generalmente sitúan en desventaja a estas últimas, define lo considerado masculino y femenino y establece modelos de comportamiento para cada sexo en los diferentes planos de la realidad social (García, Camarena y Salas, 1999).

Mason (1995) considera que el sistema de género se refiere a las expectativas construidas socialmente para el comportamiento masculino y femenino que se encuentran en toda sociedad humana conocida. Dichas expectativas prescriben una división institucionalizada del trabajo y de las responsabilidades entre mujeres y hombres, así como la concesión de derechos y obligaciones diferenciales entre ellos y los roles de género.³⁴

Aunado a ello, el género es una construcción simbólica que contiene al conjunto de atributos biológicos, físicos, económicos, sociales, psicológicos, eróticos, jurídicos, políticos

³³ Rubín (1996) propuso la noción del sistema de sexo/género, mismo que comprende al conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas. Dicho sistema no es inmutablemente opresivo y ha perdido buena parte de su función tradicional. Sin embargo, no se marchita en ausencia de oposición, debido a que todavía lleva la carga social del sexo y del género, de socializar a los jóvenes y de proveer las proposiciones últimas acerca de la naturaleza de los propios seres humanos.

³⁴ En su estudio busca revisar la relación entre sistemas de género y cambio demográfico. Para ello prefiere referirse al término de sistema de género sobre otros conceptos relacionados tales como los roles de género, el empoderamiento, el estatus de la mujer o su autonomía, debido a que el primero incluye la totalidad de roles, derechos y estatus que comprenden a los hombres versus las mujeres en una sociedad o cultura dada (Mason, 1995).

y culturales asignados a las personas a partir del sexo (Lagarde, 1996). Desde esta perspectiva el género implica:

Las actividades y las creaciones del sujeto, el hacer del mismo en el mundo, su intelectualidad y afectividad, sus lenguajes, concepciones, valores, imaginario, fantasías, deseos y subjetividades. De igual manera, contiene la identidad de la persona, las percepciones de sí misma, de su corporalidad, de sus acciones, de su sentido del yo y de pertenencia, de la semejanza, de la diferencia, de la unidad y del estado de su existencia en el mundo (Lagarde, 1996).

Otros aspectos que comprende el género son los bienes del sujeto, materiales y simbólicos, sus recursos vitales, el espacio que habita y su lugar en el mundo, la condición política, el estado de las relaciones de poder y las oportunidades que al mismo se le presentan, así como el poder del propio individuo, es decir su capacidad para vivir, sus relaciones con los otros, su posición jerárquica, su prestigio y estatus. En concreto, el género abarca el sentido de la vida y los límites de la persona, ya que está presente en el mundo, en las sociedades, en los sujetos sociales, en sus relaciones, en la política y en la cultura (Lagarde, 1996).

Ahora bien, el género es una categoría que corresponde al orden sociocultural configurado sobre la base de la sexualidad.³⁵ La sexualidad a su vez es el referente de la organización genérica de la sociedad y constituye el punto de partida de los caminos trazados con antelación para la construcción de senderos de vida que, de tan definidos, tienden a ser atribuidos a un supuesto destino o a la naturaleza (Lagarde, 1996).

En un intento por construir la definición de género, Scott (1996) afirma que éste es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos, aunado a ello, el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder, en donde si bien no es el único campo, si parece facilitar que de forma persistente y recurrente sea articulado el poder a lo largo de la historia y en las diferentes sociedades.

A su vez, el género comprende cuatro elementos interrelacionados que conforman la primera parte de la definición de Scott (1996), mismos que operan en interrelación, aún cuando no son simultáneos ni reflejo de los otros. Ellos son:

³⁵ La sexualidad es el conjunto de experiencias humanas atribuidas al sexo y definidas por la diferencia sexual y por la significación que de ella se hace. Constituye a las personas y las adscribe a grupos bio-socio-psico-culturales genéricos y a condiciones de vida predeterminadas que a su vez condicionan sus posibilidades y sus potencialidades vitales (Lagarde, 1996).

1) Los símbolos y los mitos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples. Un ejemplo de ellos puede ser aquellos que se refieren a lo que la mujer puede llegar a ser: pura y santa o corrupta y contaminada.

2) Los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, mismos que se expresan en doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas que afirman el significado de hombre y mujer o de lo masculino y femenino.

3) Las instituciones y organizaciones sociales de las relaciones de género, entre las cuales pueden ser enunciadas el sistema de parentesco, la familia, el mercado de trabajo segregado por sexos, las instituciones educativas y la política. En este apartado Scott (1996) enfatiza que si bien dentro del parentesco se construye el género, ésta no es la única institución encargada de ello, ya que también se realiza mediante la economía y la política.

4) Finalmente, la autora habla de un cuarto componente, el cual denomina identidad subjetiva, en la que se inscriben las biografías y los tratamientos colectivos, mismos que estudian la construcción de la identidad genérica. Misma que está condicionada tanto históricamente como por la ubicación que la familia y el entorno le dan a una persona a partir de la simbolización cultural de la diferencia sexual.

Con el género es posible reconocer una variedad de formas de interpretar, simbolizar y organizar las diferencias sexuales en las relaciones sociales, de igual manera se está en posibilidad de afirmar que la dicotomía hombre-mujer es una realidad simbólica y cultural relacionada con la escuela, el trabajo y la unión, diferenciada y específica para hombres y mujeres, más que una realidad biológica (Lamas, 1996b y 1996c).

El género, como simbolización de la diferencia sexual, se construye culturalmente separado en un conjunto de prácticas, ideas y discursos, y son dentro de estas mismas prácticas que los procesos de significación, tejidos en el entramado de la simbolización cultural, producen efectos en el imaginario de las personas y en la identidad de género (Scott, 1996; Lamas, 1996b).

Esta identidad se crea históricamente de acuerdo con lo que la cultura considera como femenino o masculino. Cabe mencionar que dichos criterios se van transformando al paso del tiempo, reconfigurándose y adaptándose a los requerimientos de la sociedad, pero sin perder su fuerza, aún cuando para ello tengan que hacerlo de formas más sutiles (Scott, 1996; Lamas, 1996b). Por tal, no se puede hablar de cultura³⁶ sin incluir el género (Salles, 2005).

³⁶ Al respecto de la categoría de cultura, Salles (2005) apunta al hecho de que es usual tratar el concepto de cultura como una especie de “caja negra” o “residual” que busca dar cuenta de variaciones que no han podido ser explicadas por otras variables o instancias analíticas tales como las económicas.

La construcción del género es posible a través del lenguaje debido a que éste permite a los seres humanos simbolizar y hacer cultural, y por tal nombrar lo subjetivo, lo mágico o lo misterioso de la diferencia corporal, específicamente el sexo, atribuyéndole características propias que lo distinguen del otro, del que no es como uno. Por esa razón, se considera que el proceso de entrada al lenguaje es también el proceso de entrada a la cultura y al género, ya que las normas del género a menudo se transmiten de manera implícita a través del lenguaje y de otros símbolos (Scott, 1996; Lamas, 1996a y 1996c; Conway, Bourque y Scott, 1996).

Asimismo, la producción social de ideas y simbolizaciones provee de recursos interpretativos mediante los cuales los individuos construyen subjetividades e identidades en una suerte de libretos sociales que pueden ser interpretados, asumidos, rechazados, internalizados y resignificados por las personas (Salles, 2005).

La desigualdad de género se gesta en varias esferas de la sociedad, entre las que destacan los mercados de trabajo y la familia. Esta divergencia es reforzada por la división social y sexual del trabajo, por los mecanismos de control de la fuerza laboral, la sexualidad y la capacidad reproductiva de las mujeres. Además de ello, en la esfera cultural e ideológica sobresalen la producción de los significados sobre la masculinidad y feminidad y los estereotipos acerca de los roles adecuados para hombres y mujeres (Ariza y De Oliveira, 2000b).

Las asimetrías de género se reflejan en aspectos como la educación, el empleo, el acceso a trabajos inestables y mal remunerados, la doble jornada, la existencia de pautas culturales que rigen diferencialmente la sexualidad de hombres y mujeres, la reducida participación en la toma de decisiones en los espacios sociales y familiares y la exclusión o escasa integración de las mujeres a los sistemas políticos. A su vez, estas desigualdades, al interactuar con otras como la clase social y la pertenencia étnica, dan lugar a un complejo sistema de interacciones que provocan una acumulación de desventajas para las mujeres exponiéndolas y haciéndolas más vulnerables a condiciones de privación y pobreza (Salles y Tuirán, 1998).

En concreto el género, en tanto relación social y construcción simbólica completamente histórica, confiere un sentido a la realidad de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas, asignándoles funciones como la de la reproducción de las desigualdades entre hombres y mujeres provenientes de la diferencia biológica de los sexos, imponiéndose también en los valores, las creencia, la cultura y el lenguaje, con lo que incide profundamente en la visión del mundo en su conjunto (Lamas, 1996a; Conway, Bourque y Scott, 1996; Salles, 2005).

3.2 Dificultades en la enunciación de la categoría de género

La categoría de género ha mostrado dos problemas en su exposición: uno es que en la concepción general existe la idea de que hablar de género o de perspectiva de género es referirse en exclusiva a las mujeres, convirtiéndolo en un concepto casi bondadoso en el cual, el trabajo bajo este enfoque llega a ser experimentado como una concesión a las peticiones de las mujeres (Scott, 1996; Lamas, 1996c; Lagarde, 1996).

Otro problema que se ha observado presenta este concepto es que en ocasiones puede ser empleado para incluir a las mujeres sin nombrarlas, al conferir un carácter neutral sobre el análisis de las diferencias y las desigualdades históricas existentes entre hombres y mujeres como grupos sociales, por lo que pareciera no plantear amenazas críticas en torno a dichas desigualdades (Scott, 1996; Lamas, 1996c; Lagarde, 1996).

Contrario a ello, la perspectiva de género alude a las relaciones sociales de los sexos, traducidas en relaciones de poder. Por lo que hablar de las mujeres necesariamente implica hablar de los hombres (Scott, 1996; Lamas, 1996c; Lagarde, 1996; Tuñón, 2005).

Tal enfoque permite estudiar, comprender y develar a los hombres, ya que reconoce la diversidad de género permitiendo entender las características que definen a las mujeres y a los hombres de manera específica, así como sus semejanzas y diferencias. En esta perspectiva la diversidad de género es vista como un principio esencial en la construcción de una humanidad heterogénea y democrática. Sin embargo, plantea que la dominación de la mujer produce la opresión de género y ambas obstaculizan la posibilidad de construir relaciones sociales más igualitarias (Lagarde, 1996).

Aunado a ello, la categoría de género evita ver a las mujeres como un principio abstracto que las enuncia de manera global bajo la fantasía de que todas son idénticas por el hecho de la biología, ya que la mujer universal es un mito, en cambio visualiza y accede a las múltiples y variadas formas de la existencia humana (Malwade Basu, 2002; Tuñón, 2005).

El género parte de la idea de que las mujeres y los hombres no conforman clases sociales o castas, ya que por sus mismas características pertenecen a la categoría social de género, siendo así sujetos de género. Esta perspectiva permite analizar a las mujeres y a los hombres no como seres dados, eternos e inmutables, sino como sujetos históricos, contruidos socialmente, productos del tipo de organización social de género y de las relaciones de producción y de reproducción social prevaleciente en su sociedad, basados sobre una base biológica que se modifica dialécticamente por la interacción sociocultural a la que están sometidos a lo largo de su vida (Lagarde, 1996).

Este concepto ofrece un modo de diferenciar la práctica sexual de los roles sociales asignados a mujeres y hombres. Asimismo, es una tentativa por suplir las insuficiencias de los cuerpos teóricos que no llegan a explicar la persistente desigualdad entre ambos (Scott, 1996; Lamas, 1996b y 1996c).

Sin embargo, el análisis de género se debe complementar con otros indicadores que den cuenta del ser social que se analiza, como son la clase social, raza, etnia, región, generación, actividad y creencia religiosa, ya que el género de ninguna manera es el único elemento de análisis que da cuenta de la desigualdad social, puesto que la realidad es multicausal y contradictoria. Además de que debido a su condición sistémica, las inequidades de género se encuentran integradas a la estructura social (Ariza y De Oliveira, 2000a; Tuñón, 2005).

Diversos estudios han analizado la interrelación entre género y clase, ya que este tipo de desigualdades tienden a interrelacionarse, exacerbando o atenuando su influencia en la vida de las personas. Al respecto Ariza y De Oliveira (2000a y 2000b) enuncian algunas divergencias entre ambas categorías que deben tomarse en cuenta al momento de hacer estos análisis.

Las autoras consideran que aún cuando la pertenecía a una clase social puede alcanzar una gran continuidad vía la reproducción intergeneracional, ésta es una condición modificable a lo largo de la vida en virtud de acciones o procesos sociales de índole esencialmente económica. En tanto que el género, así como la etnia y la edad, constituye una situación de adscripción a la que el individuo se adhiere o es incorporado por la posesión de determinados rasgos físicos y sociales, reconocidos por él y por los demás, mismos que tiende a ser naturalizados ideológicamente (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b).

Otra diferencia entre ambas categorías es que si bien la estratificación por clase se erige sobre una jerarquía que prioriza en sus génesis los aspectos económicos, el origen de la desigualdad de género es más elusivo e inaprehensible, ya que su origen parece ubicarse en la confluencia de diversos procesos y esferas sociales no del todo fáciles de explicar (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b).

Ello es así ya que los sistemas de género, sin importar su periodo histórico, son sistemas binarios que oponen el hombre a la mujer y lo masculino a lo femenino en un orden jerárquico. Estos sistemas binarios no permiten ver procesos sociales y culturales mucho más complejos, en los que las diferencias entre mujeres y hombres no son ni aparentes ni están claramente definidas, residiendo en ello su poder y su significado (Conway, Bourque y Scott, 1996).

Una tercera divergencia entre las categorías de clase y género es que en términos históricos la primera, como criterio de estratificación, es un producto de reciente data histórica en términos relativos, en tanto que las desigualdades de género han tenido una mayor duración transhistórica. Sin embargo, la combinación entre ambos criterios de diferenciación tiene consecuencias importantes para el panorama global de la desigualdad en una colectividad dada, y éstas se manifiestan en grados variables de inequidad, dependiendo de la mayor o menor cerrazón que presenten ambas formas de jerarquía, así como de otra serie de factores conexos relativos al contexto y a la estructura social (Ariza y De Oliveira, 2000a). De ahí la importancia de estudiarlas en conjunto y de agregarles el análisis por cohortes, con lo que se busca lograr una mayor riqueza analítica e interpretativa de los fenómenos sociales.

3.3 Aportaciones de la perspectiva de género al ámbito demográfico

La perspectiva de género ha permeado al conjunto de las ciencias sociales y ha puesto sobre la mesa del debate distintos conceptos del ámbito público y privado, tales como el trabajo y la familia, problematizándolos o aún mas proponiendo nuevas categorías que den cuenta de la visión compleja, cambiante, crítica y conflictiva de la realidad.

Conceptos tales como trabajo doméstico y extradoméstico, doble jornada laboral, sobre carga de trabajo y trabajo a domicilio han puesto de manifiesto las diversas contribuciones que las mujeres hacen a la economía familiar y social, sin que exista un reconocimiento equitativo en términos salariales y sociales por ello (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b).

La crítica al concepto de trabajo ha conducido a su redefinición para incluir a las actividades de la reproducción. A su vez ha implicado la diferenciación entre la dimensión extradoméstica, orientada hacia el mercado, y una serie de actividades indispensables para la reproducción, como el trabajo doméstico y la producción para el autoconsumo³⁷ (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b; De Oliveira y Ariza, 2000b).

³⁷ En principio los estudios de género buscaron aplicar la teoría marxista de la opresión de clase al análisis de las mujeres a través de las culturas y en toda la historia. Ya que si bien el marxismo, como teoría de la vida social, no está interesado en el sexo, tiene fundamentos para explicar la opresión de las personas, independientemente de su adscripción genérica (Rubín, 1996).

En el marxismo se considera que el trabajo doméstico es un elemento clave en el proceso de reproducción del trabajador del que se extrae la plusvalía. Como en general son las mujeres quienes hacen el trabajo doméstico, se ha observado que es a través de la reproducción de la fuerza de trabajo que éstas se articulan en el nexo de la plusvalía, que es el *sine qua non* del capitalismo. Puesto que no se paga salario por el trabajo doméstico, el

Con la redefinición del concepto de familia se ha cuestionado la visión ideologizada de la misma como entidad armónica y cohesionada para darle paso al estudio de las acciones familiares e individuales que surgen dentro de la misma como producto de negociaciones conflictivas entre los miembros de la unidad vinculados por relaciones asimétricas de poder (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b).

Por su parte, la noción de división sexual del trabajo condensa un tipo de relación entre la familia como ámbito de reproducción y el mercado, porque tanto en uno como en otro el trabajo se organiza a partir de un criterio genérico y porque la división sexual del trabajo en el seno de la familia condiciona y limita las posibilidades de inserción de la mujer en el trabajo extradoméstico. De ahí que haya surgido la noción de segregación social, para referirse a la delimitación de espacios diferenciados entre individuos o grupos a partir de atributos particulares como el género (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b).

El empoderamiento femenino reconoce la centralidad de las relaciones de poder y propone una alteración en su distribución en un sentido favorable para las mujeres, con una activa participación de ellas en el proceso (Ariza y De Oliveira, 2000a). Sin embargo, Mason (1995) considera que el término de empoderamiento femenino sólo da cuenta de la dimensión del poder dentro del amplio abanico de posibilidades que abarca la estratificación de género. Es decir, esta dimensión se refiere en exclusiva a la libertad de la mujer de actuar como ella elija, más no da cuenta de otros aspectos de la desigualdad institucionalizada entre hombres y mujeres.

En otro orden de ideas, los estudios de población que se desarrollan bajo la perspectiva de género han buscado demostrar la importancia de las diferencias construidas socialmente entre hombres y mujeres en términos de poder y acceso a todo tipo de recursos y control de los mismos para explicar los fenómenos sociodemográficos presentes en una sociedad (García, Camarena y Salas, 1999).

En ellos se ha procurado incorporar aspectos relacionados con la estratificación de género, como son el control diferencial de los recursos materiales y simbólicos por parte las mujeres, su autonomía en la toma de decisiones en las esferas domésticas y extradomésticas y el grado de libertad de que disponen para moverse y participar social y políticamente fuera de sus hogares, además de explicitar la necesidad de articular la estratificación de género con otros sistemas de estratificación social como son la clase social (García, Camarena y Salas, 1999).

trabajo de las mujeres en la casa contribuye a la cantidad final de plusvalía obtenida por el capitalista (Rubin, 1996).

Análisis como los de Malwade Basu (2002) han puesto de manifiesto las interrelaciones generales entre clase y género que se presentan alrededor del mundo. Así, la autora señala que las mujeres pobres que desempeñan un empleo tienden a ocupar trabajos que exigen escasas habilidades técnicas, reciben una paga más baja que los varones por igual trabajo y se concentran en las labores más monótonas.

Asimismo, la mujer pobre típica tiene un largo día de trabajo en casa, con poco o ningún tiempo para ella, su carga laboral es intensa y repetitiva y con escasas oportunidades para relajarse y dedicarse a ella misma, situación que tiende a ser muy diferente para los hombres, aún para los que se encuentran en pobreza. Al respecto, Malwade Basu (2002) señala que existen varias dimensiones de la pobreza y las desventajas relativas de las mujeres son más severas en algunos campos que en otros y varía a lo largo del contexto en que éstas se desarrollan.

Otras investigaciones han particularizado en algún ambiente en específico, poniendo el acento en las desigualdades de género que son más manifiestas en sociedades tradicionales y patriarcales, más propias de los países en desarrollo y de las comunidades rurales.

Al respecto Sathar y Desai (2002) han señalado la existencia de desigualdades de género dentro de los hogares rurales de Pakistán contra las niñas y las mujeres en aspectos relacionados con la salud, la nutrición, la educación y las prácticas culturales que constriñen la autonomía de la mujer.

Las autoras muestran cómo la presión social en estas comunidades ha favorecido el aislamiento de las mujeres de la fuerza laboral para asegurar su segregación y restringir su movilidad física. Sin embargo, debido a la presión económica las mujeres de todas las clases sociales se ven obligadas a participar en el mercado laboral, particularmente en la agricultura, para contribuir a la economía familiar. Sin embargo, son las mujeres pobres quienes trabajan un mayor número de horas y no siempre reciben dinero por su trabajo, por lo que difícilmente pueden lograr su empoderamiento por esta vía (Sathar y Desai, 2002).

Con referencia al empoderamiento y a la autonomía³⁸ de la mujer, algunos estudios han buscado operacionalizar el significado de esta última al nivel del hogar. En un estudio realizado por Jejeebhoy (2000) para dos comunidades rurales de la India y para dos grupos religiosos, se incluyeron varias dimensiones que comprenden a la misma, tales como la autoridad en las decisiones de la mujer en lo referente a la economía y al cuidado de los hijos, su movilidad, la ausencia de violencia intrafamiliar por parte del marido y el acceso y control

³⁸ El término autonomía se utiliza para reflejar la medida en que las mujeres ejercen control sobre su propia vida dentro de las familias en que viven en un punto dado en el tiempo.

de los recursos económicos. Sus conclusiones confirman que la autonomía de la mujer está poderosamente conformada por las instituciones de género dentro de cada comunidad, por lo que se sugiere que la independencia de la mujer debe expandirse más allá del incremento de su escolaridad, del acceso al empleo o del retraso de la edad al primer matrimonio.

Para México García y De Oliveira (2004) realizaron un estudio similar abordando algunas cuestiones relativas a la autonomía y al empoderamiento de las mujeres, tales como la participación femenina en la toma de decisiones respecto al hogar y la libertad de movimiento, así como también el involucramiento del varón en la vida familiar y la existencia o no de distintos tipos de violencia en el hogar. Su objetivo era analizar las relaciones de género prevalecientes en la pareja y su asociación con distintos aspectos del trabajo extradoméstico femenino.

Entre sus resultados más destacados encuentran que las mujeres mexicanas tienen una importante presencia en las decisiones familiares, mismas que son más marcadas en lo que atañe a sus roles tradicionales de madres. De igual forma, encuentran que la experiencia laboral de las esposas después de casarse o unirse es la única variable que contribuye a explicar de manera significativa la presencia de relaciones más igualitarias en todas las dimensiones consideradas, pero su presencia luego de varios años puede llevar a mantener relaciones familiares más conflictivas (García y De Oliveira, 2004).

Por otra parte, pocos estudios han buscado analizar la relación entre los sistemas de género y el cambio demográfico en las distintas áreas de fecundidad, mortalidad y migración, debido a que, como Mason (1995) señala, la visión demográfica dominante es cuantitativa y positivista, por lo que requiere de resultados estadísticos para probar causalidad. Pero pocas encuestas contienen variables no demográficas y aquellas que se incluyen en los modelos estadísticos han mostrado relaciones estadísticas débiles cuando se les ha usado como proxy del sistema de género, lo que muestra que no siempre son útiles para reflejar la unión entre el género y el cambio demográfico.

No obstante esto, la autora señala que es importante explorar la interacción de los sistemas de género con el cambio demográfico, ya que se considera que dicho sistema puede precipitar cambios en los regímenes demográficos, tales como el declive de la fecundidad y de la mortalidad, y a su vez, el logro de los regímenes demográficos modernos puede ser una condición previa para el cambio en los roles tradicionales de los hombres y de las mujeres (Mason, 1995).

Con esta revisión teórica se pone de manifiesto que el realizar un análisis de las tres transiciones propuestas bajo el marco teórico del curso de vida, de la desigualdad social y de

la perspectiva de género presenta ciertas particularidades. Ya que si bien en la teoría se enuncia repetidamente la necesidad de conjuntar el nivel socioeconómico, el género y la cohorte en un mismo estudio para comprender sus complejidades y aristas, no existe un abordaje único que dé cuenta completa de la forma en cómo estas desigualdades aparecen, se articulan, se interrelacionan, se transforman y se adaptan en las diferentes sociedades, logrando persistir a través del tiempo y de los distintos espacios. Por lo que ha sido necesario recurrir al estudio de cada propuesta a fin de presentar sus proposiciones.

Con ello en mente, se procede en el siguiente capítulo a mostrar el desarrollo metodológico del que se partió para el diseño de la investigación, para posteriormente realizar el análisis de las transiciones de inicio de la vida laboral, salida de la escuela y primera unión conyugal, así como su interrelación en trayectorias vitales.

CAPÍTULO III

Procedimientos metodológicos de la investigación

El objetivo de este capítulo es explicar metodológicamente cada uno de los elementos que permitieron realizar este estudio. Para ello se presenta brevemente la fuente de información empleada y se caracterizan numéricamente las cohortes y los estratos socioeconómicos de las mujeres y de los varones analizados. Aunado a esto se explican las utilidades de las tablas de vida y de los modelos de historia de eventos, que son las dos herramientas estadísticas principales empleadas en esta investigación, así como la manera en que cada variable explicativa fue incluida en dichos modelos.

1. Acerca de la fuente de información

La fuente de información que se utilizó en esta investigación es la Eder realizada en 1998. La población objeto de estudio de la Eder la constituyó una submuestra de 3,200 personas de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) de 1997, seleccionada por el INEGI con criterios probabilísticos. Esta es la primera encuesta mexicana en recolectar historias de vida de una muestra representativa de hombres y mujeres residentes en todo el territorio nacional (Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno, 2005). Los datos sobre antecedentes familiares, transiciones y trayectorias demográficas fueron elaborados a partir de la historia individual de las cohortes de mexicanos nacidas en 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968 y sobrevivientes al momento de la encuesta.

Esta encuesta es una herramienta de análisis biográfico sustentada teóricamente en el enfoque del curso de vida. Con ella se buscó conocer las características y los patrones de cambio demográfico de la población del país, teniendo como principal objetivo recolectar información individual sobre la naturaleza temporal de los procesos sociales y demográficos que México experimentó durante la segunda mitad del siglo XX, así como sobre las interrelaciones que los distintos fenómenos demográficos guardan entre sí en las trayectorias de vida de las personas, para lograr así una mayor riqueza analítica en el estudio de los procesos de cambio demográfico (Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno, 2005).

La Eder hace un recuento de la historia del encuestado año por año comenzando desde su nacimiento hasta el momento de la encuesta, para ello cuenta con cinco historias de vida

específicas: historia educativa, laboral, familiar, migratoria y anticonceptiva, de las cuales en este trabajo nos centramos en analizar el inicio de las tres primeras.

La muestra es representativa a nivel nacional para ambos sexos, tres cohortes y dos tamaños de localidad (menos de 15,000 habitantes y 15,000 y más). Estos últimos son mencionados en la fuente de datos como “rural” y “urbano” (Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno, 2005).

Al respecto, esta investigación se enfocó exclusivamente en la población urbana, ya que se buscó ahondar en las diferencias por género, cohorte y estrato socioeconómico de una población ya de por sí diversa, por lo que no fue posible incluir además a la rural, la cual hubiera demandado de otros análisis, sin embargo, en la revisión del estado del arte que se hace, en algunas ocasiones se llega a aludir a esta dimensión con el objetivo de dar un panorama amplio y general de las transiciones aquí tratadas.

En el estudio de las transiciones se debe tener en consideración que la Eder solamente captó aquellas que tuvieron una duración de por lo menos un año, por lo que no está en posibilidad de reportar las que tuvieron un lapso menor, lo cual es especialmente importante en lo que se refiere a las inserciones cortas y esporádicas al mercado laboral de las personas, situación que debe tenerse presente al analizar cada transición (Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno, 2005).

El levantamiento de la información se realizó entre noviembre y diciembre de 1998, y resultó en una muestra de 118, 800 observaciones correspondientes a cada uno de los años de vida de 2,496 individuos que respondieron de manera completa el cuestionario. De esta forma, la tasa de no respuesta fue del 22 % (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005).

Cabe mencionar que la muestra se redujo a 2,344 personas ya que la edad y la fecha de nacimiento de 152 personas no coincidía con ninguna de las 3 cohortes de la Eder. De igual forma, como esta investigación está enfocada al área urbana la muestra según cohorte y sexo se restringió a 1,266 personas que al momento de ser entrevistadas residían en dichas localidades, siendo el 54.3% (688) mujeres y el 45.7% (578) varones.

Para elaborar la variable de estrato socioeconómico de origen se recurrió a la ocupación del padre cuando el entrevistado tenía 15 años y cuando no se contaba con ésta se utilizó a la ocupación de la madre. Por tal, fue necesario sacar del análisis por estrato a aquellos que no contaban con la información de alguno de los padres, por lo que en este punto la muestra se redujo a 1,208 personas. A continuación se presenta la información correspondiente a las cohortes y a los estratos de mujeres y de varones incluidos en esta investigación.

1.1 Cohortes de nacimiento

Las cohortes de nacimiento de la base de datos de la Eder incluían personas en edades entre los 30 y los 62 años al momento de la encuesta en 1998. Estas tres cohortes fueron delimitadas así ya que de origen se pretendió que las personas pertenecientes a estos grupos hubieran tenido oportunidad de vivir diferentes eventos históricos de gran impacto y que incluso han sido considerados como transicionales en la historia de México, tales como la urbanización e industrialización del país, así como épocas de bonanza y de crisis económica, además de cambios demográficos, educativos y políticos, a la par que ellas realizaban sus transiciones de salida de la escuela e inicio de la vida conyugal y laboral.

Para fines de este estudio se precisó un rango de edad que variaba entre los siete y hasta los 30 años para la ocurrencia de cada una de estas transiciones ya que se buscó que todos los individuos tuvieran el mismo tiempo de exposición al riesgo de haber vivido las transiciones analizadas, por lo que extender el periodo de estudio más allá de esa edad significaba restarle tiempo a la cohorte más joven.

Aun así se incluyeron tanto en las tablas de vida como en los modelos de historia de eventos a todos los casos que no habían vivido estas transiciones entre estas edades como casos truncados, ya que de excluirllos se habrían generado medidas sesgadas que no habrían permitido realizar generalizaciones estadísticas adecuadas.

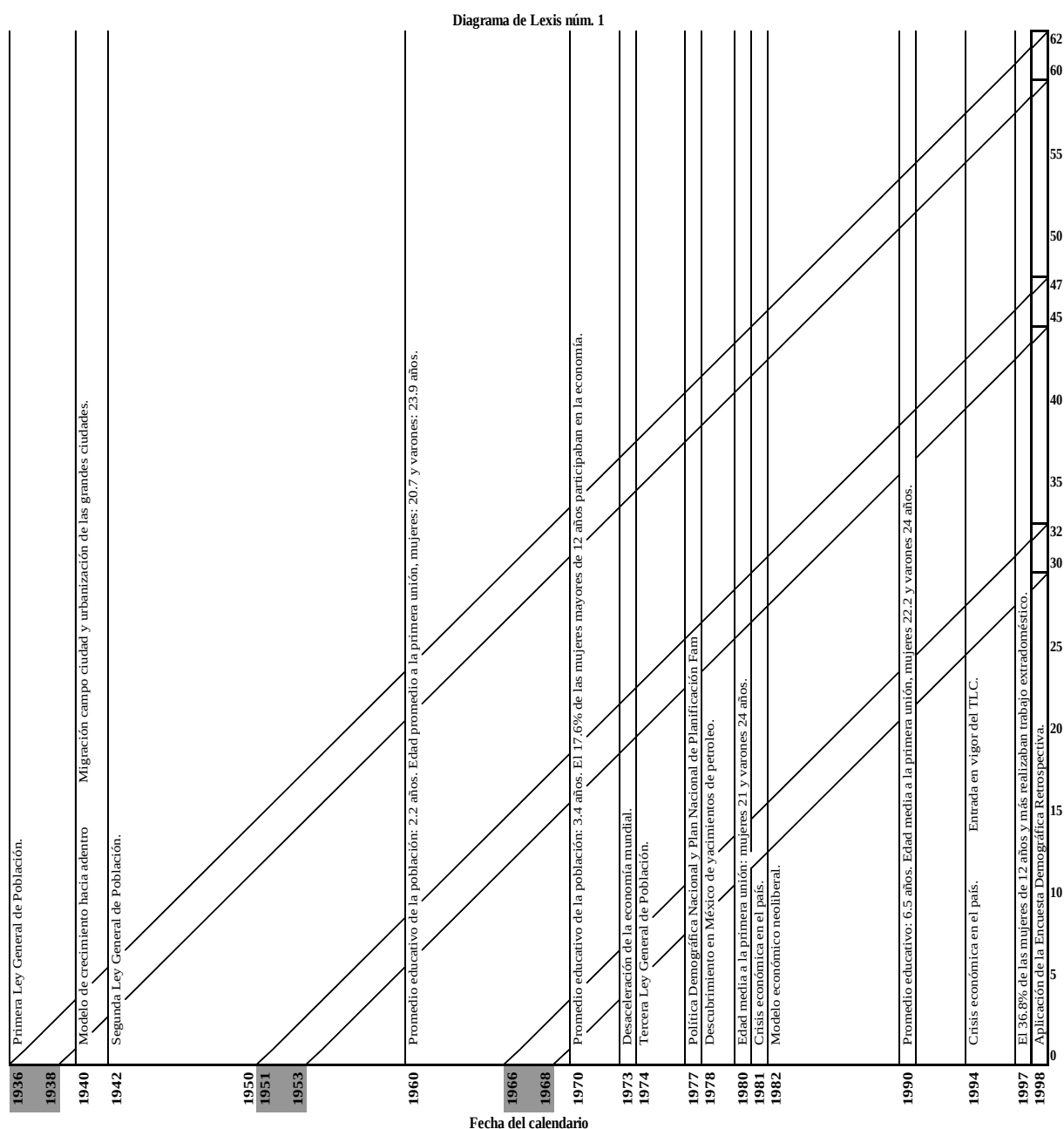
Para tener un acercamiento de la población en estudio se presenta en el cuadro 7 el número de casos y porcentajes del total de la muestra empleada por sexo y cohorte.

Cuadro 7. Distribución de la población urbana por sexo y cohorte

Cohorte	Mujeres		Hombres		Total	
	n	%	n	%	n	%
1936-1938	201	29.2	176	30.4	377	29.8
1951-1953	254	36.9	209	36.2	463	36.6
1966-1968	233	33.9	193	33.4	426	33.6
Total	688	100	578	100	1,266	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En el siguiente diagrama de Lexis es posible ubicar a las tres cohortes en el tiempo, así como algunos de los sucesos más importantes ocurridos a partir de 1936 en México, lo cual facilitará el análisis socio-histórico y su interrelación con el calendario de cada una de las transiciones que más adelante se presentan como parte del estudio del curso de vida que rige a esta investigación.



1.2 Estrato socioeconómico

En la construcción de la variable de estrato socioeconómico se recurrió a la ocupación del padre del entrevistado cuando éste tenía 15 años. Para ello se retomó la clasificación de Pacheco (2005) en cinco categorías: profesionistas y directivos, no manual semicalificado, no manual, manual y manual no calificado.

Se consideró que esta variable podría ser un proxy que reflejara el nivel socioeconómico que las personas tuvieron durante sus primeros años de vida y poder así ubicarlas justo cuando las transiciones que aquí se analizan comenzaron a presentarse. Por

tal, las tres primeras categorías contribuyeron a ubicar tanto a los individuos como a sus familias dentro del estrato medio, en tanto que las dos últimas permitieron ubicarlos en el estrato socioeconómico bajo.

Se eligió trabajar con dos estratos socioeconómicos: bajo y medio ya que uno de los intereses principales era estudiar la interrelación entre el género y el origen económico a fin de identificar y contrastar los calendarios y los factores que conllevan a que hombres y mujeres realicen sus transiciones de salida de la escuela e inicio de la vida laboral y conyugal según sea su nivel socioeconómico. Con ello se buscó dar cuenta a grandes rasgos de cómo el nivel socioeconómico es un factor que atraviesa la vida de una persona, para lo cual se ahondó principalmente en las transiciones del estrato bajo y se empleó el estrato medio como referente para comparar ya que por el número de casos que se tenía, la gran mayoría de las personas se encontraban ubicadas en el bajo, por lo que cuidó de no hacer generalizaciones para el medio.

Cabe comentar que la Eder basó la codificación de las actividades tomando en cuenta la Clasificación Mexicana de Ocupaciones (CMO) propuesta por el INEGI (1996). Misma que contempla cuatro niveles de desagregación de las ocupaciones, entre las que se encuentra el grupo principal, el subgrupo, el grupo unitario y la ocupación individual. El grupo principal, el cual es identificado con los primeros dos dígitos de la codificación, contiene 19 conjuntos de trabajos y corresponde al nivel más agregado para la presentación estadística de la información relativa a los trabajos de los individuos. El criterio para conformar los grupos principales está basado en la agrupación de un conjunto de tareas en las que se realizan actividades similares, y que además cuentan con un nivel de calificación homogéneo y/o desempeñan funciones semejantes en el proceso productivo o en la realización de servicios comerciales, sociales, personales o profesionales (INEGI, 1996).

A continuación se presentan los 19 grupos principales, así como la agrupación que aquí se hizo en dos grandes categorías: ocupaciones manuales y no manuales, las cuales a su vez representan al estrato bajo y medio respectivamente. Cabe aclarar que la ocupación del padre viene codificada en la base de datos de la Eder con cuatro dígitos, por lo que en algunos casos se recurrió al análisis de ellos para ubicar alguna ocupación en específico dentro del rubro de manual o no manual, aún cuando su grupo principal estuviera ubicado en el rubro contrario, lo cual en su caso se declara con los cuatro dígitos y la ocupación específica.

Ello a fin de tener mayor precisión en la ubicación de las personas dentro de su nivel socioeconómico correspondiente. Por ejemplo, si bien la clasificación 81, que se refiere a los

trabajadores en servicios personales en establecimientos, se ubicó dentro de las ocupaciones manuales, la clasificación a cuatro dígitos: 8102, que agrupa a las azafatas y sobrecargos se situó en la categoría de no manuales y por tanto en el estrato medio.

Asimismo, si bien en principio las ocupaciones etiquetadas con el número 55 (conductores y ayudantes de conductores de maquinaria móvil y medios de transporte) y 71 (comerciantes, empleados de comercio y agentes de ventas) estaban clasificados dentro de las actividades manual, se decidió que esta población pasara a formar parte de la población no manual a fin de incrementar el número de casos del estrato medio.

Manual	No manual
(Estrato socioeconómico bajo)	(Estrato socioeconómico medio)
41 Trabajadores en actividades agrícolas, ganaderas, silvícolas, y de caza y pesca. 52 Artesanos y trabajadores fabriles en la industria de la transformación y trabajadores en actividades de reparación y mantenimiento. 53 Operadores de maquinaria fija de movimiento continuo y equipos en el proceso de producción industrial 54 Ayudantes, peones y similares en el proceso de fabricación artesanal e industrial y en actividades de reparación y mantenimiento. 72 Vendedores ambulantes y trabajadores ambulantes en servicios. 81 Trabajadores en servicios personales en establecimientos. 82 Trabajadores en servicios domésticos. <i>Además se incluyeron en esta categoría a:</i> 6260 Despachadores, checadores y similares en la operación del transporte. 6290 Otros trabajadores que desempeñan una ocupación afín a las comprendidas en este grupo.	11 Profesionistas. 12 Técnicos. 13 Trabajadores de la educación. 14 Trabajadores del arte, espectáculos y deportes. 21 Funcionarios y directivos de los sectores público, privado y social. 51 Jefes, supervisores y otros trabajadores de control en la fabricación artesanal e industrial y en actividades de reparación y mantenimiento. 61 Jefes de departamento, coordinadores y supervisores en actividades administrativas y de servicios. 62 Trabajadores de apoyo en actividades administrativas. 71 Comerciantes, empleados de comercio y agentes de ventas. 83 Trabajadores en servicios de protección y vigilancia y fuerzas armadas. <i>Además se incluyeron en esta categoría a:</i> 55 Conductores y ayudantes de conductores de maquinaria móvil y medios de transporte. 4170 Capataces, caporales, mayores y otros trabajadores de control de las actividades agropecuarias, silvícolas y pesqueras. 5222 Sastres, modistos y costureras que

confeccionan prendas de vestir completas de tela, cuero, piel y similares.

8102 Azafatas y sobrecargos.

Por otra parte, en la base de datos de la Eder se encuentra el código 99, con el cual se identificó a los trabajadores con ocupaciones no clasificadas anteriormente, insuficientemente especificados y no especificados. Cuando eso sucedía, se recurrió a la ocupación de la madre para poder determinar el estrato socioeconómico del entrevistado.

No obstante, en la muestra que se empleó 58 personas caían en esta situación, por lo que no pudo ubicarse el estrato socioeconómico de 36 mujeres y de 22 varones que, por tanto, tampoco fueron incluidos al momento de realizar las tablas de vida y los modelos estadísticos que incluyen el estrato socioeconómico. Por lo que en el análisis de esta variable, la muestra se redujo de 1,266 a 1,208 personas, mismas que se distribuyeron de la siguiente forma:

Cuadro 8. Distribución de mujeres y de hombres por cohorte y estrato socioeconómico

Cohorte	Estrato bajo		Estrato medio		Total	
Mujeres	n	%	n	%	n	%
1936-1938	158	82.3	34	17.7	192	29.4
1951-1953	183	76.9	55	23.1	238	36.5
1966-1968	149	67.1	73	32.9	222	34.1
Total	490		162		652	100
Hombres	n	%	n	%	n	
1936-1938	121	72.5	46	27.5	167	30.1
1951-1953	146	72.3	56	27.7	202	36.3
1966-1968	115	61.5	72	38.5	187	33.6
Total	382		174		556	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

1.3 Algunas precisiones sobre las transiciones

Una vez que ya se han determinado los números de muestra, es importante conocer el porcentaje en que cada una de las tres transiciones analizadas fueron experimentadas por los miembros de esta muestra a fin de ir conformando un panorama descriptivo sobre ella.

En el cuadro 9 se presenta la frecuencia y el porcentaje por sexo y cohorte según asistencia escolar, ya que para la primera salida de la escuela es importante distinguir a quienes estuvieron en riesgo de hacerlo, es decir, sólo aquellos que tuvieron la oportunidad de estudiar. En él se observa cómo los porcentajes de la población sin escolaridad descendieron

rápidamente, haciéndose casi universal la escolaridad a partir de la segunda cohorte de hombres y de mujeres.

Cuadro 9. Condición de asistencia escolar alguna vez en la vida, por sexo y cohorte (%)

	1936 -1938		Cohorte 1951-1953		1966 -1968	
	n	%	n	%	n	%
Mujeres						
Fue a la escuela al menos un año	151	75.1	231	90.9	228	97.9
Nunca fue a la escuela	49	24.4	20	7.9	5	2.1
Total	201	100	254	100	233	100
Hombres						
Fue a la escuela al menos un año	153	86.9	200	95.7	189	97.9
Nunca fue a la escuela	22	12.5	9	4.3	4	2.1
Total	176	100	209	100	193	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Cuadro 10. Población urbana que experimentó alguna de las tres transiciones antes de los 30 años de edad por sexo y cohorte

	1936-1938		Cohorte 1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
Mujeres						
Salió de la escuela	151	75.1	231	90.9	228	97.9
Ha realizado trabajo extradoméstico	104	51.7	152	59.8	172	73.8
Se ha unido conyugalmente	187	93.0	226	89.0	188	80.7
Total	201		254		233	
Hombres						
Salió de la escuela	153	86.9	200	95.7	189	97.9
Ha realizado trabajo extradoméstico	164	93.2	198	94.7	187	96.9
Se ha unido conyugalmente	148	84.1	186	89.0	160	82.9
Total	176		209		193	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Por su parte en el cuadro 10 es posible apreciar cómo ha cambiado la importancia de cada una de estas transiciones de una generación a otra. En el caso de las mujeres de la cohorte más antigua la transición que por excelencia realizaban era la unión marital, seguida de la salida de la escuela, siendo bajo el porcentaje de mujeres que trabajaban fuera de casa antes de los 30 años de edad. En tanto que en las cohortes jóvenes esta situación se invirtió, siendo mayor el porcentaje que alguna vez fue a la escuela, situándose en segundo lugar la unión conyugal y aumentando el porcentaje que ingresó al mercado laboral.

En cambio en los varones la situación es diferente, ya que la integración a una actividad laboral antes de los 30 años fue casi universal. Otra transición ampliamente

realizada fue la salida de la escuela, en tanto que la unión conyugal se situó en tercer lugar en las tres generaciones.

2. Las herramientas estadísticas

En esta investigación se emplean los datos de la Eder, mismos que permiten seguir en el tiempo a tres generaciones de mexicanos, por lo que el estudio es cuantitativo, retrospectivo y longitudinal. En ella se emplean las tablas de vida, mismas que ayudan a precisar los calendarios de cada una de estas transiciones para las tres cohortes de mujeres y de varones, así como para los dos estratos socioeconómicos, además de los modelos logísticos de historia de eventos, los cuales permiten determinar las probabilidades de que una transición ocurra dadas ciertas variables socioeconómicas y demográficas que teóricamente se asocian a las mismas. Asimismo, se realiza un análisis descriptivo para identificar las trayectorias más representativas de cada grupo poblacional antes mencionado.

Para el análisis estadístico se recurrió al empleo de dos programas de computo: SPSS y STATA. En los siguientes apartados se abunda más acerca de las características de cada una de estas herramientas estadísticas.

2.1 Precisiones acerca de la tabla de vida

La tabla de vida es considerada como un instrumento que mide las probabilidades de vida y de muerte de una población en función de la edad. Ésta se puede utilizar en una gran variedad de problemas demográficos como los que aquí se tratan, ya que a través de ella es posible obtener probabilidades y otras medidas convencionales del evento en estudio que son más apropiadas que las tasas (Ortega, 1987).

Al respecto, Juárez (1984) afirma que la utilización de la técnica de tablas de vida es adecuada para un tema siempre y cuando en él importe conocer la duración de la exposición al evento en cuestión, se pueda medir su duración y el evento sea único y no ambiguo. Condiciones que son satisfechas en este estudio, ya que en él se buscó conocer la edad en cada transición, siendo cada una de las edades un hecho singular, ya que se refiere a la primera vez en que éstas sucedieron.

Con las tablas de vida es posible generar algunos estadísticos tales como el primer decil de cada transición, mismo que permite observar el momento en que el primer 10% de la población comenzó a realizarlas, pudiendo ser consideradas como las personas más precoces

al momento de vivir un determinado evento. Ello da un panorama más completo de cada transición, ya que no todas las personas llegan a realizarlas, tal es el caso específico de la transición al primer trabajo de las mujeres, por lo que algunos cambios pueden ser captados mucho mejor de esta manera.

Otras medidas que pueden obtenerse son el primer y tercer cuartil, así como la mediana, los cuales dan cuenta del calendario de cada una de las transiciones consideradas. El primer cuartil (Q1) es una medida de posición que indica la edad en la que el 25% de las personas ha realizado una transición dada, en tanto que la mediana (M) es utilizada para describir el tiempo que le toma a la mitad de éstas efectuar una determinada transición. Mientras que el tercer cuartil (Q3) indica la edad en la que el 75% de los integrantes de una cohorte ha experimentado la transición (Tuirán, 1998 y 1999; Echarri y Pérez, 2003; Juárez, 1984).

Por su parte, el rango intercuartil, que es la diferencia entre el primer y tercer cuartil, sirve como indicador de la duración o del tiempo que le toma a una cohorte completar una transición dada, de igual manera permite ver la variabilidad interna, es decir la heterogeneidad entre los grupos o categorías y así conocer qué tan establecida se encuentra la transición estudiada (Tuirán, 1998 y 1999; Echarri y Pérez, 2003; Juárez, 1984).

Es de mencionar que el insumo principal de la tabla de vida es la edad cumplida de los individuos al momento en que sucedió la transición de interés, la cual en este estudio se encuentra medida en años. Cabe comentar que esta técnica es de carácter descriptivo ya que sirve para realizar análisis exploratorios del calendario e intensidad del evento de interés, así como de la posible asociación bivariada entre el tiempo al evento y otras variables (Solís, 2007).

2.2 Especificaciones sobre los modelos de historia de eventos

Paul Allison (1984) señala que un evento consiste en algún cambio cualitativo que ocurre en un punto específico en el tiempo. Éste debe radicar en una separación relativamente clara entre el punto que precede y el que le sigue. El autor sugiere que la mejor forma de estudiar los eventos y sus causas es colectando datos de historia de eventos. Una historia de este tipo es un registro longitudinal que indica cuando sucedieron los eventos a una muestra de individuos o una colectividad.

Aunque las historias de eventos son ideales para estudiar las causas de los eventos, éstas típicamente poseen dos características especiales: los *censoring*, que son los casos

truncados, y las variables explicativas que cambian con el tiempo y que por tanto requieren un tratamiento especial, los cuales de no tomarse en cuenta pueden producir errores o pérdida de información. Para tratar adecuadamente estas características se puede recurrir a los modelos de historia de eventos (*discrete-time event history model*). En este trabajo los modelos que se emplearon son de tiempo discreto, ya que en ellos se emplea como medida los años-persona, lo que permite estudiar eventos que no se repiten en el tiempo, tales como el primer empleo estable (Allison, 1984).

Una medida que se obtiene del modelo es el *hazard rates* (razón de momios), también conocido simplemente como *hazard* o como *rate*, que en tiempo discreto es la probabilidad de que un evento ocurra en un tiempo particular a un individuo, dado que éste se encuentra en riesgo de vivirlo en ese tiempo. Un ejemplo es la probabilidad que alguien tiene de obtener su primer trabajo dentro de un año particular, dado que no ha experimentado esta transición anteriormente (Allison, 1984).

En esta clase de análisis es posible incluir a los individuos que estuvieron expuestos a vivir el evento, por ejemplo el obtener un empleo, y que sin embargo no experimentaron dicha transición en el transcurso de todo el tiempo, con lo cual contribuyeron con tales años-persona, siendo éstos los truncados (Allison, 1984). Cabe comentar que por el tipo de diseño de la fuente de datos, todos los individuos de la muestra de la Eder que estudiaron, realizaron la salida de la escuela, por lo que en esta transición, a diferencia del inicio de la vida laboral y conyugal, no se trabajó con casos truncados.

Con respecto al *hazard*, Allison (1984) enfatiza que éste es una variable inobservada, sin embargo controla tanto la incidencia como el calendario de los eventos. Siendo así la variable dependiente en un modelo de historia de eventos.

Para especificar como el *hazard rate* depende de las variables explicativas Allison (1984) propone denotarlo como $P(t)$, que es la probabilidad de que un individuo tenga un evento en el tiempo t , dado que el individuo se encuentra todavía en riesgo de vivir el evento al inicio del tiempo t . Suponiendo que x_1 es una variable constante en el tiempo y x_2 cuenta con diferentes valores en cada tiempo t denotada como $x_2(t)$, en una primera aproximación se puede escribir $P(t)$ como una función lineal de las variables explicativas, en este caso x_1 y x_2 . La función sería:

$$P(t)=a + b_1x_1 + b_2x_2(t)$$

Un problema con esta especificación es que $P(t)$ es una probabilidad, por lo que no puede ser más grande que uno y ni menor a cero, mientras que en el lado derecho de la ecuación puede existir cualquier número real. Así, tal modelo puede producir predicciones imposibles que creen dificultades tanto en su cómputo como en su interpretación. Allison (1984) considera que este problema puede ser evitado tomando la transformación del logaritmo de $P(t)$:

$$\log (P(t)/(1- P(t)))= a + b_1x_1 + b_2x_2(t)$$

De esta forma, como $P(t)$ varía entre 0 y 1, con su transformación el lado izquierdo de la ecuación variará entre menos y más infinito. Por su parte, los coeficientes b_1 y b_2 darán el cambio en el logito (*log-odds*) para cada cambio en la unidad en x_1 y x_2 respectivamente (Allison, 1984).

Aun así, el modelo tiene todavía algunas restricciones debido a que implica que los cambios que ocurren en el *hazard* sobre el tiempo son los que se derivan directamente de los cambios en x_2 , que es la variable explicativa que cambia con el tiempo. Sin embargo, existen razones para sospechar que el *hazard* cambia autónomamente en el tiempo. Esta situación queda salvada con el modelo de tiempo discreto, ya que en él se puede incluir cualquier variación en el *hazard* permitiendo que el intercepto a sea diferente en cada punto del tiempo discreto (Allison, 1984). Así la fórmula final sería:

$$\log (P(t)/(1- P(t)))= a(t) + b_1x_1 + b_2x_2(t)$$

Los modelos de historia de eventos se estiman usando una regresión logística, misma que permite tener el logaritmo de la razón de momios de la variable dependiente, en donde cada momio se obtiene del cociente del número de eventos entre el número de no eventos (Morgan y Teachman, 1988). La transformación logarítmica permite una interpretación sencilla de la estimación de los parámetros, en los que si éstos son negativos, serán menores a uno en la razón de momios, por lo que el efecto de la variable independiente disminuirá el riesgo de un evento en un número determinado. En tanto que si el efecto es positivo, la razón de momios será mayor a uno, lo que significa que la variable independiente aumentará su riesgo en esa magnitud (Barriga, 2002).

Una vez especificada esta fórmula, el procedimiento que se realiza para calcular las razones de momios es el siguiente: en una base de historia de eventos se incluye cada año en

que la persona estuvo en riesgo de vivir el evento como una observación separada. Luego de este tratamiento, las variables explicativas que cambian en el tiempo son fácilmente incluidas ya que son consideradas como observaciones distintas (Allison, 1984).

En este caso la variable dependiente fue codificada como 1 si la persona vivió la transición estudiada y 0 si ello no ocurrió. Finalmente, se incluyó un conjunto de variables *dummys* en las variables categóricas, tales como los niveles de escolaridad. Los coeficientes de cada variable *dummy* dan la diferencia en el logito de cambio en un año manteniendo las otras variables constantes.

2.2.1 Variables incluidas en el modelo de historia de eventos

Se realizó un modelo para cada una de las tres transiciones en estudio. Las variables que se incluyeron fueron la edad móvil como una variable continua que terminaba a los 30 años, la edad al cuadrado, misma que permitió verificar si la relación entre la edad y la probabilidad de vivir la transición en cuestión era lineal o si a partir de cierto momento ésta se estacionaba o disminuía.

Se introdujo también la cohorte de nacimiento, el sexo de los individuos, el estrato socioeconómico a la edad de 15 años y las variables que controlaban si la persona había trabajado el año anterior a salir de la escuela o a unirse conyugalmente y si había asistido a la escuela el año anterior a trabajar o a comenzar a vivir en pareja, según fuera el caso. Asimismo, en los modelos del primer trabajo y de la primera unión también se incluyó el nivel de escolaridad como una variable explicativa, no así en la salida de la escuela, ya que en ella la escolaridad se correlacionaba con la variable dependiente.

En la variable de cohorte se manejó a la intermedia como la categoría de referencia para comparar los cambios en el tiempo entre las dos cohortes extremas. En cuanto a la variable de sexo, incluida sólo en el modelo de salida de la escuela, la categoría de referencia fueron los hombres, y en el estrato, el nivel socioeconómico bajo fue el de referencia.

Por lo que se refiere al nivel de escolaridad, las categorías que se emplearon fueron: sin escolaridad, primaria, secundaria, bachillerato y más, siendo la primera la categoría referencial; esta variable cambia en cada año-persona. Mientras que a la variable de si asistió a la escuela se dieron los valores de 0 sino asistió y de 1 si lo hizo en el año anterior a que sucediera la transición estudiada. Situación similar pasó con la variable de si trabajó el año anterior, donde se dieron los valores de 0 si la persona no había trabajado en ese año y de 1 si

lo había hecho. Estas dos últimas variables fueron rezagadas un año antes con el comando de lag que se generó en SPSS a fin de evitar la presencia de endogeneidad.

Cuadro 11. Variables incluidas en cada uno de los modelos de tiempo discreto

Variables	Salida de la escuela	Primer trabajo estable	Primera unión conyugal
Edad	◦	◦	◦
Edad ²	◦	◦	◦
Cohorte antigua	◦	◦	◦
Cohorte joven	◦	◦	◦
Mujer	◦		
Estrato medio	◦	◦	◦
Estaba en la escuela el año anterior a trabajar		◦	
Estaba en la escuela el año anterior a unirse conyugalmente			◦
Nivel de primaria		◦	◦
Nivel de secundaria		◦	◦
Nivel de bachillerato y más		◦	◦
Trabajó el año anterior a salir de la escuela	◦		
Trabajó el año anterior a unirse conyugalmente			◦

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Con estos modelos es posible realizar un examen de cada una de las tres transiciones por separado, así como de las variables asociadas a las mismas, teniendo como desventaja el hecho de que no se puede visualizar la interdependencia entre los múltiples eventos que conforman las trayectorias de vida de las personas. Por tal, en el capítulo VII se buscó una forma sencilla para obtener un panorama de las secuencias de estas transiciones a través del análisis de frecuencias de las trayectorias más representativas de la población. En los siguientes tres capítulos se presentan los resultados tanto de las tablas de vida, como de los modelos de historia de eventos para cada transición y en el último las trayectorias de estas personas.

CAPÍTULO IV

Salida de la escuela de las mujeres y de los hombres

El objetivo de este capítulo es profundizar en el análisis de los cambios en el tiempo de la salida de la escuela de tres cohortes de mujeres y de varones mexicanos para poner en evidencia las desigualdades por estrato socioeconómico y por género al momento de realizar esta transición. Además de determinar los factores asociados a la misma.

El capítulo consta de tres secciones, en la primera se expone una breve perspectiva de la educación en México en las últimas décadas, además de los antecedentes de investigación que dan sustento al análisis que se realiza sobre la salida de la escuela. En tanto que en un segundo momento se muestran los resultados del calendario de dicha transición en las tres cohortes con el fin de ahondar en sus edades por género y por estrato socioeconómico. En la última sección se presenta un análisis de las variables sociodemográficas relacionadas con la misma.

1.1 Panorama general de la educación en México

Aun cuando la educación formal es un elemento importante para el desarrollo de un país, en México el nivel educativo promedio de la población mexicana ha distado de lograr el estándar mínimo plasmado en las leyes educativas, ello a pesar de los esfuerzos gubernamentales por incrementar la escolaridad. Ya que a fines del siglo pasado se elevó la primaria y la secundaria a niveles obligatorios, por lo que se esperaba que todo mexicano en edad escolar contara con al menos nueve años de escolaridad, objetivo que no se ha cumplido, ya que el promedio educativo general para 1997 se ubicó en 7.4 años, es decir casi año y medio menos de lo previsto (Tuirán y Zúñiga, 2000; Giorguli, 2006).

Asimismo, ha sido bajo el porcentaje de la población juvenil que continúa inscrita en el sistema educativo luego de determinadas edades, ya que para 1997 sólo el 31.6% de la población de 15 a 24 años de edad del país permanecía estudiando. Por sexo, el 33.6% del total de la población masculina de estas edades y el 29.7% de las mujeres se encontraban en la condición de estudiantes (Tuirán y Zúñiga, 2000).

Esta situación es un claro ejemplo de las pautas de género que aún privan en distintos lugares del país y que han tendido a privilegiar el acceso y la mayor permanencia de los

varones en el sistema escolar como forma de asegurarles mayores posibilidades de inserción en el mercado laboral, ello al considerar que serán quienes habrán de trabajar para sostener el hogar que formen, en tanto que la mujer no necesariamente requeriría de esta instrucción formal ya que tradicionalmente se le ha confinado a las labores domésticas.

1.2 Antecedentes de investigación de la salida de la escuela de la población mexicana

Las investigaciones que se han realizado en los estudios de población reportan diferencias consistentes en los niveles educativos, en la permanencia y en el desempeño escolar que mujeres y varones logran según su generación, el ámbito de socialización del que proceden: rural o urbano, su adscripción o no a un grupo étnico, su estrato socioeconómico y las características de su entorno familiar, entre las que destacan la estructura y el tipo de jefatura del hogar, la escolaridad y ocupación del jefe de familia, el lugar que se ocupa dentro de la misma y el tamaño del hogar.

En México los niveles de educación formal sugieren que en general los hombres tienden a aventajar ligeramente a las mujeres en términos de escolarización, ya que éstas salen de la escuela antes que los varones, muchas veces sin haber alcanzado un nivel superior a la primaria o secundaria. Este retiro escolar viene acompañado de mayores responsabilidades en el hogar y en el cuidado de los menores y de las personas de la tercera edad, así como de una baja participación en el mercado laboral (Morelos, Aguirre y Pimienta, 1997; Parker y Pederzini, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2002; Giorguli, 2002; Castro y Gandini, 2006).

Si bien anteriormente existían grandes diferencias por género en la educación en México, con el incremento de las oportunidades educativas y el aumento de la participación de la mujer en el mercado de trabajo, las familias han tendido a gastar más en ellas, cerrándose la brecha de género en el nivel de primaria. No obstante, a partir de los 12 años las niñas tienden a dejar la escuela a una tasa más alta que los varones (Parker y Pederzini, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2002).

A pesar de que las niñas asisten menos a la escuela, las que lo hacen tienden a lograr mejores resultados que los niños, ya que tienen mayores probabilidades de terminar la primaria a tiempo al no rezagarse ni repetir grados (Parker y Pederzini, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2002). Por lo que a los 16 años el porcentaje de niños y niñas que terminan la primaria es similar, lo cual se debe a que mientras las mujeres salen antes del sistema escolar, los varones tienden a rezagarse y a reprobar. De igual forma, se ha comprobado que para

ambos, la deserción escolar coincide con la terminación de los ciclos escolares de primaria y secundaria (Parker y Pederzini, 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Giorguli, 2002; Mier y Terán, 2004 y 2007).

Se ha documentado que el porcentaje de niños rezagados empieza a aumentar con relación a las niñas a la edad de nueve años (Parker y Pederzini, 2000). El que los varones se rezaguen más en la escuela puede deberse a que cuando los recursos del hogar son escasos, éstos tienen mayores probabilidades de tener que trabajar o de combinar el estudio y el trabajo, lo que a largo plazo les impediría continuar con su educación formal (Parker y Pederzini, 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Giorguli, 2002; Mier y Terán, 2004).

El argumento anterior apunta a la perpetuación del papel del varón como el principal proveedor de ingresos. Por ello, en algunas familias pudiera persistir una preferencia por invertir en la educación de los hijos varones a fin de que cuenten con un mayor capital humano que les permita insertarse en el mercado laboral (Giorguli, 2002).

Aun cuando al final no siempre se logre el objetivo de que éstos obtengan más escolaridad, ya que algunos estudios han llegado a mostrar que, independientemente de las características del hogar y del lugar de residencia, la proporción de hogares en los que los hijos varones tienen un nivel de escolaridad menor que las hijas mujeres es más grande que la de hogares en los que la escolaridad de los hombres es superior al de las mujeres (Camarena, 2000).

A pesar de ello, el nivel educativo de la población mexicana en general ha ido aumentando de manera notable a lo largo del tiempo, ya que en las generaciones más recientes una mayor proporción de niños de ambos sexos asisten alguna vez a la escuela y lo hacen a la edad normativa correspondiente (Mier y Terán y Rabell, 2005; Coubès y Zenteno, 2005; Castro y Gandini, 2006).

Estudios realizados con las tres cohortes aquí analizadas³⁹ reportan una mayor posposición de la salida de la escuela en las cohortes más jóvenes, tanto para las mujeres como para los hombres. A lo largo de las tres cohortes ambos presentan un comportamiento muy similar en los primeros seis años de duración de su educación formal. Sin embargo, a partir de los siete años de duración los hombres de todas las cohortes tienen una mayor permanencia en la escuela en comparación con las mujeres, aunque la brecha no es mayor a año y medio (Castro y Gandini, 2006). En las últimas décadas del siglo pasado cada vez más

³⁹ Recordar que las cohortes son: 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968.

hombres y mujeres de estas generaciones comenzaron a tener un nivel de escolaridad de secundaria o bachillerato, en detrimento del porcentaje que sólo tenía el nivel de primaria, sin embargo, estos avances educativos no han significado un mayor acceso a la educación universitaria en la última cohorte de este estudio, ya que las edades de salida han continuado siendo tempranas y diferenciadas por sexo (Coubès y Zenteno; 2005; Castro y Gandini, 2006).

En otro orden de ideas, en el país existen grandes divergencias educativas por localidad de residencia, siendo la población rural la que mayormente se ve afectada por la salida anticipada de la escuela. Asimismo, es la que tiene menores niveles de asistencia en el nivel adecuado, así como un mayor atraso y deserción escolar (Parker y Pederzini, 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2001; Giorguli, 2002; Echarri y Pérez Amador, 2003).

Los factores que afectan la estancia escolar de los menores son las condiciones económicas de las áreas rurales y los escasos requerimientos de formación escolar que demandan los empleos en dichas zonas, por lo que es probable que los padres tengan menos aspiraciones educativas respecto de sus hijos (Mier y Terán y Rabell, 2001). En el caso de las niñas, vivir en comunidades rurales representa un obstáculo mayor que para los niños debido a las dificultades geográficas y a la necesidad de viajar hacia una comunidad de mayor tamaño, lo que les llega a entorpecer su ingreso y permanencia en la escuela (Parker y Pederzini, 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2001; Giorguli, 2002; Echarri y Pérez Amador, 2003).

Así, en los hogares rurales de más bajos recursos las niñas continúan dejando la escuela antes que los niños. La asistencia escolar de ambos es más o menos igual hasta el quinto o sexto grado de primaria, pero después de esa edad empieza la brecha educativa entre niños y niñas (Parker y Pederzini, 2000).

En las últimas décadas de este siglo se ha registrado una disminución de los efectos negativos de vivir en una localidad rural en la terminación de la primaria, no encontrándose en este nivel educativo una discriminación hacia la asistencia de las niñas. Incluso, algunos estudios revelan que a partir de 1990 ellas han comenzado a terminar la escuela primaria en mayor proporción que los niños. Sin embargo, ya en secundaria las jóvenes rurales presentan menores probabilidades de asistir que los varones, situación que estaría vinculada tanto a patrones de género que destinan a la mujer al ámbito meramente doméstico y reproductivo, como al hecho de que en las localidades pequeñas y aisladas no siempre se cuenta con

servicios educativos de secundaria, lo cual no sólo afecta a las mujeres sino también a los varones (Mier y Terán y Rabell, 2000, 2001 y 2002).

Y es que si bien a lo largo del siglo XX se han presentado grandes incrementos en los niveles educativos de la población mexicana gracias a la creación de escuelas adicionales y al mayor acceso a las mismas, ello se ha dado principalmente en las localidades urbanas, lo que explicaría las diferencias entre áreas (Parker y Pederzini, 2000).

Sin embargo, estudios recientes reportan que debido a la diversidad de programas gubernamentales abocados a expandir la primaria en las localidades rurales y la secundaria en las urbanas, las diferencias educativas entre ambas zonas se han reducido a lo largo del tiempo. No obstante, aún se observa una menor edad de salida, un nivel educativo más bajo y una alta tendencia a la reprobación escolar en el área rural (Mier y Terán y Rabell, 2002; Mier y Terán, 2007).

Dicha propensión ha sido reportada en un estudio que empleó a las mismas cohortes aquí analizadas. En él se observó que si bien la proporción de jóvenes que asistió alguna vez a la escuela ha aumentado de manera notable entre la primera y la tercera generaciones captadas en la Eder, ha sido mayor la asistencia escolar entre los niños urbanos que entre los de origen rural en cada una de ellas. Sin que ello implique que se haya logrado la asistencia universal de éstos últimos, mismos que en las dos primeras generaciones tendieron a ingresar de manera tardía al sistema escolar y a permanecer menos tiempo en la escuela, sin presentar grandes diferencias en la asistencia entre hombres y mujeres. Mientras que en la población urbana se presentó una edad de entrada a la escuela más prematura y una edad de egreso más tardía en comparación con el área rural, siendo los hombres urbanos quienes más postergaron su salida de la escuela en comparación con las mujeres del mismo ámbito (Mier y Terán y Rabell, 2005).

De hecho, fue en el espacio urbano en donde, si bien cada cohorte tuvo un mayor número promedio de años de escolaridad, se presentaron más diferencias por género (Mier y Terán y Rabell, 2005). Consistente con lo anterior, otros estudios han reportado que en las localidades urbanas los hombres logran un mejor nivel de escolaridad en comparación con las mujeres (Camarena, 2000; Castro y Gandini, 2006).

Particularizando en el ámbito rural, un estudio realizado en 1998 en localidades marginadas de la península de Yucatán reporta que el egreso del sistema educativo ocurre anticipadamente tanto en mujeres como en varones, logrando ambos un nivel educativo muy bajo, mismo que apenas llega a los cinco y seis años respectivamente. Por lo que muchos jóvenes no logran llegar a la secundaria, acelerándose el abandono de la escuela entre los 15

y los 16 años, edad en la que sólo asiste la mitad de ellos. A pesar de que esta situación se presenta para ambos, las mujeres de estas comunidades tienen más probabilidades de abandonar el sistema escolar que los hombres una vez que éstas han concluido con la primaria o con la secundaria. Asimismo, en los varones existe una estrecha vinculación temporal entre las transiciones de salida de la escuela y el inicio del trabajo, en tanto que en las mujeres la salida de la escuela se presenta antes que entre los varones pero no existe una relación temporal entre ambas transiciones, ya que inician en menor proporción su vida laboral en todas las edades. Por lo que si bien las jóvenes yucatecas han tendido a asistir en mayor proporción a la escuela, con relación a las generaciones anteriores, ello no se ha visto reflejado en un incremento en su participación laboral, ya que más bien son confinadas a la vida conyugal y reproductiva (Mier y Terán, 2004).

De la mano de lo anterior, la actividad económica de la familia de procedencia se asocia fuertemente con la asistencia de los niños y jóvenes a la escuela. Así, los alumnos que habitan en hogares campesinos tienen mucho menos acceso a la escuela que aquellos que pertenecen a hogares con otras actividades económicas. Se ha observado que a cualquier edad la asistencia escolar es menor en las niñas y niños campesinos, ya que a los 12 años solamente el 78% y el 85% de respectivamente permanecen en la escuela, contra un 92% y 94% de mujeres y hombres de los restantes tipos de hogar que a esas mismas edades siguen en ella (Camarena, 2000).

Estudios han reportado que los niños residentes en hogares con otro tipo de actividades distintas a la campesina tienden a mostrar un elevado nivel de asistencia escolar hasta los once años (con un porcentaje de más del 96%). Sin embargo, luego de esa edad tienden a ubicarse en dos grupos, uno formado por aquellos que viven en hogares con padres en actividades profesionales o administrativas y otro integrado por quienes pertenecen a hogares de obreros o prestadores de servicios, teniendo los primeros las mayores proporciones de asistencia escolar. Y aun cuando se siguen observando dentro de estos hogares mayores proporciones de hombres que de mujeres que permanecen en la escuela, ello no implica que logren una mayor escolaridad. Situación que puede ser atribuida a las demandas que se les hace a los hijos varones de participar en actividades económicas en momentos de crisis familiar, por lo que son más propensos que las mujeres de describir una trayectoria escolar irregular y discontinua que los lleva a rezagarse respecto del grado escolar que deberían tener (Camarena, 2000).

Ahora bien, el acceso a la educación también se da de manera desigual según sea la pertenencia o no a un grupo indígena, por lo que es necesario distinguir entre el ser indígena

y el vivir en el área rural, ya que son grupos poblacionales que si bien pueden compartir elementos en común, también presentan grandes diferencias.

En los últimos años, los contrastes entre los niños y jóvenes hablantes de alguna lengua indígena y los no hablantes han tendido a reducirse debido a la creciente disponibilidad de servicios educativos en zonas de alta concentración indígena. Sin embargo, los niños hablantes de alguna lengua indígena ven más afectadas sus posibilidades de permanecer en la escuela debido a la combinación de las características culturales y a la pobreza familiar y comunitaria que los rodea (Mier y Terán y Rabell, 2000 y 2002).

Las familias indígenas envían a sus hijos a trabajar prematuramente y en mayor proporción que las familias que no hablan alguna lengua indígena, en tanto que las niñas hablantes tienden a permanecer en sus hogares para desempeñar labores domésticas, lo que les limita su acceso a la educación formal (Mier y Terán y Rabell, 2002).

Estudios que sitúan sus resultados a finales del siglo pasado han mostrado que en las localidades rurales con mayor presencia de población indígena, el hablar una lengua indígena⁴⁰ tiene un mayor efecto negativo en las probabilidades de que los niños terminen su primaria, ya que algunos de ellos pueden llegar a enfrentar problemas para aprender el español, por lo que abandonan la escuela antes de concluirla (Mier y Terán y Rabell, 2002).

Contrario a ello, controlando el factor socioeconómico, los varones hablantes de estas localidades parecen tener mayores probabilidades de ingresar a la secundaria que los no hablantes. Lo que pudiera mostrar un proceso de selección en el cual los niños indígenas que terminaron la primaria pudieran haber aprendido el español y por tanto ser más capaces y estar más motivados que los no hablantes para continuar con sus estudios, además de que es posible que reciban programas compensatorios que impulsen su educación (Mier y Terán y Rabell, 2002).

En tanto que las niñas indígenas tiene la misma probabilidad que las no hablantes de comenzar la secundaria, lo que muestra que ellas no se benefician de tales ventajas de la misma manera que los varones debido a los valores tradicionales que dictan que las mujeres deben permanecer en sus hogares, además de la mayor carga de trabajo doméstico que pesa sobre ellas y de la presencia de más hermanos en hogares con limitados recursos, por lo que existiría un menor interés por parte de sus familias de mandarlas a estudiar (Mier y Terán y Rabell, 2002).

⁴⁰ Variable que comúnmente es empleada para conocer la adscripción a un grupo indígena (Mier y Terán y Rabell, 2000).

Por otra parte, se sabe que existen diferenciales educativos según el sector socioeconómico, ya que las personas de escasos recursos tienen bajos niveles educativos y asisten menos a la escuela, dejando de acumular años de escolaridad antes que en los estratos más altos (Parker y Pederzini, 2000; Polo Arnejo, 2004; De Oliveira y Mora 2008a y b).

En los estratos bajos la salida de la escuela adquiere mayor importancia como primera transición en comparación con el estrato medio alto. En los primeros son las mujeres quienes previamente salen de la escuela. Estas diferencias entre los sectores sociales se mantienen al hacer las comparaciones para los grupos de edad más jóvenes (De Oliveira y Mora 2008a y b).

Si bien en el estrato medio mujeres y hombres egresan más tardíamente del sistema educativo, entre los 25 a 29 años comienza también a notarse una discriminación por género a favor de los varones, lo cual puede deberse a un efecto de cohorte, aunado a que es posible que las jóvenes de familias más acomodadas dejen de estudiar a partir de cierto momento debido a que ya alcanzaron los niveles de escolaridad deseados y a que muchas ya se han unido maritalmente y han tenido hijos en mayores proporciones que su contraparte masculina (Ojeda, 1989; Mier y Terán y Rabell, 2001; Polo Arnejo, 2004; De Oliveira y Mora 2008a y b).

La situación anterior puede originar que la brecha que separa a los varones de las mujeres en el sector medio llegue a ser bastante más amplia que la que distancia a los varones y las mujeres del sector popular, observándose que el sistema educativo actúa como mecanismo de reproducción de las desigualdades sociales, económicas y de género (Ojeda, 1989; Mier y Terán y Rabell, 2001 y 2004; Polo Arnejo, 2004; De Oliveira y Mora 2008a y b).

Los contrastes por estrato socioeconómico al momento de egresar del sistema escolar son mucho más acentuados entre las mujeres que entre los varones. Asimismo, las divergencias entre ambos atraviesan los diferentes sectores sociales pero son más marcadas, al menos en las primeras edades escolares, en los estratos bajos, donde la división sexual del trabajo al interior de los hogares se encuentra más acentuada y limita más la escolaridad de éstas así como su participación en el mundo laboral con relación a las mujeres con mejores niveles de vida (De Oliveira y Mora, 2008a y b).

Así, las jóvenes de escasos recursos, además de dejar la escuela prematuramente, no entran al mundo laboral en la misma proporción que las mujeres del estrato alto y que los hombres de su mismo medio socioeconómico. Ello se debe a las responsabilidades que por lo general asumen en la realización de los quehaceres domésticos y en el cuidado de los

hermanos y adultos mayores al interior de sus hogares. Lo que revela que las condiciones de la reproducción social del hogar pueden ser tanto o más fuertes que las restricciones económicas a la hora de definir las trayectorias escolares de las jóvenes (De Oliveira y Mora, 2008a y b).

Lo anterior muestra que las desigualdades socioeconómicas y las de género se reproducen y se refuerzan desde las primeras edades, disminuyendo en mayor medida las posibilidades de las mujeres de mejorar su posición social y de lograr mayor control sobre su vida vía la educación y el desempeño del trabajo extradoméstico bien remunerado. Estas condiciones de desventaja las enfrentan también los varones del estrato bajo, mismos que dejan la escuela y entran a la vida laboral en mayor medida y antes que los hombres del estrato medio alto (De Oliveira y Mora, 2008a y b).

Además del estrato socioeconómico, algunas investigaciones sugieren que el tipo de familia y los recursos del hogar también influyen en el acceso educativo de los niños mexicanos (Giorguli, 2002). Ya que la familia desempeña un papel activo en la decisión de enviar a los niños a la escuela y de cuánto tiempo deben permanecer en ella. Los padres invierten tiempo y dinero en el capital humano de sus hijos dependiendo de sus recursos económicos, de sus valores y de que haya una escuela cercana (Mier y Terán y Rabell, 2002).

En las familias donde falta un padre, sobre todo el varón, ello traería incertidumbre respecto de la situación financiera del hogar, pudiendo apresurar la entrada de los adolescentes al mercado laboral. De igual manera, la incorporación laboral de las madres puede incrementar la participación de los hijos en el trabajo doméstico y en el cuidado de los hermanos menores, afectando principalmente a las hijas. Sin embargo, existe la hipótesis de que los hogares donde el padre está ausente pueden aún así verse beneficiados si la mujer trabaja, ya que ésta podría hacer una mejor distribución del ingreso, buscando invertir en la educación de los menores, con lo cual existirían más probabilidades de que los hijos estudien y trabajen (Giorguli, 2006).

El tipo de estructura familiar: nuclear, monoparental o extendido, la modalidad de jefatura del hogar: masculina o femenina y el sector social: agrícola, popular y medio también parecen tener efectos que varían por género sobre la educación de los hijos. No obstante ello, tanto niños como niñas tienen una menor probabilidad de experimentar la salida de la escuela cuando viven en hogares con ambos padres. En tanto que cuando los varones viven en hogares monoparentales, ya sea que cuenten con jefatura masculina o femenina, enfrentan mayores obstáculos para concluir la primaria y para seguir estudiando (Giorguli, 2002).

Los niños del sexo masculino que están en peores circunstancias viven en hogares monoparentales encabezadas por varones. La explicación podría encontrarse en que éstos se incorporan en mayor medida al mercado laboral como perceptores de ingresos al no contarse en el ámbito familiar con un mayor número de perceptores adultos. En contraste, las niñas que pertenecen a hogares monoparentales con jefatura masculina no necesariamente enfrentan las mismas desventajas en términos de asistencia escolar. Dado que este tipo de hogares tienden a ser más pequeños, es posible que las responsabilidades de las niñas en las tareas domésticas y en el cuidado de hermanos pequeños sean menores y por tanto compatibles con el estudio (Giorguli, 2002).

En el caso de los hogares monoparentales o extendidos con jefatura femenina no se presentan diferencias significativas con relación a los hogares nucleares en lo que respecta a la deserción escolar, antes y después del nivel primario, especialmente en el caso de las niñas. Lo cual puede deberse al hecho de que con frecuencia los hogares extendidos con jefatura femenina están conformados por tres generaciones compuestos por la abuela, la madre y los hijos, por lo que es posible que los niños se beneficien del aumento en el ingreso familiar gracias al salario de la madre y a la distribución que de él haga, y al cuidado y supervisión de las abuelas (Giorguli, 2002).

Al analizar la estructura familiar: nuclear, monoparental y extensa con el sector social: agrícola, popular y medio se sabe que éstos se conjuntan de diferentes formas, por lo que se producen ventajas y desventajas en la organización familiar que se compensan y no permiten ver claramente un tipo de familia que propicie mejores condiciones escolares para los niños (Mier y Terán y Rabell, 2001).

La educación formal de los hijos también depende de la escolaridad del jefe del hogar. Los niños cuyos padres no asistieron a la escuela tienen significativamente menores probabilidades de terminar la primaria a tiempo y de continuar sus estudios de secundaria que aquellos que cuentan con padres más escolarizados (Mier y Terán y Rabell, 2002; Giorguli, 2002).

Asimismo, el tamaño de la familia tiene un efecto claro en las posibilidades de asistir a la escuela, ya que las familias grandes envían en menor medida a sus hijos a la escuela, siendo la dilución de recursos entre los hermanos el factor que puede explicar este efecto, aunque también es probable que las familias que no limitan su descendencia valoren poco la escuela y estén menos dispuestos a invertir en la formación del capital humano de sus hijos (Camarena, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2002).

De igual manera, se sabe que la asistencia a la escuela no sólo depende del número de hermanos con que se cuente, sino del orden de nacimiento dentro de la familia y del sexo de los hermanos mayores y menores. Así por ejemplo, ser la hermana mayor de dos mujeres posibilita una mayor asistencia escolar que ser la mujer de mayor edad en un contexto donde hay hermanos varones mayores y hermanos menores de ambos sexos, ya que ello puede demandarle a la niña mayor participación en el trabajo doméstico a determinada edad y una mayor competencia con los varones por los recursos del hogar (Camarena, 2000).

Partiendo de los resultados reportados por las investigaciones aquí enunciadas, en este capítulo se presenta el análisis del calendario de la salida de la escuela, primeramente de las tres cohortes de mujeres mexicanas, luego del de los varones y posteriormente se contrastan dichos resultados para ambos. En un siguiente momento se realiza este mismo análisis pero distinguiendo a mujeres y a varones por estrato socioeconómico para finalmente hacer un examen conjunto de estas dos poblaciones.

2.1 La experiencia escolar femenina: cambios en el tiempo

Con la finalidad de adentrarse más en el estudio de la salida de la escuela de las mujeres mexicanas del área urbana del siglo XX se analiza el primer decil y los 3 cuartiles de las tablas de vida de cada cohorte.⁴¹ En este apartado se esperaban observar diferencias en el calendario de salida del sistema escolar a favor de las mujeres más jóvenes marcado por la mayor permanencia escolar de éstas.

En el cuadro 12 se aprecia un aumento en las edades de la salida de la escuela de las tres cohortes de mujeres a lo largo de 30 años, siendo un reflejo de los esfuerzos realizados por el gobierno federal para expandir el sistema escolar a partir de la segunda mitad del siglo XX a fin de incrementar los niveles educativos de la población mexicana.

⁴¹ Para la obtención de las edades de ocurrencia tanto del primer decil, como de los cuartiles y de la mediana, se utilizó la serie de las l_x , que representa la función de sobrevivencia o el número de personas vivas a una edad exacta x , en este caso es el número de individuos que no han experimentado la transición a una edad exacta x , de una generación inicial de l_0 . El valor inicial l_0 se conoce como la raíz o radix de la tabla. Esta función muestra la “extinción de una generación por muerte” (Ortega, 1987). La función de supervivencia es proporcionada por la salida de las tablas de vida generadas en el programa de Stata. Esta misma serie l_x fue utilizada para realizar las gráficas presentadas.

**Cuadro 12. Salida de la escuela de mujeres.
Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil**

	D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	8.2	10.1	12.0	14.6	4.5	(147)
1951-1953	9.6	11.2	13.1	16.1	4.9	(217)
1966-1968	11.0	12.8	15.7	18.3	5.5	(217)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

El primer decil muestra la edad a la que el primer 10% de las mujeres experimentaron la salida de la escuela. Esta medida puede ser considerada como un indicador de la desigualdad existente al interior y entre cada cohorte, ya que señala el momento en que una de cada diez mujeres perdió la oportunidad de continuar estudiando y por tanto de lograr un mayor capital humano. Tomando en cuenta que la educación formal es considerada como un elemento clave del desarrollo personal y familiar, dicha situación coloca a la mujer en desventaja con respecto a las demás que si lograron obtener mejores niveles educativos, pudiendo llegar a incidir en áreas tan diversas como su salud, el número de hijos que tenga, el cuidado de los mismos, el desempeño de un trabajo extradoméstico y el salario que perciba, entre muchos otros aspectos.

En estas generaciones, el primer decil se ubicó en edades muy tempranas de la vida, variando entre los 8 y los 11 años entre las cohortes extremas, antigua y joven, concordando en esta última cohorte con la edad en que muchas personas terminan con la educación primaria en el país.⁴² Ello muestra un punto de inflexión en donde posiblemente algunas de estas mujeres ya no pudieron continuar en el sistema educativo al haber concluido con el nivel escolar que su grupo de origen esperaba para ellas o les podía ofrecer dadas sus condiciones de vida. Lo cual es muy importante porque indica que aún cuando ha aumentado la cobertura educativa, para muchas personas el nivel de primaria sigue siendo el umbral máximo de estudios al que pueden aspirar.

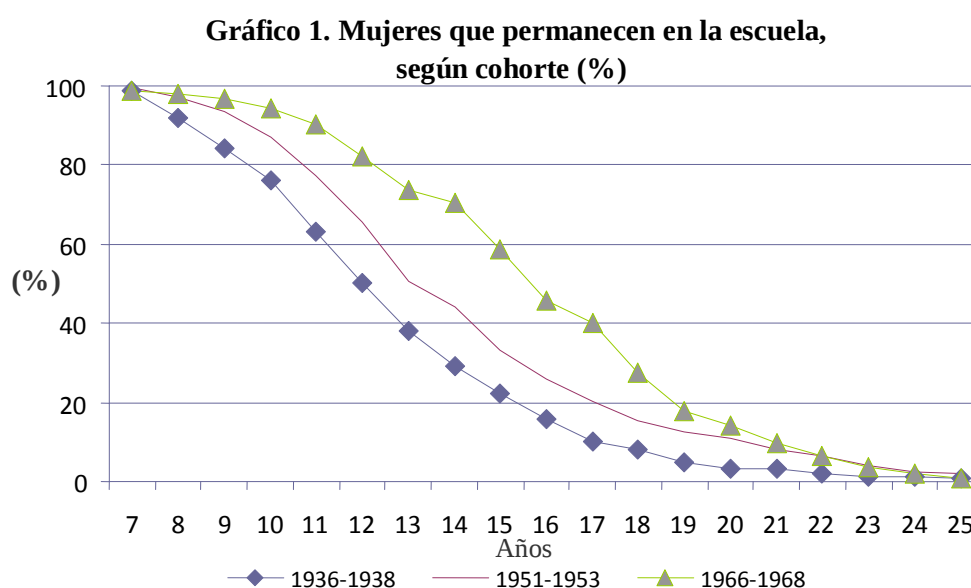
La curva de supervivencia (gráfico 1) muestra como la asistencia escolar ha sido más temprana y universal en las cohortes más jóvenes, en tanto que en la antigua se observa una menor asistencia en las primeras edades escolares en la cohorte más antigua de mujeres. Situación que también fue observada en el caso de los varones.

⁴² Se debe tener cuidado al interpretar la edad de salida de la escuela, ya que ésta indica el momento en que las personas dejaron por primera vez el sistema escolar, pero antes de ello pudieron haberse presentado una serie de eventos de rezago, repetición escolar o de ingreso tardío a la escuela que al final hayan repercutido en el bajo nivel escolar de los alumnos, por lo que su edad de egreso no siempre coincidirá con el nivel que se esperaba deberían haber alcanzado para ese momento.

Asimismo, el cuadro 12 revela la existencia de rezagos en materia de educación, ya que la edad mediana tan sólo aumentó 3.7 años entre las cohortes extremas. Asimismo, entre los 14 y los 18 años tres de cada cuatro jóvenes ya había salido del sistema educativo en esas mismas generaciones. Ello indica que aun cuando el sistema escolar ha incrementado su cobertura educativa y las familias han ido invirtiendo más en la educación de las mujeres, la edad de salida de éstas siguió siendo muy baja.

Las edades tempranas de salida de la escuela en cada cohorte reflejan que el grueso de la población de las tres generaciones no permaneció en el sistema educativo el tiempo suficiente para tener posibilidades de acceder a niveles avanzados de educación formal debido a factores tales como los problemas económicos de las familias de origen de estas mujeres y las pautas de género que en décadas pasadas no siempre creían necesaria la asistencia de la mujer a la escuela considerando que su destino eran las labores del hogar, situación que ha ido modificándose en el tiempo.⁴³

Por otra parte, el rango intercuartil, puede ser interpretado como la medida de dispersión de la edad en la que las personas habrían realizado la salida de la escuela, en la que entre menor sea el rango de dispersión, mayor será la transición normativa alrededor de ciertas edades. En este caso, es posible observar que dicho rango fue aumentando con el paso del tiempo al transitar de 4.5 a 5.5 años entre cohortes extremas. Lo que indica un aumento en las desigualdades educativas en la generación más joven al existir una menor concentración de la finalización de los estudios en determinadas edades.



⁴³ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas según cohorte. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 40.05 con $Pr > \chi^2 = 0.000$.

Esta desigualdad podría tener su explicación en posibles impedimentos familiares y sociales, pero sobre todo económicos, ya que debe recordarse que a las mujeres de la cohorte joven les tocó vivir la crisis económica de la década de los ochenta cuando aun se encontraban estudiando la secundaria, situación que debió hacerles más difícil su permanencia dentro del sistema educativo.

Para completar este panorama, se presenta el nivel educativo alcanzado en cada generación. En el cuadro 13 se observa cómo, gracias a las campañas de alfabetización y al aumento de la cobertura educativa, ha ido disminuyendo el porcentaje de mujeres que nunca estudiaron, al pasar de 24.4 a 2.1% entre las cohortes extremas y cómo han ido aumentando la proporción de ellas en los niveles educativos más altos con el paso del tiempo.

En las dos primeras cohortes se aprecia que el mayor porcentaje de mujeres solamente logró estudiar primaria, siendo muy bajo el número que llegó a cursar los siguientes niveles. En tanto que en la cohorte más joven la situación cambia completamente, ya que aumentó el porcentaje con secundaria o con bachillerato y más, en tanto que disminuyó de manera importante el número de mujeres sin escolaridad.

Cuadro 13. Nivel educativo alcanzado por las mujeres según su cohorte de nacimiento (%)

	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Nunca ha estudiado	24.4	7.9	2.1
Primaria ⁴⁴	62.7	65.7	30.0
Secundaria ⁴⁵	10.0	15.0	40.3
Bachillerato y más ⁴⁶	3.0	11.4	27.5
Total	100	100	100
n	(201)	(254)	(233)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

El aumento en la escolaridad y en la edad de salida de la escuela en cada cohorte de mujeres tiene su explicación en la ampliación del número de escuelas y en el mayor acceso a las mismas ocurrido desde la segunda mitad del siglo XX. Además, a partir de esta época la educación empezó a ser considerada como un instrumento que permitía aspirar a la movilidad social, por lo que muy posiblemente un mayor número de familias debieron haber gastado en la educación de sus hijos e hijas a fin de asegurarles el ascenso social a través de la educación, lo que posibilitó el aumento del número de mujeres que tuvieron oportunidad de

⁴⁴ Esta categoría incluye a las mujeres que estudiaron primaria o algún oficio técnico con primaria, independientemente de si lograron concluir con el nivel.

⁴⁵ Incluye secundaria y técnico con secundaria.

⁴⁶ Incluye estudios de bachillerato, técnico con bachillerato, normal básica, profesionista y posgrado.

continuar con sus estudios (Alba, 1989; Parker y Pederzini, 2000; Pederzini, 2006; Aboites, 2006).

Asimismo los cambios sociales y de género, tales como el incremento de la fuerza laboral femenina, el aumento de los hogares con mujeres jefas de hogar y las modificaciones en cuanto a la valoración hacia la mujer, entre otros factores, deben haber incidido en su cada vez más tardío éxodo del sistema escolar.

2.2 La experiencia escolar masculina: cambios en el tiempo

En el calendario de salida de los varones, al igual que con las mujeres, se esperaba una diferenciación marcada por los cambios en el tiempo en detrimento del logro educativo de la generación más antigua. Situación que efectivamente se ve comprobada al observarse tendencias similares a las de las mujeres.⁴⁷ Si bien fueron presentándose edades cada vez más tardías al momento en que el primer 10% de los integrantes de cada cohorte partieron del sistema escolar, al pasar de 8 a 11 años entre cohortes extremas, aún siguieron siendo edades claramente precoces que no les permitieron estudiar más que algunos años de primaria.

**Cuadro 14. Salida de la escuela de hombres.
Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil**

	D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	8.5	10.2	12.9	15.7	5.5	(145)
1951-1953	10.0	11.8	14.5	18.0	6.2	(194)
1966-1968	11.0	14.1	16.7	19.5	5.4	(183)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Ello indica que un porcentaje importante de la población masculina simplemente no tuvo acceso ni contó con los recursos económicos y con el apoyo familiar o con la motivación e interés para proseguir con sus estudios, siendo éstos quienes posiblemente debieron atender las necesidades económicas de su familia de origen aportando un ingreso extra, debiendo por tanto ingresar al mercado laboral anticipadamente y en empleos con baja remuneración económica, lo cual a su vez incidiría en su desarrollo personal y familiar de largo plazo.

En la tabla de vida (cuadro 14) y en la curva de sobrevivencia (gráfico 2) se aprecia un aumento en el tiempo en la edad al momento en que el 50% de la población salió de la escuela, ya que a la edad de 12.9 la mitad de la población masculina de la generación antigua

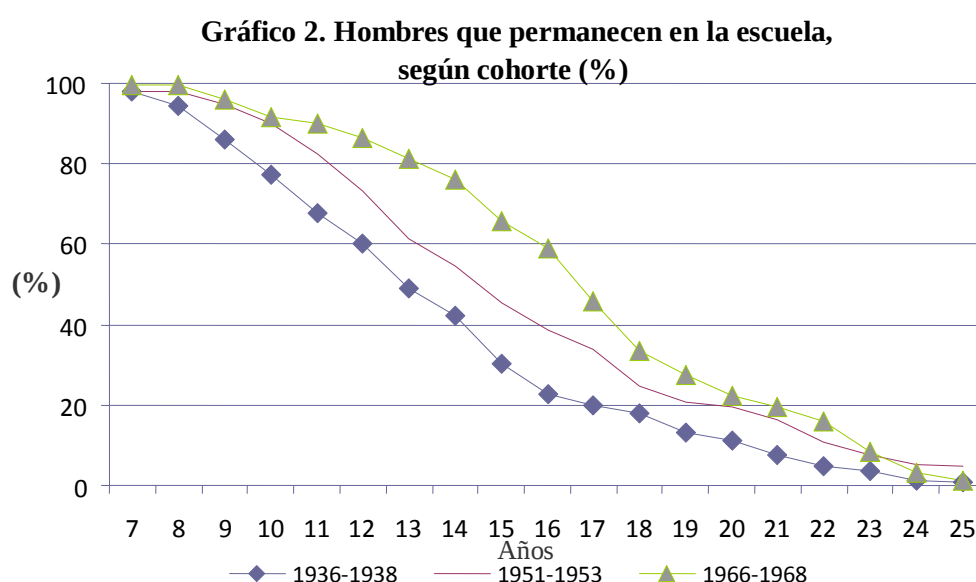
⁴⁷ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas, según cohorte. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 24.19 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.000$.

ya no estudiaba, en tanto que para la cohorte más joven ello sucedió a los 16.7 años, incrementándose la edad mediana en 3.8 años entre cohortes extremas, lo que significa que en ésta última generación uno de cada dos varones tuvo la posibilidad de llegar hasta el bachillerato.

En la cohorte más joven pareciera que el hecho de haber concluido con un nivel educativo fue el detonante para que un porcentaje importante ya no continuara con sus estudios, tal como se aprecia en el primer decil y el cuartil, ya que estas medidas se situaron cerca de las edades en que generalmente se concluye la primaria y la secundaria.

Lo anterior coincide con otras investigaciones⁴⁸ que apuntan a la existencia de puntos de inflexión en las edades cercanas a la conclusión de la primaria, en las cuales muchos alumnos dejan de asistir a la escuela una vez concluido este nivel educativo. Igualmente los estudios señalan otro punto de quiebre entre los quince y los diecisiete años, edad en que los alumnos finalizan su educación secundaria.

El rango intercuartil muestra que aun cuando existió una tendencia a realizar esta transición alrededor de determinadas edades, esta situación pareciera no ser tan contundente en el caso de la cohorte intermedia, ya que su rango, a diferencia de las otras dos cohortes, pasó de los cinco años para situarse en los seis años, mostrando entre los hombres de esta cohorte una mayor desigualdad al momento de dejar la escuela que la presentada por los varones de las otras dos generaciones.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

⁴⁸ Véase Parker y Pederzini, 2000; Camarena, 2000; Tuirán y Zúñiga, 2000; Giorguli, 2002; Mier y Terán, 2004 y 2007.

Por otra parte, se aprecian aumentos importantes en el nivel educativo promedio alcanzado por los varones de las tres cohortes, ya que el porcentaje que nunca había estudiado se redujo al pasar de 12.5 a 2.1% en 30 años, lo cual indica la efectividad de las campañas de alfabetización que en esa época se promovieron. Si bien en la primera cohorte seis de cada diez hombres habían estudiado sólo algún grado de primaria, ya para la última cohorte esta situación disminuyó a dos personas.

De la misma forma, se presentaron importantes aumentos en secundaria y en los niveles medio superior y superior, lo que muestra una notable ampliación educativa en las cohortes más jóvenes, producto en gran parte de la política educativa impulsada en el país a fin de incrementar la escolaridad de la población en general. Algo más a destacar es el hecho de que a diferencia de las mujeres, ellos lograron llegar en mayor cantidad a grados de nivel medio superior y más en todas las cohortes. Lo cual coincide con lo que diversos estudios han indicado acerca de la preferencia de las familias por asegurarles a los varones mejores niveles educativos.⁴⁹

Cuadro 15. Nivel educativo alcanzado por los hombres según su cohorte de nacimiento (%)

	1936 -1938	1951-1953	1966 -1968
Nunca ha estudiado	12.5	4.3	2.1
Primaria	62.5	45.9	22.3
Secundaria	9.7	22.5	32.6
Bachillerato y más	15.3	27.3	43.0
Total	100	100	100
n	(176)	(209)	(193)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.3 Transformaciones en el calendario de la salida de la escuela de las mujeres y de los varones

En este apartado se confronta el panorama educativo logrado por mujeres y hombres de cada cohorte para observar las desigualdades entre ambos al momento de culminar con sus estudios formales.

⁴⁹ Parker y Pederzini, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2002; Giorguli, 2002; Castro y Gandini, 2006, De Oliveira y Mora, 2008a y b.

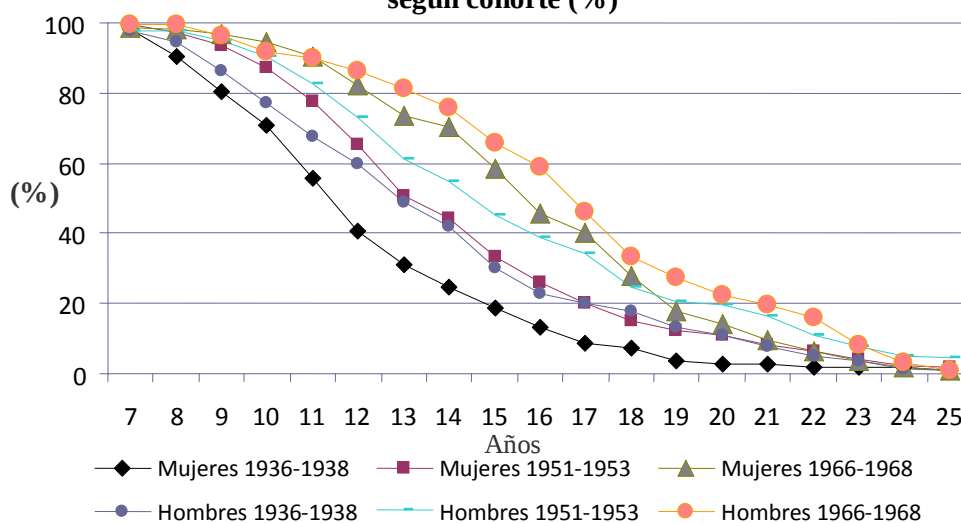
En el cuadro 16 y en los gráficos 3 y 5 se pueden observar dicha desigualdad educativa.⁵⁰ En términos generales las mujeres de las tres cohortes en estudio tendieron a salir antes de la escuela que su contraparte masculina, lo cual se aprecia con la edad mediana, en la que se observa que si bien en cada cohorte aumentó la edad de término para hombres y mujeres, se mantuvo una diferencia de un año o más a favor de ellos a través del tiempo. De igual manera, se observa en los hombres una edad de salida más tardía en el tercer cuartil (gráfico 5), lo que indica una mayor inversión familiar en la educación de los hombres antes que en las mujeres.

Cuadro 16. Edad mediana a la salida de la escuela, según cohorte de nacimiento y sexo

Cohorte	Mujeres	Hombres	Diferencia mujer- hombre
1936-1938	12.0	12.9	-0.9
1951-1953	13.1	14.5	-1.4
1966-1968	15.7	16.7	-1.0

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Gráfico 3. Mujeres y hombres que permanecen en la escuela según cohorte (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

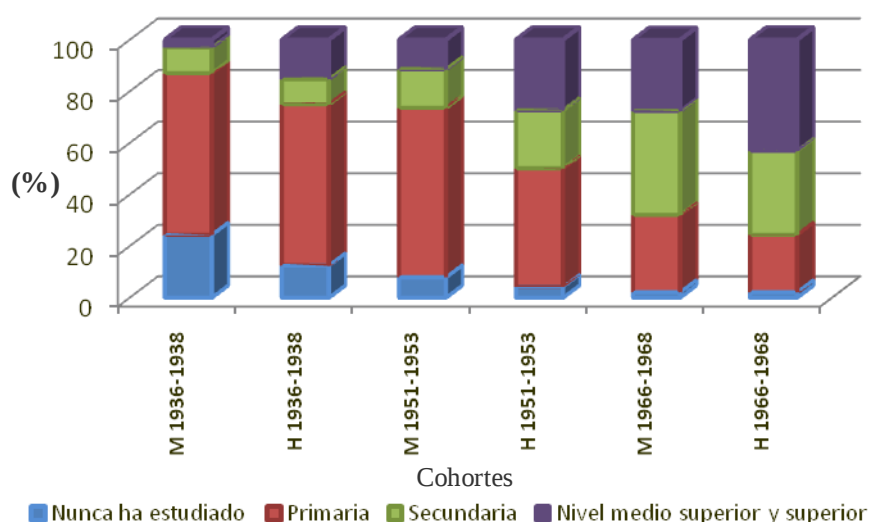
A pesar de que la edad de salida de la escuela se ha incrementado con el tiempo, todavía en la cohorte más joven se puede observar que a los 18.3 y 19.5 años el 75% de las mujeres y de los hombres respectivamente, ya habían dejado la escuela (gráfico 5). Esta

⁵⁰ En el gráfico número 5 se muestra de manera esquemática la edad a la que el 25, 50 y 75% de esta población realizó la transición de salida de la escuela.

situación indica que aún en esta cohorte que experimentó considerables posibilidades de acceder y continuar en el sistema educativo, debido al incremento masivo de la educación ocurrido entre la década de los sesenta a noventa, el nivel escolar al que podía aspirar continuaba siendo muy limitado, existiendo un número reducido de personas con oportunidades de llegar a concluir una licenciatura o un posgrado.

Un último aspecto a resaltar en este apartado son las diferencias en los porcentajes de los niveles educativos alcanzados en cada cohorte por mujeres y hombres (gráfico 4), mismos que muestran que aun cuando fue disminuyendo la población que nunca había estudiado y aumentado aquella con niveles de secundaria y de educación media superior y superior, se presentó en cada cohorte una más amplia escolaridad en los varones en detrimento de las mujeres. Ellas se concentraron en los niveles inferiores de la educación en tanto que los hombres aumentaron considerablemente su participación en los niveles más avanzados. Lo que habla de que a pesar del crecimiento del número de escuelas en las últimas décadas del siglo pasado, continuó presentándose una desigualdad educativa entre hombres y mujeres, ya que en cada generación ellas dejaron de asistir a la escuela antes que ellos y alcanzaron un menor nivel educativo que su contraparte masculina.

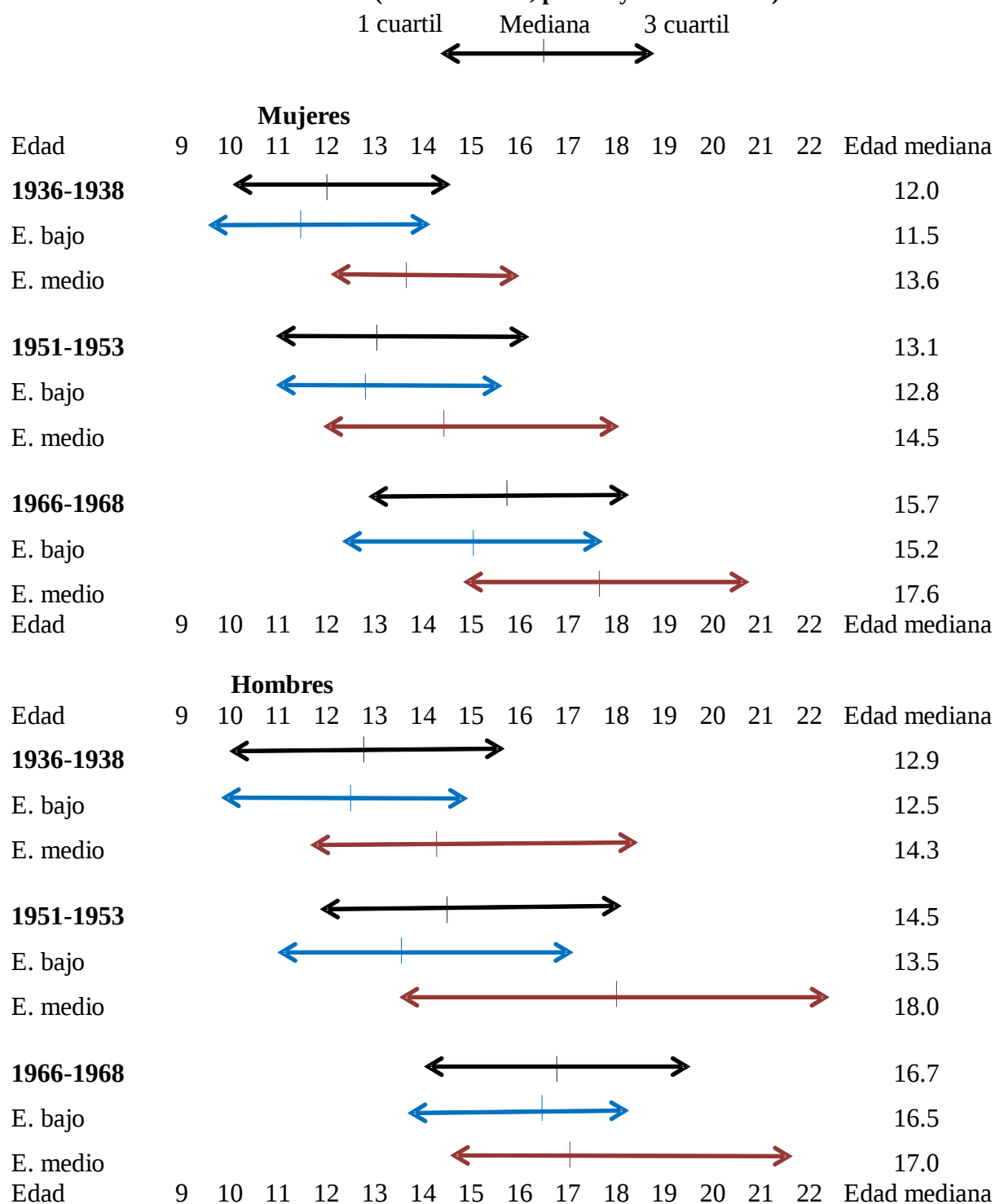
Gráfico 4. Nivel educativo según cohorte de nacimiento y sexo (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Gráfico 5.

Distribución de la edad a la salida de la escuela por sexo, cohorte y estrato socioeconómico. (Edad mediana, primer y tercer cuartil)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.4 Desigualdad por estrato socioeconómico en la salida de la escuela de tres cohortes de mujeres

Con el propósito de adentrarse en el análisis intra cohorte se presenta el estudio de la salida de la escuela diferenciando el estrato socioeconómico de origen de las mujeres. En él se esperaba observar desigualdades persistentes a lo largo de medio siglo en cuanto a las edades de salida de la escuela, siendo las mujeres de los niveles medios las que egresaran a más tardía edad, situación que con el paso del tiempo tendería a acentuarse más que a desaparecer debido a los desequilibrios económicos que el país sufrió a partir de la década de los setenta y que se enfatizaron aún más en las siguientes décadas, afectando la posibilidad de un mejor desarrollo educativo de las personas con menores oportunidades económicas.

Cuadro 17. Salida de la escuela según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de las mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

		D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	E. bajo	8.1	9.6	11.5	14.0	4.4	(113)
	E. medio	10.6	12.3	13.6	15.8	3.5	(34)
1951-1953	E. bajo	9.4	11.0	12.8	15.6	4.6	(165)
	E. medio	10.4	11.7	14.5	18.0	6.3	(52)
1966-1968	E. bajo	10.6	12.4	15.2	17.6	5.2	(146)
	E. medio	12.1	14.8	17.6	20.2	5.4	(71)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

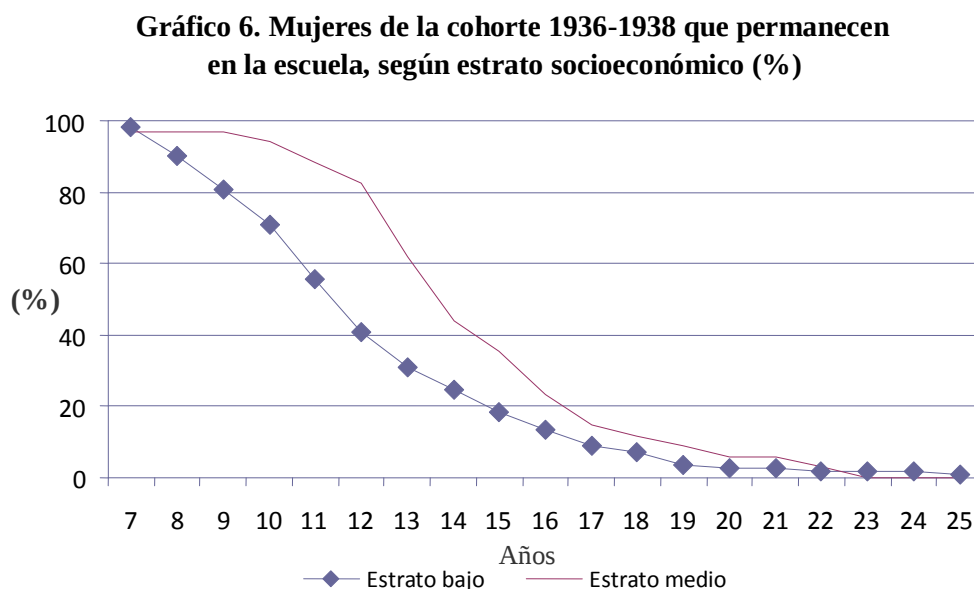
Debido al reducido número de casos con que se contó por estrato socioeconómico, sobre todo en el nivel medio, es que los resultados de estos apartados deben ser tomados con precaución y ser vistos como primeras evidencia de las posibles diferencias presentadas por estrato, por lo que solamente se comentarán los aspectos más destacados, centrándose mayormente en el estrato bajo. Asimismo, se deja para los modelos de tiempo discreto el análisis de dichas desigualdades.

Este análisis advierte interesantes diferencias al interior de cada cohorte y entre cohortes. Si bien la edad de salida de la escuela ha ido aumentando, este avance varió de acuerdo al estrato socioeconómico de la mujer, ya que en las tres cohortes es posible observar una mayor edad de salida del sistema escolar en las mujeres de estrato medio con relación a las del bajo. Esta diferencia es especialmente pronunciada en el tercer cuartil, lo que indica que aquellas contaron con mayores oportunidades de retardar dicha transición por un periodo más prolongado de tiempo, permitiéndoles prepararse más para el desarrollo de su vida

personal, lo que probablemente les llevó a aplazar sus siguientes transiciones vitales, en tanto que las del nivel bajo no contaron con las mismas posibilidades.

2.4.1 La cohorte 1936-1938

Al revisar las diferencias al interior de cada cohorte⁵¹ se aprecia que una de cada diez mujeres de ambos estratos de la cohorte más antigua comenzaron a dejar el sistema escolar a edades muy tempranas, ubicadas entre los 8 y los 11 años en el estrato bajo y medio respectivamente. De igual manera, mostraron una edad mediana diferenciada en más de dos años, lo que indica que en el estrato medio la mitad de las jóvenes pudo haber llegado a la secundaria, en tanto que en el bajo una de cada dos mujeres llegó al nivel de primaria como umbral máximo de estudios.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Con lo anterior se puede concluir que en la cohorte más antigua, si bien las mujeres asistían a la escuela unos cuantos años, la escolaridad aún no se encontraba establecida como una opción de desarrollo para las mujeres, por lo que las edades de salida en ambos estratos se presentaban muy pronto. El temprano alejamiento escolar de las mujeres de los dos estratos tiene su origen en las condiciones prevalentes en el período de su niñez y juventud,

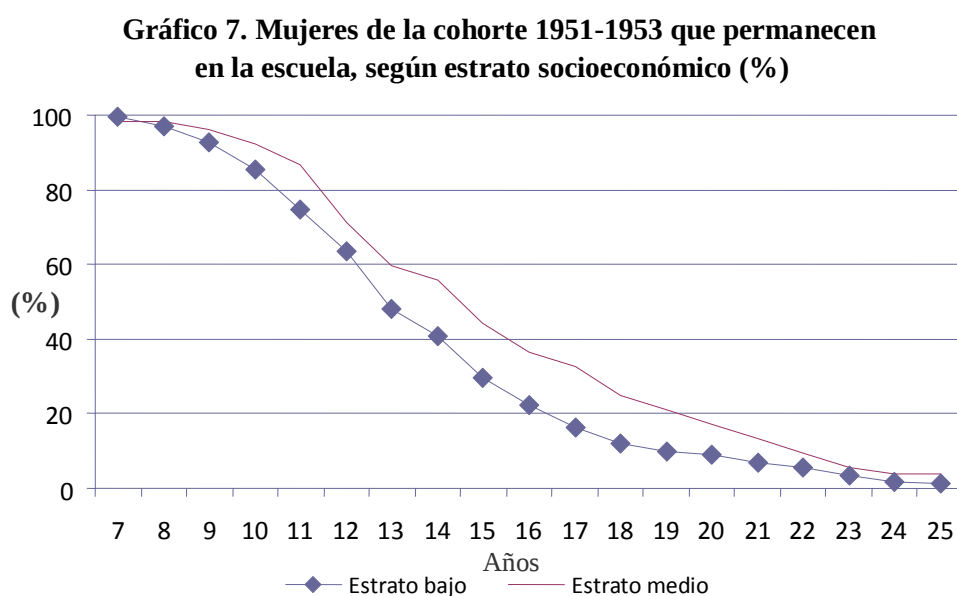
⁵¹ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas según estrato para la cohorte antigua. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 4.57 con $Pr > \chi^2 = 0.0326$.

ya que en las décadas de los 50 y los 60, si bien existía una bonanza económica y se gestaba una naciente clase media, una parte importante de la población vivía en localidades rurales y semiurbanas. Dicha población se hallaba en condiciones socioeconómicas deprimidas, con un bajo nivel educativo e inserta dentro de empleos de baja calificación que les reportaba una escasa remuneración salarial, por lo que no había un estímulo real para enviar a sus hijos a la escuela (Alba, 1989; Aboites, 2006).

Situación que también fue compartida por los varones de esta generación, ya que los niños eran vistos mayormente como una forma de asegurar un capital para la familia, así como un flujo de recursos que iba principalmente de los hijos a los padres, por lo que la inversión en su educación era baja.

2.4.2 La cohorte 1951-1953

La cohorte intermedia vivió sus primeros 15 años entre 1950 y 1970, época considerada como dorada en lo que al crecimiento económico corresponde. Sin embargo, y de manera similar a la anterior, no todas las familias tuvieron las mismas oportunidades de integrarse al proceso de urbanización e industrialización que el país experimentaba debido a que muchas se encontraban fuera del progreso social que les permitiera proporcionarle a su descendencia la posibilidad de lograr un ascenso a través de la educación.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Las edades de salida de la escuela continuaron siendo anticipadas en la vida de las mujeres de ambos estratos, ya que el 10% de las mujeres del estrato bajo ya había abandonado la escuela a los nueve años, situación que para el caso del nivel medio se presentó un año después, lo que muestra que una de cada diez jóvenes de ambos estratos tan sólo logró estudiar algunos años de primaria. Por su parte, a la edad de 12.8 y de 14.5 años el 50% de las mujeres del estrato bajo y medio respectivamente ya habían dejado sus estudios.⁵²

El rango intercuartil muestra una edad más estandarizada a la salida del sistema escolar para las mujeres del estrato bajo con relación al medio, con 4.6 y 6.5 años respectivamente, lo que significaría, no sólo una mayor conformación de estas mujeres a las normas sociales para egresar de la escuela en determinadas edades, siendo prematuras, sino además el rápido desvanecimiento de la posibilidad de continuar estudiando una vez que la transición había comenzado en este grupo por causas atribuibles a las escasas oportunidades económicas, sociales y familiares del medio en que éstas se encontraban insertas.

2.4.3 La cohorte 1966-1968

Si bien la cohorte más joven comenzó a vivir sus primeros años dentro del periodo de auge de la economía mexicana, también es cierto que durante la década de los setenta y siendo aun niñas empezaron a resentir el deterioro de la estabilidad económica del país. Dicha situación pudiera haber incidido en las edades medianas todavía anticipadas en la salida de la escuela que se presentaron en ambos estratos socioeconómicos, por lo que su escolaridad no fue muy alta, ello a pesar de ser parte de las generaciones que comenzaron a disfrutar de los adelantos educativos que se registraron en el sistema nacional.

A los 11.6 años una de cada diez mujeres del estrato socioeconómico más deprimido de esta generación ya no asistía a la escuela, mientras que a los 12 años igual número de mujeres del estrato medio se encontraban en situaciones similares, es decir en edades que apenas les permitieron concluir con el nivel de primaria.⁵³

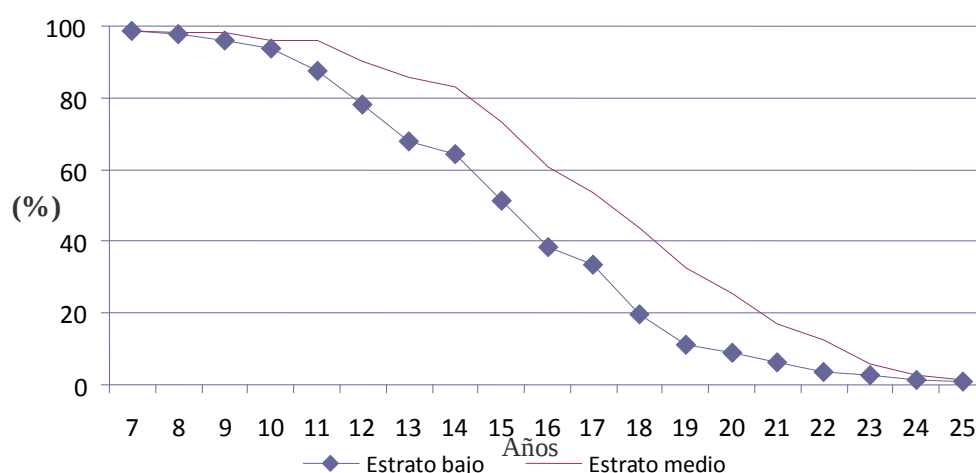
Asimismo, se mantuvo en todo momento la brecha educativa entre uno y otro estrato, siendo la edad mediana de 15.2 y de 17.6 años para el estrato bajo y medio respectivamente.

⁵² Para la cohorte intermedia la prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas según estrato. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 4.42 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0355$.

⁵³ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia para la cohorte joven muestra diferencias estadísticamente significativas según estrato. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 10.68 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0011$.

El rango intercuartil en esta cohorte presenta una edad homogénea de salida de la escuela en ambos estratos, el cual se situó en poco más de cinco años en ambos casos.

Gráfico 8. Mujeres de la cohorte 1966-1968 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.5 Desigualdad por estrato socioeconómico en la salida de la escuela de tres cohortes de varones

Por lo que se refiere a la salida de la escuela de los hombres, se esperaba encontrar edades diferenciadas en su salida dadas por sus características económicas, viéndose mayormente beneficiados aquellos con más ventajas económicas y sociales. En las tres cohortes y en ambos estratos se aprecia un aumento en la edad de salida de la escuela conforme pasó el tiempo (cuadro 18).

Cuadro 18. Salida de la escuela según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de los hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

		D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	E. bajo	8.3	9.8	12.5	14.9	5.1	(101)
	E. medio	9.6	11.7	14.3	18.5	6.8	(44)
1951-1953	E. bajo	9.5	11.2	13.5	16.9	5.7	(139)
	E. medio	11.7	13.6	18.0	22.3	8.7	(55)
1966-1968	E. bajo	10.4	13.7	16.5	18.3	4.6	(111)
	E. medio	12.2	14.7	17.0	21.7	7.0	(72)

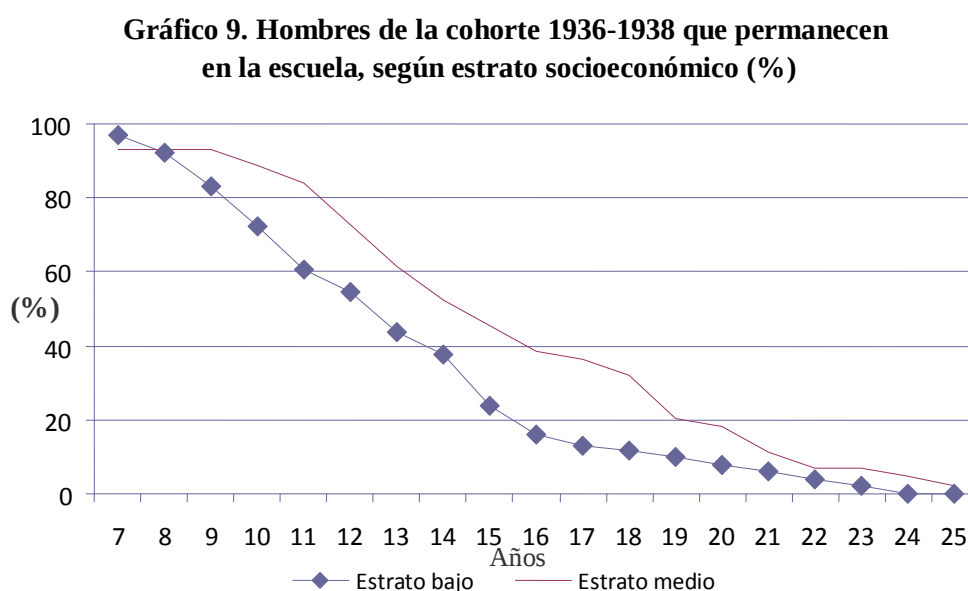
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Sin embargo, el primer decil se situó entre los 8 y los 12 años en las diferentes generaciones, lo que muestra que uno de cada diez varones no pudo continuar estudiando más allá del nivel de primaria, marcando para ellos una gran desventaja educativa que a la larga se traduciría en mayores desigualdades socioeconómicas. No obstante, aún cuando esta medida se presentó a temprana edad en la vida de estas personas, en todo momento se registró una edad diferencial según su estrato socioeconómico a favor del medio.

Por otra parte, se aprecia en cada cohorte una mayor homogeneidad en las edades de salida de los hombres del estrato bajo, con un rango intercuartil situado alrededor de los cinco años, en tanto que los del estrato medio espaciaron más su partida del sistema escolar, lo que significa la presencia de una mayor diferenciación en los logros educativos por nivel socioeconómico.

2.5.1 La cohorte 1936-1938

Adentrándose en el estudio intra cohorte, se observa en el gráfico 9 que la más antigua presentó una edad mediana de 12.5 y 14.3 años para el estrato bajo y medio respectivamente, situación que indica que sus circunstancias histórico-sociales y económicas sólo les permitieron estudiar, cuando mucho, la secundaria.⁵⁴



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

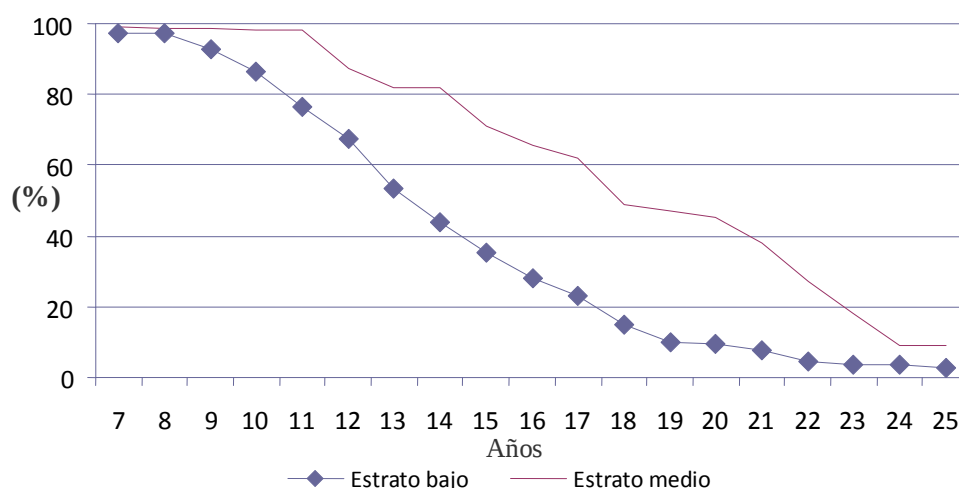
⁵⁴ En esta cohorte la prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas según estrato. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 3.71 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0542$.

2.5.2 La cohorte 1951-1953

Por lo que respecta a la cohorte intermedia, existió una diferencia por estratos de más de dos años al momento en que el primer 10% de esta población realizó esta transición, con una edad de 9.5 y 11.7 años entre uno y otro. Dicha situación se acentuó en el tercer cuartil, ya que antes de los 17 años tres de cada cuatro varones con menores oportunidades económicas ya se encontraban fuera del sistema escolar, en tanto que en el estrato medio esto ocurrió hasta los 22 años, siendo los primeros en mostrar edades de egreso situadas alrededor de la conclusión de la universidad.

De la misma manera que en la cohorte anterior, en ésta los varones del estrato medio muestran un rango intercuartil más amplio al momento de salir de la escuela que los del estrato bajo.⁵⁵ En conjunto, en esta generación se presentaron diferencias enormes por estrato socioeconómico, situación que en las otras dos no se encontraron tan marcadas, quizá debido a que justo esta cohorte comenzó a disfrutar del incremento en el número de los planteles educativos que se crearon en el país.

Gráfico 10. Hombres de la cohorte 1951-1953 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)



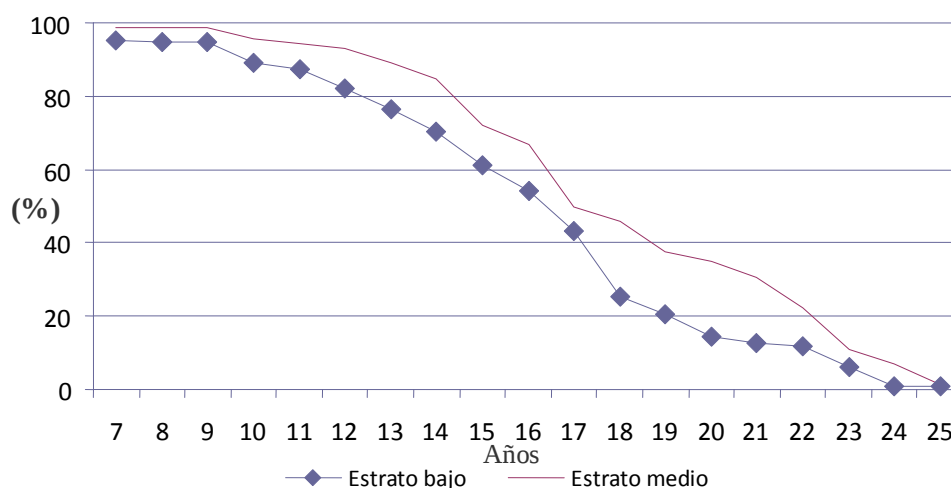
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

⁵⁵ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas según estrato. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 19.22 con $Pr > \chi^2 = 0.000$.

2.5.3 La cohorte 1966-1968

En la cohorte más joven continuaron presentándose diferencias por estrato⁵⁶ en el primer decil, situándose alrededor de la edad de egreso del nivel de primaria, siendo de 10.4 y de 12.2 años en el estrato bajo y medio respectivamente, por lo que muy posiblemente esta salida haya coincidido con la conclusión de la primaria. Esta situación pareciera volverse a repetir en el primer cuartil, donde las edades de término se ubicaron alrededor de los 14 años, que es cuando una parte importante de jóvenes está por finalizar con su educación secundaria.

Gráfico 11. Hombres de la cohorte 1966-1968 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Así, en esta cohorte se dieron puntos de inflexión en la salida del sistema escolar alrededor de estas edades, aunque siempre diferenciadas por estrato socioeconómico.⁵⁷ Es posible que la probabilidad de abandonar la escuela sea mayor en estas edades debido a que con la institucionalización de la educación, los individuos esperarían a concluir no sólo con un ciclo escolar, sino con un nivel educativo para entonces plantearse, junto con su familia, la posibilidad entre continuar o finalizar con su trayectoria escolar.

Aunado a ello, en el tercer cuartil se reportan diferencias por estrato mucho más marcadas que en las otras medidas, lo que indica que mientras los varones del medio

⁵⁶ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la cohorte joven muestra diferencias estadísticamente significativas según estrato. El estadístico Wald χ^2 es de (1)= 5.59 con $Pr > \chi^2 = 0.0181$.

⁵⁷ Otros estudios que informan sobre esta situación son: Camarena, 2000; Parker y Pederzini 2000; Mier y Terán, 2004.

podieron haber continuado estudiando niveles universitarios, los del bajo sólo habrían podido llegar a niveles de bachillerato o su equivalente.

Para concluir este apartado se puede señalar que los varones de las tres cohortes realizaron más tardíamente la salida de la escuela que las mujeres. Sin embargo, al interior de las cohortes se encontró que casi siempre fueron los hombres colocados en mejores condiciones de vida quienes tuvieron mayores posibilidades de retardar dicho éxodo por más tiempo que los del nivel bajo.

De la misma forma, esta edad fue aumentando en cada estrato conforme el siglo avanzó, no obstante, aún en la cohorte más joven, el 50% de los varones ya había salido de la escuela a la edad de 17 años en ambos estratos lo que limitó sus oportunidades de adquirir una preparación profesional que los capacitara para enfrentar exitosamente las demandas del mercado de trabajo. Pero las mayores diferencias se dieron en el tercer cuartil, en el que se hicieron mucho más pronunciados los contrastes socioeconómicos de los cuales habían partido.

2.6 Desigualdades por género y por estrato socioeconómico al momento de salir de la escuela

Como ya se ha venido observando, existe un calendario de salida de la escuela diferenciado tanto para mujeres y hombres como por nivel socioeconómico. A su vez, estos contrastes se conjugan con los cambios en el tiempo para mostrar que aun cuando se incrementó la edad de salida dentro de cada estrato, ésta se mantuvo diferencial, siendo especialmente beneficiados los varones del estrato medio, sobre todo de las dos cohortes más jóvenes, ya que fueron ellos quienes, de todos los grupos poblacionales, realizaron más tardíamente la salida de la escuela.⁵⁸

Si bien las mujeres de las tres cohortes salieron antes que los varones del sistema escolar, si se realiza la comparación incorporando el estrato (cuadro 19) se observa que las diferencias entre mujeres y varones se encuentran matizadas por el factor socioeconómico, ya que fueron las del bajo quienes no sólo presentaron una más temprana edad de salida de la escuela con respecto a las mujeres del estrato medio, sino también con respecto a los varones de su mismo nivel socioeconómico. Con ello se pone de manifiesto las desigualdades tanto de género como económicas en las oportunidades que las personas tienen de permanecer dentro

⁵⁸ Investigaciones tales como las de Ojeda, 1989; Mier y Terán y Rabell, 2001; Polo Arnejo, 2004 y De Oliveira y Mora, 2008 a y b reportan resultados similares a éstos.

del sistema educativo. Situación que ya previamente había sido reportada por Parker y Pederzini, (2000), Polo Arnejo (2004) y De Oliveira y Mora (2008a y b), quienes afirman que las personas de los estratos económicos más bajos asisten en menor proporción a la escuela que los del nivel alto, lo cual es especialmente cierto en el caso de las mujeres.

Cuadro 19. Edad mediana a la salida de la escuela de mujeres y de hombres según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico

Cohorte	Estrato	Mujeres	Hombres	Diferencia mujer-hombre
1936-1938	E. bajo	11.5	12.5	-1.0
	E. medio	13.6	14.3	-0.7
Diferencia e. bajo-medio		-2.1	-1.8	
1951-1953	E. bajo	12.8	13.5	-0.7
	E. medio	14.5	18.0	-3.5
Diferencia e. bajo-medio		-1.7	-4.5	
1966-1968	E. bajo	15.2	16.5	-1.3
	E. medio	17.6	17.0	0.6
Diferencia e. bajo-medio		-2.4	-0.5	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

No obstante, los varones del estrato bajo también presentaron edades medianas mucho más prematuras en su salida del sistema escolar que las de las mujeres y varones del estrato medio, por lo que esta transición parece tener estrecha relación tanto con las concepciones de género como con los aspectos socioeconómicos, tal como se confirmó en los modelos de historia de eventos que más adelante se presentan.

Aun cuando las mujeres del estrato medio exhibieron una mayor edad de salida que la obtenida por aquellos que pertenecían al nivel bajo, en las dos cohortes antiguas mostraron una amplia divergencia con respecto a su contraparte masculina del mismo estrato. Sin embargo, fue en la generación intermedia donde se presentaron los contrastes más amplios al momento de salir del sistema escolar con más de tres años de distancia por género a favor de los varones del estrato medio, situación que ya para la cohorte más joven de este nivel desapareció debido a que el 50% de los hombres y de las mujeres lograron salir de la escuela a edades similares situadas alrededor de los 17 años, en las que casi podrían haber terminado el bachillerato.

Por otra parte, se observa una interesante situación en las diferencias entre estratos, ya que los varones tendieron a aumentar la distancia educativa que los separaba entre la cohorte

antigua e intermedia, para finalmente acortar la brecha educacional entre la intermedia y la joven, según lo indican las columnas de varones del cuadro 19.

Contrario a ello, las mujeres mantuvieron más o menos constante en cerca de dos años la diferencia entre estratos en la edad de salida de la escuela a lo largo de 30 años. Es decir que mientras en los hombres las desigualdades al momento de dejar la escuela se redujeron en el tiempo gracias a los esfuerzos gubernamentales, familiares e individuales en el incremento de su nivel educativo, independientemente de su estrato socioeconómico, en las mujeres la edad de salida se incrementó en cada generación y nivel socioeconómico, pero las desigualdades entre estratos nunca disminuyeron.

Estas tendencias contrapuestas entre estratos para hombres y mujeres dieron como resultado en la cohorte más joven una mayor diferencia en las edades de salida de la escuela de las mujeres del estrato bajo con respecto a sus pares masculinos, en tanto que en el estrato medio la divergencia no sólo desapareció, sino que se hizo positiva a favor de ellas. De esta forma se hicieron más evidente las desigualdades en el estrato bajo, ya que la intersección del estrato con el género propició las mayores diferencias, poniendo en mayores desventajas a las mujeres pobres al contar con menores posibilidades de permanecer por más tiempo en el sistema educativo.

Por cohortes se observa que tanto las mujeres como los hombres de las generaciones más antiguas de ambos estratos mostraron una menor edad al salir de la escuela que la de los miembros de la cohorte más joven. Estos datos permiten destacar las escasas oportunidades con que contaron las personas de generaciones antiguas, especialmente mujeres, de permanecer en la escuela.

Las discrepancias en la salida de la escuela a favor de los hombres son congruentes con lo reportado por Ojeda (1989) en un estudio sobre el curso de vida de las mujeres mexicanas realizado durante la década de los ochenta, en el que encuentra que en todos los grupos sociales que ella clasificó los varones siempre presentaron niveles de escolaridad más altos que las mujeres, lo cual incluso fue más marcado para los grupos sociales del estrato alto, ya que la brecha educativa entre ambos era mayor.⁵⁹

Esto mismo se verifica aquí a partir del tercer cuartil (gráfico 5), ya que si bien las diferencias en la edad mediana entre mujeres y varones del estrato medio en las tres cohortes son menores que las del estrato bajo de ambos sexos, éstas terminan por invertirse al final del periodo de estudio de estos grupos, en las que se aprecian edades más distantes en el término

⁵⁹ Situación que también es reportada por Mier y Terán y Rabell, 2001; Polo Arnejo, 2004; De Oliveira y Mora 2008 a y b.

de los estudios entre la población masculina y femenina del estrato medio que las presentadas por las del bajo, manteniéndose dichos contrastes a lo largo de las tres cohortes.

Es decir en las edades donde ellas podrían encontrarse estudiando en los niveles medio superior y superior existe un menor número de mujeres debido en parte a la anticipada edad de inicio de la vida conyugal y reproductiva que la población femenina tiene con relación a los varones, situaciones que estaría afectando su permanencia en la escuela.⁶⁰

Ello muestra que no sólo son las mujeres del estrato bajo, sino también las del medio, quienes tienen mayores posibilidades de quedar fuera del sistema educativo antes que sus pares del sexo masculino, aún cuando esta situación ocurre en momentos tempranos de la vida de unas y más tardíos en las de otras. Sin embargo, las repercusiones que tienen en las expectativas de ambas son decisivas.

Con lo anterior se constata la presencia de desigualdades persistentes a lo largo de tres generaciones, en donde las diferencias de género, aunadas a las socioeconómicas marcaron, aunque en momentos diferentes, el calendario de salida del sistema escolar de las mujeres de los dos estratos económicos aquí estudiados.

3.1 Factores sociodemográficos relacionados con la salida de la escuela

En este apartado se buscó conocer la probabilidad de salir de la escuela asociada a determinados factores sociales y demográficos. Para ello se ajustaron tres modelos de tiempo discreto: un general, otro para mujeres y uno más varones, los cuales permiten ver en cada edad de la persona la razón de momios (RM) de salir del sistema escolar.

Los modelos de tiempo discreto permiten, controlando por otras variables, precisar si una variable incide en la transición analizada, además de saber en qué medida y dirección lo hace. Para posibilitar su explicación se recurre a la transformación exponencial de los coeficientes, así una RM mayor a uno indica que el riesgo de ocurrencia de la variable dependiente aumentará en el porcentaje por encima de la unidad que indica la RM de la categoría analizada respecto de la categoría de referencia de la variable independiente, en tanto que una RM menor a uno revela que el riesgo disminuye según ésta lo indique.⁶¹

Tanto en el modelo general como en el de mujeres y varones el tener un año más de vida incrementa fuertemente la probabilidad de salir de la escuela. Sin embargo, la edad

⁶⁰ Véase el gráfico 4.

⁶¹ Para mayores referencias sobre las especificaciones del modelo véase Allison, 1984, así como el capítulo III de esta investigación.

elevada al cuadrado, que también resultó ser significativa, indica que la relación entre ésta y la probabilidad de salir de la escuela no es lineal, sino que a partir de cierto momento se estaciona o disminuye.

Cuadro 20. Razones de momios del modelo de regresión logística de la probabilidad de salida de la escuela

Variables	Modelo general		Modelo para mujeres		Modelo para hombres	
Edad	1.93***	(0.07)	2.17***	(0.12)	1.70***	(0.09)
Edad ²	0.98***	(0.00)	0.98***	(0.00)	0.99***	(0.00)
Cohorte antigua	1.48***	(0.17)	1.60**	(0.25)	1.38*	(0.21)
Cohorte joven	0.79***	(0.06)	0.76**	(0.08)	0.78*	(0.09)
Mujer	1.31***	(0.10)				
Estrato medio	0.58***	(0.04)	0.63***	(0.06)	0.52***	(0.06)
Trabajó el año anterior a salir de la escuela	1.67***	(0.19)	1.21	(0.27)	2.05***	(0.25)
Log verosimilitud	-3129.96		-1625.535		-1493.46	
Wald χ^2	742.41		397.69		406.59	
χ^2	0.0000		0.0000		0.0000	
Pseudo R ²	0.1393		0.14		0.1442	
Grados de libertad	7		6		6	
Núm. de observaciones	11524		5824		5700	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Errores estándar entre paréntesis.

*p< .050, **p< .010, ***p< .001.

Las categorías de referencia son: cohorte intermedia, hombres, estrato bajo, no trabajó el año anterior.

Las diferencias en las probabilidades de abandonar la escuela por cohorte indican que la generación antigua, tanto en el modelo general como en las mujeres y en los varones, tuvo más dificultades para permanecer en la escuela en cada edad con relación a la cohorte intermedia, siendo especialmente marcada para las mujeres de esta cohorte.

Mientras que la cohorte joven de hombres y de mujeres vio aumentadas sus posibilidades educativas, lo cual confirma lo ya visto con las tablas de vida de la primera parte de este estudio con referencia a los avances en materia educativa que en el siglo pasado se lograron para la población en general y que repercutieron en la mejora educativa de las generaciones más jóvenes.

Las desigualdades por género también son muy significativas: la probabilidad de que las mujeres abandonaran la escuela fue mucho más elevada que la de los varones, aún controlando por estrato socioeconómico y por cohorte, lo que refuerza los resultados ya

apuntados por las tablas de vida y por otras investigaciones que han reportado un menor apoyo a la educación formal de las mujeres al interior de sus familias.⁶²

Asimismo, las mujeres y los hombres del estrato medio tuvieron una menor probabilidad de dejar la escuela con relación al estrato bajo, siendo los varones quienes presentaron el menor riesgo de salir del sistema escolar, situación que el análisis descriptivo anterior y los estudios de Polo Arnejo (2004) y De Oliveira y Mora (2008 a y b) ya habían reportado. Ello indica que la desigualdad socioeconómica continuó reproduciéndose por medio de la permanencia diferencial de la escuela.⁶³

Por último, en los hombres el hecho de haber estado trabajando el año anterior afectó sus posibilidades de continuar en la escuela, ya que esta variable mostró tener el mayor efecto negativo, situación que no sucedió en el caso de las mujeres, lo cual deja de manifiesto la dificultad que ellos enfrentan para hacer compatible las actividades de estudio y trabajo. Y es que en casos de emergencia económica son los hijos varones quienes mayormente se integran al mercado laboral, lo cual a su vez influye en su rezago escolar y finalmente en su deserción.

3.2 Consideraciones finales

La salida de la escuela, sea por egreso o abandono escolar, ha ocurrido de manera diferencial entre mujeres y hombres en el país a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, ello ha dependido no sólo del género y de los cambios socio históricos observados a través de la cohorte a la que los individuos pertenecen, sino también de su nivel socioeconómico.

Este capítulo confirma resultados de investigaciones anteriores sobre la salida de la escuela, ya que se observa que en materia de educación las mujeres de las tres cohortes estudiadas tendieron a egresar siempre antes que los varones, ello a pesar de que a lo largo del tiempo se fue incrementando tanto la edad de salida de la escuela como el nivel educativo en general.

En la cohorte más antigua hombres y mujeres tuvieron apenas la oportunidad de haber terminado la primaria, con un riesgo mayor al de la cohorte intermedia de salir de la escuela. En tanto que en la joven más personas pudieron haber llegado hasta el nivel medio superior, pero pocas hasta grados universitarios.

⁶² Véase Parker y Pederzini, 2000; Mier y Terán y Rabell, 2002; Giorguli, 2002; Echarri y Pérez Amador, 2003; Castro y Gandini, 2006 entre otros.

⁶³ Tanto en la salida de la escuela, como en el primer trabajo estable y en la unión conyugal se realizaron modelos de historia de eventos en donde se incluyó la interacción de cohorte con estrato, sin embargo, no se encontraron diferencias estadísticamente significativas que indicaran que ambas categorías se encontraban entrelazadas, por lo que no fueron incluidos en los resultados que se presentan.

Un aspecto a resaltar es que para mujeres y hombres de la cohorte más joven se aprecian edades de salida de la escuela coincidentes con la edad en que generalmente los niños concluyen la primaria y la secundaria. Esta situación muestra la existencia de puntos de inflexión en esta cohorte, los cuales marcaron el descenso de la probabilidad de continuar en la escuela. Ello a su vez refleja la presencia de la institucionalización de la educación y la importancia de la credencialización escolar en las generaciones más recientes, por lo que las personas tendieron a dejar la escuela una vez obtenido un documento que los respaldara, aun cuando éste no fuera de niveles avanzados.

Igualmente, se presentaron edades diferenciales de terminación de los estudios producto de las desigualdades socioeconómicas y de las diferencias de género al interior de cada cohorte, lo que permitió por una parte a aquellos con más recursos económicos y por otra a los hombres, con relación a las mujeres, mantenerse por más tiempo dentro del sistema educativo. No obstante, las edades medianas de salida continuaron siendo prematuras, aún en los estratos medios de las tres cohortes de mujeres y de varones.

En cada cohorte los resultados indican que los grupos más favorecidos en cuanto a su permanencia dentro del sistema educativo fueron los hombres del estrato medio, seguidos de las mujeres del mismo nivel socioeconómico, luego se ubicaron los varones del estrato bajo y finalmente las mujeres de este mismo ámbito, mismas que enfrentaron una doble desventaja al momento de realizar esta transición como consecuencia del hecho de ser mujeres dentro de un medio social adverso.

Esto revela la presencia de desigualdades persistentes, en las cuales se conjuntaron las diferencias de género con las socioeconómicas, mismas que llevaron a las mujeres, sobre todo del estrato bajo, a salir prematuramente del sistema educativo, lo que las colocó en mayores desventajas al contar con escasos elementos para enfrentar con éxito las exigencias del momento histórico que les tocó vivir, entre las que destaca su ingreso al mercado laboral.

Ya que debe recordarse que esta cohorte atravesó durante sus primeros 30 años de vida por las dos últimas crisis del siglo XX que azotaron al país, por lo que dicha incorporación en muchos de los casos debió haber sido obligada por las situaciones estructurales que vivían, aún cuando también las cuestiones sociales y de género promovieron su incorporación al trabajo extradoméstico. Lo que es un claro ejemplo de cómo dos categorías sociales se entrecruzan para generar y perpetuar situaciones de desigualdad en grupos sociales que históricamente han experimentado mayores desventajas, como se observó en las mujeres de escasos recursos.

Y si bien la población femenina del estrato bajo padeció esta doble desigualdad, dada por el género y por la posición social de origen, afectando mayormente su temprano egreso de la escuela, también se registraron desigualdades de género al interior del estrato medio, debido a que a partir del tercer cuartil se aprecian edades más tempranas a la salida del sistema escolar de estas mujeres con relación a los varones del mismo estrato, además de una mayor distancia educativa entre ambos sexos que la presentada por los miembros del estrato bajo, situación que se verificó en cada cohorte.

De esta manera se pone de manifiesto la presencia de las desigualdades de género, mismas que se expresan en distintos momentos de la trayectoria educativa de las mujeres, llevando principalmente a las del estrato bajo a abandonar rápidamente sus estudios, sin posibilidades de concluir con los niveles más elementales de educación, en tanto que a las del estrato medio les limita sus aspiraciones educativas en los niveles medios y superiores del sistema escolar quizá debido a que a esas edades comenzaron su historia familiar.

De igual forma, la desigualdad educativa alcanzó a los varones del estrato bajo, ya que ellos compartieron la prematura edad de término que su contraparte femenina exhibió en cada cohorte, pues aun cuando ellas dejaron la escuela primero, muy pronto los jóvenes las siguieron, por lo que fueron bajas las posibilidades que tuvieron de lograr altos niveles escolares y por tal de colocarse con mejores credenciales dentro del mercado laboral.

Aunado a lo anterior, se observó una estrecha relación entre el trabajo y la salida escolar en los hombres, ya que aquellos que habían trabajado el año anterior vieron fuertemente incrementado su riesgo de dejar la escuela. Lo que muestra que en términos generales, el laborar cuando aún se está estudiando tiene un fuerte impacto negativo en la conclusión de los estudios, situación que es diferencial por género, ya que en las mujeres esto no sucedió. Esto pudiera deberse a que los trabajos demandan tiempo y energía al joven y por tanto lo van desalentando a continuar estudiando, además de que el percibir un ingreso puede motivarlo a dejar los estudios para dedicarse de lleno a laborar.

Este panorama muestra la existencia de un porcentaje importante de familias con necesidades socioeconómicas que se han visto impelidas a limitar la educación formal de sus hijos, además de una deficiencia en el sistema educativo, mismo que no ha logrado retener a sus jóvenes el tiempo suficiente para capacitarlos tanto para la vida como para el desarrollo de un trabajo productivo acorde con los requerimientos sociales que a cada generación le ha tocado en suerte vivir. Por lo que algunos grupos juveniles parecieran no ver una opción real de desarrollo dentro del sistema escolar, abandonándolo anticipadamente para iniciar otras transiciones vitales, tales como el ingreso al mercado laboral o la unión conyugal.

CAPÍTULO V

El inicio de la vida laboral estable de las mujeres y de los hombres

El examen del calendario y de los factores sociodemográficos asociados al primer trabajo estable de las mujeres y de los varones mexicanos son los temas principales que se abordan en este capítulo. El objetivo principal es profundizar en el estudio de los cambios en el tiempo y las diferencias y desigualdades por género y por estratos socioeconómicos en el momento en que las tres cohortes del estudio ingresaron a la fuerza laboral.

Para ello el capítulo se ha dividido en tres apartados, en el primero se presenta un panorama general del trabajo en el México de la segunda mitad del siglo XX. Aunado a esto, se hace una revisión del estado del arte de aquellos estudios que han abordado diversas características de la fuerza laboral en el país, mismos que dan soporte al análisis que se realiza sobre la transición al primer trabajo.

En una siguiente sección se presenta el análisis del calendario de esta transición con la finalidad de conocer las diferencias de género y socioeconómicas al momento de experimentarla. Por último, en el tercer apartado se muestran las probabilidades asociadas a los factores sociales y demográficos que mayormente afectaron el inicio de la vida laboral estable de estas cohortes.

1.1 La actividad productiva en México durante la segunda mitad del siglo XX

A mediados del siglo pasado regía en el país el modelo de desarrollo basado en el mercado interno con gran crecimiento económico, el cual permitió el aumento sostenido de las percepciones salariales y de las prestaciones sociales, situación que facilitó a los varones un ingreso anticipado al empleo, seguido de una trayectoria laboral relativamente estable, la cual culminaba con el retiro cerca de los setenta años de edad. Esta trayectoria iba acompañada de un aumento sostenido de las percepciones salariales y de las prestaciones sociales. Dicho fenómeno mundial, denominado “edad de oro” del capitalismo contemporáneo, tuvo su fin con la crisis económica internacional de los años setenta (Rendón y Salas, 1996; Rendón, 2004).

Durante ese periodo privaba en México el modelo familiar tradicional con el varón como único generador de ingresos, respaldado por la bonanza económica vigente entre 1940

e inicios de 1970, además de estar sustentado ideológicamente en el esquema funcionalista de Parsons⁶⁴ (Rendón, 2004).

Pero a diferencia de los varones, para quienes el ingreso al mercado laboral ha sido prácticamente universal, en el caso de las mujeres mexicanas, sobre todo de las cohortes más antiguas de este estudio,⁶⁵ las pautas sociales y de género de la época les asignaban como papel principal el ser amas de casa y madres. En este contexto las normas culturales sancionaban negativamente el que una mujer casada trabajara fuera del hogar y contribuyera al gasto familiar, por lo que las oportunidades ocupacionales para ellas se encontraban muy limitadas y eran mayormente dirigidas a las mujeres solteras, mismas que trabajaban unos cuantos años para abandonar su empleo una vez casadas (Rendón, 2004).

No obstante, durante la década de los setenta empezaron a afectarse ampliamente las condiciones generales de trabajo debido a la inestabilidad que el país experimentaba, lo cual se acentuó durante los ochenta con el giro que se dio hacia el modelo económico neoliberal. En esta década se presentó en México un crecimiento negativo, con escasos repuntes del PIB, además de altos niveles de inflación y un descenso en los salarios reales y en el nivel de bienestar social (García, 1988; García, 1993).

A la par de ello, la integración femenina a la actividad económica comenzó a incrementarse, teniendo como explicación, además de los desajustes económicos, las tendencias seculares de mayores incrementos en la educación,⁶⁶ el proceso de urbanización, la elevada migración rural-urbana, predominantemente femenina, la expansión y diversificación del sector terciario y la reestructuración de la planta industrial, los cuales crearon mayores oportunidades para las mujeres (De Oliveira, 1990; De Oliveira y García, 1990 en García, 1993, Rendón y Salas, 1996).

Asimismo, con la crisis de 1982 un mayor número de miembros del hogar trataron de incorporarse a las actividades remuneradas a fin de superar las contingencias económicas

⁶⁴ Cabe destacar que esta situación no siempre fue así, ya que entre 1895 y 1930 el modelo de desarrollo agroexportador que privaba en el país promovía un alto grado de participación económica del total de la población, ya que existía una mayor compatibilidad entre las esferas de la producción y la reproducción, permitiendo la participación económica de las mujeres. No obstante, con el cambio de la producción artesanal a la industrial se presentó una polarización genérica en la distribución de las tareas laborales y familiares que impidieron la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, confinándola a las actividades domésticas, ya que el nuevo esquema de producción demandaba tiempo y dedicación completa al trabajo asalariado. Aunado a ello, el considerable tamaño promedio de las familias y los bajos niveles de escolaridad tampoco facilitaron la participación económica de éstas (De Oliveira y Ariza, 2000; De Oliveira, Ariza y Eternod, 2001).

⁶⁵ Cohortes nacidas entre 1936-1938 y 1951-1953.

⁶⁶ Se ha observado que las mujeres con bachillerato completo, estudios universitarios o con alguna carrera corta tienen niveles de participación laboral superiores a aquellas que no terminaron la primaria (Christenson, García y De Oliveira, 1989).

generadas por dicha situación, incrementándose el empleo de la fuerza de trabajo femenina⁶⁷ y juvenil dentro de las actividades industriales asalariadas o en trabajos precarios, en el subempleo y en las ocupaciones manuales por cuenta propia, mismas que ya desde entonces han tendido a estar mal remuneradas o a ejercerse de manera temporal (Tuirán, 1993; García, 1993; Rendón, 2004).

Tres procesos laborales son característicos de la década de los ochenta: la terciarización,⁶⁸ el crecimiento de las actividades económicas de pequeña escala y el proceso de feminización de la población económicamente activa (García, 1993). Como consecuencia de la feminización de la fuerza laboral, en esta época se registró un cambio en la composición de la PEA femenina al incorporarse un mayor número de mujeres de más edad, con baja escolaridad, casadas y con hijos pequeños. Asimismo, más mujeres mexicanas siguieron dentro del mercado de trabajo después de unirse o de tener sus primeros hijos, comportamiento contrario al que habían venido mostrando en décadas anteriores (García y De Oliveira, 1991; García, 1993).

En tanto que en la década de los noventa volvió a presentarse otra crisis económica, la cual, junto con el cambio de modelo económico que el país adoptó, contribuyó aún más a la precarización⁶⁹ del empleo, haciéndolo más inestable. Este proceso afectó a la fuerza laboral, tanto asalariada como no asalariada, con un efecto negativo más fuerte en las mujeres, aún en aquellas que se encontraban en los sectores de baja inestabilidad laboral, ya que tanto en los servicios sociales y al productor, las mujeres trabajaron más frecuentemente en pequeñas empresas, cumpliendo jornadas de tiempo parcial (Rendón y Salas, 2000; De Oliveira, Ariza y Eternod, 2001). Dicha situación llevó a que aumentara el número de personas dentro de cada hogar que buscaba un ingreso (Rendón y Salas, 1996).

⁶⁷ Para 1982 la tasa de actividad femenina de 12 años y más fue de 25.2%, la cual aumentó paulatinamente, situándose en 32.3% para 1988 (García, 1993).

⁶⁸ La terciarización del empleo ha tenido parte de su origen en el crecimiento de pequeños negocios individuales o familiares ubicados dentro del comercio semifijo o ambulante, en actividades de preparación y venta de alimentos o en servicios personales como respuesta al freno en la creación de empleos formales que el país ha experimentado (Rendón y Salas, 1996).

Se considera que el fenómeno de la terciarización significó la reducción de los empleos asalariados más ventajosos para la fuerza de trabajo, los de mayor calificación y de mejores condiciones laborales, afectando principalmente a las mujeres al ubicarlas en sectores más precarios, con mayor segregación ocupacional y menor igualdad de oportunidades (De Oliveira, Ariza y Eternod, 2001). Sin embargo, este tipo de actividades facilita que las personas encuentren trabajo aún en épocas de recesión, ya sea en el autoempleo, en el comercio o en la industria (De Oliveira, 1990).

⁶⁹ La precariedad laboral puede ser definida de acuerdo con los niveles de ingreso, jornada de trabajo y prestaciones laborales a las que tienen acceso los trabajadores. La reducción del empleo, las políticas de fomento al micronegocio, la contracción de los salarios y la flexibilización de las relaciones laborales han facilitado este proceso (De Oliveira, 2006).

Por tal, se presentó un estancamiento del crecimiento del empleo asalariado entre la población masculina, ya que disminuyó la generación de trabajos en actividades industriales y agropecuarias e incluso diversas empresas nacionales cerraron. Aunado a ello, las actividades terciarias continuaron aumentando su importancia en la generación de nuevos empleos, además de proliferar los micronegocios, las actividades de ambulante y de servicios personales (García, 1993; Rendón y Salas, 1996).

Y si bien siguió aumentando la fuerza de trabajo femenina, los mayores incrementos ocurrieron entre las trabajadoras sin pago y entre quienes trabajaban por cuenta propia, por lo que éstas se incorporaron a la fuerza de trabajo en una situación de desventaja respecto a los varones (Rendón y Salas, 2000).

Al respecto, se alude a la globalización como respuesta general a la situación de precarización, desregulación y reducción del empleo, ya que la creación de puestos de trabajo en un país depende del crecimiento económico, el cual a su vez se encuentra supeditado a la inversión y los ahorros. Sin embargo, las posibilidades de crecimiento en un ámbito globalizado, como el que se empezó a vivir en el país desde inicios de la década de los ochenta, están cada vez más asociadas al comercio y a las finanzas internacionales. Además, la privatización ha transferido cada vez más la responsabilidad de inversión del gobierno al sector privado, por lo que el empleo público ha dejado de ser una fuente primaria de creación de puestos de trabajo como alguna vez lo fuera en México y en toda América Latina (Tokman, 1999).

Aunado a esto, la globalización ha afectado la determinación de sueldos y ha puesto énfasis en la importancia de los costos de la mano de obra como un factor clave para la competencia internacional. Por lo que los países no pueden arriesgar su acceso a los mercados internacionales sobreprotegiendo su mano de obra. Ello ha llevado a justificar las reformas tendientes a moderar los ajustes de sueldos y a disminuir la protección laboral (Tokman, 1999).

De esta forma y con el objetivo de adaptarse al marco más competitivo, países como México han seguido la estrategia de reducir costos, sobre todo disminuyendo el nivel de empleo y los sueldos, lo cual ha sido favorecido por las reformas laborales tendientes a flexibilizar el despido de trabajadores, misma que ha afectado la calidad de empleo en los últimos años (Tokman, 1999).

1.2 La incorporación laboral de las mujeres y de los hombres: breves antecedentes

Históricamente la incorporación de los varones a la fuerza laboral ha sido prácticamente universal, en tanto que las mujeres han ido aumentando su número en las últimas décadas del siglo pasado. En el país, la segregación a determinadas actividades por género ha obedecido a la división tradicional del trabajo, la cual marca que las mujeres deben cuidar de los hijos y realizar las labores domésticas, juzgadas en ocasiones como improductivas al no ser remuneradas (Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b).⁷⁰ Mientras que los varones deben dedicarse al espacio público, desempeñándose como los principales proveedores económicos del hogar.

Se considera que la segregación de las mujeres a la esfera doméstica es una forma de exclusión social, debido a que éstas se encuentran en una situación de desventaja relativa para acceder a una serie de recursos sociales básicos que el trabajo proporciona. Su “confinamiento doméstico” se acompaña de una menor presencia en los espacios públicos y de una disminución del poder en dichas esferas, por lo que la división sexual del trabajo, al basarse en roles tradicionales preestablecidos, privilegia una estricta separación entre las tareas públicas y privadas que limita de diversas maneras a la mujer. Por ello, se piensa que el trabajo extradoméstico es un factor, entre varios más, que puede contribuir a superar la subordinación femenina en las relaciones de poder construidas socialmente con los varones (Salles y Tuirán, 1998; Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b; García y De Oliveira, 2004).

No obstante, se debe tener en cuenta que no es el hecho de trabajar, sino el control de los recursos económicos, así como la importancia de las aportaciones femeninas para la sobrevivencia familiar, el tipo de trabajo, el carácter asalariado o no de la actividad, la duración de la jornada, la experiencia laboral, el compromiso y el significado que el trabajo extradoméstico adquiere para la vida de las mujeres lo que realmente puede contribuir a su mayor desarrollo personal, así como a su empoderamiento y libertad de movimiento y de

⁷⁰ Dada la división del trabajo, a la mujer se le asigna la actividad doméstica, la cual implica la mantención y reproducción de la fuerza del trabajo. Se alude al concepto de trabajo doméstico para recalcar que si bien éste no es un trabajo creador de valor, al no pasar por el mercado, si es un proceso de creación de valores de uso, es decir un trabajo útil para concluir la transformación de los materiales que los miembros de un hogar van a consumir. Con ello se deja libre al trabajador para poder vender en el mercado su fuerza de trabajo, la cual tiene un valor de uso y un valor de cambio (Barbieri, 1978).

Cabe mencionar que fueron las feministas marxistas quienes destacaron la necesidad de estudiar el trabajo doméstico para comprender la reproducción social y así poner en evidencia el desgaste físico y mental que las mujeres diariamente invierten en la transformación de un bien o en la realización de un servicio que permite la reproducción social del individuo (Pedrero, 2004).

decisión dentro y fuera de sus hogares (De Oliveira y Ariza, 2000b; García y De Oliveira, 2004).

Entre los factores que han favorecido el aumento del número de mujeres en la fuerza de trabajo destacan, además de los problemas macro estructurales que las han impulsado a incorporarse al mercado laboral, los procesos de industrialización, la expansión y diversificación del sector terciario,⁷¹ el incremento de las actividades comerciales mediante las grandes inversiones de capital y el papel del Estado como creador de empleos. Así como la disminución de la fecundidad, el aumento de la escolaridad femenina, los cambios en la edad a la unión y al primer hijo y la incidencia de separaciones y divorcios (Rendón y Salas, 1996; Tuirán, 2002; Ariza y De Oliveira, 2005).

Desafortunadamente, la situación laboral de las mujeres dista mucho de ser ideal, ya que ellas participan mayormente en actividades precarias, tales como el trabajo por cuenta propia, mismo que les permite compatibilizar mejor las actividades domésticas y extradomésticas, pero que encubre los conflictos y tensiones que implica realizar diferentes tareas (De Oliveira y Ariza; 2000a y 2000b; Pedrero 2004; Rendón, 2004).

Asimismo, se concentran en ocupaciones asalariadas de tiempo parcial, trabajos esporádicos, estacionales o a domicilio.⁷² Además, tienden a ocupar empleos de menor prestigio social considerados como femeninos,⁷³ en donde desempeñan actividades que son una extensión del trabajo doméstico⁷⁴ o enfrentan discriminación salarial en ocupaciones masculinizadas (De Oliveira y Ariza; 2000a; Pedrero 2004).

Si bien en la población en general los hombres aventajan a las mujeres en escolaridad, en los mercados de trabajo se ha observado que la población femenina tiene una mayor escolaridad que su contraparte masculina. Sin embargo, las mujeres enfrentan una situación de desventaja ya que no sólo se les exige mayores niveles de instrucción sin pagársele

⁷¹ Como parte del sector terciario se encuentran los servicios sociales proporcionados por el Estado tales como la salud, educación y administración pública, mismos que ofrecen mejores empleos para la población activa y para las mujeres en particular. Sin embargo, en la actualidad se ha presentado una contracción del empleo público, lo que ha disminuido su capacidad de absorción de mano de obra (De Oliveira, 2006).

⁷² Eguiluz y González (1997) afirman que el trabajo a domicilio permite que las diferencias entre el trabajo productivo y reproductivo desaparezcan, quedando las mujeres expuestas a jornadas extenuantes, donde la posibilidad de emanciparse a través del trabajo se aleja, ya que se sobreponen los intereses familiares a los particulares.

⁷³ Christenson, García y De Oliveira (1989) señalan que las carreras tradicionalmente etiquetadas como femeninas apuntan en esa dirección al reproducir una fuerza de trabajo calificada para ocupaciones tales como secretarías, enfermeras y profesoras, ya que los procesos de división sexual del trabajo prevalecientes en nuestra sociedad se fundan en normas, valores y tradiciones, que asignan a las mujeres los trabajos reproductivos tales como la procreación, el cuidado y socialización de los hijos y las tareas domésticas de manutención cotidiana.

⁷⁴ Se considera que la segregación ocupacional por género repliega a las mujeres a las ocupaciones de menor prestigio social por el hecho de ser consideradas como propias de la mujer (De Oliveira y Ariza, 2000a).

conforme dichos niveles, sino que su salario se mantiene por debajo del de los hombres en condiciones iguales de trabajo⁷⁵ (Latapí, 1985; Morelos, Aguirre y Pimienta, 1992).

Se ha documentado además que, en general, las mujeres trabajadoras parecen optar en mayor medida que los hombres por condiciones de trabajo que ofrezcan una mayor seguridad, tanto en términos de estabilidad como de prestaciones laborales, aún a costa de un menor ingreso monetario. Situación contraria a la de los varones y jefes de hogar, quienes se exponen a la falta de estabilidad y de seguridad laboral para acceder a niveles relativamente más elevados de salarios⁷⁶ (Camarena, 2004; De Oliveira, 2006).

Por otra parte, se apunta la existencia de diferencias en el tipo de actividades laborales que desempeñan las mujeres según su edad y estado civil, ya que las mujeres jóvenes y las solteras se ubican más fácilmente en actividades asalariadas dentro de la industria y los servicios, donde los horarios tienden a ser más rígidos; en tanto que las mujeres mayores y casadas encuentran mayores oportunidades de participar dentro de las actividades por cuenta propia (Christenson, García y De Oliveira, 1989).

Aun cuando la exclusión de las mujeres del trabajo extradoméstico ha disminuido, diversas autoras señalan a la división sexual del trabajo como generadora de las inequidades de género dentro y fuera de la esfera productiva (De Oliveira y Ariza 2000a; Rendón, 2004). Debido a la gran cantidad de horas que las mujeres casadas deben dedicarle a las labores del hogar y al cuidado de los hijos, se ven en muchas ocasiones impedidas a continuar trabajando, por lo que deben dedicarse de tiempo completo a ser amas de casa, o si ocupan la posición de hijas dentro de la familia a ayudar en los quehaceres del hogar (Rendón, 2004; Pedrero, 2004).

Mientras que aún cuando las mujeres salen a trabajar, tienden a dedicarle mayor tiempo al trabajo doméstico, sin que exista una mayor presencia masculina en el espacio familiar.⁷⁷ Ya que cuando el varón participa en las labores del hogar lo hace, más como una

⁷⁵ Estudios reportan que la desigualdad en los ingresos se presenta a partir del nivel de escolaridad de secundaria. Además de ello, se ha observado que los ingresos de la mujer tienden a distanciarse más del de los hombres con la edad. En promedio, las mujeres de 50 años con educación superior perciben un 30% menos de ingresos que los varones de igual escolaridad y edad (Latapí, 1985).

⁷⁶ La fuerza de trabajo puede ser clasificada como primaria o secundaria. La primera está compuesta por varones y jefes de hogar y la segunda está integrada en su mayoría por mujeres y por personas que no son jefes de hogar, tales como los hijos (De Oliveira, 2006).

⁷⁷ Un ámbito importante dentro de los estudios sobre fuerza laboral femenina es el referente a la medición del trabajo doméstico como una contribución importante que hacen en su gran mayoría las mujeres a las familias y a la sociedad en general. Pedrero (2004) menciona que las horas promedio dedicadas al trabajo doméstico a la semana son de 44.9 para las mujeres y de 11.5 horas para los hombres. Además de ello, pareciera que entre los 30 y 55 años las mujeres trabajan más de 55 horas a la semana realizando trabajo doméstico, ya que en estas edades es cuando las mujeres tienen un mayor número de hijos dependientes. Asimismo, las hijas tienden a invertir en las labores del hogar un promedio de 25.9 horas a la semana, mientras que sus hermanos sólo

ayuda que como una corresponsabilidad compartida con su esposa⁷⁸ (De Oliveira y Ariza 2000a; García y De Oliveira, 2004; Rendón, 2004).

Por tal, ellas deben enfrentar la llamada doble jornada de trabajo dada por la realización del trabajo doméstico y extradoméstico (De Oliveira y Ariza 2000a; García y De Oliveira, 2004). Y a pesar de que hoy en día un mayor número de mujeres realizan trabajo extradoméstico, éste se sigue viendo como una mera ayuda para la economía del hogar, lo que contribuye a mantener la dependencia femenina y a reforzar la existencia del patrón del trabajo reproductivo (Eguiluz y González, 1997).

Además, se ha observado que si bien las ganancias de la experiencia laboral de las mujeres son múltiples, también lo son los conflictos que introduce esta importante transformación en la división del trabajo social y familiar. Se ha precisado que la experiencia laboral mayor a cinco años de las mujeres casadas es el factor que mayormente contribuye a explicar la presencia de relaciones más igualitarias en la participación del cónyuge en las tareas del hogar y en el cuidado de los niños, así como en la participación de la esposa en la toma de decisiones y en su libertad de movimiento. No obstante ello, una mayor experiencia dentro del mercado laboral no está asociada a formas de convivencia familiar más armónicas, ya que en muchas ocasiones las parejas de estas mujeres suelen sentirse amenazados en su autoridad o temen que ellas cometan una infidelidad o descuiden a los hijos al encontrarse realizando actividades extradomésticas (García y De Oliveira, 2004).

La existencia de la segregación entre trabajo doméstico y extradoméstico, así como entre ocupaciones femeninas y masculinas impide a la mujer un acceso al trabajo remunerado en igualdad de condiciones, reforzando su situación de desventaja social en los mercados de trabajo (De Oliveira y Ariza 2000a y 2000b). Dicha situación también las lleva a describir trayectorias discontinuas, alternando entre la actividad y la inactividad laboral (Polo Arnejo, 2004).

Además de la feminización de la fuerza de trabajo se ha presentado también un rejuvenecimiento de la misma. Este proceso no ha sido continuo, ya que se dio un retraso en la edad a la que los jóvenes mexicanos ingresaban a la vida productiva, sobre todo en las áreas urbanas, debido a la prolongación de su etapa estudiantil y al desarrollo sostenido de la economía y de la expansión del sistema educativo que tuvieron lugar desde la etapa

invierten 9.4 horas a la semana, lo que demuestra que las inequidades de género se gestan y refuerzan en los propios hogares.

⁷⁸ Al respecto, se ha documentado un mayor involucramiento en los trabajos reproductivos en los varones de las generaciones más jóvenes, sobre todo de los estratos de ingreso medio y alto, situación que es más clara cuando sus esposas combinan el trabajo doméstico y el extradoméstico (Rendón, 2004).

cardenista hasta el inicio de los ochenta, para luego mostrar un retroceso (Rendón y Salas, 1996; Camarena 2004).

Al respecto Coubès y Zenteno (2005) señalan que en las tres cohortes que aquí se estudian se observa que si bien la inserción como mano de obra de los varones antes de los 30 años fue casi completa y que las cohortes más jóvenes permanecieron más tiempo en la escuela, ello no significó un retraso importante en su incorporación al empleo. Ya que incluso fue la generación más joven, nacida entre 1966 y 1968, la que presentó la temporalidad más estrecha entre la finalización de los estudios y la incorporación al mercado laboral, lo cual puede ser explicado por el hecho de que la presencia de la crisis y la reestructuración económica de la década de los ochenta propicio que más personas se incorporaran a la fuerza de trabajo antes de dejar la escuela. Panorama contrario exhiben las mujeres urbanas y rurales de estas generaciones, ya que la mitad de la cohorte más antigua nunca tuvo una experiencia laboral antes de los 30 años de edad, siendo hasta la segunda generación que el 50% de ellas llegó a tener un trabajo extradoméstico. En tanto que la cohorte más joven mostró un proceso realmente acelerado de inicio de la vida laboral, aún cuando tampoco se incorporó el total de estas mujeres.

En su ingreso a la vida productiva los jóvenes siguen las pautas tradicionales que asignan a los hombres los papeles de proveedores y a las mujeres los de ama de casa. Así, los varones muestran tasas de participación⁷⁹ significativamente mayores que las jóvenes en la actividad económica. En contrapartida, la mayor concentración de personas que se dedican a las actividades del hogar son mujeres⁸⁰ (Rendón y Salas, 1996; Eternod, 1996; Rendón, 2004; Horbath, 2004; Camarena, 2004; Polo Arnejo, 2004).

Las jóvenes eligen permanecer en la casa o son obligadas a ello, lo cual les impide llegar al mercado de trabajo en edades similares a las de los varones, siendo hasta edades adultas y en ocasiones ya casadas, separadas o divorciadas en que un gran número de mujeres tiene su primera experiencia laboral. Situación que en muchas ocasiones se da en empleos precarios y mal remunerados (Horbath, 2004).

Antes de ello las jóvenes se quedan en el hogar asumiendo actividades domésticas pero con responsabilidades de adultos, ya que tampoco continúan dentro del sistema

⁷⁹ Las tasas de actividad se calculan dividiendo la población económicamente activa entre el total de la población para cada grupo de edad (Rendón y Salas, 1996).

⁸⁰ En las encuestas se suele eximir de la definición de trabajo a la actividad doméstica realizada como actividad principal en el seno familiar, con lo que se subestiman notablemente el trabajo de las mujeres. Sin embargo, Estrada (2005) considera que si se tomara en cuenta el trabajo doméstico cuando se realiza como actividad principal, la magnitud del trabajo realizado por hombres y mujeres sería similar, aunque con una mayor participación de las mujeres en el trabajo doméstico que los hombres.

educativo por más tiempo que los varones, por lo que enfrentan una doble desventaja al conjugarse el rezago educativo⁸¹ y el rezago activo reconocido, que es marcado por incorporarse al mercado después que el hombre. Aun cuando se ha visto que este es un comportamiento más bien propio de las mujeres de escasos recursos (Horbath, 2004; De Oliveira y Mora, 2008a).

En el mercado laboral los jóvenes de ambos sexos se enfrentan a condiciones de trabajo extremadamente difíciles debido a varios factores, entre los que han destacado: el nulo crecimiento del PIB y su impacto para la pequeña, mediana y gran empresa en distintos momentos de la historia del país, el decremento del empleo en ramas fundamentales de la economía, la pérdida de prestaciones y de logros laborales, la brutal caída del salario real como estrategias para enfrentar el impacto de la crisis en las empresas y finalmente, la selectividad del mercado de trabajo debido a la amplia oferta de mano de obra, lo cual ha conducido en las áreas más urbanizadas al aumento de la tasa de desempleo abierto juvenil⁸² (Eternod, 1996; Rendón y Salas, 2000).

Al mismo tiempo, los jóvenes de ambos sexos poseen un escaso poder de negociación al momento de acordar su salario y sus prestaciones sociales y tienen baja o nula calificación y experiencia de trabajo.⁸³ De igual manera, se enfrentan a la falta de un contrato escrito que les ofrezca estabilidad y seguridad laboral y al fenómeno de la credencialización que impone amplios requisitos de escolaridad para tareas que no siempre los requieren.⁸⁴ Y en el caso particular de los más jóvenes, el carácter no legal e incluso clandestino del trabajo infantil los coloca en una posición de mayor vulnerabilidad laboral que los adultos (Camarena, 2004).

Asimismo, existe una marcada heterogeneidad laboral en el país y una polarización de los mercados de trabajo sobre la cual se sostiene una acentuada desigualdad social, ya que es enorme la distancia en términos de condiciones laborales y niveles de remuneración que persiste entre quienes tienen los mejores empleos pero que no necesariamente cuentan con los

⁸¹ El rezago educativo es la condición de atraso en la que se encuentran las personas que no tienen el nivel educativo que se considera “básico”, en un momento dado. Por ejemplo: la población de 6 a 14 años está en edad de cursar la enseñanza básica dentro del sistema escolarizado. Así, sino cuentan con la primaria completa, estos individuos no se consideran rezagados siempre y cuando asistan a la escuela. Pero el no hacerlo cuando todavía no han concluido la primaria los lleva a ser clasificados como rezagados (Muñoz y Suárez, 1994).

⁸² En periodos de recesión son los jóvenes quienes mayormente sufren el desempleo con relación a los adultos, ya que se frena la generación de empleos para quienes tratan de incorporarse por primera vez al mercado de trabajo (Horbath, 2004).

⁸³ En el caso de los varones jóvenes pareciera ser que este hecho es un cobro por ingresar al mundo laboral a cambio de experiencia (Horbath, 2004; De Oliveira, 2006).

⁸⁴ La credencialización es una situación que ya había sido notada por Christenson, García y De Oliveira (1989) en las mujeres trabajadoras.

mayores niveles de remuneración o viceversa, además de existir un porcentaje importante de jóvenes concentrados dentro de los llamados trabajos precarios (De Oliveira, 2006).

Amén de la relativamente elevada participación de los jóvenes en el mercado de trabajo y de los diferenciales existentes en el nivel de dicha participación de acuerdo con su edad y sexo, se ha podido constatar también las desigualdades en los ingresos salariales que unos y otros perciben,⁸⁵ la temprana edad a la que éstos ingresan al trabajo y la diversidad de ocupaciones y de circunstancias escolares⁸⁶ bajo las cuales los jóvenes se incorporan a la vida laboral (Rendón y Salas, 1996; Camarena 2004).

Con referencia a la relación entre la salida de la escuela y el ingreso a la vida laboral se considera que el trabajo infantil y juvenil es perjudicial para las personas, ya que les impone limitaciones en su permanencia en la escuela y en el logro de mayores niveles de escolaridad, además de afectar su desarrollo físico y emocional, sobre todo si se realiza de manera anticipada (Camarena, 2004).

Sin embargo, algunos estudios documentan que el hecho de que los niños participen en labores, ya sean remuneradas o familiares sin remuneración, tales como los negocios domésticos, no inciden significativamente en su atraso escolar, siempre y cuando trabaje menos de 20 horas semanales (Mier y Terán y Rabell, 2001). Ya que los negocios familiares, principalmente dedicados al comercio o a los servicios profesionales y técnicos, pueden ser vistos como estrategias que ayudan a defender el estándar de vida de las familias y que por tanto posibilitan el estudio de los menores (García y Pacheco, 2000).

Al respecto, se ha visto que no todos los jóvenes participan en igualdad de circunstancias educativas en el mercado laboral ya que mientras una fracción considerable, sobre todo de varones, comienza a trabajar antes de dejar la escuela,⁸⁷ con el doble esfuerzo que ello representa, lo que en muchas ocasiones los lleva a truncar su escolaridad. Otra porción lo hace después de salir de la escuela, siendo las mujeres quienes más tiempo dejan transcurrir entre ambas transiciones (Camarena, 2004; Horbath, 2004).

El truncamiento de la escolaridad constituye un elemento negativo en el logro de una mejor posición dentro del mercado de trabajo, ya que se ha documentado que a pesar de que

⁸⁵ Se sabe que la población joven en general recibe ingresos muy bajos, sin embargo estos muestran una heterogeneidad, ya que a menor edad más bajo es el salario de los trabajadores. Asimismo, existe una notable diferencia entre el ingreso promedio de los hombres y mujeres jóvenes a favor de los primeros (Rendón y Salas, 1996; Horbath, 2004). Además de existir un importante porcentaje de ellos que trabaja sin recibir remuneración monetaria (Camarena, 2004).

⁸⁶ Al respecto, las y los menores de 20 años ingresan en el mercado de trabajo con más bajos niveles de escolaridad y presentan peores condiciones laborales que los jóvenes de 20 a 24 años (De Oliveira, 2006).

⁸⁷ En los últimos años la mayor participación de los jóvenes en la fuerza de trabajo se ha hecho a costa de la disminución de la población estudiantil que dedica tiempo exclusivo a sus estudios (Rendón y Salas, 1996).

la escolaridad ha perdido su poder para asegurar el ascenso social, todavía el contar con cierto nivel de estudios tales como licenciatura⁸⁸ o posgrado ofrece una mayor garantía de obtener empleos menos precarios, tanto en términos de las condiciones de trabajo como en los niveles de remuneración (Horbath, 2004; De Oliveira, 2006).

Por otra parte, al conjugar la ausencia o presencia del trabajo extradoméstico de la madre y la relación entre escolaridad y trabajo entre los adolescentes de 12 a 16 años, se ha visto que cuando la madre trabaja los hijos tienden también a hacerlo durante la adolescencia con mayor frecuencia que cuando ella no lo hace, sin que ello parezca afectar las probabilidades de estar inscritos en la escuela, siendo este efecto mayor en las hijas (Giorguli, 2006). Lo que indica que bajo ciertas circunstancias familiares los jóvenes pueden llegar a combinar ambas actividades en vez de vivirlas como transiciones excluyentes una de otra.

Se señala que los niños y los jóvenes comparten la incertidumbre sobre su futuro en el mercado de trabajo y las limitaciones en su incorporación, destino que puede ser definido desde su primer empleo. Esta vulnerabilidad de los jóvenes ante el mercado laboral viene asociada a factores como pobreza, baja escolaridad y, en el caso de las niñas y de las mujeres jóvenes, a la situación doblemente desfavorablemente que enfrentan en su segregación hacia actividades domésticas (Horbath, 2004).

Se reporta que en México la incorporación al mercado laboral es generalmente la primera transición hecha por los jóvenes de 15 a 29 años, siendo los varones, sobre todo los del estrato bajo y los rurales⁸⁹ quienes experimentan antes esta transición⁹⁰ (Rendón y Salas, 1996; Mier y Terán y Rabell, 2001; Echarri y Pérez Amador 2003; Polo Arnejo, 2004; Horbath, 2004; De Oliveira, 2006; De Oliveira y Mora, 2008a y 2008b).

Por tipo de localidad, y específicamente en las tres cohortes aquí analizadas, se sabe que a lo largo del tiempo la proporción de varones rurales y urbanos que trabajó antes de cumplir los 17 años fue muy elevada. Si bien tanto en las localidades urbanas como en las rurales el descenso en la proporción de los niños con experiencia laboral se registró entre la

⁸⁸ Por lo que se refiere a las mujeres de todas las edades, no sólo a las jóvenes, se ha visto que la obtención de niveles educativos de bachillerato completo o universidad incrementa sus posibilidades de participación económica al aumentar su competitividad en el mercado de trabajo (Christenson, García y De Oliveira, 1989).

⁸⁹ Se sabe que debido al predominio de las actividades agropecuarias y a las escasas oportunidades educativas, las tasas de actividad de los varones rurales que comienzan a trabajar a temprana edad, es decir antes de los 15 años, se da mayormente bajo la modalidad de trabajo familiar no remunerado dentro de la agricultura campesina de pequeña escala. En tanto que en las áreas más urbanizadas éstos tienden a concentrarse en el comercio y en diversos servicios como la preparación de alimentos, siendo en uno de cada dos casos, trabajadores familiares no retribuidos. Datos tomados de la Encuesta Nacional de Empleo de 1991 y 1995 por Rendón y Salas (1996).

⁹⁰ Sin embargo, Mier y Terán y Rabell (2001) consideran que si se incluyen a los quehaceres domésticos realizados en el propio hogar, cuando éstos son declarados como ocupación principal, son las niñas y jóvenes quienes empiezan a trabajar con mayor frecuencia que los varones. Siendo de hecho el trabajo doméstico una de las variables que mayor influencia negativa tiene sobre el desempeño escolar de éstas.

primera y la segunda generación, aún así en la tercera cohorte todavía uno de cada dos jóvenes trabajaba. Sus edades promedio al primer trabajo se situaron entre los 12 y los 13 años según su cohorte y tipo de localidad. Destaca el hecho de que en la tercera generación no haya disminuido visiblemente la proporción de niños de ambos sexos que trabajaron antes de cumplir los 17 años, ni en zonas rurales ni en urbanas, lo cual puede tener su explicación en la presencia de la crisis económica de los años ochenta, la cual los sorprendió cuando estos tenían alrededor de 15 años (Mier y Terán y Rabell, 2005).

En contextos rurales específicos, tales como la Península de Yucatán, se ha reportado para los varones que vivieron su juventud en los últimos años del siglo XX una estrecha vinculación temporal entre las transiciones de salida de la escuela y el inicio del trabajo, ya que ocurren casi de manera simultánea y prematuramente. Dichas situaciones están relacionadas con la pobreza, el asilamiento y la discriminación étnica que éstos viven, lo que limita a su vez su aprendizaje y desarrollo personal (Mier y Terán, 2004).

Al respecto, se considera que la inserción laboral anticipada responde a una estrategia de sobrevivencia de los hogares de origen de los varones con mayores carencias a fin de contribuir a paliar sus privaciones económicas, lo que lleva a algunos a una adultez forzada, ya que acceden a puestos con mayor precariedad laboral que reproducen las desigualdades sociales imputables a su condición de clase y que poco les permiten un desarrollo armónico (Echarri y Pérez Amador 2003; De Oliveira y Mora, 2008a).

En tanto que los varones urbanos, sobre todo los de sectores sociales medios, parecen retardar más esta transición, beneficiándose de una más prolongada escolaridad. Y una vez que ingresan al mercado laboral tienen mayores posibilidades de exhibir trayectorias estables con mejores condiciones laborales y salariales (Rendón y Salas, 1996; Echarri y Pérez Amador 2003; Polo Arnejo, 2004; Horbath, 2004; Castro y Gandini, 2006; De Oliveira, 2006; De Oliveira y Mora, 2008a y 2008b).

Abundando en las trayectorias laborales, en este caso de los varones de la ciudad de Monterrey, se ha observado que los orígenes socioeconómicos, dados por la ocupación y la escolaridad del padre, tienen aún gran importancia en el empleo de los individuos. En términos generales los hombres de familias más privilegiadas, con padres que han desempeñado funciones de alta jerarquía y con alta escolaridad, tienden a experimentar trayectorias caracterizadas por una edad de entrada al primer trabajo más tardía, una posición de inicio de mayor rango y una mejor ubicación hacia los 30 años de edad en la actividad laboral. En contraste, los hijos de hombres con ocupaciones manuales y con baja escolaridad tienen más probabilidades de entrar adelantadamente al mercado de trabajo y de seguir

trayectorias completas en ocupaciones manuales. Con ello se señala que la experiencia laboral temprana parece marcar permanentemente el destino de los varones en posiciones manuales, mismos que tienen pocas oportunidades de movilidad hacia ocupaciones no manuales (Solís y Billari, 2003).

En las mujeres el ingreso a la vida laboral difiere por ámbitos de socialización, ya que las mujeres rurales no experimentan esta transición como la primera, sino que es la salida de la escuela el evento que mayormente da inicio a su camino hacia la adultez, quedando una amplia fracción sin trabajar fuera del hogar, lo que permite inferir que muy seguramente se dedican al trabajo doméstico. En tanto que entre las mujeres urbanas es más común que el ingreso al trabajo sea la primera transición que realizan, presentándose ésta precozmente (Echarri y Pérez Amador 2003; Polo Arnejo, 2004; Castro y Gandini, 2006; Mier y Terán, 2007).

Al profundizar en el estudio de las tres cohortes que aquí se observan, pero esta vez por género, se sabe que las mujeres del área urbana participaron menos en el ámbito laboral que los hombres en cada cohorte. Además de que entre la primera y la tercera cohorte mostraron un leve descenso en la proporción de trabajadoras y un aumento en su edad media al primer trabajo. Tendencia que entre las rurales no se observa, ya que ellas tuvieron en menor proporción un trabajo productivo antes de los 17 años que sus pares masculinos de cada generación. Esta situación se dio así debido a que ellas se dedicaron en mayor medida al trabajo doméstico y a desempeñar las labores necesarias para la reproducción de la familia tales como cuidar a los niños y los ancianos, preparar los alimentos y hacer ropa (Mier y Terán y Rabell, 2005).

En contextos rurales específicos, como la Península de Yucatán, se ha observado que las jóvenes no muestran una estrecha relación temporal entre el abandono de la escuela y el inicio de la vida laboral, ya que a pesar de que ellas dejan la escuela antes que los hombres, comienzan su vida laboral en menor proporción que ellos en todas las edades, debido a que se dedican mayormente a las actividades domésticas. También se sabe que la proporción de mujeres con discontinuidad laboral, que ha trabajado alguna vez y no trabaja actualmente aumenta con la edad debido al abandono del trabajo para iniciar la formación de la familia (Mier y Terán, 2004).

Si bien las mujeres empiezan a trabajar en menor proporción que los varones, se ha documentado que las niñas tienen una probabilidad mayor que los niños de sólo trabajar, en tanto que ellos tienden a combinar el estudio con el trabajo (Mier y Terán y Rabell, 2001). Y las que lo hacen comienzan a edades muy jóvenes, cercanas a la terminación de la primaria y

de la secundaria, sobre todo en las localidades rurales. Pero a partir de los 17 años la experiencia de las mujeres rurales tiende a distanciarse de las urbanas, ya que las primeras permanecen en mayor medida sin actividad económica en tanto que casi todas las urbanas inician su vida laboral (Mier y Terán, 2007).⁹¹

Por estratos socioeconómicos se observa que son las mujeres del estrato bajo quienes anticipadamente inician su vida laboral con relación a las del estrato medio-alto, pero en los grupos de edad más avanzada, es decir entre los 25 y los 29 años, son las mujeres de este último estrato quienes tienen una mayor presencia en el mercado de trabajo (Polo Arnejo, 2004; De Oliveira y Mora, 2008a y 2008b). De igual manera, es posible advertir en las jóvenes que va aumentando su incorporación laboral conforme su edad avanza, pero en cierto momento se detiene, presentándose antes este freno en las mujeres del sector bajo, lo cual es probable que esté relacionado con el hecho de que entre ellas el proceso de formación de la familia acontece primero que entre las mujeres del sector medio (Polo Arnejo, 2004).

Al hacer las comparaciones entre mujeres y varones de diferentes estratos se aprecia que las jóvenes del bajo experimentan en menor medida que sus pares masculinos la incorporación al mundo laboral como primera transición. Situación contraria se observa en el medio alto, en el cual las divergencias se borran, ya que casi la mitad de los jóvenes de ambos sexos presentan como primera transición el primer trabajo. Esta falta de diferencias en cuanto a la entrada al mercado laboral se explica en parte por el aumento de la participación económica de las mujeres de estratos medios que tienen acceso a mayores niveles relativos de escolaridad y que por tal desean poner en práctica lo que han estudiado (De Oliveira y Mora, 2008a y 2008b).

Se afirma que el hecho de que las mujeres jóvenes, sobre todo del sector bajo, tengan un menor acceso al mundo del trabajo disminuye sus posibilidades de mejorar su posición social y de lograr una mayor autonomía personal. Asimismo, al ingresar anticipadamente al mercado laboral los hombres monopolizan las mejores opciones laborales en los diferentes segmentos del mercado, dejando los campos más deprimidos para las mujeres (Horbath, 2004; De Oliveira y Mora, 2008a).

Ante este acceso diferencial de hombres y mujeres al mercado laboral se asevera que la división intrafamiliar del trabajo, en concordancia con el sexo de los integrantes jóvenes del hogar, devela uno de los mecanismos de reproducción de las inequidades de género en el nivel micro social, ya que mediante su propia organización las familias terminan alimentando

⁹¹ Datos de la Ensar 2003.

comportamientos que favorecen rutas de transición a la adultez con sesgo de género, reproduciéndose la división tradicional del trabajo. Mientras que la transición hacia el primer trabajo adquiere gran trascendencia entre los hombres, acontece lo mismo pero con respecto a la participación en las tareas domésticas y de cuidado para las mujeres, reforzándose el modelo: varón- proveedor y mujer-ama de casa (Rendón, 2004; De Oliveira y Mora, 2008a).

En resumen, el inicio de la vida laboral es una de las transiciones más importantes para los jóvenes mexicanos, sobre todo para los varones, tanto en orden de aparición como en su calendario, misma que guarda estrecha relación con la salida de la escuela.

2.1 Inicio laboral de las mujeres: entre el trabajo extradoméstico y el doméstico

El ingreso al mercado laboral de las mujeres de las tres cohortes en estudio es una transición que no todas experimentaron, al menos durante sus primeras décadas de vida, ya que sólo es posible establecer hasta la edad mediana en las dos más antiguas. Y solamente es en la generación más joven en que se precisa el tercer cuartil de ingreso al mercado de trabajo de la población femenina.

Al respecto se ha documentado que aún cuando en los últimos años del siglo XX aumentó la fuerza de trabajo femenina en el país, los mayores incrementos ocurrieron entre las trabajadoras sin salario, las que realizan actividades por cuenta propia y las que trabajan de tiempo parcial, de forma esporádica, estacional o a domicilio, por lo que su situación distó mucho de ser la ideal, estando en desventaja con respecto a los varones. Por tal, es posible que muchas de estas mujeres se encontraran en estas situaciones (De Oliveira y Ariza; 2000a y 2000b; Rendón y Salas, 2000; Rendón, 2004; Pedrero 2004;).

**Cuadro 21. Entrada al primer trabajo de mujeres.
Primer decil, cuartiles, mediana e índice intercuartil**

	D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	12.0	15.2	25.0	-	-	(201)
1951-1953	13.0	15.7	21.0	-	-	(254)
1966-1968	13.5	16.5	19.3	27.0	10.5	(233)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En México, la ausencia de la mujer en la esfera laboral está asociada a su segregación hacia el ámbito doméstico, en el cual desempeña los roles de mantenimiento del hogar y del cuidado de niños, enfermos y ancianos que habitan en él, siendo papeles que están ligados a la división tradicional del trabajo. Con ello en mente, se puede suponer que los datos del

cuadro 21 tan sólo muestran una cara de esta transición, ya que otro grupo importante de mujeres debió haber quedado confinado a la realización de actividades domésticas para la reproducción social de los miembros de la familia.

Esta situación les pudo haber imposibilitado su ingreso al ámbito laboral al conjuntarse con las pautas sociales que en cada época les tocó vivir, mismas que limitaban la movilidad de las mujeres en espacios públicos. Además de que en los casos en que la mujer ingresaba al mercado laboral lo hacía unos cuantos años para dejarlo al comenzar a vivir en pareja y procrear a sus primeros hijos, manteniendo a lo más una trayectoria laboral intermitente (Rendón, 2004; Polo Arnejo, 2004).

Asimismo, se ha visto que en algunos casos la mujer comienza a trabajar luego de haberse casado, teniendo como causas las necesidades económicas del hogar o la separación o divorcio de su pareja y la asunción de la jefatura del hogar (Horbart, 2004). Por lo que es posible esperar que algunas de ellas comenzaran su vida laboral luego de vivir en pareja, situación que en este capítulo sólo se delinea someramente, pero que debe tenerse en consideración.

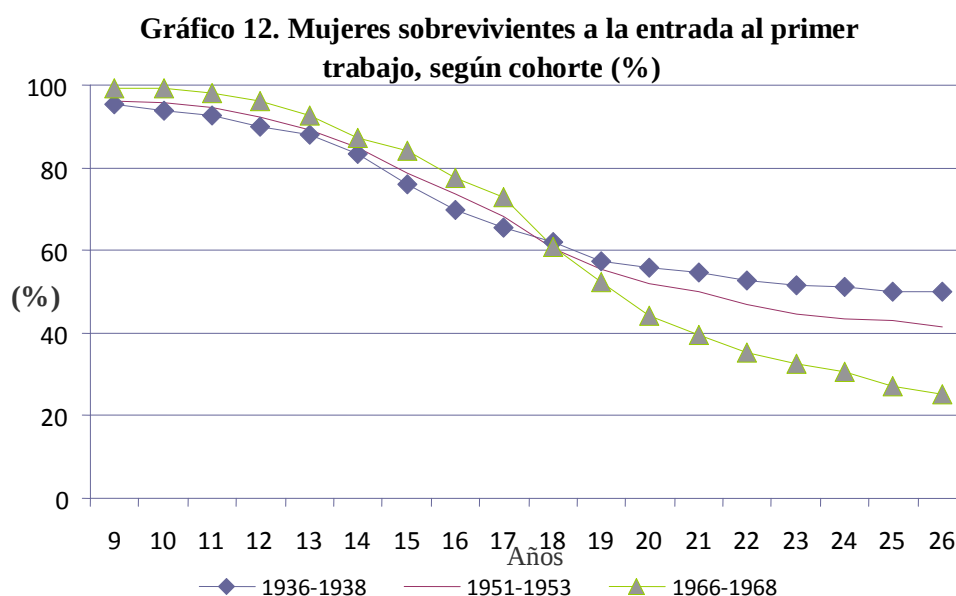
A edades tempranas fueron las mujeres de la generación más antigua quienes primero comenzaron a laborar. Sin embargo, en edades tardías su tendencia se hizo más lenta, con una edad mediana de 25 años, lo que indica que estas mujeres no tenían entre su proyecto de vida el trabajar. Mientras que en las siguientes cohortes se rejuveneció dicha edad, tal como lo muestran las edades del primer decil y cuartil y las curvas de supervivencia (gráfico 12). Cabe comentar que la prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia indicó que la cohorte no hizo diferencia al momento en que las mujeres ingresaron al mercado laboral, por lo que esta transición no logró establecerse como parte del trayecto de vida del común de las mujeres.⁹²

Igualmente, se reveló la presencia del trabajo infantil en una de cada diez mujeres de las tres cohortes.⁹³ Al respecto Camarena (2004) considera que el trabajo infantil es perjudicial para las personas, ya que puede afectar su permanencia en la escuela y su desarrollo personal, sobre todo cuando se realiza de manera precoz. Además de que en ocasiones no es legal, lo que coloca a los menores en una posición de mayor riesgo laboral que los adultos. Sin embargo, dicho efecto depende del número de horas a la semana que se le dedique al trabajo (Mier y Terán y Rabell, 2001) y del tipo de labor que se realice, ya que

⁹² La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por cohorte de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1)= 5.01 con $Pr > \chi^2 = 0.0819$.

⁹³ Para ahondar al respecto véase el trabajo de Mier y Terán y Rabell (2005).

los negocios familiares pueden ser una estrategia que permita contar con dinero para seguir enviando a los menores a la escuela (García y Pacheco, 2000).



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Por otra parte, en la generación joven se aprecia un aumento en la intensidad al primer trabajo, ya que es hasta esta generación que el 75% de las mujeres ingresó al menos una vez en su vida al ámbito laboral antes de los 27 años. Su rango intercuartil fue de más de 10 años, lo cual es indicativo de la ausencia de pautas sociales que instauraran esta transición como un pase obligado hacia la vida como adultas entre estas mujeres.

El mayor ingreso de esta generación a la vida laboral pudo tener su referente, además de la crisis de la década de los ochenta, en la expansión del sector terciario e industrial, en el incremento de los niveles de escolaridad y en los cambios demográficos y socioculturales en torno a las relaciones de género que han facilitado la incorporación de la mujer a la vida productiva (Rendón y Salas, 1996; Tuirán, 2002; Ariza y De Oliveira, 2005; Mier y Terán y Rabell, 2005; Coubès y Zenteno, 2005).

2.2 Comienzo laboral de los varones: variaciones a lo largo de medio siglo

Mostrando un panorama completamente distinto al presentado por las mujeres, la transición al primer trabajo estable de los varones de las tres cohortes estudiadas se presentó adelantadamente y relativamente pronto terminaron de incorporarse al mercado de trabajo, tal

como lo muestra el tercer cuartil, aún cuando las edades de ingreso fueron posponiéndose en el tiempo (véase el gráfico 13).⁹⁴

Dicha postergación pudiera deberse tanto al desarrollo de la economía que se registró entre la década de los cuarenta a inicios de los ochenta, como a la expansión del sistema educativo que se experimentó en esos mismos años, situación que habría permitido retardar esta iniciación en los miembros de las cohortes más jóvenes a fin de que ellos logaran un mayor capital humano al momento de comenzar a laborar (Rendón y Salas, 1996; Camarena 2004).

**Cuadro 22. Entrada al primer trabajo de hombres.
Primer decil, cuartiles, mediana e índice intercuartil**

	D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	8.8	11.5	14.6	17.7	6.2	(176)
1951-1953	10.0	13.0	16.4	20.1	7.1	(209)
1966-1968	11.0	14.3	17.1	20.0	5,6	(193)

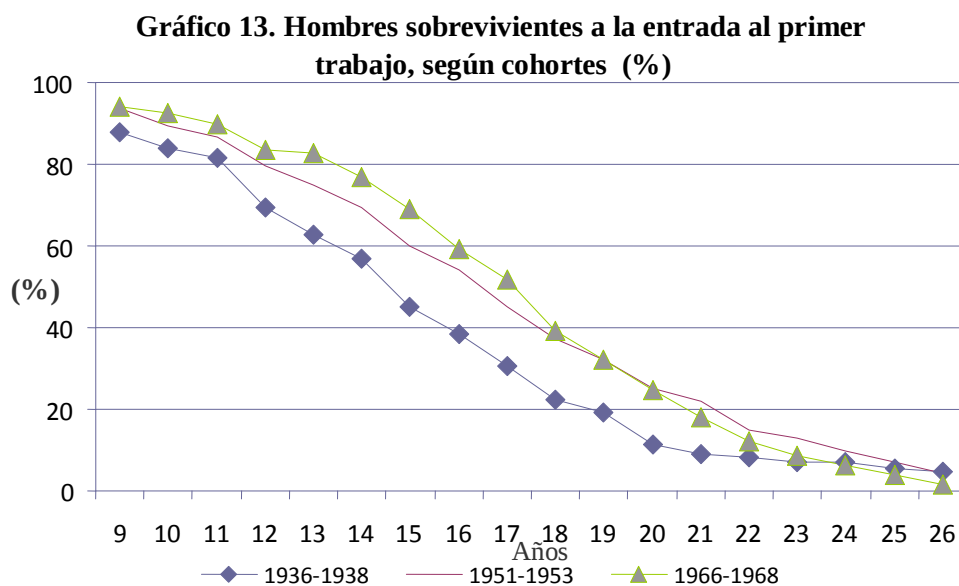
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En el primer decil la edad pasó de 8.8 a 11 años entre cohortes extremas, lo cual indica la presencia de trabajo infantil, situación que refleja la carencia de oportunidades educativas y económicas para un importante grupo de la población masculina en cada generación, así como un mayor riesgo de dejar la escuela una vez comenzada la vida laboral estable, tal como lo mostró el modelo de historia de eventos para la salida de la escuela de los varones presentado en el capítulo anterior.⁹⁵

Por su parte, la edad mediana se ubicó en 15.6 años en la cohorte más antigua, mientras que en la más joven esta edad pasó a 18.1 años, existiendo una diferencia de 2.5 años entre cohortes extremas. Para las dos cohortes más recientes se aprecia una tendencia a postergar la entrada laboral en las primeras edades, no así en el tercer cuartil, en el cual pareciera que los hombres que no habían trabajado se apresuraron a hacerlo para finalizar la transición a edades similares a los de las otras cohortes.

⁹⁴ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas por cohorte de hombres. El estadístico χ^2 es de (1)= 21.71 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.000$.

⁹⁵ Véase el capítulo IV, cuadro 20.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.3 El primer trabajo estable de tres cohortes: divergencias en su calendario por género

Con los datos presentados en el cuadro 23 es posible observar, no sólo que la transición de entrada al primer trabajo estable fue realizada en momentos diferentes por hombres y mujeres, sino las distancias entre ambos, ya que se aprecia una precoz edad de los varones al momento de lograr su primer trabajo estable, en tanto que las mujeres lo hicieron más tardíamente y no siempre pudieron completar el tercer cuartil.

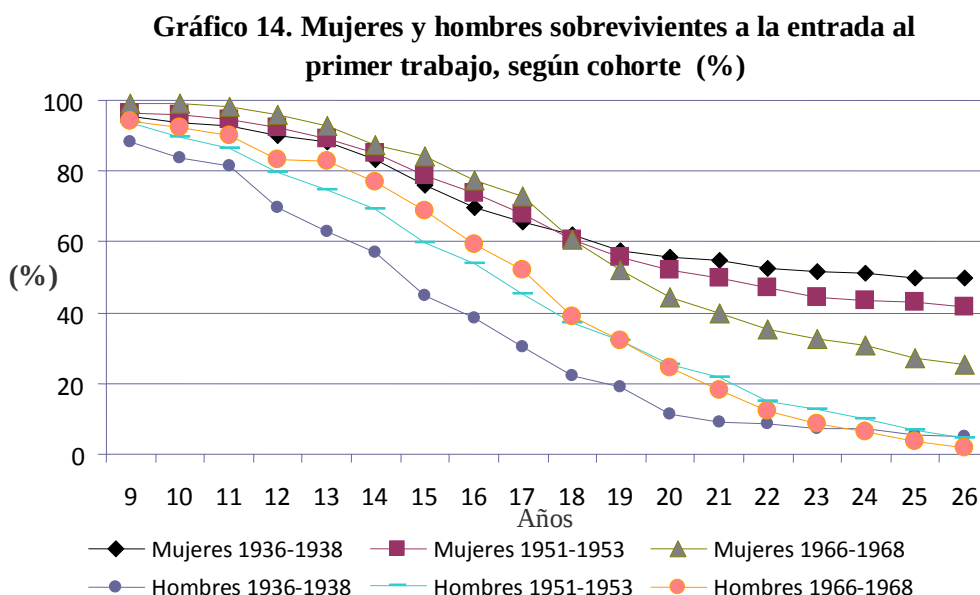
Esta situación responde a la división tradicional del trabajo presente desde tiempo atrás en la sociedad mexicana, misma que dicta que el hombre debe ser el principal sostén de la familia. Por lo que se esperaría su pronta incorporación al mercado laboral, en total divergencia con el calendario de esta transición en las mujeres, las cuales estarían comenzando su vida laboral anticipadamente, pero sólo en un porcentaje mínimo, no estando totalmente establecida la realización de dicha transición para ellas, ya que otro porcentaje importante quedaría confinado a las labores del hogar.

Cuadro 23. Edad mediana a la entrada al primer trabajo, según cohorte de nacimiento y sexo

Cohorte	Mujeres	Hombres	Diferencia mujer-hombre
1936-1938	25.0	14.6	10.4
1951-1953	21.0	16.4	4.6
1966-1968	19.3	17.1	2.2

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Lo anterior es muestra de la segregación que han vivido las mujeres, ya que el no participar en la esfera pública las puede llegar a colocar en una situación de desventaja relativa para acceder a diversos recursos sociales básicos que el trabajo proporciona, a pesar de que éste no ofrezca las mejores condiciones laborales (Salles y Tuirán, 1998; Ariza y De Oliveira, 2000a y 2000b; García y De Oliveira, 2004).



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Por otro lado, se observa que la edad mediana de ingreso al mercado laboral en las mujeres ha ido disminuyendo con el paso del tiempo, en tanto que entre los hombres esta edad ha aumentado, por lo que, mediante las curvas de supervivencia (gráfico 14), se puede apreciar cómo en la última cohorte la brecha entre la edad mediana de ambos sexos se acortó al pasar de diez a dos años.

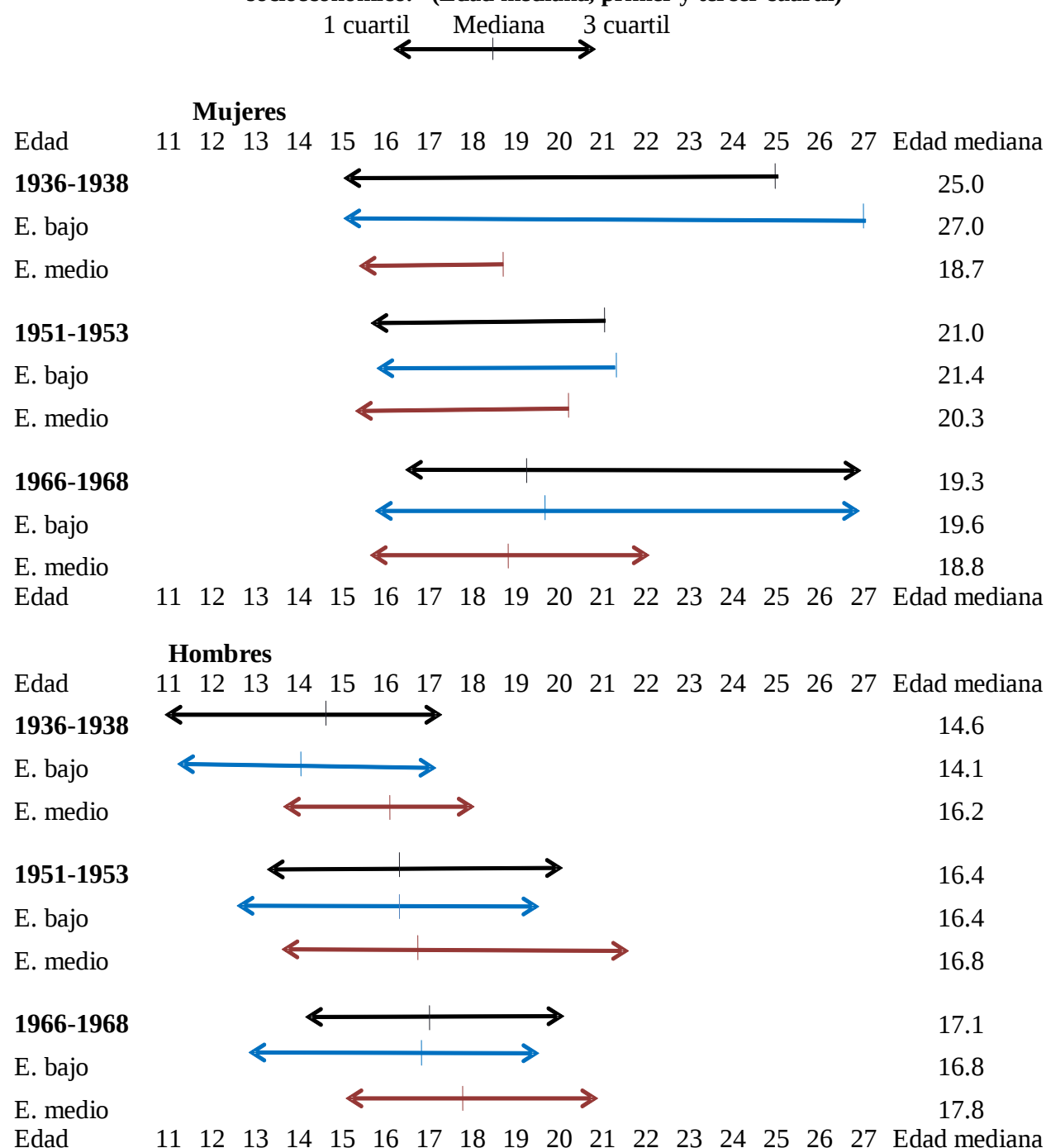
Y es que a partir de la década de los ochenta las mujeres mexicanas dejaron de abandonar el mercado de trabajo para dedicarse a la vida familiar y en consecuencia la brecha entre los niveles de participación de hombres y mujeres comenzó a acortarse (De Oliveira, Ariza y Eternod, 2001). Lo que significó una menor diferenciación por género en el calendario de esta transición, además de mayores posibilidades de disminuir la doble desventaja: educativa y laboral que generalmente enfrentan las mujeres, producto de su prematura salida del sistema escolar y de su bajo ingreso al medio laboral con relación a los varones (Horbath 2004; De Oliveira y Mora, 2008a).

Aun cuando se debe tener en consideración que el trabajo por sí mismo no posibilita la superación de las desventajas de las que parte la mujer, ya que si el empleo es precario, de

tiempo parcial, realizado en micronegocios o a domicilio, ésta no siempre contará con los elementos básicos de seguridad social, además de tener más probabilidades de recibir bajas remuneraciones económicas y escaso reconocimiento por su desempeño laboral.

Gráfico 15.

Distribución de la edad a la primera entrada al mercado laboral por sexo, cohorte y estrato socioeconómico. (Edad mediana, primer y tercer cuartil)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.4 Incorporación por estrato socioeconómico a la vida laboral de tres cohortes de mujeres

Por lo que se refiere al análisis de la entrada al mercado laboral de las mujeres por estrato socioeconómico no se encontraron diferencias estadísticamente significativas al interior de las tres cohortes, lo que quiere decir que en estas cohortes el estrato no fue un factor que hiciera diferencia al momento de conseguir un trabajo seguro. Situación que también fue comprobada con el modelo de historia de eventos manteniendo constante las demás variables independientes. Debido a ello es que el análisis de esta transición se hará muy someramente, apuntando sólo lo más relevante.⁹⁶

Al respecto, el primer decil muestra situaciones de trabajo infantil en las tres cohortes y en ambos estratos, por lo que una de cada diez mujeres debió trabajar a muy temprana edad, sin hacer distinción por nivel socioeconómico. Por otro lado, fueron las mujeres de la cohorte joven de ambos estratos las primeras en obtener un trabajo estable de forma masiva, según se aprecia en el tercer cuartil.

Cuadro 24. Entrada al primer trabajo estable según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de las mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

		D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	E. bajo	11.4	15.1	27.0	-	-	(158)
	E. medio	14.2	15.4	18.7	-	-	(34)
1951-1953	E. bajo	13.0	15.7	21.4	-	-	(183)
	E. medio	13.0	15.4	20.3	-	-	(55)
1966-1968	E. bajo	13.5	16.4	19.6	28.0	11.6	(149)
	E. medio	14.1	16.2	18.8	24.0	7.8	(73)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

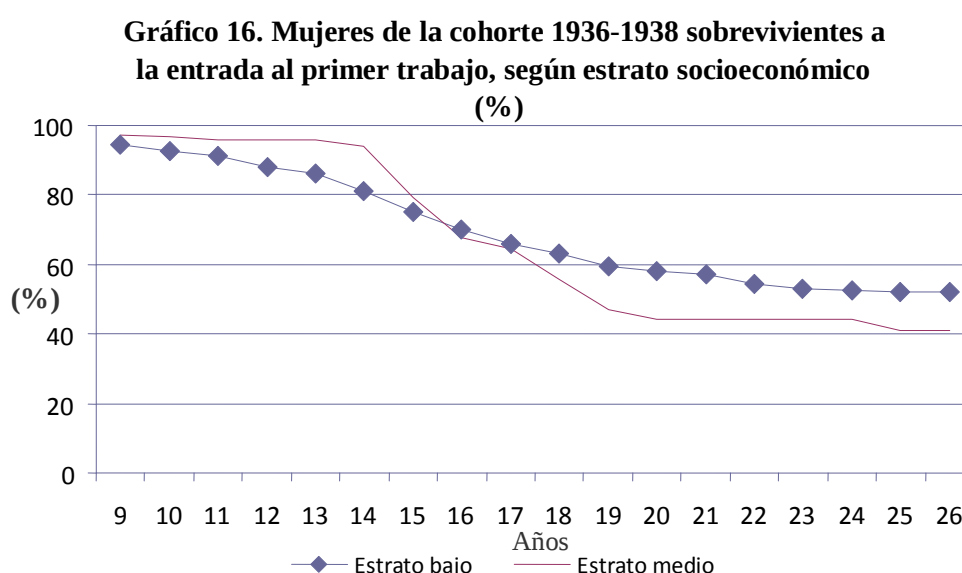
Algunos autores argumentan que las mujeres del estrato bajo parecen desacelerar su ingreso al ámbito productivo en determinadas edades debido a que tienden a realizar las transiciones de inicio de la vida conyugal y reproductiva con un calendario más temprano que el de las mujeres económicamente mejor posicionadas, lo cual les limita a partir de ciertas edades su iniciación laboral (Polo Arnejo, 2004). Con datos del cuadro 24 se aprecian edades similares por estrato en cada cohorte, pero en la edad mediana se hacen más lentas en las

⁹⁶ Al respecto se debe comentar que debido al escaso número de casos con que se contaba para el estrato medio, estos resultados deben ser tomados con precaución y sólo ser vistos como primeras aproximaciones al estudio de la desigualdad por nivel socioeconómico al momento de comenzar esta transición.

mujeres del nivel bajo, por lo que es posible esperar que ello se debiera a que en esas edades dieron inicio a la formación de su familia.

2.4.1 La cohorte 1936-1938

En la cohorte más antigua sólo es posible precisar la edad a la que el 50% de las jóvenes de ambos estratos habían comenzado a trabajar, siendo a los 18.7 y a los 27 años para las mujeres del nivel medio y bajo respectivamente.⁹⁷ Ello indica que las mujeres de esta época, sobre todo aquellas con más precarias condiciones de vida eran las que menos tenían instaurada la transición al primer trabajo entre su proyecto de vida, por lo que la edad mediana se extiende hasta cerca de los 30 años (gráfico 16).



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.4.2 La cohorte 1951-1953

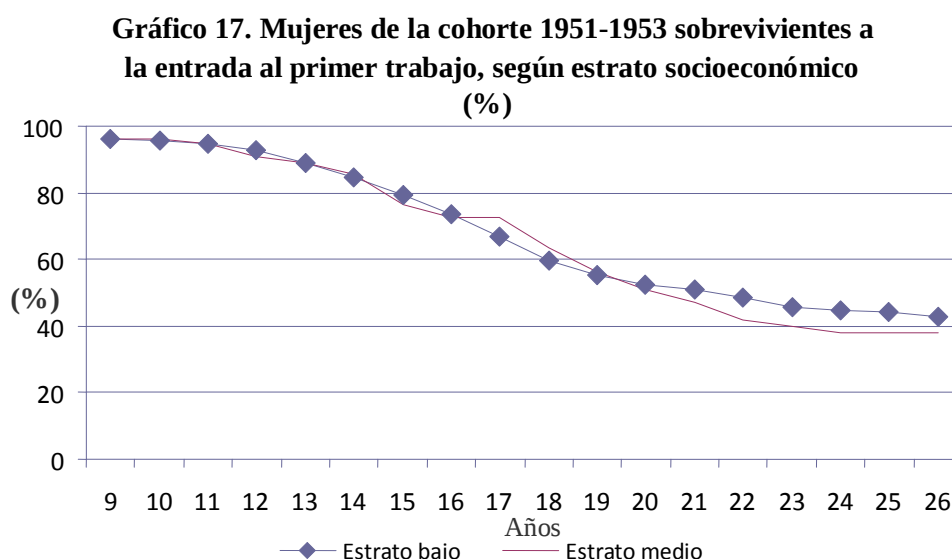
En la cohorte intermedia, al igual que en la antigua, tampoco es posible establecer el tercer cuartil para los dos estratos socioeconómicos, lo que indica que las mujeres de esta generación no siempre realizaron trabajo extradoméstico. En el primer decil se observa la presencia del trabajo infantil en ambos niveles. Mientras que las edades medianas se redujeron y se asimilaron en ambos estratos al ubicarse en los 21.4 y 20.3 años para el bajo y

⁹⁷ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte antigua de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1)= 0.05 con $Pr > \chi^2 = 0.8293$.

medio respectivamente, no presentándose diferencias estadísticamente significativas por estrato.⁹⁸

El hecho de que estas dos primeras cohortes presenten en los dos estratos únicamente la edad mediana de esta transición es un reflejo del momento histórico que le tocó vivir, ya que durante la década de los 50 y de los 60, época en que vive su juventud la primer cohorte, eran pocas las mujeres que tenía acceso al mercado laboral.⁹⁹ Como Rendón (2004) afirma, durante esta época la mayor incorporación a la fuerza laboral se daba entre las solteras, ya que no se visualizaba el ámbito productivo como fuente real de desarrollo para la mujer.

Sin embargo ya para 1973, período en la que la cohorte intermedia llegó a los veinte años, el país debió enfrentar severos desajustes económicos, lo que en conjunto con la tendencia secular dada por el aumento de la escolaridad pudo haber influido en su ingreso al mercado laboral en edades relativamente jóvenes, aunque no de forma masiva.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.4.3 La cohorte 1966-1968

La edad al primer decil continuó indicando la existencia del trabajo infantil en una de cada diez mujeres de la cohorte joven. En tanto que la edad mediana se ubicó en los 19.6 y 18.8

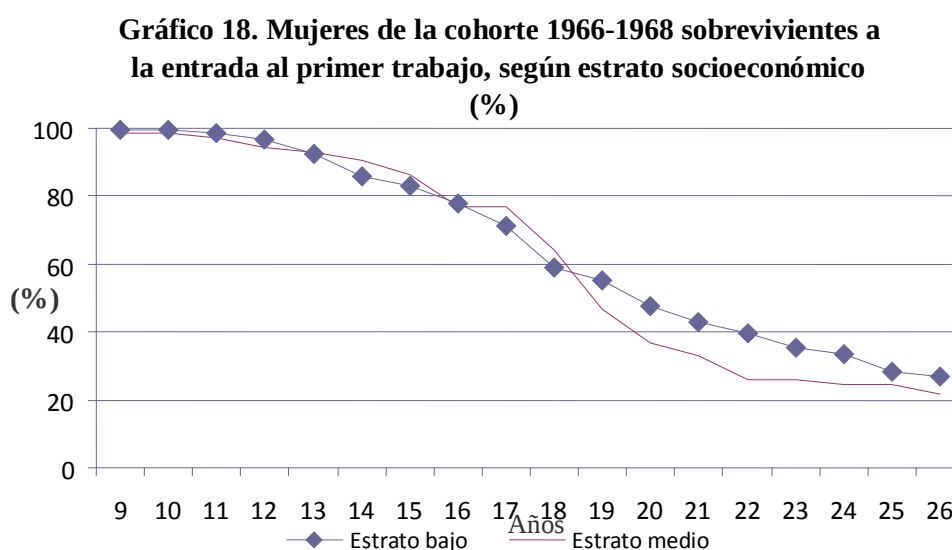
⁹⁸ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte intermedia de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1)= 0.08 con $\text{Pr}>\chi^2= 0.7801$.

⁹⁹ Véase el diagrama de Lexis del capítulo III para ubicar las cohortes en el tiempo.

años para el estrato bajo y medio respectivamente, sin presentarse diferencias estadísticamente significativas por nivel socioeconómico.¹⁰⁰

La principal característica que presenta la cohorte más joven con relación a las anteriores es que por primera vez se incorporó el 75% de la población femenina al mercado de trabajo, pero esta transición mostró un amplio rango intercuartil, sobre todo en el estrato bajo, con 11.6 años, por lo que de ninguna forma esta transición se instauró como parte integral de la vida de estas mujeres.

Varios aspectos deben ser tomados en cuenta al momento de esclarecer la mayor intensidad con que las mujeres de ambos estratos ingresaron al mercado laboral. Estas explicaciones giran en torno al aumento de la escolaridad, la mayor aceptación social de que las mujeres trabajen y a los cambios en el panorama demográfico mexicano tales como el descenso de la fecundidad y el leve aumento de la edad a la primera unión conyugal, lo que habría contribuido a generar las condiciones para que esta cohorte participara en mayor medida en el mercado laboral (Rendón y Salas, 1996; Tuirán, 2002; Ariza y De Oliveira, 2005).



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Además de la crisis económica de 1994 cuando ellas tenían entre 26 y 28 años, lo que pudo haber orillado a un grupo de mujeres, muchas de ellas ya casadas, a ingresar al mercado laboral para apoyar a la economía del hogar. Ello explicaría el hecho de que si bien las

¹⁰⁰ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte joven de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1) = 0.26 con $Pr > \chi^2 = 0.6091$.

mujeres de ambos estratos trabajaron en esta cohorte, las del bajo tardaron más en completar esta transición, tal como se observa en el tercer cuartil.

En síntesis, se puede decir que el ingreso a la vida laboral fue una transición que no todas las mujeres efectuaron, sobre todo en las cohortes más antiguas, aún cuando el porcentaje de jóvenes que realizó alguna actividad extradoméstica de manera estable fue aumentando con el paso del tiempo, pero sin llegar a establecerse plenamente en el total de la población femenina de estas cohortes. Ya que las mujeres de ambos niveles, más que ingresar al mercado de trabajo, tendían a dedicarse a las labores reproductivas siguiendo la división tradicional del trabajo que las confinaba al ámbito privado.

Por lo que las mujeres enfrentaron una doble desventaja producto del hecho de dejar más temprano la escuela y de no siempre incorporarse al mundo laboral o de hacerlo en condiciones precarias y en ocasiones a edades o muy prematuras o tardías, en donde o bien se presentó el trabajo infantil, o la vida laboral se inició obligadas por las necesidades del hogar de procreación. Siendo hasta la cohorte más joven que dicha incorporación se volvió más frecuente pero nunca diferenciada por estrato socioeconómico.

2.5 Incorporación por estrato socioeconómico a la vida laboral de tres cohortes de varones

El calendario laboral de los varones (cuadro 25) muestra un aplazamiento en casi todos los estratos y cohortes conforme el tiempo fue avanzando. Aunque, al igual que para el caso de las mujeres, tampoco se encontraron diferencias estadísticamente significativas por estrato ni en las tablas de vida ni en el modelo de historia de eventos, por lo que la realización de esta transición no se vio afectada por el nivel socioeconómico de origen de los individuos.

Sin embargo, se observa que casi en todo momento fueron los varones del estrato bajo quienes comenzaron esta transición primero, algunos de ellos en edades cercanas a la conclusión del nivel de primaria o secundaria. Ello a su vez indicó la presencia del trabajo infantil en uno de cada cuatro varones tanto del estrato bajo como del medio. Y ya para los 22 años el 75% de los jóvenes de ambos niveles y de las tres cohortes había laborado de manera continua al menos durante un año en su vida.

Cuadro 25. Entrada al primer trabajo estable según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de los hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

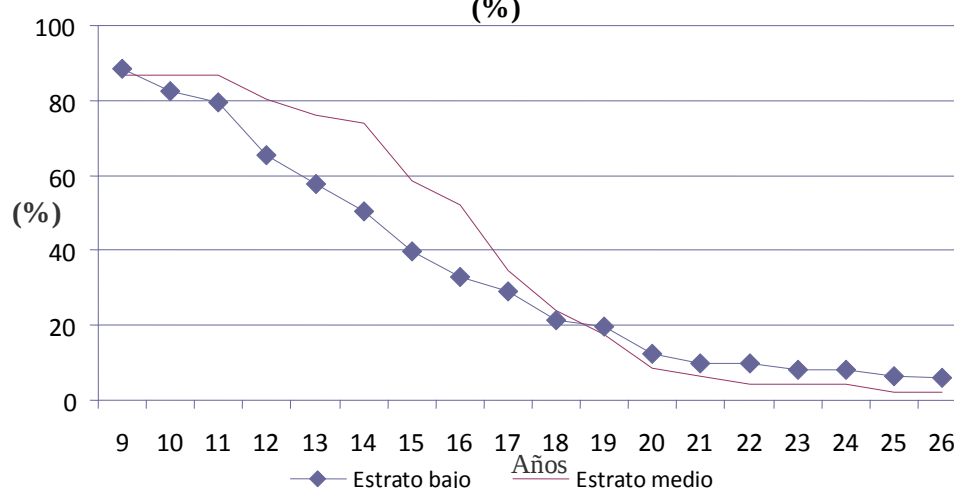
		D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	E. bajo	8.9	11.3	14.1	17.6	6.3	(121)
	E. medio	8.8	13.7	16.2	17.9	4.2	(46)
1951-1953	E. bajo	9.6	12.6	16.4	19.6	7.0	(146)
	E. medio	11.1	13.8	17.5	21.6	7.8	(56)
1966-1968	E. bajo	10.4	12.8	16.8	19.6	6.8	(115)
	E. medio	11.8	15.3	17.8	20.8	5.5	(72)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.5.1 La cohorte 1936-1938

En la cohorte más antigua se presentó el trabajo infantil en el 25% de los varones de ambos estratos, por lo que el nivel socioeconómico no fue suficiente para evitar que los del sector medio tuvieran que trabajar. La edad mediana se ubicó en los 14.1 años para el bajo y en los 16.2 para el medio y antes de los 18 años ambos estratos habían concluido esta transición (gráfico 19).¹⁰¹

Gráfico 19. Hombres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)

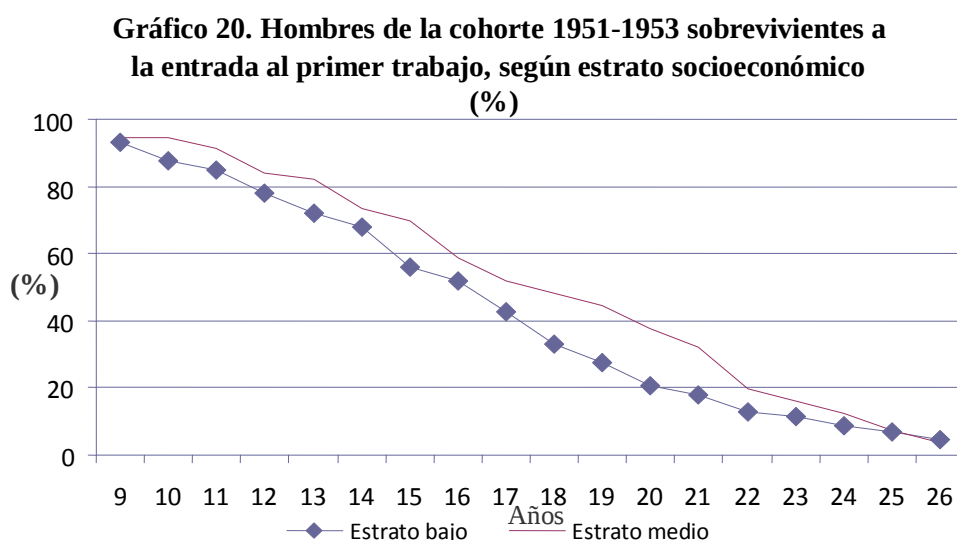


Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹⁰¹ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte antigua de hombres. El estadístico χ^2 es de (1)= 2.91 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0881$.

2.5.2 La cohorte 1951-1953

Al interior de la cohorte intermedia aumentó la edad de ingreso al primer trabajo estable en todos los deciles y cuartiles de ambos estratos. Sin embargo continuo observándose el trabajo infantil en uno de cada diez hombres de los dos niveles. La edad mediana se situó en los 16.4 años para el estrato bajo y en los 17.5 años para el medio.¹⁰²



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.5.3 La cohorte 1966-1968

En la cohorte joven se vuelve a presentar la figura del trabajo infantil en el 10% de sus miembros, lo cual pudo haber afectado el desempeño de sus actividades escolares. De igual manera se observó la tendencia a aumentar en el primer decil, cuartil y en la mediana la edad al primer trabajo en ambos estratos.¹⁰³ Este resultado es importante de resaltar, ya que se considera que a causa de la crisis económica de la década de los ochenta más miembros del hogar ingresaron a trabajar, aún los que comúnmente se encontraban estudiando, tales como los hijos varones.¹⁰⁴

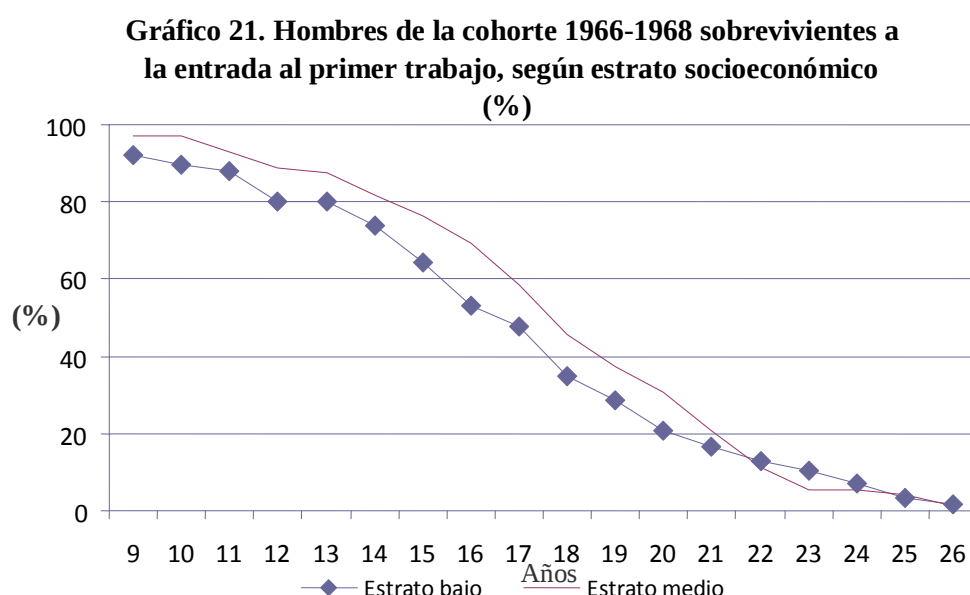
¹⁰² La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte intermedia de hombres. El estadístico χ^2 es de (1)= 1.1 con $Pr > \chi^2 = 0.2932$.

¹⁰³ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte joven de hombres. El estadístico χ^2 es de (1)= 2.87 con $Pr > \chi^2 = 0.0905$.

¹⁰⁴ Para mayor referencia consúltese: Tuirán, 1993; García, 1993; Rendón y Salas, 1996; Rendón, 2004; Camarena, 2004.

Sin embargo, esta crisis comenzó en 1982, justo cuando los miembros de la cohorte joven tenían entre 14 y 16 años, por lo que se esperaba que hubieran realizado su ingreso masivo a estas edades, situación que no sucedió, ya que en cambio continuó incrementándose sostenidamente su edad mediana al primer trabajo hasta cerca de los 17 años.

Ello tiene sentido ya que en época de crisis son los jóvenes quienes experimentan las mayores tasas de desempleo abierto. Así, aún cuando desearan integrarse al mercado de trabajo tendrían pocas oportunidades de hacerlo en puestos formales de empleo, por lo que en todo caso lo harían en el subempleo, en trabajos de tiempo parcial, en negocios familiares o en el ambulante, siendo todas ellas ocupaciones precarias y con escasas remuneraciones pero que les permitirían combinar por un tiempo el estudio y el trabajo (Tuirán, 1993; García, 1993; Rendón, 2004).



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Relacionando los datos del primer trabajo con los de la transición de salida de la escuela¹⁰⁵ se aprecia que, a diferencia de las mujeres, en los varones de las tres cohortes las edades del primer decil de ambas transiciones coinciden, lo que indica que algunos jóvenes las realizaron de forma conjunta, donde el inicio de la vida laboral pudo haber acelerado su salida de la escuela, tal como se constató en el modelo de historia de eventos del capítulo IV.

Aunque lo contrario también pudo haber sucedido, es decir que los varones que ya no estaban estudiando vieran aumentado su riesgo de comenzar a trabajar, lo cual también fue

¹⁰⁵ Véase el cuadro 14 y 18 del capítulo IV.

comprobado en el modelo para el primer trabajo que más adelante se muestra. Por lo que al parecer ambas transiciones se refuerzan mutuamente.

Ya en las siguientes medidas no se observa dicho traslape, por lo que se podría pensar que es mayor la relación entre ambas transiciones en las primeras edades, mientras que ya en edades avanzadas es posible que quede una población más selectiva de varones que o bien se dedica sólo a estudiar, o que puede combinar las dos actividades, los cuales son resultados importantes a resaltar.

En resumen, el logro de un trabajo estable es una transición casi universal en la vida de los hombres, la cual se ha ido postergando en el tiempo, ello a pesar de los reveses económicos que el país vivió a partir de la década de los setenta. Aún así, dicha transición comenzó a temprana edad, incluso cuando algunos de ellos aun eran niños, no existiendo diferencias por estrato socioeconómico.

De esta manera ellos cumplen con los roles socialmente asignados al género masculino, como son el incorporarse al mercado laboral para adquirir experiencia e ingresos económicos y poder así ser los proveedores principales, y en muchas ocasiones los únicos, del hogar que posteriormente constituirán, además de ser parte de las transiciones que mayormente contribuyen a conformar la identidad masculina.

2.6 Entrelazamiento de las desigualdades socioeconómicas y de género en el inicio de la vida productiva

En esta transición se encontraron diferencias consistentes por género, más que por estrato (véase los renglones del cuadro 26). Sin embargo, al analizar ambos ejes en conjunto se observa que en cada cohorte y estrato fueron los varones quienes comenzaron antes a trabajar con relación a las mujeres. Sin embargo, en el estrato bajo fue mayor la presencia de los calendarios más extremos. Y aún cuando ellas, en términos de edad mediana, salieron de la escuela antes que los hombres de su mismo medio socioeconómico, debieron pasar muchos años para que una de cada dos ya hubiera trabajado, situación que indica que las mujeres de este nivel, de cada una de las cohortes, no realizaban trabajo extradoméstico sino que más bien se quedaban confinadas al hogar.

**Cuadro 26. Edad mediana a la entrada al primer trabajo de mujeres y de hombres
según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico**

Cohorte	Estrato	Mujeres	Hombres	Diferencia mujer-hombre
1936-1938	E. bajo	27.0	14.1	12.9
	E. medio	18.7	16.2	2.5
	Diferencia e. bajo-medio	8.3	-2.1	
1951-1953	E. bajo	21.4	16.4	5.0
	E. medio	20.3	17.5	2.8
	Diferencia e. bajo-medio	1.1	-1.1	
1966-1968	E. bajo	19.6	16.8	2.8
	E. medio	18.8	17.8	1.0
	Diferencia e. bajo-medio	0.8	-1.0	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En tanto que en el estrato medio la diferencia por género en las edades medianas al primer trabajo fue menos marcada en cada cohorte debido en parte al aumento de los niveles relativos de escolaridad que éstas experimentaron en los últimos años del siglo pasado y que las motivaron a ingresar al mercado laboral, tal como De Oliveira y Mora (2008a y 2008b) explican.

La presencia de diferencias por género en el tiempo, producto de la división tradicional del trabajo, afectaron mayormente a las mujeres del estrato bajo al impedirles llegar al mercado laboral a edades más cercanas a las presentadas tanto por las mujeres del medio como por los varones de su mismo estrato socioeconómico. Lo cual, sumado a su más temprana edad de término escolar, pudo haber afectado sus posibilidades de aspirar a un mejor nivel de vida a través del trabajo asalariado. Siendo factores que posiblemente las hayan conducido a optar por la realización anticipada de las transiciones en el ámbito familiar como único camino para obtener cierto reconocimiento dentro de la sociedad al constituirse como madres y esposas, viviendo así la segregación hacia el trabajo doméstico.

Esta situación muestra que las mujeres del estrato bajo, además de vivir un doble rezago, educativo y laboral, según lo enuncian Horbath (2004) y De Oliveira y Mora (2008a), enfrentaron al mismo tiempo una doble discriminación al momento de realizar esta transición, producto del hecho de ser mujeres en un medio socioeconómico adverso.

De esta manera se aprecia parte del mecanismo social que posibilita la acumulación de desventajas al conjugarse de forma adversa el estrato con el género de las personas, ya que las mujeres se encuentran inmersas dentro de un medio que no les ofrece la posibilidad de

desarrollarse ni a través de la escuela ni del trabajo, con lo cual sus únicas opciones posibles son las transiciones en el ámbito familiar.

Por otra parte, en todas las cohortes fueron los varones del estrato bajo quienes primero comenzaron a trabajar, seguidos de los hombres y mujeres del medio y al final de las mujeres del nivel bajo. Al respecto, la población masculina del estrato bajo debió enfrentar también dicha desigualdad, ya que ellos de igual manera dejaron precozmente el sistema escolar y fueron los primeros en integrarse al mercado laboral como mano de obra, con escaso capital humano, lo que les impidió superar las condiciones adversas de las cuales partieron, perpetuándose así la desigualdad educativa y socioeconómica de este sector de la población.

Lo que muestra que el tiempo y la forma en cómo las personas inician su vida productiva es diferencial según sea su género y su nivel socioeconómico, ya que mientras unos pueden retardar dicha iniciación, ingresando en mejores condiciones personales y laborales, otros no tendrán más camino que comenzar a trabajar como una estrategia de sobrevivencia para contribuir a la economía familiar o deberán permanecer en casa, apoyando las labores del hogar, viendo así afectadas sus posibilidades de continuar dentro del sistema educativo y de adquirir mayores credenciales educativas que los preparen para responder a las exigencias de un sistema económico cada vez más complejo como lo es el de la globalización.

3.1 Análisis de los factores sociales y demográficos asociados a la transición del primer trabajo estable

Para complementar la información sobre el panorama del inicio de la vida laboral en la segunda mitad del siglo XX se presenta el análisis de los factores sociales y demográficos asociados a esta transición. Para ello se ajustaron dos modelos de historia de eventos de tiempo discreto, uno para hombres y otro para mujeres, los cuales estiman la razón de momios (RM) del riesgo de comenzar a trabajar. Ello debido a que está ampliamente comprobado que existe un patrón diferencial por género en su inicio de la vida laboral, razón por la cual no se incluyó un modelo general para ambos.

Los modelos de tiempo discreto permiten, controlando por otras variables, precisar si una variable afecta a la transición en estudio, además de saber en qué medida y dirección lo hace, o si contrario a ello, la relación entre ambas es espuria. Es importante tener en cuenta que la transformación exponencial de los coeficientes facilita su interpretación. Así, un

número mayor a uno indica que la relación entre la variable independiente y la dependiente es positiva, es decir que incrementa el riesgo de ocurrencia de la variable dependiente, en tanto que un coeficiente menor a uno revela que la relación es negativa y por tanto el riesgo disminuye según éste lo indique.

Cuadro 27. Razones de momios del modelo de regresión logística de la probabilidad de iniciar la vida laboral

Variables	Modelo para mujeres		Modelo para hombres	
Edad	1.24*	(0.11)	0.95	(0.08)
Edad ²	0.99*	(0.00)	1.00	(0.00)
Cohorte antigua	0.84	(0.12)	1.33*	(0.17)
Cohorte joven	1.05	(0.12)	1.07	(0.11)
Estrato medio	1.05	(0.12)	0.98	(0.10)
Nivel primaria	0.91	(0.18)	1.68*	(0.37)
Nivel secundaria	1.78**	(0.40)	2.39***	(0.58)
Nivel de bachillerato y más	3.57***	(0.90)	3.71***	(1.06)
Estaba en la escuela el año anterior a trabajar	0.60**	(0.10)	0.27***	(0.04)
Log verosimilitud	-1673.86		-1541.9867	
Wald χ^2	150.59		218.93	
χ^2	0.0000		0.0000	
Pseudo R ²	0.0378		0.069	
Grados de libertad	9		9	
Número de observaciones	8546		4403	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Errores estándar entre paréntesis.

*p< .050, **p< .010, ***p< .001.

Las categorías de referencia son: cohorte intermedia, estrato bajo, sin escolaridad, no asistió a la escuela un año antes.

En las mujeres se comprueba que la edad es un factor que incide positivamente en el ingreso a la vida laboral, sin embargo, el que la variable de edad al cuadrado sea significativa muestra que la relación no es lineal, es decir que aun cuando a mayor edad las mujeres tienen más riesgo de trabajar, existe un momento en que esta tendencia se desacelera y se estaciona, debido probablemente a que a partir de ciertas edades ellas comienzan sus transiciones en el ámbito familiar, lo que afecta sus posibilidades de ingresar por primera vez al mercado de trabajo.

Por otra parte, si bien en la tabla de vida se observó que no existían diferencias estadísticamente significativas por cohorte, el modelo mostró que las mujeres de la antigua tuvieron un menor riesgo de realizar la transición del primer trabajo con respecto a la cohorte intermedia. En tanto que las de la generación más joven tuvieron riesgos similares a las de la cohorte intermedia de ingresar a trabajar. No obstante, los coeficientes no fueron significativos.

Asimismo, y tal como ya se había observado en la parte descriptiva de este capítulo, las diferencias socioeconómicas tampoco fueron significativas, controlando por otras variables, por lo que la obtención del primer trabajo estable no se vio influida por el nivel de vida de las mujeres.¹⁰⁶

En cambio el estar estudiando si fue un factor que inhibió su ingreso a la fuerza de trabajo. Por nivel de estudios se aprecia que fueron las mujeres con estudios de secundaria, pero sobre todo de bachillerato o más, las que tuvieron una alta probabilidad de comenzar a trabajar en comparación con aquellas sin escolaridad o con estudios de primaria. Por lo que amplios niveles de escolaridad facilitaron su ingreso a la vida productiva pero el encontrarse todavía estudiando les retrasó dicha entrada ya que ambas transiciones requieren tiempo y dedicación, por lo que no siempre es posible combinarlas.¹⁰⁷

En los varones la edad no influyó en su ingreso al mercado laboral, ya que independientemente de ella tendieron a realizar esta transición, algunos en edades relativamente prematuras, presentándose incluso el trabajo infantil en sus vidas.

De igual forma, el nivel socioeconómico no pareció relacionarse con el comienzo del primer empleo, es decir que los hombres de ambos estratos no vieron diferenciado su ingreso a la vida laboral, ya que el trabajo es parte importante de su configuración como personas, por lo que marca fuertemente su vida y no les permite renunciar a esta transición.

En cuanto a la escolaridad se observa que el encontrarse estudiando inhibió el logro de un trabajo estable debido a que estas dos transiciones pueden ser vividas como mutuamente excluyentes entre sí. Al ahondar en las características educativas de los varones se ve que el tener mínimo la primaria influyó en el inicio de su vida laboral, aunque el mayor efecto fue para aquellos con bachillerato o más, lo cual pudiera deberse a que al contar con mejores credenciales educativas los hombres tienen un amplio rango de posibilidades de emplearse en comparación con aquellos que no cuentan con algún grado de escolaridad.

Así también, aun cuando en la parte descriptiva no se observaron diferencias estadísticamente significativas por cohorte, el modelo permite establecer que los varones de la antigua tuvieron mayores riesgos de iniciar su vida laboral con relación a los de la cohorte

¹⁰⁶ Se consideró que el nivel educativo podría estar actuando como una variable intermedia del estrato socioeconómico, mismo que estaría aglutinando a las personas con mejores estándares de vida en los niveles más altos de la escolaridad, por lo que se probó un modelo sin los niveles educativos a fin de observar los coeficientes del estrato. Sin embargo, los resultados tanto para mujeres como para hombres siguieron indicando que el nivel socioeconómico no hizo diferencia alguna en esta transición.

¹⁰⁷ Lo cual coincide con lo encontrado por Christenson, García y De Oliveira, 1989; Horbath, 2004; De Oliveira, 2006.

intermedia. En tanto que los miembros de la más joven tuvieron riesgos similares de trabajar que los de la cohorte intermedia.

Al respecto cabe resaltar una diferencia importante por género en la cohorte antigua, ya que las mujeres de esta generación tuvieron un menor riesgo de trabajar que las de la siguiente cohorte, en cambio su contraparte masculina exhibió un mayor riesgo de laborar que los hombres de la generación posterior, lo que muestra un patrón claramente diferencial por género, propio de la primera parte del siglo XX, época en que a estas personas les tocó vivir, donde las mujeres se dedicaban principalmente a las labores del hogar, mientras los varones se ubicaban en los espacios públicos. Situación que para las siguientes generaciones ya no se observó de manera tan clara como en la primera.

3.2 Consideraciones finales

En el inicio de la vida laboral se puede apreciar un panorama completamente distinto para mujeres y hombres. Por un lado sólo la mitad de las mujeres de las dos cohortes más antiguas obtuvieron en algún momento un trabajo extradoméstico estable antes de los 30, siendo hasta la más joven en que se registró su incorporación masiva, aunque nunca se instauró como parte de las transiciones que conforman su paso a la vida adulta.

Entre las razones por las cuales las mujeres pudieran haber comenzado a laborar se podrían destacar las cuestiones económicas y las crisis financieras a las que el país se enfrentó en distintos momentos del siglo XX, mismas que principalmente afectaron a las dos generaciones más jóvenes, así como el aumento del nivel de escolaridad de las personas en general, además del descenso de la fecundidad y de los cambios en los roles de género y en la concepción de las actividades que la población femenina puede desempeñar dentro de la sociedad mexicana, las cuales van más allá del ámbito meramente doméstico y reproductivo para hacerse presente en todas las esferas sociales.

Se debe tener en cuenta en esta situación que si bien parte de estas mujeres no realizó trabajo extradoméstico en sus años de juventud, sí desempeñó los roles tradicionalmente asignados a su género, tales como las labores domésticas en el hogar paterno, situación que incluso les pudo haber impedido realizar esta transición al confinarlas al ámbito privado.

En contraste con lo anterior, uno de cada dos hombres de las tres cohortes ya había ingresado al mercado laboral alguna vez en su vida antes de los 17 años de edad. Esto revela la importancia de esta transición para ellos como una forma para contribuir a consolidar su

identidad masculina, así como para ir obteniendo experiencia en el ámbito público y de esta forma ser capaces de mantener a la familia que posteriormente formarán.

El ingreso a la vida laboral no se vio afectada por el estrato, ya que tanto los hombres como las mujeres del nivel bajo y del medio tuvieron riesgos similares de comenzar a trabajar. Sin embargo, a lo largo de las tres cohortes fueron las mujeres del estrato bajo quienes, a partir de la edad mediana, se incorporaron más tardíamente a la vida laboral,

Mientras que su contraparte masculina, ubicada en el mismo estrato socioeconómico, fue quien primeramente inició su ingreso, contando además con más bajos niveles educativos con relación a sus pares del estrato medio. Ya que incluso en algunas medidas las edades de inicio de la vida laboral coincidieron con las de salida de la escuela, situación que los llevó a perpetuar el sistema de desigualdades del cual partieron, sumándose la desventaja de la escasa escolaridad a la del inicio prematuro del trabajo.

En contraparte, los hombres del estrato medio de cada cohorte retrasaron su inicio de la vida laboral, posiblemente al buscar alcanzar un mayor nivel educativo, ya que los resultados del capítulo anterior reportan que casi siempre fueron ellos quienes más tardaron en salir del sistema escolar. Las mujeres del estrato medio por su parte, se distinguieron de las mujeres del nivel bajo por presentar edades medianas al primer trabajo más tempranas y cercanas a las de los hombres de su mismo medio socioeconómico.

Asimismo, se esperaría que con las crisis económicas los jóvenes ingresaran masivamente a la fuerza laboral, sin embargo, ni los varones ni las mujeres de la cohorte joven, quien ha sido marcada por el sino de la desestabilidad económica, presentaron diferencias en su riesgo de comenzar a trabajar con relación a la intermedia e incluso los hombres postergaron cada vez más dicha transición.

Con respecto a la escolaridad, se observó, tanto en hombres como en mujeres, que el estar estudiando un año antes les inhibió su participación en el mercado laboral, en tanto que el contar con niveles de primaria o más, para el caso de los varones, y de secundaria o más para las mujeres, promovió la obtención de un trabajo estable con relación a aquellos que no contaban con ningún capital humano. Lo cual pone de manifiesto la importancia de la credencialización en el mercado laboral al momento de solicitar empleos, aun cuando en la realidad no siempre se requieran para el trabajo que se va a desempeñar.

En las mujeres además, la edad fue un factor que aceleró su inicio laboral, pero ésta no presentó una relación lineal, lo que es indicativo de que en ciertos momentos su ingreso se hace más lento o se estaciona, posiblemente en las edades en que éstas comienzan a formar su familia.

En conclusión, los hombres y mujeres parecieron seguir la división tradicional de trabajo en su incorporación hacia la vida productiva y reproductiva, sobre todo en la cohorte antigua y en los sectores más empobrecidos. Además, en muchos de los casos la salida de la escuela y el inicio del trabajo se dieron de forma casi simultánea y a edades tempranas en que todavía no contaban con el capital humano suficiente para desarrollarse profesionalmente. Incluso se registró la existencia del trabajo infantil en todos los grupos poblacionales, lo que limitó sus posibilidades de crecimiento personal y familiar. Resta ahora conjuntar el inicio de la vida conyugal con las dos transiciones ya analizadas.

CAPÍTULO VI

Inicio de la vida marital de las mujeres y de los hombres

En este capítulo se analiza el calendario del inicio de la vida conyugal de las mujeres y de los varones en tres momentos de la vida del país. El objetivo es examinar los cambios en el tiempo y las desigualdades por género y por estrato socioeconómico al momento de comenzar a vivir en pareja, así como analizar los efectos de los factores sociodemográficos asociados a la unión marital.

Tres son los apartados que conforman este capítulo, en el primero se presenta una visión general de la nupcialidad en México, así como una revisión de las distintas investigaciones demográficas realizadas al respecto. En tanto que en una segunda sección se exponen los resultados y el análisis del calendario de la primera unión conyugal en las tres cohorte de mujeres y de varones para revisar los cambios en el tiempo y las desigualdades sociales al momento de experimentar dichas transiciones. Finalmente en el tercer apartado se examinan las probabilidades de los factores que inciden en dicho inicio.

1.1 Perspectiva general de la nupcialidad en México

En la sociedad mexicana de la segunda mitad del siglo pasado era común que las mujeres se casaran a temprana edad, sobre todo en las cohortes más antiguas,¹⁰⁸ ya que las pautas culturales de la época en que éstas se desarrollaron lo marcaban de esta forma. El referente teórico que sustentaba el ejercicio de los papeles tradicionales atribuibles a cada género estaba basado en las ideas de Talcott Parsons, quien era el teórico social cuyo punto de vista sobre la familia y los papeles de los hombres y las mujeres en las sociedades modernas había comenzado a moldear el discurso convencional a partir de los años cincuenta (Conway, Bourque & Scott, 1996).

Su punto de vista se basaba en el paradigma de la modernización, sosteniendo que los papeles de género tenían un fundamento biológico y que el proceso de modernización había logrado racionalizar la asignación de estos papeles. Lo que Parsons entendía por racionalización era la definición de roles de género con base en las funciones económicas y sexuales. En su visión del mundo moderno, el matrimonio y la familia que se derivaban de él,

¹⁰⁸ Cohortes nacidas en 1936-1938 y en 1951-1953.

funcionaban gracias a la presencia de una serie de vínculos de apoyo mutuo tanto económicos como afectivos, en los que la capacidad del hombre para el trabajo instrumental, público, productivo o gerencial, se complementaba con la habilidad de la mujer para manejar los aspectos expresivos de la vida familiar y la crianza de los hijos. Dicha división fundamental entre el comportamiento instrumental de los hombres y el expresivo de las mujeres, según el teórico, trascendía los límites de las clases y las culturas nacionales, dominando desde la biología. Es decir, consideraba natural la división de trabajo por sexo, por lo que se esperaba que en cualquier sociedad se encontrara presente (Conway, Bourque & Scott, 1996).

Coincidiendo con la efervescencia de este enfoque, durante la década de los 50 se consolidó en México el modelo tradicional de familia, mismo que prescribía el trabajo doméstico y el cuidado de una extensa prole como destino de la mujer, ya que no estaba extendido el uso de métodos anticonceptivos, por lo que se les presentaba a las mujeres un contexto de alta fecundidad natural que demandaba de éstas su dedicación exclusiva a las labores del hogar, pasando una parte importante de su vida reproductiva al cuidado de su familia al casarse muy jóvenes (Rendón, 2004).

Si bien para 1970 comienzan a emplearse de forma importante los métodos anticonceptivos, ello no repercutió en la formación tradicional de las familias, ya que las uniones de las mujeres en la población en general continuaron presentándose a edades prematuras, sin que se aplazaran los nacimientos de los primeros hijos, siendo empleada la esterilización femenina para limitar la descendencia luego de varios embarazos (Zavala de Cosío, 1996).

En la actualidad en México el matrimonio continúa siendo casi universal y se caracteriza por su ocurrencia a edades relativamente anticipadas, en comparación con países europeos, la elección del cónyuge,¹⁰⁹ al menos en teoría, se da por libre consentimiento¹¹⁰ y existe un predominio de las uniones legales, las cuales coexisten con la unión consensual. Asimismo, el celibato es moderado¹¹¹ y más frecuente entre las mujeres (Juárez, 1990; De Oliveira, 1995; Quilodrán, 2000, 2001 y 2004; Tuirán, 2002).

De igual manera, en el panorama contemporáneo se observan diversos arreglos familiares, entre los que destaca la unión conyugal tradicional, aunada a una más moderna, en

¹⁰⁹ Las costumbres relativas a la unión conyugal obedecen a las normas del matrimonio cristiano que postula la libre elección del cónyuge, la monogamia y su indisolubilidad. Este tipo de unión es traído a América por los conquistadores europeos a fines del siglo XV (Quilodrán, 2001).

¹¹⁰ Se considera que el amor romántico, como constructo cultural proveniente del Renacimiento de Occidente, es el que en gran parte ha promovido la posibilidad de elegir al cónyuge (López y Salles, 2000).

¹¹¹ Si bien el celibato a edades adultas es reducido, se ha incrementado la proporción de mujeres célibes a los 50 años, mismo que pasó de 3 a 7% entre 1970 y 1994 (Tuirán, 2002).

los que más adelante se abundará. Además de ello, se ha presentado una mayor inestabilidad conyugal y un aumento de las probabilidades de contraer nuevas nupcias, sobre todo por parte de los varones, lo que a su vez ha dado paso a la implantación de estructuras familiares más complejas, familias reconstruidas con o sin hijos y monoparentales (López y Salles, 2000; Quilodrán, 2001 y 2003).

1.2 La vida marital de las mujeres y de los hombres: estado del arte

El matrimonio es la institución que legitima la vida en pareja, la formación de las familias y la reproducción biológica de los seres humanos. Es un ámbito privilegiado para la expresión de la sexualidad y la experiencia sexual regular de hombres y mujeres. En él se desarrollan varias funciones, especialmente la de la socialización temprana de los individuos y la solidaridad entre sus miembros, además de impactar en la reproducción cultural y económica de la sociedad, lo que lleva a que la edad al matrimonio y la frecuencia con que se forman las uniones conyugales¹¹² sean expresiones de normas y de valores que lo regulan como institución (Ojeda, 1989; Quilodrán, 1993; López y Salles, 2000).

Asimismo, la primera unión se asocia con un cambio significativo en la vida de los jóvenes, con un nuevo modo de vivir y con un conjunto de nuevas responsabilidades y formas de convivencia, ya que la vida en pareja presupone el deseo de formar una familia, así como de tener hijos y de cuidar de ellos (Eternod, 1996).

En el estudio de la edad a la primera unión conyugal se debe tener en consideración que su comienzo no es sólo producto de la voluntad individual o del “intercambio equitativo” de las personas de distintos sexos en el mercado matrimonial, sino que esta edad es una característica individual que concierne a la ocurrencia de uno de los eventos sociales más trascendentales en la vida de los sujetos y que incluye dimensiones de la realidad social, económica y cultural (Ojeda, 1989).

Las edades de entrada al matrimonio varían de acuerdo al sexo, al tipo de unión y a las regiones. No obstante como norma casi universal, el matrimonio de hombres tiende a ser siempre más tardío que el de las mujeres (Quilodrán, 1980 y 2004).

¹¹² Se entiende por conyugalidad la vida en pareja, independientemente de la forma del contrato, norma o arreglo que la rige. Ésta implica diferentes tipos de contrato: leyes del Estado y religiosas, así como aquellas que se encuentran al margen de las mismas, y está sancionada por distintos tipos de institución y de prácticas (López y Salles, 2000). Por tal, en este capítulo se abordará la vida marital sin distinguir entre la unión legal o consensual.

En el país la edad media a la primera unión de las mujeres se situó desde 1930 en los 21.5 años, sin embargo en los últimos años del siglo pasado las mujeres presentaron un ligero incremento en dicha edad, ubicándose en 22.2 años para 1990. De igual manera, se reporta que han sido las uniones legales en las que más se ha postergado esta edad (Juárez, 1990; Quilodrán, 1993, 2000 y 2001; Mina, 1993; López y Salles 2000; Gómez de León, 2001; Samuel y Seville, 2005).

Por edades, se sabe que son las mujeres de entre los 15 y los 20 años quienes mayormente han retrasado su edad a la primera unión, esta situación pudiera llegar a contribuir en la reducción de la intensidad final del matrimonio, lo cual sería un cambio importante en el panorama de la nupcialidad en México (Gómez de León, 2001; Quilodrán, 2003). En contraste, los varones han tendido a mantener constante su edad media alrededor de los 24 años desde 1930 (Juárez, 1990; Quilodrán, 1993).

Sin embargo, Parrado y Zenteno (2005a), con datos de la Eder, reportan cierta aceleración en el calendario de este evento a partir de los varones de la segunda cohorte, es decir, aquellos que nacieron en la década de 1950. Las divergencias entre autores pueden deberse a las fuentes y a las medidas que cada uno utiliza, ya que Quilodrán emplea la edad media, en tanto que Parrado y Zenteno ocupan la edad mediana para reportar sus datos.

En el panorama de la nupcialidad se reporta que han sido las mujeres quienes han experimentado los cambios más notables en cuanto al retraso en la edad a la que se unen por primera vez, sobre todo a partir de la década de los ochenta (Quilodrán, 1993 y 2001; Gómez de León, 2001; Mier y Terán, 2008).

La tendencia a retrasar la primera unión conyugal entre las generaciones más jóvenes es un cambio que aún cuando no ha sido mayor refleja, de manera indirecta, una serie importante de modificaciones ocurridas en el ámbito de la autonomía femenina, producto del aumento de la escolaridad y de la mayor participación laboral de la mujer (López y Salles, 2000; Mier y Terán, 2007). Al respecto, se cree que la postergación de las uniones conyugales podría estar incrementado el número de jóvenes que mantienen relaciones sexuales prematrimoniales (Quilodrán, 2004).

Como consecuencia del matrimonio más tardío de las mujeres se presentó en los últimos años del siglo pasado una disminución de la diferencia¹¹³ de edades entre los

¹¹³ Estas diferencias es el resultado de las edades normativas de hombres y de mujeres para contraer primeras nupcias. Se considera que entre más diferenciados sean los roles de género, la diferencia de edades será más marcada y propiciará que las mujeres se casen más temprano con hombres de edades mucho mayores (Mier y Terán, 2008).

cónyuges, misma que pasó de 3 a 2.5 años entre 1970 y 1997 (Quilodrán, 1980, 1993, 2001 y 2004; López y Salles 2000).

Esta reducción en las edades pudiera tener su origen en el desequilibrio numérico que en el pasado experimentó el mercado matrimonial¹¹⁴ a causa de la migración internacional que muchas comunidades y estados del país han vivido a lo largo de su historia. Además de un efecto de cohorte debido al rápido crecimiento de la población de México, mismo que aumentó el número de mujeres casaderas con relación al número de varones con los cuales éstas podrían emparejarse, ya que ellos regularmente son de edades más grandes que ellas y por esa situación los efectivos de algunas cohortes se han encontrado desbalanceados, enfrentándose un déficit de varones en edades casaderas (Pavón, 1990; Quilodrán, 1993).

Por otro lado, se sabe que la edad al momento de casarse se relaciona con la diferencia de edades entre los cónyuges, así, mientras las mujeres que se unen jóvenes tienden a elegir cónyuges mayores, las que se unen después de los 20 años tienen mayores probabilidades de hacerlo con hombres de edades más cercanas a las suyas, con lo que están en posibilidad de establecer relaciones más simétricas, en las cuales tienen mayor apoyo de sus cónyuges en el cuidado de los niños, más libertad de movimiento y una menor propensión a la violencia doméstica, cosa que las primeras no siempre logran (De Oliveira, 1995; García y De Oliveira, 2004; Parrado y Zenteno, 2005a).

En otro orden de ideas, un rasgo distintivo, aunque no exclusivo, de los países latinoamericanos es la coexistencia de matrimonios legales y de uniones consensuales, también llamadas libres.¹¹⁵ Estas últimas han estado presentes desde hace siglos en estas poblaciones, variando su porcentaje de un país a otro según sus raíces históricas. En México este tipo de unión se remonta a la época colonial, sin embargo aún sigue vigente debido a la flexibilidad que le otorga su informalidad, ya que no conlleva ritos asociados a la celebración del matrimonio, por lo que permite eludir las dificultades sociales y legales relacionadas con el mismo (Quilodrán, 2006).

A este componente tradicional podrían haberse sumado tendencias más novedosas que apuntan al surgimiento de un nuevo tipo de cohabitación entre las mujeres residentes en áreas urbanas y con mayor escolaridad (Castro Martín, 1997; Solís, 2000; Quilodrán, 2000 y 2006).

¹¹⁴ El mercado matrimonial se encuentra conformado por toda la población en edad casadera que potencialmente está expuesta al riesgo de unirse. Es decir está compuesta por dos poblaciones: la masculina y la femenina de una cierta edad (Pavón, 1990).

¹¹⁵ Se entiende por unión libre a “la manera de formar una pareja conyugal sin pasar por el Registro Civil ni por la Iglesia” (Quilodrán, 2006:158).

En el país se habían mantenido estables los porcentajes de parejas que comenzaban su vida conyugal con una unión consensual, no obstante, este tipo de arreglos matrimoniales ha tendido a aumentar un 24% entre 1970 y 1990 (Castro Martín, 1997; Solís, 2000; Quilodrán, 2000).

Actualmente una de cada cuatro uniones conyugales se inicia con una unión libre, y con el transcurso del tiempo la mitad de esas parejas la legalizan, lo que sugiere que muchas de estas relaciones son el inicio o ensayo de los matrimonios legales (Castro Martín, 1997; Quilodrán, 2001, 2004 y 2006).

Estas uniones se asocian a mujeres de baja escolaridad, de escasos recursos, que viven en áreas rurales, que trabajan en mayor proporción en el sector de los servicios domésticos y cuyos compañeros se desempeñan casi la mitad de las veces en el sector agrícola, lo que sugiere que en su formación interviene la dimensión socioeconómica (Juárez, 1990; Castro Martín, 1997; Solís, 2000; Quilodrán, 2000, 2001 y 2006).

Mientras que la unión libre moderna se distingue de la anterior en que la pareja presenta una alta escolaridad, la mujer mayormente se encuentra inserta dentro de trabajos calificados, se sitúa en zonas urbanas y tiende a la legalización con influencia de la práctica religiosa (Quilodrán, 2006).

Se ha buscado analizar la posible coexistencia de uniones consensuales tradicionales con formas de unión libre propias de los países desarrollados, producto de la llamada Segunda Transición Demográfica,¹¹⁶ en las que se esperaría encontrar parejas formadas por mujeres con más escolaridad, urbanas y que se encuentren insertas en actividades laborales (Quilodrán, 2000; Solís, 2000).

Sin embargo, se ha comprobado que si bien las uniones consensuales han resurgido en las cohortes de mujeres más jóvenes, estas tienen como características el no pertenecer a alguna afiliación religiosa, ser menos escolarizadas, residentes de áreas rurales y provenientes de las regiones menos desarrolladas del país, quienes por generación han adoptado esta práctica, debido quizá a la falta de recursos económicos para sufragar los costos de una boda, por lo que el argumento de la Segunda Transición Demográfica no parece sostenerse (Quilodrán, 2000; Solís, 2000).

¹¹⁶ Van de Kaa propuso en 1987 el concepto de Segunda Transición Demográfica para referirse a los cambios en los comportamientos de los individuos a nivel de la formación y de la estabilidad familiar que se ha dado en los países europeos. En ellos se ha dado el reemplazo del matrimonio por uniones libres, ha aumentado el celibato permanente, se ha prolongado la unión conyugal sin hijos, así como la paternidad y maternidad fuera de uniones estables y ha aumentado la disolución de las uniones por separación y divorcio (Quilodrán, 2003).

Por otra parte, las diferencias entre las personas que optan por una unión legal o por una libre se expresan en la edad a la primera unión, la edad de los cónyuges y la descendencia final, ya que las parejas que comienzan su unión de forma consensual suelen tener en promedio un año menos que aquellas que se unen dentro de matrimonios legales. Así, en la década de los noventa la edad media a la primer matrimonio legal fue de 22.4, en tanto que la edad promedio a la primera unión consensual fue de 21.5 años (Juárez, 1990; Quilodrán, 1993, 2000, 2001 y 2006).

De igual forma, la unión libre es considerada más inestable, ya que en ella se exhiben porcentajes más altos de interrupción de la convivencia que en las legales, por lo que las mujeres tienen un menor tiempo de exposición al riesgo de concebir. En cambio en la unión legal las mujeres están expuestas al riesgo de embarazarse durante un periodo más largo y por lo tanto están en posibilidad de contribuir con un nivel más alto de fecundidad (Ojeda, 1986; Juárez, 1990; Quilodrán 1993, 2000, 2001 y 2006).

En la actualidad, si bien los jóvenes que se unen antes de los 20 años son menos que en el pasado, cuando llegan a hacerlo recurren más frecuentemente a la unión libre, observándose una escasa escolaridad entre esta población (Quilodrán, 2000, 2001 y 2004).

Por lo que se refiere a las uniones legales, éstas han visto modificadas sus proporciones a lo largo del tiempo. Alrededor de 1922 pocas parejas se unían de forma legal, pero entre la década de los veinte y los treinta la situación cambió y más de la mitad de la población comenzó a contraer el matrimonio de manera legal, ya que el Estado impuso la sanción civil como requisito para poder celebrar el religioso (Quilodrán, 2001).

Paralelamente, los matrimonios solamente religiosos decrecieron desde 1930 y se produjo una mayor institucionalización de las uniones libres, debido a los beneficios vinculados con el legal y a las campañas de legalización de uniones organizadas por el gobierno, lo que en conjunto elevó el número de uniones civiles, presentándose así la secularización del casamiento (Quilodrán, 2001 y 2003).

No obstante esta tendencia, entre 1960 y 1990 se registró una disminución de la proporción de mujeres unidas legalmente, sobre todo en el grupo de edad de 20 a 24 años. Ello ha contribuido a la tendencia hacia una nupcialidad legal más tardía y menos intensa en las generaciones más jóvenes. Misma que es realizada con parejas de edad más similar. Si bien en la actualidad ha disminuido tanto el matrimonio civil como el religioso, ello no significa una reducción de la nupcialidad, ya que el incremento de la unión libre ha compensado el descenso de los matrimonios, aún cuando sigue siendo considerablemente menor que la proporción que se une en matrimonio. Ello ha llevado a pensar que no es la vida

en pareja la que está en crisis, sino el apego a las instituciones que la regulan, llámese Estado o Iglesia (Quilodrán, 1993, 2000, 2003 y 2004; Solís, 2000; Gómez de León, 2001).

Se ha precisado que entre los factores que llevan a que las personas comiencen su vida en pareja destaca el embarazo premarital, el cual sin embargo, no inclina la balanza hacia alguno de los dos tipos de unión: legal o consensual. No obstante ello, si no hay una unión previa al nacimiento, la probabilidad de que la unión termine siendo consensual se incrementa una vez nacido el hijo (Solís, 2000; Gómez de León, 2001).

Si bien el embarazo propicia la unión, esta situación es diferencial por lugar de socialización, ya que las mujeres urbanas con embarazos premaritales tienen mayores probabilidades que las rurales de unirse de manera legal (Gómez de León, 2001). Sin embargo, Solís (2000) afirma que más bien son las mujeres solteras, urbanas y más escolarizadas, quienes tienen una menor probabilidad de iniciar una unión una vez embarazadas.¹¹⁷

De igual manera, se sabe que cuando una mujer ha iniciado su vida conyugal de forma consensual existe una alta propensión a legalizar su unión, ya que ésta viene a ser en muchas ocasiones el preámbulo al matrimonio. Pese a esto, el que las mujeres tengan un embarazo durante su unión libre no modifica sustancialmente su propensión a casarse. Es decir, una convivencia entraña una alta probabilidad de legalizarla, pero el matrimonio no se ve impulsado por el embarazo (Gómez de León, 2001).

Al respecto de la formación familiar, las mujeres jóvenes, sin importar el estrato social o lugar de procedencia se unen, comienzan su vida sexual, se embarazan y tienen su primer hijo en mayores proporciones y a edades más prematuras que los varones, con una distancia promedio de dos años (De Oliveira y Mora 2008a).

Anteriormente, las pautas de género del país marcaban que la mujer debía experimentar su primera relación sexual, así como el embarazo y la crianza de los hijos luego de la unión conyugal, sin embargo con los métodos anticonceptivos se ha podido ir disociando cada vez más el matrimonio y la iniciación sexual y por ende la llegada de los hijos (Quilodrán, 2000).

A su vez, la tendencia hacia el aplazamiento de la primera unión conyugal, aunada al uso de los métodos anticonceptivos ha incrementado el riesgo de iniciar la vida sexual antes de unirse. Por lo que el matrimonio estaría perdiendo su capacidad como institución que

¹¹⁷ Esta discrepancias pueden deberse a las fuentes que cada autor empleó, ya que Gómez de León (2001) se basó en la Encuesta Mexicana de Fecundidad de 1976 y en la Encuesta Nacional de Planificación Familiar de 1995. En tanto que Solís (2000) utilizó la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica de 1997.

regula la vida en pareja y enmarca la reproducción humana (Quilodrán, 2003; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Estudios reportan que si bien la secuencia: unión, primera relación sexual y embarazo, que podría ser considerada como normativa, parece haber cedido lugar a otro tipo de trayectorias entre las mujeres de las generaciones más jóvenes,¹¹⁸ todavía predomina este trayecto en un 40% de los casos. Dicha reducción en la secuencia se ha dado debido al retraso de estas transiciones que la población juvenil han experimentado a edades posteriores a los 26 años de edad (Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Aun cuando la primera unión conyugal y por ende, el nacimiento del primer hijo se han postergado, ya que éste último se sigue presentando mayoritariamente dentro de la unión conyugal, el comienzo de la descendencia ocupa un intervalo muy breve en la vida de las mujeres, mismo que se sitúa entre uno y dos años después de la unión (Tuirán, 2002; Quilodrán, 2003; Brugueilles y Samuel, 2005; Seville, 2005).

Por otro lado, el inicio de la primera unión interactúa con otros eventos vitales que marcan distintas trayectorias de vida tales como la carrera educativa y el logro de una posición económica estable por medio de la participación de hombres y mujeres en la actividad económica (Ojeda, 1989).

Se ha comprobado que entre los jóvenes existe una fuerte incompatibilidad entre permanecer en el sistema educativo y formar una nueva familia. Asistir a la escuela juega un papel muy importante en el retraso de la primera relación sexual, pero sobre todo en la primera unión y por ende en la maternidad, por lo que las transiciones de las mujeres que se encuentran estudiando son más lentas (Quilodrán, 1996; Mier y Terán, 2004; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Caso contrario, el estar casado o tener hijos inhibe, sobre todo en las mujeres, la posibilidad de continuar estudiando. Sin embargo, en muchos casos las personas comienzan su vida en pareja y la formación de su familia luego de que han abandonado tempranamente la escuela, por lo que se generan una serie de desventajas acumuladas al presentar estas personas bajos niveles educativos y transiciones familiares precoces (Saraví, 2007).

Para las mujeres con baja escolaridad y que no se encuentran estudiando, sus opciones de vida son más restringidas, por lo que su probabilidad de casarse y de formar una familia son mayores, ya que incluso pueden ver al matrimonio como una alternativa a la escuela o al trabajo (Quilodrán, 1996).

¹¹⁸ Este estudio analizó a tres cohortes nacidas entre 1951-1960, 1961-1970 y 1971-1975, tomando como fuente de información la Envih, 2005.

Se ha precisado que el momento en que las mujeres inician su vida conyugal está fuertemente asociado con su nivel educativo. Las mujeres con muy poca escolaridad (cinco años o menos) tienen un patrón de nupcialidad más adelantado, con intensidades más elevadas que en las otras categorías de escolaridad en las edades más jóvenes. En cambio, en las mujeres con un mayor nivel educativo su patrón por edad es más tardío y se presenta con una menor intensidad que el de las mujeres con escasa escolaridad (López y Salles, 2000; Gómez de León, 2001).

Por tal, son las mujeres con más bajos niveles educativos quienes tienen sus transiciones familiares sumamente anticipadas. Y es entre ellas donde se presenta con mayor profundidad la desigualdad al momento de comenzar su vida en pareja que entre los varones. Ello se traduce en el hecho de que las jóvenes con deficiencia educativa enfrentan una doble desventaja en este rubro, tanto frente a los varones de su mismo nivel educativo como ante las mujeres sin deficiencia escolar al iniciar precozmente su vida conyugal (Saraví, 2007).

Por lo que se refiere a los varones, la salida de la escuela marca ante todo el inicio de su actividad productiva, pasando varios años más antes de formar una familia (Quilodrán, 1996). Asimismo, una vez casados los hombres ven aumentadas sus probabilidades de tener una trayectoria laboral continua, lo que pone de manifiesto su papel como proveedores principales de sus hogares (Polo Arnejo, 2004).

Por otra parte, el papel tradicional de la mujer como responsable del hogar y la procreación se refleja en su menor participación en las labores productivas con relación a los varones, ya que el inicio de la vida marital marca para muchas mujeres, independientemente de su sector o de su contexto social, el abandono de su desempeño laboral. Sin embargo, todo indica que la razón principal de su deserción laboral es el embarazo y el cuidado de los hijos. En tanto que la separación conyugal es motivo de reingreso a la fuerza de trabajo (Quilodrán, 1996; Polo Arnejo, 2004; Mier y Terán, 2007).

Asimismo, las mujeres que no cuentan con experiencia laboral ven aumentadas sus posibilidades de unirse conyugalmente, lo cual es coherente, ya que la exposición a actividades laborales es un factor que permite que la mujer visualice otras opciones de desarrollo, tendiendo por tal a posponer su entrada en unión en aras de conseguir sus metas laborales, aún cuando no siempre el trabajar implique por sí solo independencia, autonomía y el empoderamiento de la mujer, sin embargo si parece ser un factor que influye en la postergación de la unión (Pérez-Baleón, 2006).

En ámbitos rurales se ha observado que la participación económica de las mujeres es particularmente baja, ya que hay menos mujeres que trabajan antes de la unión y las que lo

hacen abandonan en mayor proporción su trabajo luego de haberse unido. De igual manera, tanto en ámbitos rurales como urbanos cuando la mujer no inicia su vida laboral antes del matrimonio, la probabilidad de que lo haga después es muy baja (Mier y Terán, 2007). Asimismo, las mujeres tienden a presentar trayectorias laborales intermitentes marcadas por salidas y entradas al mercado laboral de acuerdo a los ciclos de su vida familiar (Polo Arnejo, 2004).

Continuando con las diferencias por localidades, la primera unión generalmente sucede antes en las áreas rurales que en las urbanas y les toma a las primeras menos tiempo completarlo. Aun cuando en todo momento se conserva el patrón de iniciación conyugal anticipado de las mujeres con relación a los varones (Quilodrán, 2000; Gómez de León, 2001; Echarri y Pérez Amador, 2003; Mier y Terán, 2004 y 2007; Pérez-Baleón, 2006).

En las comunidades rurales la entrada en unión de las mujeres ocurre precozmente, disminuyendo drásticamente sus posibilidades luego de los 25 años, en tanto que en las urbanas existen mayores probabilidades de casarse aún pasados los 34 años. También, en las zonas rurales las jóvenes tienden en mayor proporción a iniciar su vida marital con cónyuges de mayor edad, lo que las hace conformar parejas menos igualitarias que las de las jóvenes urbanas (Mier y Terán, 2007).

Ahondando más al respecto, se ha visto que en comunidades rurales de la península de Yucatán existe entre las jóvenes una edad más prematura del inicio de la unión así como del establecimiento del hogar propio y del embarazo que entre los hombres, siendo la diferencia de entre dos y tres años. Antes de formar una unión conyugal son pocos los casos de mujeres que han efectuado alguna de las otras dos transiciones familiares, ya que la secuencia normativa sin ser la regla, es generalizada. En tanto que entre los varones existe un lapso prolongado entre las transiciones en el ámbito público y las del ámbito familiar, aunque ya unidos, las tres transiciones familiares antes mencionadas se suceden en un periodo corto (Mier y Terán, 2004).

Si bien se presentan edades más jóvenes al momento de la unión en el área rural, la migración rural-urbana, más típica de las cohortes más antiguas del presente estudio, ha hecho menos marcadas estas diferencias (Gómez de León, 2001). Al respecto, se esperaría que el migrar retrasara la unión debido a que quienes lo hacen buscan mejores oportunidades de vida, sin embargo, los estudios no logran precisar un efecto significativo en el calendario de la nupcialidad ni en hombres ni en mujeres. Se ha visto que en las áreas rurales la propensión a migrar es más alta entre las mujeres solteras que entre las que ya se han casado. En esta relación, la migración no tiene efecto sobre la nupcialidad, pero las mujeres “más

urbanizadas” y con mejores condiciones socioeconómicas tienen mayores probabilidades de migrar, aún si ya están unidas (Juárez, 1990; Mier y Terán, 2008).

Por su parte, entre las mujeres urbanas y entre las más jóvenes se apunta un retraso de la primera unión y probablemente una ligera reducción en la intensidad final de la nupcialidad asociada a la prolongación del periodo educativo y a su mayor participación en la actividad económica (Mina, 1993; Solís, 2000; Mier y Terán, 2003). Complementando lo anterior, estudios cualitativos afirman que la mujer urbana y educada tiene una historia donde los eventos se manifiestan de una manera más secuencial dada por el egreso escolar, el trabajo extradoméstico, el matrimonio y los hijos (Quilodrán, 1996).

Por otro lado, el calendario diferencial a la primera unión también se presenta entre estratos socioeconómicos, siendo las personas con más bajos niveles de vida quienes menos posponen el inicio de su unión conyugal. Así, las mujeres con menores recursos económicos son quienes primero se casan, mientras que aquellas con mejores niveles socioestructurales tienden a retrasarla y a iniciar su vida sexual antes de la primera unión (Echarri y Pérez Amador, 2003; Polo Arnejo, 2004; Pérez-Baleón, 2006; De Oliveira y Mora, 2008a; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

En las mujeres de estratos medios el retraso del inicio de su vida marital tiene su origen en su estancia más prolongada dentro del sistema escolar, pero una vez fuera de la escuela las mujeres, independientemente de su sector sociocultural, tienen mayores probabilidades que los varones de dar inicio al proceso de formación de la familia (Polo Arnejo, 2004).

Al comparar la primera unión entre estratos sociales resalta el hecho de una discrepancia más acentuada entre las mujeres que entre los varones. Las jóvenes de escasos recursos inician a edades más tempranas que las mujeres del estrato medio alto el proceso de formación familiar. Aunado a ello, las jóvenes de escasos recursos, no solo inician su vida sexual y reproductiva antes, sino que tienen en mayor medida embarazos fuera de las uniones conyugales. También, estas mujeres comienzan mucho antes su vida conyugal que los varones de su mismo nivel social, en tanto que en el estrato medio las diferencias entre las y los jóvenes que transitan por estos eventos es menos acentuada. En estos estratos el inicio de la vida sexual de las mujeres se vincula menos a la unión conyugal, pero el embarazo y el nacimiento del primer hijo si se encuentran más asociados a la primera unión (De Oliveira y Mora 2008a).

Complementando ello, en sectores pobres no sólo se presenta una edad precoz al momento de contraer matrimonio y de tener el primer hijo, sino además una débil difusión de

los métodos anticonceptivos y una etapa de expansión familiar de más larga duración. Mientras que en los sectores medios se practica en mayor medida la anticoncepción con fines de espaciamiento y limitación. Además la etapa de expansión familiar, que inicia con el nacimiento del primer hijo y termina con el nacimiento del último hijo, es más corta (Tuirán, 2002).

Aunado a lo anterior se ha documentado, mediante análisis cualitativos, que las mujeres de familias de origen pobre, inestables y conflictivas se casan anticipadamente, motivadas sobre todo por el deseo de huir de los problemas de la casa paterna o porque estaban embarazadas. En este tipo de situaciones son más usuales las uniones libres (De Oliveira, 1995).

Estas mujeres tienden a mantener su matrimonio a pesar de haber sobrellevado situaciones difíciles vinculadas al alcoholismo, violencia intrafamiliar, falta de responsabilidad del cónyuge, infidelidad, celos y a las prohibiciones de salir de la casa, siendo su motivación principal para seguir casadas el mantener un hogar para sus hijos. Por lo que aún cuando verbalizan una mayor insatisfacción en su vida conyugal, son menos propensas a la ruptura de las uniones que las mujeres de hogares no pobres, debido seguramente tanto a sus características sociodemográficas tales como su baja escolaridad y escaso empleo, como a sus concepciones sobre el matrimonio y la maternidad (De Oliveira, 1995).

En contraste, las mujeres nacidas en familias con mayor disponibilidad de recursos económicos se casan más tarde, muchas de ellas lo hacen después de haber terminado sus estudios, con niveles universitarios o superiores. La motivación principal para casarse es porque estaban enamoradas. Si bien durante su matrimonio han enfrentado problemas similares a los de las mujeres de bajos recursos, éstos se han presentado en menor medida, existiendo otro tipo de conflictos relacionados con la búsqueda de mayor autonomía, la exigencia de los cónyuges acerca del cuidado de los hijos y los problemas vinculados con la administración del presupuesto familiar. Además de ello, han logrado una relación de pareja más satisfactoria, misma que sigue adelante, no sólo por los hijos, sino porque hay amor, cariño y comprensión entre los cónyuges (De Oliveira, 1995).

En relación al tipo de ambiente familiar de origen se sabe que las mujeres, y en menor medida los varones, cuyas familias ostentan rasgos de hostilidad, violencia, prohibición y falta de comunicación con los padres en la resolución de conflictos, presentan una edad adelantada a la primera unión, al nacimiento del primer hijo y al abandono del hogar de origen. Y es que es probable que para muchos jóvenes la unión marital sea una vía de escape

de situaciones familiares conflictivas, lo que incluso puede acarrear también la interrupción de la escolaridad. Mientras que los jóvenes en situaciones menos conflictivas tienden a retardar dicha transición (Quilodrán, 1996; Echarri y Pérez Amador, 2005; Saraví, 2007).

Sintetizando lo anterior, se ha documentado la coexistencia de dos amplios subgrupos de mujeres dentro del país. Uno aún mayoritario, que se caracteriza por seguir un patrón tradicional dado por una unión relativamente temprana, el inicio de la vida sexual dentro de la unión, y el comienzo de la vida reproductiva casi inmediatamente después de la primera unión. En este grupo se encuentran aun presentes las formas típicas de la selección del cónyuge, los motivos para el matrimonio y las formas de convivencia de pareja antes mencionados (López y Salles, 2000; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Por otro lado, existe un segundo grupo conformado por mujeres que pertenecen a los sectores medios y altos, residentes de áreas urbanas y con mayores niveles de escolaridad que ha ganado importancia relativa en tiempos recientes, pero que parece ser aún minoritario, mismo que se distingue del primero por experimentar las transiciones a la vida sexual, marital, y reproductiva en forma más tardía. En él existen practicas más democráticas al interior de la pareja y se vive un período de sexualidad sin búsqueda de hijos antes de la unión, por lo que usa de manera más intensiva los métodos anticonceptivos, aunque parece no diferenciarse mucho en términos de la estrecha conjunción entre unión y descendencia (López y Salles, 2000; Brugeilles y Samuel, 2005; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

En ese mismo tenor, se ha encontrado una clara bifurcación en la tendencia que deja ver que la postergación, no sólo de la primera unión, sino también del nacimiento del primer hijo y del abandono del hogar de origen sólo ocurre a partir de ciertas edades, sin presentarse grandes modificaciones en el porcentaje de jóvenes que continúan experimentando esos eventos a edades relativamente prematuras, siendo más notoria la diferencia en el calendario al interior de las mujeres que de los varones (Saraví, 2007).

En otro orden de ideas, algunos estudios han buscado explicar desde las perspectivas teóricas de la economía del hogar y de los mercados matrimoniales lo que sucede con respecto a la nupcialidad en México. El primer modelo argumenta que los mayores beneficios del matrimonio emanan de la dependencia mutua generada por una clara división sexual, donde el hombre trabaja fuera de casa y la mujer se dedica al cuidado del hogar y de los hijos, es decir en donde existe una especialización y complementariedad entre los cónyuges que hace atractivo al matrimonio para ambos. No obstante, con los cambios económicos y los avances en educación, las mujeres con mayor escolaridad, así como las que participan en el mercado laboral tendería a ver al matrimonio como una opción menos atractiva ante la

posibilidad de trabajar y ser independientes, lo que las llevaría a retardar la unión o incluso a mantenerse solteras (Becker, 1973 en Mier y Terán, 2008; Becker, 1974 en Parrado y Zenteno, 2005a).

El modelo anterior, también conocido como de la economía del hogar, propuesto por Becker, se relaciona completamente con el modelo parsoniano que predica la especialización de actividades por sexo, donde las personas tienen asignado un rol específico dentro de la familia y de la sociedad de acuerdo a su sexo, naturalizándose de esta forma las diferencias y los estereotipos socialmente contruidos de lo que debe ser un hombre y una mujer.

Por otra parte, el modelo de mercados matrimoniales postula que el inicio de la vida conyugal de las mujeres depende en gran medida de la definición de su papel en la sociedad, por tal en comunidades con una clara diferenciación sexual del trabajo las mujeres se casarán jóvenes, en tanto que en lugares donde los roles de mujeres y varones tienden a converger se genera una mayor incertidumbre sobre las expectativas de largo plazo, si a ello se le suman situaciones de inestabilidad económicas, el que las mujeres participen en la fuerza de trabajo y contribuyan económicamente al hogar permite reducir la incertidumbre al contar con los recursos económicos de ambos cónyuges, volviéndose compañeras más atractivas al estar en posibilidad de aportar recursos necesarios para casarse, por lo que las parejas no tendrían que retardar su unión (Parrado y Zenteno, 2005a).

En ambos casos, los modelos prevén los mismos resultados para los varones, ya que la importancia del hombre como proveedor hace que los jóvenes con mayores niveles educativos, que participan en los mercados laborales y que tienen mejores empleos y retribuciones tiendan a casarse más rápido (Mier y Terán, 2004).

Dicho análisis aplicado a sociedades rurales, tales como las de Yucatán, apuntan al modelo de especialización (economía del hogar). Ya que las mujeres que trabajan son menos dependientes de los varones, pero tienen más oportunidades de socializar con jóvenes en un ambiente fuera del hogar. En los varones una mayor escolaridad retrasa su inicio a la vida conyugal, en tanto que tener una situación económica más segura, como es el trabajar actualmente y tener mayores ingresos facilita su unión (Mier y Terán, 2004).

En cambio, en sociedades donde se han experimentado amplios cambios en cuanto a la escolaridad y el trabajo, como ha sido México en su conjunto, se ha observado que altos niveles de participación de la mujer en trabajos asalariados facilita la formación de uniones, debido a que éstas pueden hacer contribuciones inmediatas a la economía doméstica, por lo que el modelo de mercado matrimonial es el que mayormente aporta elementos para explicar su conformación (Parrado y Zenteno, 2005a).

2.1 Inicio de la vida conyugal: el calendario para tres cohortes de mujeres

En este apartado se esperaban observar ligeras diferencias en el calendario de inicio de la vida conyugal de las mujeres, ya que a pesar de la estabilidad que México presentó durante la segunda mitad del siglo pasado, las mujeres fueron quienes comenzaron a retrasar su calendario desde la década de los setenta, por lo que las cohortes más jóvenes son las que estuvieron en posibilidad de experimentar dicha posposición.

En el cuadro 28 efectivamente, se aprecia que la edad a la primera unión de las mujeres aumentó al paso del tiempo, mostrándose diferencias estadísticamente significativas por cohorte, según lo muestra la prueba de Wilcoxon (Breslow), aun cuando el modelo de historia de eventos mostró que una vez que se controla por otras variables la cohorte pierde significancia.¹¹⁹

No obstante que se presentó dicho aumento, en cada cohorte una de cada diez mujeres ya había comenzado a vivir dentro de una unión conyugal entre los 15 y los 16 años, tal como lo muestra el primer decil, el cual da cuenta del matrimonio a edades precoces, con lo que es posible esperar que estas mujeres tuvieran bajos niveles de escolaridad y escasa o nula experiencia laboral.

El hecho de que una persona realice esta transición anticipadamente limita sus oportunidades de crecimiento emocional, psicológico y social, ya que una vez casada deberá asumir roles de adulto, destacando entre ellos la procreación y crianza de la descendencia. Esto a su vez la llevará a renunciar o al menos a limitar las actividades comunes de la adolescencia, mismas que le permitirían adquirir elementos para la construcción de su identidad propia y para su posterior desarrollo individual, familiar y social, de ahí la importancia de destacar esta situación.

**Cuadro 28. Primera unión conyugal de mujeres.
Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil**

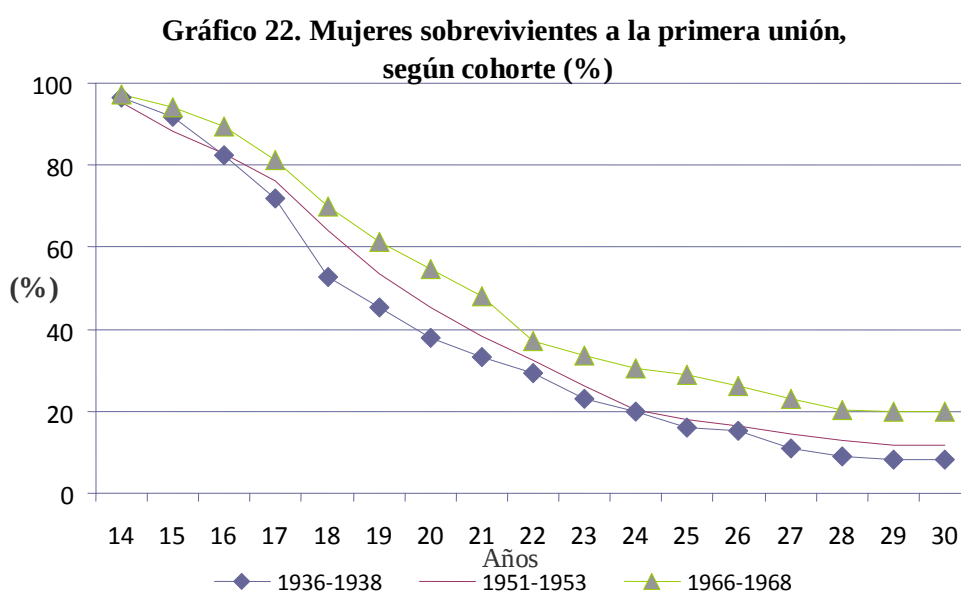
	D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	15.2	16.7	18.4	22.7	6.0	(201)
1951-1953	14.8	17.1	19.4	23.2	6.1	(254)
1966-1968	16.0	17.2	20.7	26.4	9.2	(233)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹¹⁹ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas por cohorte de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1)= 15.64 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0004$.

Con respecto a la edad mediana de las cohortes de mujeres, ésta pasó de 18.4 a 20.7 años, mostrando una diferencia de 2.3 años entre cohortes extremas, lo cual significa un cambio importante en lo que se refiere a la nupcialidad dada la estabilidad de la edad a lo largo de varias generaciones (véase gráfico 22).

Destaca que antes de los 26 años el 75% de las mujeres de cada cohorte ya se había unido conyugalmente, por lo que se aprecia un pronto inicio y conclusión de esta transición en las mujeres, aun cuando también se presentó una posposición de la misma conforme el siglo avanzó.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En las cohortes antiguas el inicio temprano pareció ir acorde con lo que socialmente se esperaba de ellas, que era el casarse a edades precoces para inmediatamente comenzar su vida sexual y reproductiva, sin contemplar otras formas de desarrollo, como podría ser el logro de un mayor nivel educativo, el ingreso al mercado laboral o simplemente el vivir un mayor número de años en soltería, mientras que en la cohorte joven si bien la unión siguió siendo parte importante en la vida de ellas, también lo fue la escolaridad y el trabajo.

Por otra parte, destaca el hecho de que hasta los 30 años las mujeres habían tenido en su gran mayoría una única unión conyugal, tal como puede verse en el siguiente cuadro. Las más jóvenes son quienes menos habían experimentado una unión conyugal, lo cual posiblemente se deba a la exposición de ideas más avanzadas, así como al mayor nivel educativo y al ejercicio del trabajo extradoméstico al que esta generación estuvo expuesta en

sus primeras tres décadas de vida, situaciones que pudieran haberlas llevado a retardar dicho evento.

Cuadro 29. Número de uniones conyugales alcanzadas por las mujeres a los 30 años, según su cohorte de nacimiento

	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
No se ha unido conyugalmente	14	7.0	28	11.0	45	19.3
Una union conyugal	179	89.1	208	81.9	171	73.4
Dos o más unions conyugales	8	4.0	18	7.1	17	7.3
Total	201	100	254	100	233	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Otras posibles explicaciones a esta situación pudieran ser la falta de efectivos masculinos con quienes casarse, producto de una mayor migración internacional o a que el descenso del número de matrimonios antes de los 30 años sea un reflejo de las crisis económicas que a esta generación le tocó en suerte enfrentar durante esta etapa de su vida, teniendo que posponer dichas uniones.¹²⁰ De cualquier forma, el mayor número de mujeres solteras a la edad de 30 años pudiera estar reflejando una postergación temporal o definitiva del matrimonio en las generaciones más jóvenes (Miér y Terán, 2007).

2.2 Comienzo de la vida en pareja: el calendario para tres generaciones de varones

Por lo que se refiere al calendario de la nupcialidad de los varones se esperaba observar, al igual que en el caso de las mujeres, leves cambios en la edad a la primera unión conyugal. En el cuadro 30 se aprecian edades muy similares al momento en que uno de cada diez hombres inicia su vida conyugal, ubicadas alrededor de los 18 años, siendo edades precoces, aunque mayores a las de las mujeres, al momento de realizar dicha transición.

Cuadro 30. Primera unión conyugal de hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

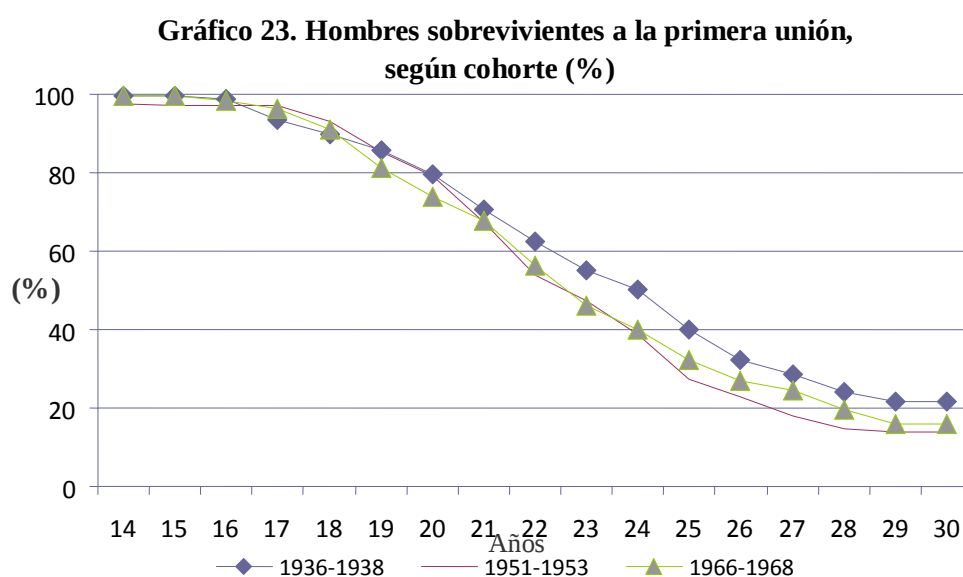
	D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	18.0	20.5	24.0	27.8	7.3	(176)
1951-1953	18.2	20.4	22.6	25.5	5.1	(209)
1966-1968	18.1	19.8	22.6	27.0	7.2	(193)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹²⁰ Gómez de León (2001) reporta para los años en que esta cohorte comenzó a casarse una tenue tendencia al aumento en la intensidad de la ruptura de uniones por divorcio o separaciones, propensión que generalmente es mayor cuando se presentan crisis económicas en los países.

Y si bien en el primer cuartil y en la edad mediana se presentó la tendencia a disminuir la edad al primer matrimonio a lo largo del tiempo, ello no fue estadísticamente significativo, lo que indica que la cohorte no fue un factor que diferenciara su ingreso a la vida conyugal, por lo que más bien se presentaron apenas ligeros indicios de tal retraso.¹²¹

La edad mediana se situó en los 24 años en la cohorte más antigua y alrededor de los 23 años en las otras dos, con un rango intercuartil que no mostró un apego a las normas sociales a casarse en determinadas edades consideradas como aceptables para hacerlo, ya que este rango varió entre los cinco y los siete años sin una tendencia definida.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Conjuntamente con lo anterior, se observa que en cada cohorte existió un porcentaje de varones que aun no se habían casado a los 30 años, mismo que varió entre un 11 y un 17% según cohorte. De igual manera, las nuevas nupcias variaron entre un 4.8 y un 5.7, sin presentar una tendencia definida por cohorte (véase el cuadro 31).

**Cuadro 31. Número de uniones conyugales alcanzadas por los hombres
a los 30 años, según su cohorte de nacimiento**

	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
No se ha unido conyugalmente	28	15.9	23	11.0	33	17.1
Una unión	139	79.0	176	84.2	149	77.2
Dos o más uniones	9	5.1	10	4.8	11	5.7
Total	176	100	209	100	193	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹²¹ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por cohorte de varones. El estadístico χ^2 es de (1)= 3.87 con $Pr > \chi^2 = 0.1442$.

2.3 Cambios y permanencias en el calendario de la primera unión conyugal por género

En contraste con la transición de ingreso al mercado laboral, en la primera unión son siempre las mujeres quienes se casan antes que los hombres.¹²² Sin embargo, con el transcurso del tiempo las cohortes femeninas presentaron una leve tendencia a aumentar su edad mediana a la primera unión, al pasar de 18.4 a 20.7 años entre cohortes extremas, en tanto que los varones descendieron su edad mediana, pero las diferencias en ellos no fueron estadísticamente significativas. El indicador de las diferencias por género al momento de constituir su vida en pareja pasó de 5.6 a 1.9 años entre cohortes extremas, es decir hubo una reducción de 3.7 años en el transcurso de medio siglo (véase gráfico 30).¹²³

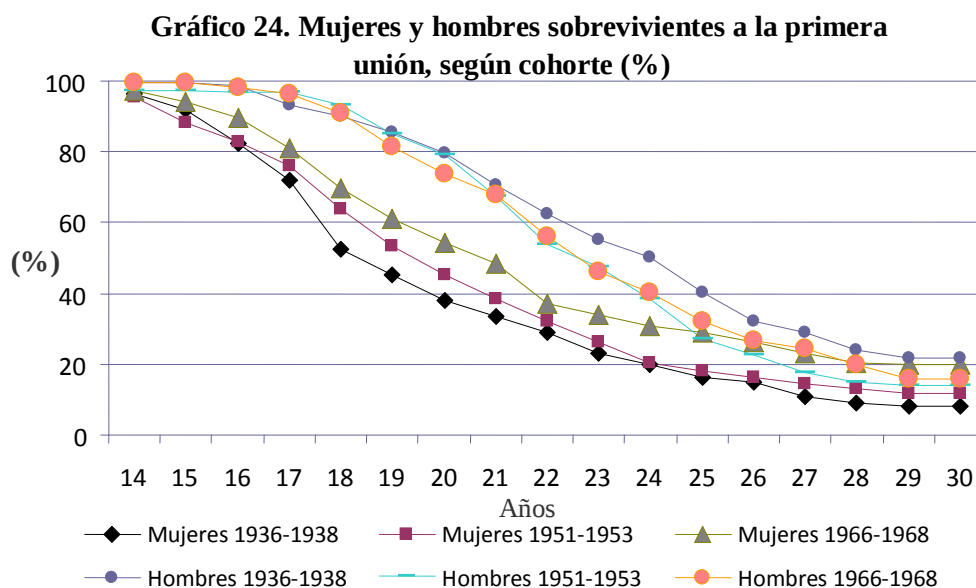
**Cuadro 32. Edad mediana a la primera unión conyugal
según cohorte de nacimiento y sexo**

Cohorte	Mujeres	Hombres	Diferencia hombre-mujer
1936-1938	18.4	24.0	5.6
1951-1953	19.4	22.6	3.2
1966-1968	20.7	22.6	1.9

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹²² Al contrastar estos resultados con los presentados por Samuel y Sebillé (2005), así como por Parrado y Zenteno (2005a) con la misma encuesta se aprecian edades medianas muy similares a las aquí observadas a la primera unión de mujeres y de varones urbanos.

¹²³ Se debe tener cuidado al interpretar estos datos, ya que las mujeres y hombres de esta muestra no son cónyuges entre sí, por lo que estas diferencias en las edades son sólo aproximaciones que permiten tener un panorama más amplio sobre la realidad de la nupcialidad en el país en la segunda mitad del siglo pasado. Sin embargo, Parrado y Zenteno (2005a) al hacer el análisis de la diferencia entre los cónyuges de estas personas, reportan una reducción en dichas edades, misma que pasó de 3.5 a 2.5 años. Edades que son similares a las informadas por Quilodran (1993).



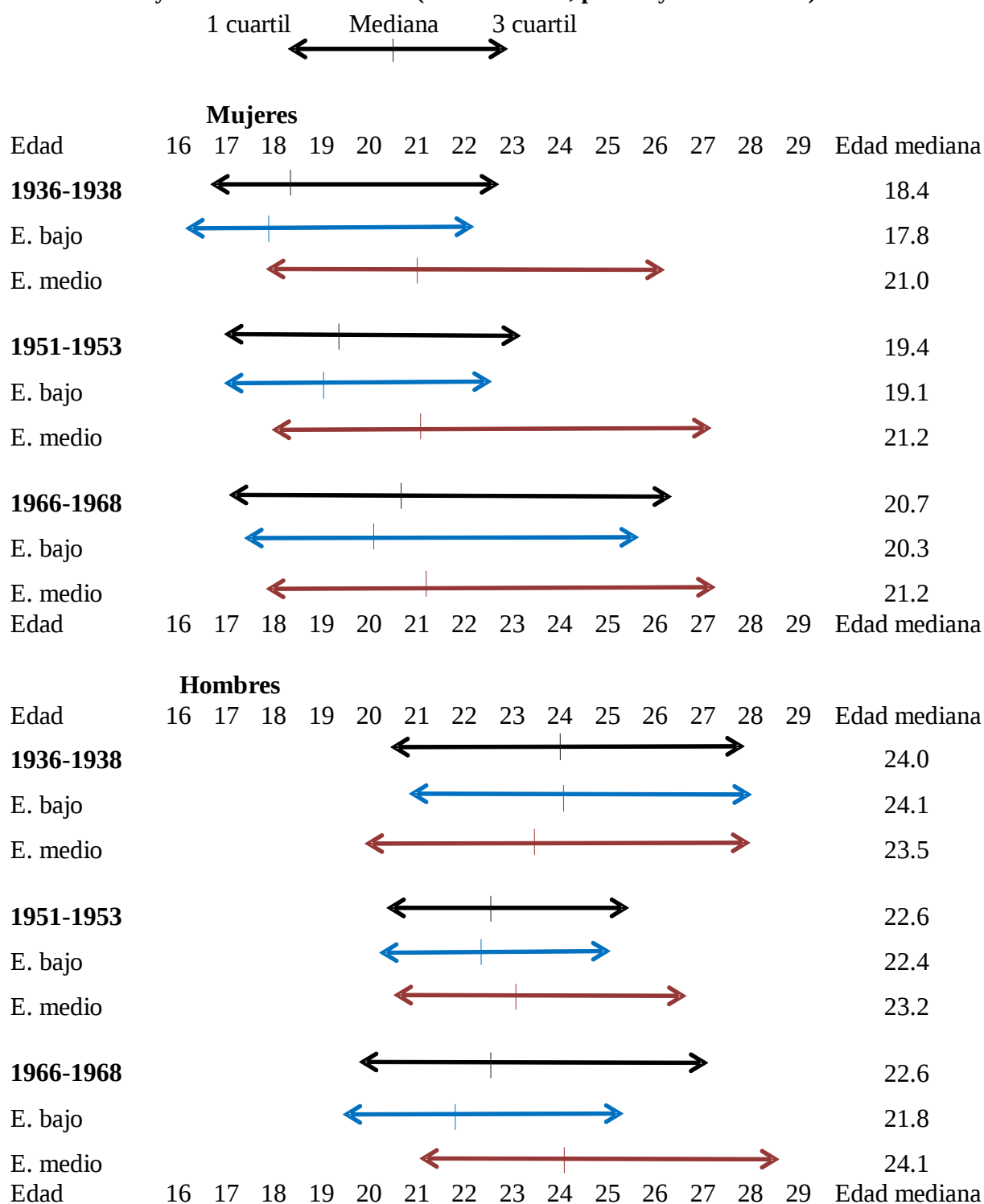
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Parrado y Zenteno (2005a) ofrecen una explicación a la disminución de la edad de los cónyuges basada en los modelos de mercados matrimoniales. Estos autores sostienen que si bien la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo retrasa el matrimonio, el ingreso económico que obtienen por esta actividad les posibilita contribuir financieramente al establecimiento del nuevo hogar, lo que las vuelve compañeras potencialmente más atractivas, por lo que los hombres tenderían a casarse a edades jóvenes, sin tener que retrasar su edad a la primera unión. Por tal, en la medida que los roles de hombres y mujeres tiendan a converger, los diferenciales de edad entre la pareja también tenderán a reducirse.

Cabe destacar que la reducción de la brecha entre los cónyuges es considerado como un indicador de la mayor igualdad en las relaciones de pareja al estar la mujer en posibilidad de negociar acuerdos más equitativos si se encuentra en una unión donde ambos miembros compartan edades similares y por tanto una forma de ver la vida generacionalmente más cercana (Quilodrán, 1993; López y Salles, 2000; Mier y Terán, 2007).

Gráfico 25.

Distribución de la edad a la primera unión conyugal por sexo, cohorte y estrato socioeconómico. (Edad mediana, primer y tercer cuartil)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.4 El inicio de la vida marital de tres cohortes de mujeres: análisis por estrato socioeconómico

En este apartado se buscó dar cuenta de las diferencias por estrato socioeconómico en las edades en que las mujeres comenzaron a unirse conyugalmente. Ello debido a que este evento es un rito social de adquisición de los papeles propios de la adultez, por lo que su ocurrencia es el reflejo de las costumbres y valores que norman lo que es propio para cierto sector social.

Por tal se esperarían edades anticipadas para las mujeres de estratos socioeconómicos más deprimidos con relación a las mujeres económicamente mejor posicionadas, ya que se sabe que las primeras tienden a salir de la escuela de manera adelantada y en menor proporción ingresan al mercado laboral, y aún cuando llegan a trabajar, no siempre sus empleos son de calidad. Ante este panorama, muchas de ellas tendrían como único camino factible a la adultez el matrimonio y la maternidad, no ocurriendo lo mismo con las mujeres del estrato medio, quienes tendrían mayores posibilidades de elegir entre distintas opciones y aun entre la combinación de éstas.¹²⁴

Con los datos obtenidos en este estudio se aprecia que en las tres cohortes, las mujeres del estrato bajo se unieron conyugalmente a una menor edad con relación a las del medio. Sin embargo, la prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia sólo mostró diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte más antigua, lo que indica que en las siguientes cohortes el nivel de vida no hizo diferencia alguna al momento de comenzar su vida en pareja, situación que también se comprobó en los modelos de historia de eventos que posteriormente se presentan.

Antes de los 18 años una de cada diez mujeres de cada cohorte y estrato ya había experimentado esta transición, lo cual sugiere que esta población ya no se encontraba inscriba dentro del sistema escolar al momento de casarse, ya que estos dos eventos compiten fuertemente, por lo que tienden a ser mutuamente excluyentes. Así, asistir a la escuela les permite a las mujeres retrasar las transiciones del ámbito familiar tales como la primera relación sexual, la primera unión y la maternidad, por lo que las transiciones de las estudiantes tienden a ser más lentas (Quilodrán, 1996; Mier y Terán, 2004; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

¹²⁴ Al respecto véase Echarri y Pérez Amador, 2003; Polo Arnejo, 2004; Pérez-Baleón, 2006; De Oliveira y Mora, 2008a; Solís, Gayet y Juárez, 2008

Cuadro 33. Primera unión matrimonial según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de las mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

		D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	E. bajo	15.0	16.3	17.8	22.1	5.8	(158)
	E. medio	16.4	17.9	21.0	26.2	8.3	(34)
1951-1953	E. bajo	15.0	17.0	19.1	22.6	5.6	(183)
	E. medio	14.0	17.8	21.0	27.1	9.3	(55)
1966-1968	E. bajo	15.4	17.4	20.3	25.6	8.2	(149)
	E. medio	16.5	17.8	21.2	27.3	9.5	(73)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En otros estudios se han observado diferencias en el calendario de entrada a la vida conyugal por estratos, siendo las mujeres del nivel bajo quienes primeramente comienzan esta transición. Por su parte, las mujeres del estrato medio tienden a retrasar su unión conyugal hasta concluir su escolaridad, pero una vez fuera de la escuela se apresuran a casarse antes que sus pares masculinos ubicados en el mismo nivel socioeconómico (Polo Arnejo, 2004; De Oliveira y Mora, 2008a). Sin embargo, en esta investigación no se encontraron evidencias estadísticas que respaldaran esos resultados más que para la primera cohorte.

2.4.1 La cohorte 1936-1938

Adentrándose en el estudio intra cohorte, se observa en la generación nacida entre 1936 a 1938 que una de cada diez mujeres ya se había unido matrimonialmente antes de los 178 años, lo que denota edades prematuras para realizar dicha transición, variando esta situación por estrato socioeconómico, siendo las mujeres del estrato medio quienes se unieron más tardíamente.¹²⁵

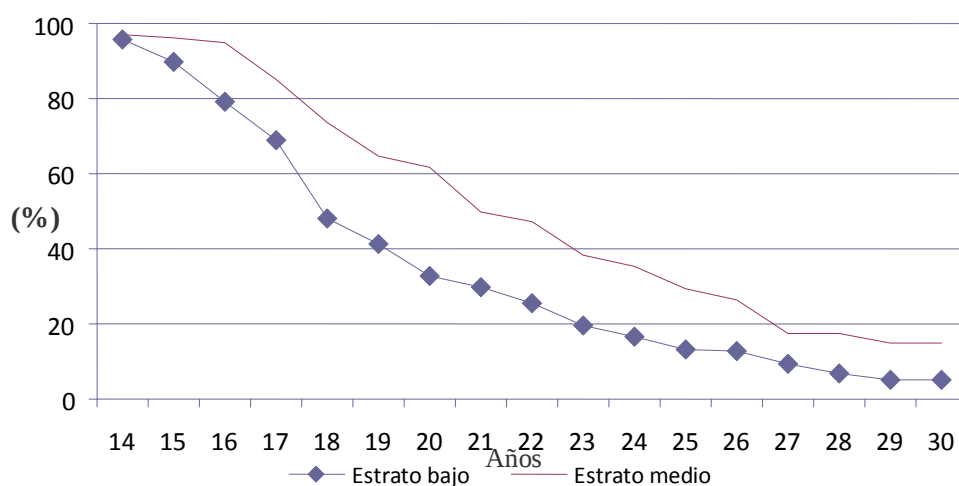
En la edad mediana se vuelve a observar que el 50% de las mujeres de la cohorte más antigua del nivel medio retrasaron dicha transición hasta los 21 años, en tanto que las del estrato bajo mostraron una edad mediana de 17.8 años. Al mismo tiempo, en el estrato bajo pareció existir un mayor establecimiento de la edad de entrada en unión, ya que el rango intercuartil fue de casi seis años, en tanto que las mujeres del estrato medio presentaron una mayor dispersión al momento de casarse al ubicar el rango en ocho años, lo que indica que en

¹²⁵ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte antigua de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1)= 8.16 con $Pr > \chi^2 = 0.0043$.

este estrato se encontró una menor sanción social para unirse en determinadas edades, lo que pudiera tener su explicación en una ligera pero mayor permanencia en la escuela, en tanto que en el estrato bajo la tendencia fue a casarse de forma más veloz.

Debe recordarse que ésta es una cohorte nacida dentro de una sociedad que preconizaba como meta principal de las mujeres el establecimiento de la unión conyugal y la formación de la familia tan pronto la primera se realizaba, debiendo dedicarse a la crianza de una extensa prole que nacía en medio de una fecundidad natural. Por lo que era corto el tiempo de permanencia en la escuela, y el ingreso al mercado laboral era reducido o incluso no se presentaba. Ante este panorama no es de sorprenderse que el 75% de las mujeres de ambos estratos ya se encontrara casada a los 26 años.

Gráfico 26. Mujeres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico(%)

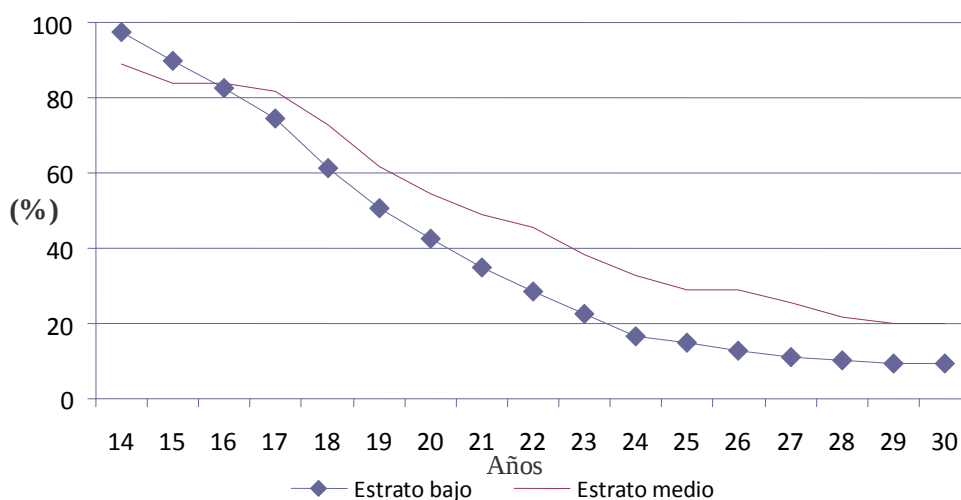


Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.4.2 La cohorte 1951-1953

En la cohorte intermedia se aprecia una edad mediana a la primera unión de 19 años para las mujeres del nivel bajo y de 21 años para las del nivel medio. Asimismo, el nivel socioeconómico no hizo diferencia al momento en que estas mujeres se unieron conyugalmente.¹²⁶

Gráfico 27. Mujeres de la cohorte 1951-1953 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)



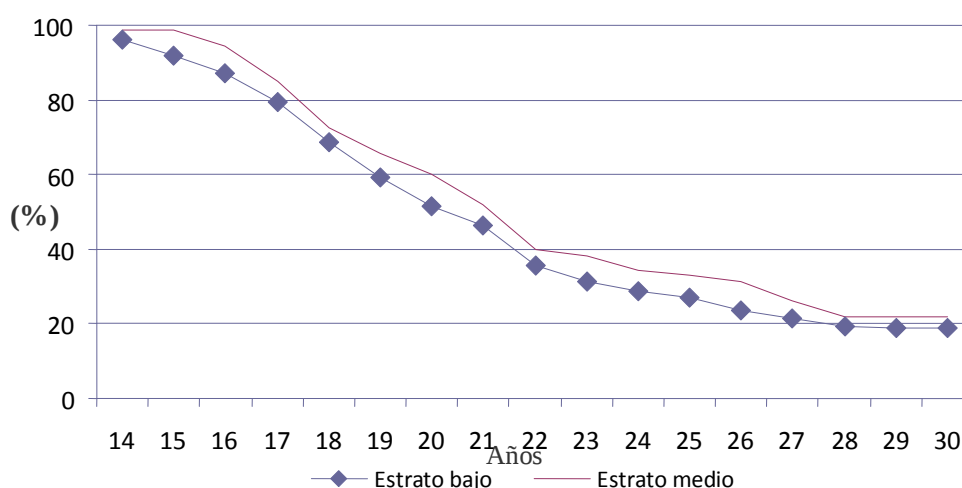
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹²⁶ La prueba de Wilcoxon (Breslow) muestra que el estadístico χ^2 es de (1)= 1.40 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.2359$, no existiendo diferencias estadísticamente significativas.

2.4.3 La cohorte 1966-1968

En la cohorte más joven se continúan observando edades anticipadas a la primera unión marital en el diez por ciento de las mujeres de ambos estratos, sin diferencias estadísticamente significativas por cohorte.¹²⁷ Ello pone de manifiesto que si bien a lo largo de 30 años se presentaron incrementos importantes en la escolaridad femenina y en su ingreso al mercado laboral, aún así y a pesar de las diferencias económicas, una de cada diez mujeres continuó contrayendo matrimonio precozmente. En la edad mediana las edades se situaron en 20.3 años para las mujeres del estrato bajo y en 21.2 años para las del medio.

Gráfico 28. Mujeres de la cohorte 1966-1968 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En resumen, si bien la edad mediana de la nupcialidad de las mujeres que vivieron sus años de juventud durante la segunda mitad del siglo XX aumentó entre cohortes extremas, no se presentaron diferencias por estrato en las dos cohortes más jóvenes al momento de constituir su vida en pareja, tal como en principio se había esperado.

Ojeda (1989) considera que las diferencias por estrato tienen su origen en las formas de organización y en los valores sociales dentro de los cuales se desarrollan, mismos que les permiten participar fuera del ámbito familiar con un cierto grado de respetabilidad, proveyéndolas de oportunidades para que adquieran la libertad y las cualidades necesarias para desarrollarse por sí mismas.

¹²⁷ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte joven de mujeres. El estadístico χ^2 es de (1) = 0.45 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.5019$.

Por tal, se esperaría que el matrimonio fuera menos “universal” para las mujeres que se encuentran insertas en sociedades con una organización poco tradicional y que favorece una mayor participación femenina más allá del ámbito familiar, lo que a su vez estaría incidiendo en la posibilidad de que ellas pudieran elaborar un proyecto de vida alternativo a la maternidad y al matrimonio, el cual no excluyera estas transiciones, pero si las retrasara hasta la consecución de otras metas personales en su vida.

Situación que estaría más alejada de las posibilidades de vida de las mujeres del estrato bajo debido a los condicionantes materiales y sociales que las rodearon. Tal explicación llevaría a pensarse que las mujeres del estrato bajo de estas tres cohortes, las cuales eran la mayoría, habrían tenido menores oportunidades en el ámbito escolar y laboral y una mayor presión social para casarse anticipadamente. No obstante ello, las mujeres del nivel medio no se distinguieron en esta transición de las del bajo, lo que indica que aún con la exposición de ideas menos tradicionales que fueron presentándose en el país durante la segunda mitad del siglo XX, el matrimonio siguió siendo un elemento sumamente importante en la constitución de la forma de vida de éstas mujeres, quizá tanto como el trabajo lo ha sido para los varones.

2.5 El inicio de la vida marital de tres cohortes de varones: análisis por estrato socioeconómico

Por lo que se refiere a la entrada en unión de los hombres, se esperaba observar un calendario distinto por estratos, con edades más tardías para el caso de los hombres del medio con relación al bajo. Al realizar las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no se encontraron diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico en las dos cohortes más antiguas, no así en la joven. Por tal sólo se analizan los datos más relevantes.

En el cuadro 34 se ven edades al primer decil situadas alrededor de los 18 años en cada estrato y cohorte, lo que muestra la precocidad con que estos varones se unieron, muy posiblemente después de haber dejado la escuela y de haber comenzado su vida laboral. Aunque sus edades fueron más tardías que las presentadas por el primer diez por ciento de las mujeres de estas mismas cohortes.

Cuadro 34. Primera unión matrimonial según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de los hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil

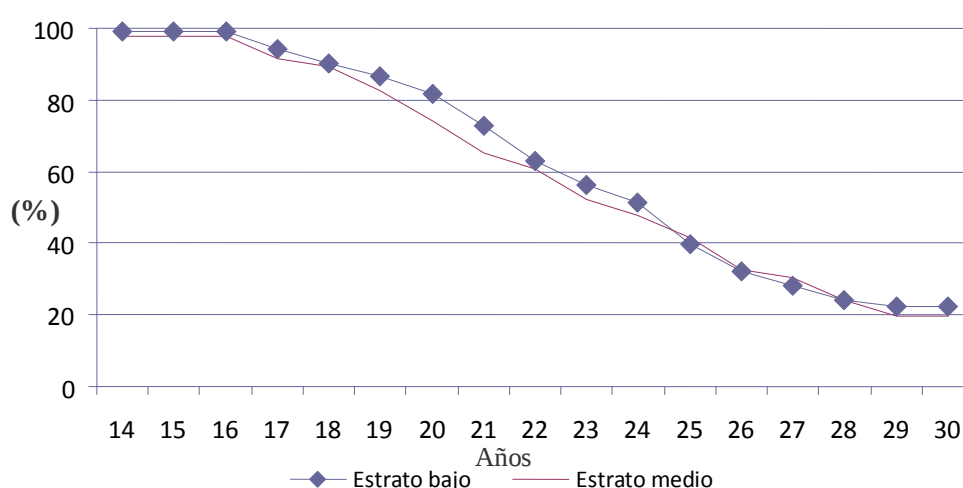
		D1	Q1	M	Q3	RI	n
1936-1938	E. bajo	18.0	20.8	24.1	27.8	7.0	(121)
	E. medio	18.0	19.9	23.5	27.8	7.9	(46)
1951-1953	E. bajo	18.5	20.3	22.4	24.9	4.6	(146)
	E. medio	17.6	20.6	23.2	26.7	6.1	(56)
1966-1968	E. bajo	18.0	19.5	21.8	25.3	5.8	(115)
	E. medio	18.4	21.3	24.1	28.6	7.3	(72)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

2.5.1 La cohorte 1936-1938

Se aprecia que en la generación más antigua uno de cada diez varones ya había contraído nupcias a los 18 años, no presentándose diferencias estadísticamente significativas intra cohorte. Esta edad denota que un porcentaje importante de esta población comenzó su vida conyugal a edades en que aún no contaba con los recursos materiales ni con las credenciales educativas y laborales suficientes para desempeñar su rol social de proveedor familiar, por lo que muy posiblemente estas parejas hayan tenido que enfrentar dificultades económicas en sus inicios y mayores obstáculos para conservar su relación marital. La edad mediana se situó en 24.1 años para el estrato bajo y en 23.5 años para el medio.¹²⁸

Gráfico 29. Hombres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)

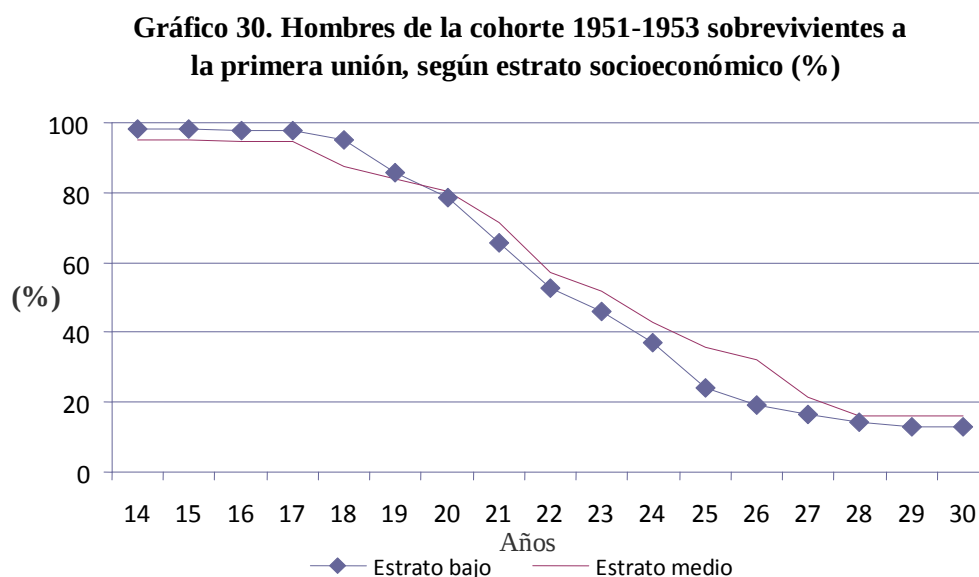


Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹²⁸ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte antigua de varones. El estadístico χ^2 es de (1)= 0.06 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.8120$.

2.5.2 La cohorte 1951-1953

En la cohorte intermedia uno de cada diez hombres siguió casándose alrededor de los 18 años. En tanto que la edad mediana de entrada en unión se situó en los 22.4 años para los jóvenes del nivel bajo y en los 23.2 años para los del medio. Las diferencias no fueron estadísticamente significativas, es decir que el estrato socioeconómico no hizo diferencia alguna al momento en que éstos contrajeron nupcias.¹²⁹



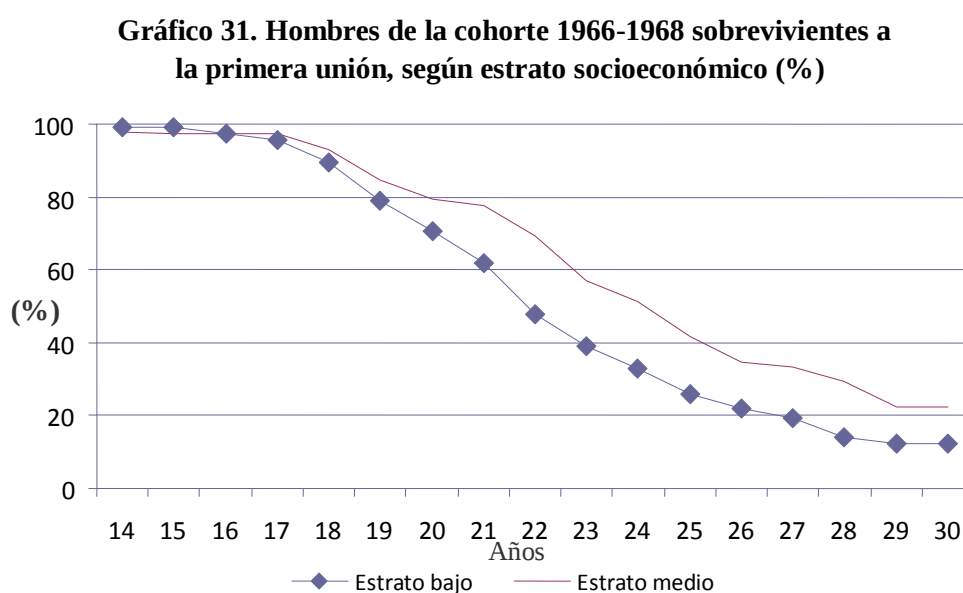
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹²⁹ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia no muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte intermedia de varones. El estadístico χ^2 es de (1)= 0.26 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.6112$.

2.5.3 La cohorte 1966-1968

En la cohorte más joven, el diez por ciento de los hombres ya había vivido en una unión conyugal alrededor de los 18 años. En esta generación es en donde mayormente se observa que los varones del estrato bajo anticiparon su vida de pareja, presentándose diferencias significativas por nivel socioeconómico al momento de contraer matrimonio.¹³⁰

Si bien ésta es la cohorte de la crisis económica persistente, los baches económicos no parecieron afectar al total de la población masculina de esta generación, sino más bien a un grupo en específico, ya que la crisis de 1982 sucedió cuando ellos tenían entre 14 y 16 años, siendo muy jóvenes para casarse. En tanto que la de 1994 se presentó cuando ellos tenían entre 26 y 28 años y al menos el 50% de ellos ya había vivido en unión conyugal.¹³¹ No obstante, pareciera que en el tercer cuartil fueron los varones del estrato medio quienes retardaron más su primer matrimonio, no sólo con relación a los del estrato bajo de su misma cohorte, sino con respecto a los de las otras cohortes, siendo un posible indicador de que fue específicamente a este grupo al que la crisis económica les afectó sus oportunidades económicas de constituir un nuevo hogar.



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

¹³⁰ La prueba de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia muestra diferencias estadísticamente significativas por estrato socioeconómico para la cohorte joven de varones. El estadístico χ^2 es de (1) = 5.26 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0218$.

¹³¹ Para ubicar históricamente a esta cohorte véase el diagrama de Lexis del capítulo III.

En resumen, si bien los hombres retardan más esta transición que las mujeres, ya que como proveedores económicos deben comenzar a trabajar antes de casarse a fin de tener la experiencia y los recursos económicos para sostener el hogar que formen, el inicio de su vida conyugal no fue diferencial por estratos, excepto en la última cohorte, misma que fue marcada por fuertes crisis económicas.

2.6 Divergencias por cohorte, género y estrato socioeconómico en la primera unión conyugal

Al igual que en las transiciones de salida de la escuela y de ingreso al mercado laboral, se aprecia que en términos de la edad mediana, en cada cohorte fueron las mujeres del estrato bajo quienes se casaron antes que las del estrato medio y que los varones de su mismo nivel socioeconómico, aunque las diferencias sólo fueron estadísticamente significativas en la cohorte antigua. Ello indica que las mujeres de escasos recursos de esta generación contaron con pocas opciones de vida ante un pronto egreso escolar, ya sea por deserción o por conclusión de los estudios, y ante una menor entrada al mercado laboral, por lo que el paso lógico para ellas fue el inicio temprano de las transiciones en el ámbito familiar, comenzando por la unión marital, en completo apego a la división tradicional de los roles de género que dominaban durante la primera mitad del siglo XX.

Cuadro 35. Edad mediana a la primera unión conyugal de mujeres y hombres según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico

Cohorte	Estrato	Mujeres	Hombres	Diferencia hombre-mujer
1936-1938	E. bajo	17.8	24.1	6.3
	E. medio	21.0	23.5	2.5
Diferencia e. bajo-medio		-3.2	0.5	
1951-1953	E. bajo	19.1	22.4	3.3
	E. medio	21.0	23.2	2.2
Diferencia e. bajo-medio		-1.9	-0.8	
1966-1968	E. bajo	20.3	21.8	1.5
	E. medio	21.2	24.1	2.9
Diferencia e. bajo-medio		-0.9	-2.3	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En cambio, las mujeres del estrato medio mantuvieron constante en el tiempo la edad mediana de esta transición, mayor a la de las mujeres del nivel bajo, pero menor a la de los

varones de su mismo estrato, lo cual muestra que a pesar de su incorporación tanto al sistema educativo como al laboral, ello no pareciera haber influido en la postergación de su iniciación conyugal, lo que viene a confirmar que ésta es una transición crucial en la vida de las mujeres, ya que el matrimonio contribuye a reforzar tanto sus roles sociales, como parte de su identidad femenina al permitirles constituirse en esposas y madres.

Lo anterior es congruente con lo reportado por otros estudios acerca de la coexistencia de dos amplios subgrupos de mujeres dentro del país. Por una parte se señala la presencia de un grupo mayoritario que se caracteriza por seguir un patrón tradicional dado por una unión relativamente temprana, el inicio de la vida sexual dentro de la unión, y el comienzo de la vida reproductiva casi inmediatamente después de la primera unión. Y por otro lado existe un segundo grupo, aún minoritario, integrado por mujeres que pertenecen a los sectores medios y altos, residentes de áreas urbanas y con más escolaridad que experimentan las transiciones a la vida sexual, marital, y reproductiva en forma más tardía (López y Salles, 2000; Brugeilles y Samuel, 2005; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Al interior del grupo de varones las edades se distanciaron más en la cohorte más joven, que es cuando las diferencias se hacen significativas, ya que los hombres con mayores recursos económicos de la última generación se casaron a edades más tardías que sus pares masculinos del nivel bajo, debido quizá a su estancia más prolongada en la escuela o a los efectos de la última crisis que azotó el país en la década de los noventa, que es cuando ellos habían comenzado a unirse.

Sin embargo, esta transición también estuvo muy presente en la vida de los varones independientemente de su estrato, lo que revela la importancia del matrimonio para ellos, aunque su unión conyugal se dio más alejado de las edades de salida de la escuela y del ingreso al mercado laboral que la presentada por las mujeres.

Por género se aprecia una reducción en el tiempo en la diferencia de las edades de las mujeres con respecto a los varones del estrato bajo al pasar de 6.3 a 1.5 años, entre cohortes extremas, tal como puede verse en la última columna del cuadro 35. En tanto que los del estrato medio mantuvieron estable sus diferencias en las edades medianas a la primera unión conyugal al situarse alrededor de los 2 años. Así, en todo momento fueron las mujeres las que realizaron antes su ingreso a la vida marital con relación a los varones, independientemente de su nivel socioeconómico y de su cohorte.

3.1 Factores sociodemográficos asociados a la primera unión marital de mujeres y de hombres

En este apartado se presenta el análisis de las probabilidades de comenzar la vida en pareja en las mujeres y en los varones mexicanos según factores sociales y demográficos asociados a esta transición. Para ello se realizaron dos modelos de tiempo discreto, uno para mujeres y otro para varones, ya que se ha comprobado la existencia de patrones de nupcialidad diferenciados por género.

Estos modelos permiten ver en cada año calendario de la persona la razón de momios (RM) del riesgo de unirse conyugalmente. Para su interpretación se debe tener presente que un coeficiente menor a uno indica que la relación es negativa, por lo que la probabilidad disminuye según éste lo indique, mientras que un coeficiente mayor a uno revela que la relación entre la variable dependiente y la independiente es positiva e incrementa la probabilidad de ocurrencia de la primera.

Cuadro 36. Razones de momios del modelo de regresión logística de la probabilidad de unirse conyugalmente por primera vez

Variables	Modelo para mujeres		Modelo para hombres	
Edad	3.09***	(0.39)	4.02***	(0.58)
Edad ²	0.98***	(0.00)	0.97***	(0.00)
Cohorte antigua	1.00	(0.12)	0.70**	(0.09)
Cohorte joven	0.97	(0.12)	1.02	(0.13)
Estrato medio	0.82	(0.09)	0.90	(0.11)
Trabajó el año anterior a unirse conyugalmente	0.82	(0.09)	1.24	(0.17)
Nivel primaria	0.74	(0.14)	0.85	(0.22)
Nivel secundaria	0.59*	(0.13)	0.88	(0.24)
Nivel de bachillerato y más	0.69	(0.17)	0.73	(0.20)
Estaba en la escuela el año anterior a unirse conyugalmente	0.30***	(0.05)	0.54***	(0.09)
Log verosimilitud	-1641.81		-1464.15	
Wald χ^2	229.14		376.06	
χ^2	0.0000		0.0000	
Pseudo R ²	0.0743		0.1321	
Grados de libertad	10		10	
Número de observaciones	5326		6026	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Errores estándar entre paréntesis.

*p< .050, **p< .010, ***p< .001.

Las categorías de referencia son: cohorte intermedia, estrato bajo, no trabajó el año pasado, sin escolaridad, no estaba en la escuela el año anterior.

En las mujeres se observa que la edad es un factor importante en su riesgo de contraer nupcias. No obstante, este riesgo en cierto momento se estaciona o incluso decrece, ya que la edad elevada al cuadrado indica que la relación no es lineal.

Asimismo, el matrimonio de las mujeres ha permanecido constante en el tiempo, tal como lo muestran los coeficientes de las cohortes, ya que éstas no resultaron estadísticamente significativas. Aun cuando las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia realizadas a las tablas de vida indicaron que si había diferencias por cohorte.

Tampoco existieron diferencias por estrato socioeconómico al momento de comenzar la vida en pareja, lo que implica que las mujeres se casaron de manera similar, independientemente de su nivel social.¹³² Ello indica que efectivamente, la primera unión conyugal es un elemento importante en la vida de la mujer, el cual cruza las distancias socioeconómicas y generacionales para situarse como una constante en el tiempo.

El tener una escolaridad igual a secundaria influyó en el retraso de las probabilidades de casarse en las mujeres con respecto a aquellas sin escolaridad o con algún otro grado de estudios. De igual manera, el encontrarse estudiando un año antes fue una situación que retrasó significativamente el inicio de su vida en pareja. Ya que la escuela juega un papel muy importante en la posposición de la primera unión conyugal (Quilodrán, 1996; Mier y Terán, 2004; Solís, Gayet y Juárez, 2008).

Aunque lo contrario también es cierto, ya que las mujeres que ya se encuentran casadas ven disminuidas sus posibilidades de continuar estudiando. Sin embargo, Saraví (2007) considera que en muchos casos las personas comienzan su vida en pareja luego de haber dejado la escuela en edades escolares, por lo que acumulan una serie de desventajas dadas por sus bajos niveles educativos y por sus transiciones familiares precoces.

Al respecto, tres son las hipótesis generales que se proponen en la relación entre la escolaridad y la formación familiar. La primera hace referencia a la incompatibilidad de roles que se dan entre ser estudiante y cónyuge, lo que reduce el riesgo de las mujeres jóvenes que están en la escuela de casarse. La segunda alude a que la escolaridad transforma las expectativas de las mujeres, incrementando el abanico de roles posibles más allá de los tradicionalmente asignados a la mujer. La tercera esgrime que la educación es una inversión en capital humano, por lo que las mujeres más escolarizadas, pero que además trabajan, ven incrementado su costo de oportunidades al dejar de trabajar por iniciar su vida conyugal,

¹³² Esta misma situación ya había sido reportada también por Polo Arnejo (2004).

además de que ven reducida la dependencia económica hacia su esposo (Lindstrom y Brambila, 2001).

En congruencia con la tercera hipótesis, se esperaba que las mujeres que se encuentran trabajando tengan menos motivación para realizar rápidamente su unión marital, sin embargo, el haber trabajado el año anterior no resultó ser una variable significativa, aún cuando su coeficiente apuntó a una disminución en dicho riesgo.

En los hombres volvió a ser la edad el factor que mayormente influyó en su iniciación marital, sin embargo, y al igual que en el caso de las mujeres, esta relación no es lineal, tal como lo indica la edad al cuadrado.

Al analizar las generaciones se aprecia que los varones de la cohorte antigua tuvieron una probabilidad más baja y significativa de unirse, con relación a los hombres de la generación intermedia y de la joven. Asimismo, se observó que el inicio de la vida marital no distinguió nivel socioeconómico, por lo que ellos terminaron realizándola independientemente de sus condiciones estructurales de vida. Ya que el matrimonio también se encuentra firmemente arraigado en la vida de los varones.

El nivel educativo alcanzado por ellos no hizo diferencia en su riesgo de casarse, aunque se observa que una mayor escolaridad lo disminuye, pero los coeficientes no fueron significativos. Por su parte, haber estado en la escuela un año antes sí redujo su riesgo de casarse, ya que ambas transiciones compiten fuertemente entre sí.

En cuanto a haber trabajado antes de unirse conyugalmente, si bien el coeficiente no es significativo, sí muestra que el contar con recursos económicos generados por su propio trabajo facilita a los varones el unirse conyugalmente, tal como lo postulan tanto los modelos de la economía del hogar como el de los mercados matrimoniales (Becker, 1973 en Mier y Terán, 2008; Becker, 1974 en Parrado y Zenteno, 2005a).

3.2 Consideraciones finales

En el estudio del inicio de la vida conyugal se han encontrado resultados que contribuyen a corroborar lo que en otras investigaciones ya se ha reportado acerca del calendario diferencial de mujeres y de varones, el cual es más temprano para ellas y más tardío para ellos (Echarri y Pérez Amador, 2003; Polo Arnejo, 2004; Mier y Terán, 2004; Mier y Terán, 2007; De Oliveira y Mora, 2008a y b).

Asimismo, se está en posibilidad de aportar nuevos elementos en este terreno al contar con datos por cohorte y estrato. En las mujeres se observó un aumento en su edad mediana de

ingreso a la vida conyugal en el tiempo, la cual varió por estratos a favor de las del nivel medio, aun cuando esta diferencia no fue significativa más que para la primera cohorte y una vez que se controlaron por otros factores el coeficiente perdió significancia. Así, en esta generación las mujeres del estrato bajo fueron quienes se unieron anticipadamente, pareciendo apegarse al modelo tradicional de género vigente durante la década de los cuarenta y cincuenta, seguidas de las mujeres del nivel medio y de los hombres de ambos estratos.

Y si bien en las siguientes dos cohortes de mujeres no se observó de forma tan clara dicha situación, aun así las mujeres del estrato bajo de cada cohorte presentaron un panorama enmarcado por la precoz salida de la escuela, una escasa entrada al mercado laboral, aunque en constante crecimiento, y una unión conyugal levemente postergada, aún cuando continuó presentándose en los primeros años de su tercera década de vida. Situación que las puso en desventaja respecto tanto de las mujeres de estratos medios, como de los varones de ambos niveles, acumulando una serie de obstáculos que les impidieron superar la situación de desigualdad económica y de género de la cual habían partido de origen.

Por otra parte, se presentaron uniones conyugales precoces en una de cada 10 mujeres, y antes de los 27 años tres de cada cuatro ya se habían casado, sin presentarse diferencias significativas por cohortes o por estratos, lo que indica la importancia de esta transición en la vida de las mujeres, la cual fue iniciada y completada antes de su tercer década de vida.

En contraparte, en los varones la realización de la unión conyugal se dio más alejada de las dos primeras transiciones y no siempre diferencial en sus edades entre estratos. Así, uno de cada diez se casó antes de cumplir 19 años. Y antes de los 29 años tres cuartas partes ya habían vivido al menos un año en una unión conyugal, ya sea de forma legal o consensual.

Entre los factores sociales y demográficos que influyeron en el inicio de la vida marital de las mujeres destacó la edad, ya que el tiempo en sí es un elemento que favorece la probabilidad de casarse, aunque en cierto momento este riesgo decrece. También el contar con un nivel educativo de secundaria influyó en la postergación del matrimonio, así como el continuar estudiando, ya que la realización de ambos eventos son incompatibles, además de que el encontrarse dentro de un recinto educativo posibilita que ellas visualicen un panorama más amplio en su vida, lo que las llevaría a posponer su enlace conyugal.

En tanto que entre la población masculina la edad también afectó positivamente su riesgo de entrar en unión, aunque de igual manera, el tiempo jugó un papel en su contra, debido a que luego de ciertas edades su riesgo de casarse disminuyó. Asimismo, los hombres

de la cohorte antigua y aquellos que se encontraban en la escuela antes de unirse tuvieron un menor riesgo de casarse.

Finalmente, tanto en mujeres como en varones destaca el hecho de que el estrato socioeconómico no fue un aspecto que influyera en la probabilidad de iniciar su vida marital. Lo que permite concluir que para ambos, la primera unión siguió siendo una transición que les permitió comenzar, no sólo su vida en pareja, sino la formación de su descendencia, por ello, una gran mayoría continuó casándose independientemente de las situaciones económicas, educativas y laborales que el contexto histórico y social les presentó.

Mientras que fue tan sólo un grupo específico de varones de la cohorte más joven del estrato medio quienes la postergaron, ya que el aumento de la escolaridad y la presencia de crisis económicas pudieran haber afectado el inicio de su vida en pareja.

Resta conocer el calendario de las trayectorias por género, cohorte y estrato socioeconómico que mujeres y varones siguieron al momento de realizar y engarzar las transiciones de la primera unión conyugal, salida de la escuela e ingreso al primer trabajo, lo cual se presenta en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO VII

Trayectorias de inicio a la vida adulta de las mujeres y de los varones

En este capítulo se analizan los tipos de trayectorias tempranas que mayormente siguieron las mujeres y los hombres mexicanos de la segunda mitad del siglo XX según su cohorte de nacimiento y su contexto socioeconómico. Para ello se divide en tres apartados este estudio, en la primera parte se hace una revisión de aquellas investigaciones que han buscado dar cuenta del orden que la salida de la escuela, el primer trabajo estable y la primera unión conyugal han ocupado en la vida de las mujeres y de los hombres en México.

En un segundo apartado se analiza la combinación de las trayectorias que se forman a partir de la ocurrencia de estas transiciones. Se hace un análisis de las tres trayectorias más sobresalientes en las mujeres y en los varones, primero por cohorte y posteriormente por estrato socioeconómico. También se determinan las edades medianas de inicio de cada uno de estos tres trayectos y la temporalidad en que estas trayectorias se sucedieron en la vida de hombres y de mujeres. En el último apartado se presentan las conclusiones más sobresalientes de este capítulo.

1. Estado del arte sobre los estudios demográficos de las trayectorias en México

A continuación se hace una breve revisión de las investigaciones que han tenido como objetivo principal el establecer las trayectorias de vida de mujeres y de varones. Estos estudios incluyen una o más de las siguientes transiciones: salida de la escuela, primera unión o el inicio del primer trabajo estable y se entrelazan con otras tales como el noviazgo, la primera relación sexual, el embarazo, el nacimiento del primer hijo, el uso de métodos anticonceptivos, los arreglos residenciales, la movilidad laboral, la migración y la mortalidad. Algunos de los trabajos fueron hechos por generación y otros por nivel socioeconómico.

El interés por precisar aquellas trayectorias más típicas que la población ha seguido se inscribe en el enfoque teórico del curso de vida que distingue entre los conceptos de transiciones y trayectorias, ya que como Elder (1985) afirma, la dinámica del curso de vida tiene lugar en la interrelación entre ambas.

Una diferencia fundamental entre una trayectoria y una transición radica en su temporalidad, al respecto, Tuirán (1999) menciona que la primera se da en un extenso lapso

de tiempo y está constituida por una serie de eventos o transiciones, mientras que una transición sucede en un espacio corto de tiempo e incorpora a los individuos dentro de nuevos roles sociales, permitiéndoles pasar de un estatus socialmente sancionado a otro. Así, las trayectorias están compuestas por transiciones, mismas que le dan forma y significado diferencial, pero sin prejuzgar su dirección o velocidad (Elder, 1985; Elder, Kirkpatrick y Crosnoe, 2003).

Ariza (2000) asevera que las transiciones sólo adquieren sentido cuando se les visualiza como parte de las trayectorias o carreras vitales. Una transición no puede ser entendida al margen de éstas, porque estaría fuera de las cadenas de eslabonamiento que otorgan unidad al curso de vida. Es por lo que se precisa de esta segunda coordenada para caracterizarla adecuadamente. Para evaluar las consecuencias a largo plazo de las transiciones es necesario tomar en cuenta el calendario y orden en que éstas se suceden (Tuirán, 1999).

Dentro del curso de vida se reconoce que una transición inaugura la trayectoria y otras más son las que le van dando forma, en las cuales el tiempo transcurrido entre una transición y otra conforma la duración del evento que las separa, existiendo una interdependencia recíproca que permite darles sentido (Ariza, 2000).

Las trayectorias abarcan carreras de vida en diferentes ámbitos o dominios, como pueden ser el trabajo, la vida reproductiva y la escolar, mismas que son interdependientes. Así, se recurre a la dimensión diacrónica para dar seguimiento a lo largo del tiempo a ciertos procesos. Por lo que se puede considerar a las trayectorias como la visión de largo plazo del enfoque del curso de vida (Blanco, 2002).

Entre los trabajos que han buscado precisar las diversas secuencias en México destaca el realizado por Tuirán (2002). En su estudio el autor busca examinar algunas transformaciones en las trayectorias educativas, laborales y familiares de las mujeres y su interrelación con las variables demográficas de la mortalidad, la nupcialidad y la fecundidad y así mostrar la compleja y variada interacción entre éstas, para ello recurre a modelos de simulación de cohortes ficticias.

En sus resultados resaltan los que se refieren a las trayectorias de vida familiar de las mujeres de dos cohortes, las nacidas en 1861-1881 y en 1940-1944. Para conjugar la soltería, el matrimonio, el divorcio y la llegada de los hijos con la mortalidad femenina antes de los 50 años establece seis trayectorias de vida, en las cuales las mujeres sólo pueden caer en una de ellas. Con base en esto determina que la disminución de la mortalidad ha permitido que aumente el número de las mujeres que siguieron secuencias en donde el matrimonio, los hijos

y en algunos casos la ruptura marital estuvieron presentes. En cambio, los trayectos donde ellas permanecieron solteras, enviudaron o no tuvieron hijos se redujeron en el tiempo.

Por su parte el trabajo de Coubès y Zenteno (2005) es el antecedente más directo de la investigación que aquí se realiza, ya que en él los autores efectúan un estudio sobre las tres transiciones de salida de la escuela, primer empleo y primera unión conyugal, tomando también como base a la Eder 1998. Sin embargo, su estudio sobre las trayectorias tiene como objetivo principal el determinar si en el país ha prevalecido el modelo normativo. El supuesto del que parten es que a través del proceso de modernización de las sociedades occidentales, en conjunto con las transformaciones experimentadas al interior de la familia, se ha generado una estandarización de las etapas biográficas, con la existencia de límites formales de edades, lo cual ha producido una regularidad en los patrones y en los tiempos en que las personas realizan ciertas transiciones que los encaminan hacia la adultez en un orden socialmente esperado, dentro de un curso de vida delimitado por varios estadios y regulado por instituciones sociales tales como la escuela, el trabajo y la familia.

En el caso de estas transiciones, el orden normativo estaría establecido por la salida de la escuela, el acceso al primer empleo y la entrada en unión. Sin embargo, los autores cuestionan que para países en desarrollo como México no se puede hablar de un modelo de este tipo en el paso a la adultez, ya que consideran que el Estado, la comunidad y la familia operan de forma muy diferente a la de los países desarrollados. Ya que en los primeros los lazos familiares son fuertes y juegan un papel fundamental en la socialización de los individuos, en tanto que la comunidad es una instancia de mediación importante, sobre todo para el caso de las áreas rurales o indígenas, mientras que las instituciones del Estado se muestran cada vez más deficientes, por lo que poco garantizan la existencia de una vida digna para su población. Contrario a ello, en Estados Unidos y en algunos países europeos los lazos familiares son débiles y se da un mayor énfasis en la autonomía de la persona, tanto en el ámbito financiero como residencial (Coubès y Zenteno, 2005).

Coubès y Zenteno (2005) encuentran que si bien el modelo normativo ha sido relativamente importante en México, especialmente para los varones, no se ha constituido como un patrón dominante. Asimismo, afirman que en el país no existe una convergencia hacia un modelo particular, sobre todo en el caso de las mujeres, aún cuando coexisten trayectorias de vida tradicionales asociadas a la división sexual del trabajo, con maneras más diversas de conformar la vida laboral, educativa y de pareja. Finalmente, previenen sobre las limitaciones de emplear el modelo normativo en un contexto de creciente heterogeneidad social y educativa como es el mexicano, ya que en el país un amplio porcentaje de la

población abandona a edades tempranas la escuela, por lo que si esto ocurre durante la niñez o en la adolescencia temprana, las posibilidades de iniciar un empleo o de unirse posteriormente son amplias y por tal la secuencia normativa se vuelve inevitable. De esta forma, la diversidad educativa de la población impone un sesgo en el análisis de las secuencias que debe ser tomado en cuenta al momento de realizar dicho tipo de investigaciones.

Por otro lado, existen una serie de estudios en donde se ha privilegiado el análisis del ingreso al mercado laboral y su interrelación con algunas otras transiciones. En esa línea destaca el trabajo de Solís y Billari (2003), mismos que examinan las trayectorias ocupacionales de hombres regiomontanos entre los 14 y los 30 años de edad para observarlos desde el inicio de su vida laboral hasta la consolidación de su trayectoria. Para ello ocupan una técnica estadística llamada análisis de secuencias que les permite producir tipologías de trayectorias mediante conglomerados. Los autores identifican 12 trayectos ocupacionales típicos para estos varones, en los que se alterna el tipo de empleo, la edad de ingreso al mercado laboral, los patrones de movilidad ocupacional y el calendario de la misma. Con estos determinan que el nivel socioeconómico de origen, precisado a través de la ocupación y de la escolaridad del padre, tienen gran trascendencia en el trabajo de los individuos, pudiendo afectar su movilidad laboral e incluso perpetuarlos en las ocupaciones en las cuales habían iniciado su vida productiva.

Suárez (1992), aún cuando su estudio no se inscribe dentro del enfoque del curso de vida, propone analizar la relación entre el comportamiento productivo y reproductivo de diferentes cohortes de mujeres mexicanas y españolas nacidas entre 1935 y 1971, alguna vez casadas y con al menos un hijo nacido vivo. Con la información de la actividad laboral de ellas en tres etapas del ciclo vital: antes del matrimonio, entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo y en la fecha de la entrevista, precisa ocho trayectorias familiares denominadas por ella “familio-laborales”. En México, los itinerarios más frecuentes fueron la secuencia donde la mujer no tuvo actividad laboral durante las tres etapas del ciclo de vida antes señaladas, es decir, nunca trabajó. Destacó además el trayecto contrario, en el cual se da una secuencia laboral ininterrumpida. Aunado a los trayectos anteriores se encuentra aquel en el que la población femenina trabajó sólo antes de casarse, con diferencias que variaron por generaciones. Concluye que si bien en el país no se puede hablar de una sociedad en donde las mujeres pueden conjugar la carrera laboral con la función reproductiva, si es significativo el número de mujeres que al menos alguna vez en su vida ha ingresado al mercado de trabajo.

Pacheco y Parker (2001), con datos de la Encuesta Nacional de Empleo Urbano (ENEU), analizan las trayectorias laborales de hombres y de mujeres durante 1987 y 1995, considerados como dos años afectados por crisis económicas en México. Para ello establecen tres trayectorias: 1) aquellos individuos que estuvieron trabajando continuamente en cada uno de los cinco trimestres; 2) aquellos que trabajaron intermitentemente pero que nunca estuvieron desempleados y 3) quienes al menos una vez durante los cinco trimestres reportaron estar desempleados.

Entre sus resultados destaca que quienes trabajaron continuamente, ya sean hombres o mujeres, tiene mayores niveles de escolaridad, perciben un salario más alto y en mayor medida cuentan con la seguridad social. En tanto que los trabajadores de la trayectoria intermitente tienden a concentrarse en el sector informal. Ello les permitiría entrar y salir de la fuerza laboral como una estrategia para ganar un sueldo extra durante épocas de crisis, y en el caso de las mujeres, compatibilizar su trabajo con las responsabilidades familiares. Mientras que quienes vivieron periodos de desempleo después de un trabajo tienen más probabilidades de haber laborado en el sector formal, lo cual puede exacerbarse en tiempos de crisis económicas, particularmente en la de 1995. Por género, las autoras reportan que las mujeres tienen más posibilidades de laborar de manera intermitente que los varones. También, es más probable que ellas experimenten el desempleo y que éste sea de mayor duración, además de que tienden a salir definitivamente de la fuerza de trabajo después de un periodo de desempleo en comparación con los varones (Pacheco y Parker, 2001).

Por otro lado Blanco (2001) estudia, con métodos cualitativos, a 13 mujeres mexicanas del estrato medio, pertenecientes a una misma cohorte de nacimiento para observar los cambios generacionales en las trayectorias laborales de estas mujeres y de sus madres. A través de entrevistas semiestructuradas observa que las madres de estas mujeres se ajustaron a modelos de vida mucho más tradicionales, apegados al esquema conyugal tradicional de la mujer ama de casa y del hombre proveedor, ello a pesar de haber incursionado en el mercado de trabajo cuando eran solteras, lo cual coincide con una de las secuencias antes enunciada por Suárez (1992). En las hijas en cambio, se presentó una diversidad de trayectorias dadas por su mayor escolaridad, la baja de la fecundidad y por su mayor participación en el mercado de trabajo, no sólo mientras permanecían solteras, sino también casadas. Sin embargo, aún en las hijas se encontraron formas tradicionales en el entrelazamiento de sus trayectorias vitales, aunque destacó en ellas el interés por combinar, en menor o mayor medida, la familia y el trabajo, pudiendo ser consideradas por tal como una generación de transición.

En otro documento, Blanco (2002) elabora una tipología de trayectorias para esta misma muestra de mujeres. En él pone especial atención a la trayectoria laboral con la finalidad de tomarla como eje ordenador de la investigación y a partir de ella analizar las interrelaciones que guarda con la escolar, la conyugal y la reproductiva. Entre los hallazgos de su estudio destaca la precisión de dos grandes grupos de mujeres: el grupo A conformado por aquellas que han priorizado la vida familiar frente al mundo laboral y el grupo B compuesto por quienes han buscado más activamente la vinculación de la familia y el trabajo. A su vez, en cada grupo encuentra dos tipos de trayectorias: en el A.1. se ubican quienes nunca han trabajado o su periodo dedicado a la esfera extradoméstica ha sido mucho menor en años que el dedicado al ámbito familiar y en el A.2. se ubican las mujeres que han realizado actividades laborales eventuales, con un ingreso considerado totalmente complementario a la economía familiar. En tanto que en el B.1. están aquellas que han tenido una mayor continuidad y siempre han trabajado en el mismo tipo de ocupación o de institución. Mientras que en el B.2. las entrevistadas manifiestan el interés y a veces la necesidad económica de tener un empleo, aunque exista cierta discontinuidad entre el tipo de ocupación y el lugar de trabajo.

En una siguiente investigación Blanco y Pacheco (2001) conjugan el análisis micro y macro para construir con datos cuantitativos una tipología de trayectorias similar a la elaborada en el estudio cualitativo antes mencionado. Ello con la finalidad de dar seguimiento a algunas variables que caracterizan la vinculación familia-trabajo que llevan a cabo mujeres de sectores medios. Para esto crean una cohorte ficticia de mujeres de clase media.¹³³ Con los datos cuantitativos establecen las siguientes trayectorias: mujeres que dan prioridad a la vida familiar frente al mundo laboral y que por tanto nunca trabajaron de manera extradoméstica o lo hicieron esporádicamente o a tiempo parcial. Y aquellas que buscaron vincular activamente la familia y el trabajo, laborando, ya sea de manera continua o intermitente. Por lo que encuentran cierta heterogeneidad al interior de un grupo que pudiera pensarse homogéneo como es el conformado por mujeres de clase media.

En otro orden de ideas, es posible encontrar una serie de trabajos sobre trayectorias donde la primera unión sea el eje de los análisis, entre ellos destaca la investigación sobre noviazgo, unión conyugal y arreglos residenciales por género, generación y estratos socioeconómicos realizada por Mier y Terán (2008) para mujeres y hombres mexicanos

¹³³ Las autoras tomaron la información de la ENEU de los años de 1987 y 1997, la cual sigue a la misma población por 15 meses. Ello a fin de estudiar en dos momentos a mujeres de clase media que tendrían edades similares a aquellas del estudio cualitativo.

nacidos entre 1921 y 1975. En este estudio se examina el proceso de formación de la pareja conyugal y la adquisición de la autonomía respecto a la autoridad familiar.

Para ello, la autora precisa la edad a la que ocurrieron estas tres transiciones así como los factores que influyen en cada una. Además, busca conocer la manera y las condiciones en la que las tres se entrelazan, por lo que propone ocho trayectorias dadas por la combinación de la ocurrencia o no de un noviazgo corto, una unión temprana y la permanencia en el hogar paterno para todos los que ya habían vivido alguna vez en una relación de pareja. De entre las trayectorias más representativas destaca aquella donde la pareja tuvo noviazgos largos, se unió a edades no tempranas y formó un hogar con residencia independiente, así como la secuencia opuesta dada por noviazgos cortos, uniones tempranas y permanencia en el hogar paterno (Mier y Terán, 2008).

En una línea de análisis próxima a ésta se inscribe el estudio realizado por Echarri (2005a) en el que busca dar cuenta de las trayectorias seguidas por las cohortes de mujeres y de varones de la Eder en la constitución de la familia y la coresidencia de las personas con sus padres, cónyuge e hijos. Para ello genera ocho situaciones familiares para cada cohorte y sexo en las que interrelaciona la salida del hogar paterno, la entrada en unión y el nacimiento de los hijos. Entre los resultados encontrados destaca el hecho de que la mayoría de las personas incluidas en el estudio ya habían conformado un hogar independiente de sus padres y habían iniciado la reproducción, con intervalos cortos entre la unión y la descendencia. Otras secuencias observadas fueron aquellas donde la persona, sin distinción de sexo, aún residía con sus padres a la edad de 30 años, tuviera o no pareja marital e hijos, situación que pudiera tener su explicación en el alargamiento del periodo de la vida dependiente de los padres, especialmente para el caso de las mujeres.

Una siguiente investigación que busca captar las trayectorias de vida escolar, ocupacional, conyugal y reproductiva con énfasis en la nupcialidad fue la realizada por Quilodrán (1996) con mujeres y varones mexicanos de cuatro estados de la república. Esta investigación, realizada a partir de entrevistas en profundidad, se enfocó mayormente en las mujeres, en ella se observa la existencia de una relación tanto entre el término de la escolaridad y el inicio de la vida activa, como entre la salida de la escuela y el inicio de la vida marital y reproductiva, ya que la ocupación laboral fue frecuente desde temprana edad en la vida de la gran mayoría de las mujeres entrevistadas, y muchas veces se empalmó con la salida de la escuela, en tanto que la unión marital inició muy cerca del término de la escolaridad. Asimismo, la reproducción comenzó, aún en las generaciones más jóvenes, inmediatamente después de la unión. Sin embargo, se presentaron diferencias entre

generaciones y contextos socioeconómicos, ya que la mujer urbana tuvo una historia de vida donde los eventos se dieron de forma más ordenada y tardía, mientras que aquellas con nula escolaridad vivieron dichas transiciones de forma más rápida e incluso traslapada.

Otro trabajo enfocado en el estudio de la primera unión marital, así como en la temporalidad y el ordenamiento de la primera relación sexual y el embarazo fue el realizado por Solís, Gayet y Juárez (2008). En él los autores estudian tres cohortes de mujeres nacidas entre 1951 y 1975 para determinar si se había alterado en el tiempo la secuencia normativa o tradicional dada por el primer enlace conyugal, la ocurrencia de la primera relación sexual y del primer embarazo. Por medio del análisis de ocho secuencias encuentran que la trayectoria normativa pareció haber cedido lugar a otro tipo de trayectos en las mujeres de la cohorte más joven, nacidas entre 1971-1975. Destaca la trayectoria sin ninguna transición debido a la posposición de todas ellas, así como el inicio de la vida familiar a partir de la primera relación sexual, seguida de alguno de los otros dos eventos. No obstante lo anterior, cuatro de cada diez mujeres jóvenes continuaron apegándose al patrón normativo.

El interés por conocer el orden de otros eventos una vez que hombres y mujeres han comenzado su vida en pareja llevó a Brugeilles y Samuel (2005) a examinar qué tanto la secuencia de la primera unión, el nacimiento del primer hijo y el uso por primera vez de la anticoncepción ha sido una norma para la mayoría de los mexicanos o si se ha dado una diversidad de trayectorias a lo largo de las tres cohortes que conforman la Eder. Al combinar los tres eventos definen 15 trayectorias y encuentran que a pesar de las múltiples posibilidades, el inicio de la vida familiar comienza en su gran mayoría, y en ambas poblaciones, con la formación de la pareja, el nacimiento de al menos un hijo, en un lapso promedio de dos años y la eventual regulación de su fecundidad. Más que por género, encuentran diferencias por generaciones, ya que en la más antigua la trayectoria que dominó fue la unión y el primer hijo. En tanto que en la intermedia comenzaron a usarse los métodos anticonceptivos luego de haberse presentado las otras dos transiciones. Este trayecto se acentuó aún más en la generación joven, además de surgir en ésta última itinerarios en donde comenzó a disociarse el matrimonio de la procreación al emplearse los anticonceptivos para retardar la llegada del primer hijo.

Por último, el trabajo realizado por Sebillé (2005) tiene como objetivo determinar la existencia de calendarios familiares diferentes según las trayectorias migratorias de las tres cohortes de hombres y mujeres de la Eder. Para ello busca averiguar qué tanto la primonupcialidad y la primofecundidad fueron afectadas por la existencia o no de la migración, para lo que construye ocho trayectorias migratorias. Sus resultados señalan que los hombres

que al migrar, independientemente de su lugar de destino: rural o urbano, se encontraban solteros, tardaron más tiempo que los sedentarios en casarse, ya que los proyectos migratorios y el tiempo dedicado a la migración si parecen influir en el calendario de la nupcialidad. Mientras que en las mujeres fueron aquellas sin migración las que comenzaron a diferir su primera unión en las generaciones más jóvenes. En contraparte, precisa que la duración mediana del intervalo entre la entrada en unión y el nacimiento del primer hijo del total de estas personas varía muy poco según las trayectorias migratorias, es decir que la migración no afectó el inicio de la vida reproductiva una vez casados.

2. Una aproximación a las trayectorias vitales

En este apartado se presenta la combinación de las trayectorias que se forman a partir de la ocurrencia de la salida de la escuela, el primer trabajo estable y la primera unión conyugal. Para ello se hace un breve análisis de las más sobresalientes, primero para el total de las mujeres de las tres cohortes y luego para cada una. Esto mismo se realiza también para los varones. En otro momento se muestra el análisis sólo de aquellas secuencias que resultaron ser las más importantes, tanto para mujeres como para varones, primero por cohortes y posteriormente por estrato socioeconómico.

Es importante comentar que se cuidó que el evento que daba inicio al itinerario sucediera antes de los 30 años para permitir así la comparabilidad entre cohortes, sin embargo el segundo y/o tercero no se dieron forzosamente antes de esta edad, ya que se buscó maximizar el número de casos.¹³⁴ Esta situación permitió contabilizar al total de personas que estudiaron al menos un año en su vida y que dejaron la escuela en algún momento de la misma, por lo que en esta transición no se contó con casos truncados.

La base de datos de la Eder no permitió distinguir el orden de dos transiciones cuando ambas se presentaron en el mismo año, por lo que para la construcción de los itinerarios de vida se adoptó el supuesto del ordenamiento temporal normativo cuando se presentaron esas situaciones. Así por ejemplo, cuando una persona salió de la escuela y se unió conyugalmente por primera vez en el mismo año, se asumió que previamente dejó la escuela para luego casarse. Para tener un panorama de los casos de simultaneidad se muestra el cuadro 37 que da

¹³⁴ Cabe mencionar que las tres transiciones se sucedieron en mayor medida en el transcurso de las primeras tres décadas de vida de las personas (véase el cuadro 10 del capítulo III). Sin embargo, ello pudo haber favorecido que ciertas trayectorias se presentaran más recurrentemente, mientras que otras no tuvieron oportunidad de ser observadas, sobre todo en la cohorte más joven, ya que ésta tuvo menos tiempo para presentarlas al haber sido captada hasta la edad de 30 a 32 años.

cuenta de ello. En él se ve que fue bajo el porcentaje en que dicha situación ocurrió, presentándose el mayor número de casos entre la salida de la escuela y el primer trabajo estable seguro, no observándose una tendencia definida por sexo o por cohorte.

Cuadro 37. Simultaneidad de casos entre dos transiciones según sexo y cohorte de nacimiento

	Cohorte					
	1936-1938		1951-1953		1966-198	
Mujeres	n	%	n	%	n	%
Salida de la escuela y primer trabajo estable	28	13.9	29	11.4	37	15.9
Salida de la escuela y primera unión marital	7	3.5	9	3.5	10	4.3
Primer trabajo estable y primera unión marital	0	0.0	12	4.7	10	4.3
Total	(201)		(254)		(233)	
Hombres	n	%	n	%	n	%
Salida de la escuela y primer trabajo estable	16	9.1	29	13.9	25	13.0
Salida de la escuela y primera unión marital	4	2.3	7	3.3	11	5.7
Primer trabajo estable y primera unión marital	6	3.4	14	6.7	10	5.2
Total	(176)		(209)		(193)	

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En total fueron 15 las trayectorias que teóricamente se pueden construir a partir de las tres transiciones que se han estudiado, las cuales son identificadas con un número para facilitar su manejo. Las primeras cinco inician con la salida de la escuela, las secuencias del 6 al 8 comienzan con el logro del primer trabajo estable, las siguientes tres con la unión conyugal, finalmente, las trayectorias 12 a 15 tienen en común que las personas no asistieron a la escuela, por lo que no tuvieron la posibilidad a su vez, de egresar del sistema educativo, situación que fue considerada necesaria de distinguir, por lo que estos casos se clasificaron aparte. Cabe mencionar que no todas las secuencias tuvieron casos o éstos eran muy pocos, sobre todo cuando la transición de inicio fue el matrimonio o cuando no fueron a la escuela.

Las trayectorias posibles son:

1. Salió de la escuela
2. Salió de la escuela+ empezó a trabajar
3. Salió de la escuela+ empezó a trabajar+ se unió conyugalmente
4. Salió de la escuela+ se unió conyugalmente
5. Salió de la escuela+ se unió conyugalmente + empezó a trabajar
6. Empezó a trabajar+ salió de la escuela
7. Empezó a trabajar+ salió de la escuela+ se unió conyugalmente
8. Empezó a trabajar+ se unió conyugalmente + salió de la escuela
9. Se unió conyugalmente+ salió de la escuela
10. Se unió conyugalmente+ salió de la escuela+ empezó a trabajar
11. Se unió conyugalmente+ empezó a trabajar+ salió de la escuela
12. No asistió a la escuela + Empezó a trabajar
13. No asistió a la escuela + Empezó a trabajar+ se unió conyugalmente
14. No asistió a la escuela + Se unió conyugalmente
15. No asistió a la escuela + Se unió conyugalmente+ empezó a trabajar

2.1 Trayectorias de vida de las mujeres

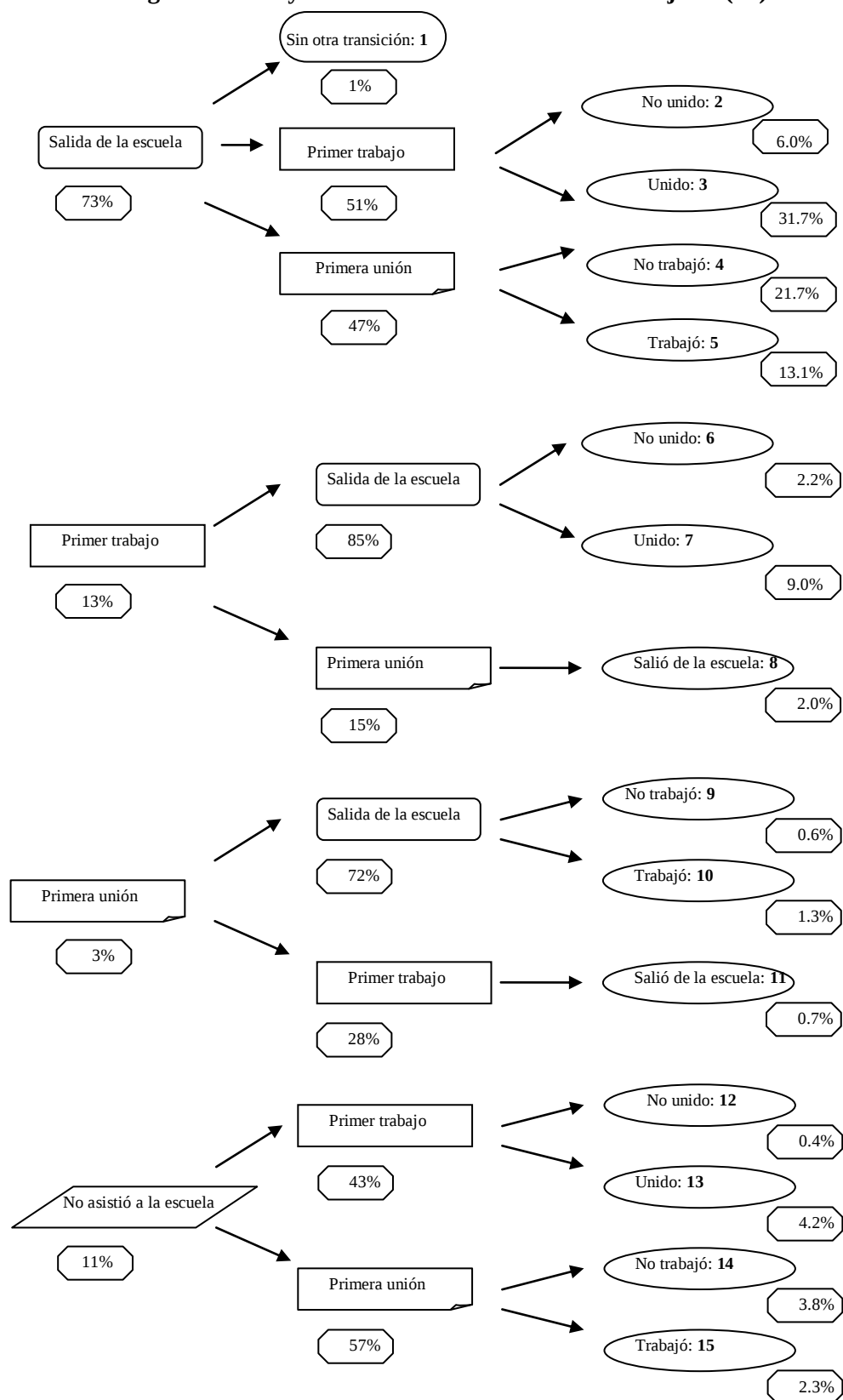
En el diagrama 1 se observa que de las 15 trayectorias antes enunciadas el 73% del total de las mujeres de las tres cohortes tuvo como transición de inicio la salida de la escuela, lo que indica la importancia de la escolaridad en la vida de las mujeres mexicanas y cómo es que la unión conyugal y el primer trabajo estable se presentaron en mayor medida luego de que ellas habían dejado el sistema educativo, ya sea porque concluyeron con sus estudios o porque tuvieron que abandonarlos.¹³⁵

Por su parte, el haber ingresado a la vida laboral, como primera transición, también agrupó a un porcentaje importante, ya que una de cada diez mujeres inició su trayectoria de esta manera. En tanto que comenzar su trayectoria con la unión conyugal fue una situación no tan común y si en cambio, el 11% de ellas no contó con algún grado de escolaridad al momento de realizar alguna de las otras dos transiciones.

En general, los itinerarios que más realizaron las mujeres de cada cohorte fueron el número 3: salir de la escuela, trabajar y comenzar a vivir en pareja, el 4: dejar la escuela y unirse sin haber realizado trabajo extradoméstico y el 5: salir del sistema escolar, casarse y trabajar, todas estas secuencias tienen en común la conclusión de los estudios como transición de inicio.

¹³⁵ Se presenta el diagrama 1 con la información de las trayectorias de todas las mujeres sin distinguir por cohorte para fines únicamente exploratorios y para mostrar gráficamente la distribución de las 15 trayectorias.

Diagrama 1. Trayectorias de vida del total de las mujeres (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Por su parte, en el cuadro 38 se aprecia que una parte importante de las mujeres de cada cohorte siguieron las trayectorias 3, 4 y 5. Conviene detenerse en la trayectoria 3, ya que es considerada como normativa desde el enfoque del curso de vida debido a que socialmente se esperaría que las personas ingresen al sistema escolar, concluyan con sus estudios, trabajen un tiempo y luego de haber acumulado un capital humano y económico inicien su vida en pareja.

Sin embargo, dadas las bajas edades medianas de salida de la escuela del total de las mujeres analizadas, situadas alrededor de los 12 a los 16 años según su cohorte de nacimiento,¹³⁶ es posible pensar en que más que apegarse a la trayectoria normativa, una vez fuera del sistema escolar y al no contar con la contención que la escuela podría brindarles, ellas vieron aumentadas sus probabilidades de experimentar en un lapso relativamente corto las otras dos transiciones. Por lo que puede ser más bien la falta de oportunidades educativas, aunado a las necesidades económicas y a la limitación de opciones de vida los factores que pudieran influir en la realización de la trayectoria 3, sobre todo cuando se presenta a edades precoces, lo que no permite hablar en sentido estricto de una trayectoria normativa.

Mientras que las trayectorias 4 y 5 indican que más que haber una sola secuencia normativa han existido varias entre la población femenina, ello dependiendo de las características culturales, económicas y sociales de la época en que cada generación se ha ubicado.

Aunado a ello, un grupo numeroso de mujeres tendió a realizar más de dos transiciones en su vida, ya que con excepción de la primera unión, haber sólo estudiado o trabajado, trayectorias 1 y 12, fueron poco declaradas. Y las trayectorias donde la unión no estuvo presente, marcadas con los números 2 y 6, se presentaron en muy bajos porcentajes, aunque estas trayectorias aumentaron su porcentaje en el tiempo. Lo anterior señala la importancia de la nupcialidad, más allá del orden en que se dio, para las mujeres es decir que la unión marital es una transición casi universal para la mujer mexicana, independientemente de su cohorte o estrato socioeconómico.

Si bien la nupcialidad ha sido importante para la población femenina, el comenzar la vida en pareja mientras todavía se está estudiando y a ello aunarle el primer trabajo estable, trayectorias 9, 10 y 11, fueron situaciones que variaron por cohortes, ya que escasamente se presentaron en la más antigua, mientras que en la joven el 5% realizó estas secuencias, lo que

¹³⁶ Véase el gráfico 1 del capítulo IV referente a la salida de la escuela de las mujeres. Cuando se haga referencia a las edades o a porcentajes de cada transición, a menos que se especifique lo contrario, dichos datos habrán sido tomados de las tablas de vida incluidas en los tres capítulos que preceden a éste.

revela que el hecho de encontrarse estudiando o trabajando si pareciera contribuir a posponer el inicio de la vida conyugal, ya que este evento compite fuertemente con los dos primeros, no permitiendo fácilmente que las personas se casen y continúen estudiando y en el caso de las mujeres, que además trabajen.

Cuadro 38. Trayectorias de vida de las mujeres según cohorte de nacimiento

Trayectorias	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
1 Salió de la escuela	0	0.0	4	1.2	3	1.3
2 Salió de la escuela+ empezó a trabajar	5	2.5	8	3.2	28	12.1
3 Salió de la esc.+ empezó a trabajar+ se unió cony.	51	25.4	88	34.8	79	34.1
4 Salió de la escuela+ se unió conyugalmente	58	28.9	52	20.6	39	16.8
5 Salió de la esc.+ se unió cony.+ empezó a trabajar	22	10.9	42	16.6	26	11.2
Subtotal	136	67.7	194	76.3	175	75.4
6 Empezó a trabajar+ salió de la escuela	1	0.5	4	1.6	10	4.3
7 Empezó a trabajar+ salió de la esc.+ se unió cony.	10	5.0	27	10.7	25	10.8
8 Empezó a trabajar+ se unió cony.+ salió de la esc.	4	2.0	4	1.6	6	2.6
Subtotal	15	7.5	35	13.9	41	17.7
9 Se unió conyugalmente+ salió de la escuela	0	0.0	1	0.4	3	1.3
10 Se unió cony.+ salió de la esc.+ empezó a trabajar	0	0.0	2	0.8	7	3.0
11 Se unió cony.+ empezó a trabajar+ salió de la esc.	1	0.5	2	0.8	2	0.9
Subtotal	1	0.5	5	2.0	12	5.2
12 No asistió a la esc.+ empezó a trabajar	3	1.5	0	0.0	0	0.0
13 No asistió a la esc.+ empezó a trab.+ se unió cony.	18	9.0	10	4.0	1	0.4
14 No asistió a la esc.+ se unió conyugalmente	15	7.5	7	2.8	4	1.3
15 No asistió a la esc.+ se unió cony.+ empezó a trab.	13	6.5	3	1.2	0	0.0
Subtotal	49	24.5	20	8.0	5	1.7
Total	201	100	254	100	233	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Por lo que respecta a aquellos trayectos donde las mujeres no contaban con escolaridad, dados por el número 12, 13, 14 y 15, fueron disminuyendo en el tiempo al pasar del 24.5% en las mujeres de la cohorte más antigua al 1.7% en las más jóvenes. Ello señala que el ingreso a la escuela, y por tanto su salida, se fue institucionalizando en la sociedad mexicana gracias a los esfuerzos conjuntos del gobierno y de la sociedad por brindarles un mayor nivel educativo a sus jóvenes.

2.1.1 Itinerarios de la cohorte 1936-1938

Por cohortes se observa (cuadro 38) que en la más antigua tres de cada diez mujeres salían de la escuela y posteriormente se casaban, como lo revela la secuencia 4, reflejando la ausencia del ingreso al mercado laboral para ellas, tal como lo señalaban las costumbres de mediados del siglo pasado y es que en esta generación apenas el 52% de las mujeres realizó algún trabajo extradoméstico antes de los 30 años.

Lo anterior deja ver que la secuencia normativa de la población femenina que vivió su juventud durante la década de los 50 y 60 no pareció incluir el trabajo extradoméstico como parte de su conformación a la vida adulta y si en cambio la nupcialidad, cuya normativa social para constituirse como mujeres era muy fuerte. Lo cual es un claro ejemplo de cómo las trayectorias cambian a lo largo del tiempo y se modifican de acuerdo a los requerimientos de la sociedad, los mandatos de género y aún de la economía.

En esta generación también se presentaron los itinerarios número 3 y 5, aunque en menor medida. La secuencia 3 si bien no fue el patrón dominante, si fue seguida por una de cada cuatro mujeres, lo cual pudiera estar relacionado con las tempranas edades de egreso escolar de ellas, ya que debe recordarse que la edad mediana de salida de la escuela de esta generación se ubicó en los 12 años, por lo que el dejar la escuela aumentó sus posibilidades de realizar las siguientes transiciones en lapsos cortos de tiempo.

Otras secuencias presentes fueron aquellas donde las mujeres no contaron con algún grado de educación formal, como se aprecia en los números 12 al 15, lo que muestra que un 25% de la población femenina de esta generación no tuvo acceso al sistema educativo, ya que sus primeros años de vida se ubicaron dentro de un país que si bien comenzaba a prosperar económicamente, apenas empezaba a promover la escolaridad de sus miembros.

En tanto que la combinación de las tres transiciones teniendo como inicio de la secuencia el ingreso a la vida laboral, tal como lo muestran las trayectorias 7 y 8 estuvo presente en un 7% de las mujeres. Ello indica que comenzaba someramente a delinearse el trabajo como una transición importante para un pequeño sector de la población femenina urbana de la década de los años cincuenta.

2.1.2 Itinerarios de la cohorte 1951-1953

En la cohorte intermedia la trayectoria 3 o normativa, ganó importancia, desplazando a la 4 que se caracteriza por la ausencia del ingreso a la vida laboral de las mujeres. Al respecto, y

como en la generación anterior, se considera que el aumento del porcentaje de la trayectoria 3, que inicia con la salida de la escuela, se debió mayormente al temprano egreso del sistema escolar que las mujeres de esta cohorte experimentaron, ya que su edad mediana se situó en los 13 años, y no al apego a las normas sociales que indican que ésta es la trayectoria que la gran mayoría de la población debería seguir. Sin embargo, si destaca el hecho de que a partir de esta cohorte el trabajo comenzó a ganar preponderancia, aunque sería definitivamente en la siguiente generación donde las mujeres harían su entrada masiva al mercado laboral.

Luego del trayecto 3, aquellos marcados con el número 4 y 5 fueron los que agruparon el mayor porcentaje, todos ellos teniendo como transición de inicio la salida de la escuela, lo que es indicativo del aumento de la escolaridad en esta cohorte, ya que aproximadamente un 85% de esta población asistió al menos un año a la escuela y de ella, el 76% primero la dejó para luego realizar alguna de las otras dos transiciones.

Otro itinerario que cobró importancia en una de cada diez mujeres de la cohorte intermedia fue el 7, el cual inicia con la vida laboral, seguido de la salida de la escuela y del inicio de la vida en pareja, lo que nuevamente resalta el valor que en esta generación comenzó a adquirir el trabajo extradoméstico como forma de iniciar la adultez, a diferencia de la cohorte antigua.

Las trayectorias donde las mujeres no tuvieron la oportunidad de asistir a la escuela, marcadas con los números 13, 14 y 15, también estuvieron presentes en un 8% de la población femenina de esta cohorte. Y si bien los itinerarios 1, 2 y 6, relacionados con la ausencia de la unión conyugal, agruparon pocos casos, apenas un 6%, aumentaron en esta generación con respecto a la anterior, lo que es un indicio de la aparición de formas de vida alejadas de lo convencional, donde el matrimonio comenzó a posponerse temporal o definitivamente para dedicarle más tiempo al estudio y/o al trabajo.

2.1.3 Itinerarios de la cohorte 1966-1968

En la cohorte joven vuelven a encontrarse cambios en el orden de algunas trayectorias. Si bien la secuencia 3 siguió presentándose en el 34% de la población, no llegó a establecerse como el patrón dominante, ya que las trayectorias 4, 2 y 5, en ese orden, también fueron seguidas por estas mujeres, mismas que comenzaron con la salida escolar como primera transición, ello a pesar de que en esta cohorte dichas trayectorias tuvieron un menor riesgo de presentarse por el corte temporal que se realizó para precisarlas. Ello confirma el aumento de la escolaridad como una transición importante en la vida de las mujeres mexicanas a partir de

la década de los setenta, ya que en esta generación el 93% asistió a la escuela, por lo que esta transición no sólo les proveyó de capital humano, sino que probablemente también les permitió retrasar su ingreso a la vida conyugal y laboral.

Asimismo, las mujeres de la generación joven aumentaron masivamente su participación laboral con un 74%, por lo que las trayectorias 7, 6 y 8, relacionadas con el inicio de la vida productiva como transición de inicio, también cobraron importancia. Esto señala el valor que tomó en ellas el ingreso al mercado de trabajo, independientemente de si éste se realizó por aspiración personal o para cubrir las necesidades económicas de su hogar.

En conclusión, más que un patrón normativo en las mujeres, se encontraron indicios de la existencia de una diversidad de trayectorias que han variado de acuerdo a los cambios históricos, económicos y sociales del país.

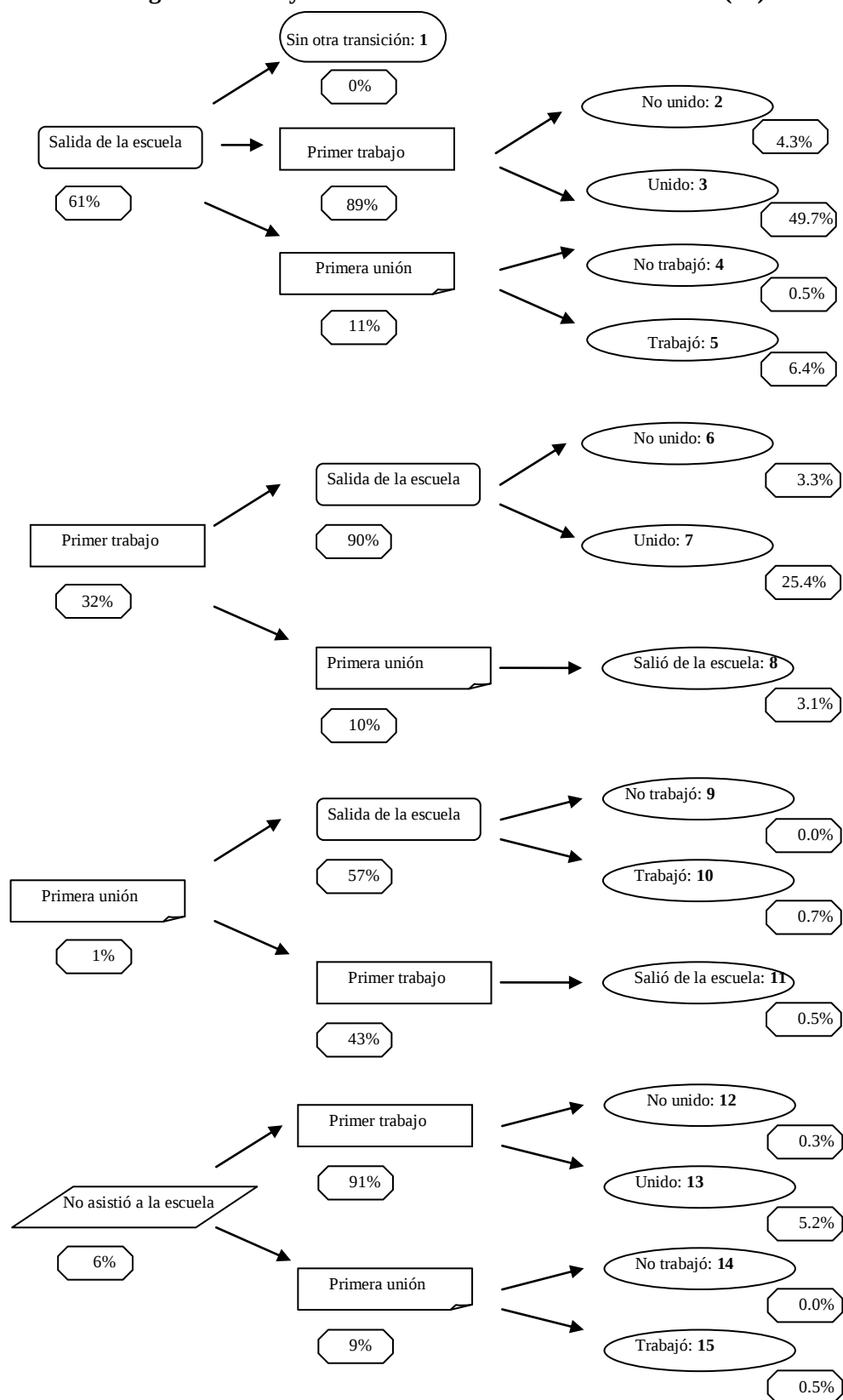
2.2 Secuencias vitales de los varones

En los varones la distribución de sus trayectorias, si bien coincide en algunos aspectos con las mujeres, también varía en sus porcentajes, ya que la salida de la escuela como transición de inicio agrupó a seis de cada diez de ellos. En tanto que el comenzar su trayectoria trabajando fue experimentado por más del 30% de los otros varones, lo cual es congruente con la división tradicional del trabajo que marca para ellos una edad de inicio laboral más temprana e intensiva, por lo que un mayor porcentaje de hombres que de mujeres empezó su vida adulta obteniendo un empleo estable.

Para el total de los hombres de cada generación sobresalen los trayectos marcados con el número 3 y 7 en ese orden, ya que en todas las generaciones fueron los que mayormente se realizaron (véase el diagrama 2). El primero se refiere a la trayectoria que agrupa las tres transiciones en un orden normativo desde el punto de vista del curso de vida, y fue vivida por aproximadamente dos de cada cuatro varones. Mientras que el segundo comienza con el ingreso a la fuerza laboral y sigue con la salida de la escuela y la unión conyugal y a ella se apegó uno de cada cuatro hombres de cada una de las tres cohortes.

Contrario a ello, es prácticamente nulo el porcentaje que primero se casó y luego realizó alguna de las otras dos transiciones. En cuanto a las secuencias marcadas por la falta de escolaridad, si bien el porcentaje fue más bajo en los varones que en las mujeres, el 6% de la población masculina nunca asistió a la escuela.

Diagrama 2. Trayectorias de vida del total de los varones (%)



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Destacan además las secuencias 2, 5, 6, 8 y 13, aunque ya en distinto orden y porcentajes según la cohorte, donde la transición de inicio fue ya sea salir de la escuela o conseguir un trabajo estable. Las trayectorias relacionadas con la ausencia de trabajo, tales como la 1, 4, 9 y 14 simplemente no fueron opciones de vida para la población masculina, ya que el laborar antes de los 30 años es una transición que casi todos realizaron. Esto confirma que el trabajo es una actividad indispensable para darle sentido y dirección a la vida del hombre y que incluso contribuye a formar su identidad de género. De igual forma, aquellas secuencias donde la transición que la detona es la unión matrimonial tampoco agruparon casos.

Cuadro 39. Trayectorias de vida de los hombres según cohorte de nacimiento

Trayectorias	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
1 Salió de la escuela	0	0.0	0	0.0	0	0.0
2 Salió de la escuela+ empezó a trabajar	2	1.1	5	2.4	18	9.3
3 Salió de la esc.+ empezó a trabajar+ se unió cony.	91	51.7	114	54.5	82	42.5
4 Salió de la escuela+ se unió conyugalmente	1	0.6	2	1.0	0	0.0
5 Salió de la esc.+ se unió cony.+ empezó a trabajar	10	5.7	15	7.2	12	6.2
Subtotal	104	59.1	136	65.1	112	58.0
6 Empezó a trabajar+ salió de la escuela	2	1.1	2	1.0	15	7.8
7 Empezó a trabajar+ salió de la esc.+ se unió cony.	43	24.4	52	24.9	52	26.9
8 Empezó a trabajar+ se unió cony.+ salió de la esc.	4	2.3	7	3.3	7	3.6
Subtotal	49	27.8	61	29.2	74	38.3
9 Se unió conyugalmente+ salió de la escuela	0	0.0	0	0.0	0	0.0
10 Se unió cony.+ salió de la esc.+ empezó a trabajar	1	0.6	1	0.5	2	1.0
11 Se unió cony.+ empezó a trabajar+ salió de la esc.	0	0.0	2	1.0	1	0.5
Subtotal	1	0.6	3	1.5	3	1.5
12 No asistió a la esc.+ empezó a trabajar	2	1.1	0	0.0	0	0.0
13 No asistió a la esc.+ empezó a trab.+ se unió cony.	19	10.8	7	3.3	4	2.1
14 No asistió a la esc.+ se unió conyugalmente	0	0.0	0	0.0	0	0.0
15 No asistió a la esc.+ se unió cony.+ empezó a trab.	1	0.6	2	1.0	0	0.0
Subtotal	22	12.5	9	4.3	4	2.1
Total	176	100	209	100	193	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Aunado a lo anterior, sólo haber trabajado, trayectoria 12, no se presentó en los varones, mostrando así que si bien contar con un trabajo estable es sumamente importante para ellos, esto se complementa con las otras dos transiciones, ya que la escolaridad, pero sobre todo el matrimonio parecieron ser trascendentales en la configuración de su vida como adultos.

En breve, las trayectorias de los varones parecieron menos diversas que las de las mujeres, sobre todo al no estar ellos en posibilidad de suprimir su ingreso al mercado laboral en algún momento de su vida o de casarse antes de tener experiencia laboral.

2.2.1 Secuencias de la cohorte 1936-1938

En el cuadro 39 se observa que en la cohorte más antigua, además de las trayectorias 3 y 7, los varones siguieron las secuencias 13, 5 y 8, en ese orden, mismas que agrupan las tres transiciones en distinto orden y tienen en común el que la segunda transición sea el inicio de la vida conyugal con un 19%. Lo cual muestra la importancia que el vivir en pareja tuvo para ellos una vez que se encontraron con posibilidades económicas para mantener un nuevo hogar, muy por encima de las combinaciones de escolaridad y trabajo sin unión conyugal a las que se refieren las secuencias 1, 2, 6 y 12, mismas que en conjunto sólo agruparon un 3%.

2.2.2 Secuencias de la cohorte 1951-1953

En la cohorte intermedia de varones siguieron manteniéndose los itinerarios 3 y 7 como los que más casos agruparon con un 79%. Además de ello, otros donde las tres transiciones estuvieron presentes y que resultaron importantes fueron el 5 y 8 con un 11%, lo que pudiera deberse a que esta generación tuvo menos tiempo para casarse al momento de ser encuestados. Mientras que aquellos donde el hombre no se casó tales como el 1, 2, 6 y 12 fueron seguidas tan sólo por el 3% de la población.

2.2.3 Secuencias de la cohorte 1966-1968

En la generación más joven, aparte de los trayectos 3 y 7, destacaron por primera vez, aquellos en donde no se incluye a la primera unión conyugal, tal como el 2 y 6 con un 17%. Ello refiere el aumento de la posposición de la vida marital para un grupo importante de varones de esta cohorte. Mientras que las trayectorias 5 y 10, que incluyen a las tres transiciones en algún orden, fueron elegidas por uno de cada diez varones.

2.3 Estudio de las principales trayectorias de vida de las mujeres y de los hombres

En este apartado se eligieron sólo las tres secuencias que se consideraron más importantes para mujeres y varones para así poder analizarlas con más detalle en sus edades medianas por cohorte y sexo. Las trayectorias que se seleccionaron fueron la 3: salida de la escuela, primer trabajo estable y primera unión, la 5: salida de la escuela, primera unión y primer trabajo estable y la 7: primer trabajo, salida de la escuela y primera unión.

Cuadro 40. Trayectorias principales de las mujeres según cohorte de nacimiento

	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
Trayectoria 3	51	25.4	88	34.8	79	33.8
Trayectoria 5	22	10.9	42	16.6	26	11.1
Trayectoria 7	10	5.5	27	10.7	25	10.7
Otras secuencias	118	58.7	97	37.9	103	43.6
Total	201	100	254	100	233	100

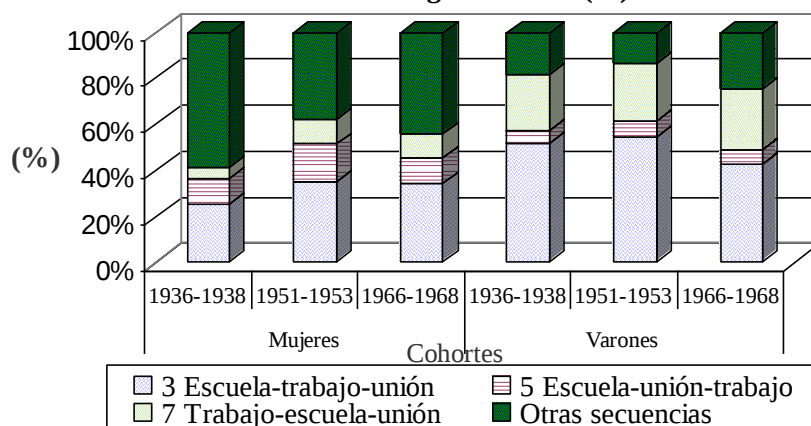
Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Trayectoria 3: Salida de la escuela, primer trabajo estable y primera unión. Trayectoria 5: Salida de la escuela, primera unión y primer trabajo estable. Trayectoria 7: Primer trabajo estable, salida de la escuela y primera unión.

De los tres trayectos, el que más predominó en las tres cohortes de mujeres fue el 3, el 5 y el 7 respectivamente. Mientras que en los varones fueron las trayectorias 3 y 7 las que aglutinaron el mayor número de casos. En tanto que la secuencia 5 fue seguida realmente por un grupo minoritario de varones dado que primero se presentó la unión y posteriormente el ingreso al mercado laboral, por lo que el número de casos fue muy bajo. Sin embargo, se le incluyó porque en las mujeres fue una de las secuencias más comunes.

En la siguiente gráfica se aprecian los contrastes entre cohortes, pero sobre todo entre mujeres y hombres en los porcentajes de estas secuencias. Destaca el predominio del trayecto 3 en el 50% de ellos, mientras que en las mujeres no pasó de un 35%.

Gráfico 32. Principales trayectorias de vida de las mujeres y de los varones según cohorte (%).



Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Además de las tres trayectorias 3, 5 y 7, las 12 restantes se distribuyeron en la población femenina entre un 38% y un 59% de las personas, variando según la cohorte. Asimismo, se observa que ningún trayecto logró constituirse como el patrón dominante a lo largo de 30 años, sino que más bien ha sido la combinación de las tres transiciones, comenzando por la salida de la escuela y en menor medida por el primer empleo, las que han sido seguidas por ellas, lo que indica la presencia de secuencias distintas, y quizá normativas desde el punto de vista de su grupo social de origen, dadas por el momento socio-histórico que a la cohorte le tocó vivir.

Por cohortes, destaca en la más antigua la mayor variedad de trayectos que se encontraron presentes en la vida de estas mujeres, lo cual se debe a que el 27% de ellas no asistió a la escuela y el 48% no realizó trabajo extradoméstico, por lo que se amplió el rango de opciones de las secuencias en donde estuvo ausente una de las dos transiciones.

Mientras que en las dos cohortes siguientes, dado el aumento en los porcentajes de escolaridad y, en la tercera generación, de ingreso al mercado laboral, es que los tres itinerarios estudiados, 3, 5 y 7, aumentaron su porcentaje en un 60%, restándole impacto a las secuencias donde la escolaridad y la incorporación al trabajo extradoméstico no estuvieron presentes.

Sin embargo, aun así las mujeres experimentaron una mayor diversificación de sus trayectorias que los varones, debido a que ellas aprovecharon la existencia de más oportunidades para la educación y para la participación en la fuerza laboral, por lo que pudieron ampliar sus opciones de vida.

Por su parte, en los hombres las secuencias 3 y 7 fueron las que predominaron en tres de cada cuatro personas de las tres generaciones, una corresponde al patrón normativo señalado por el curso de vida para los países desarrollados y la otra es una variante en donde el inicio de la adultez comienza con el ingreso al mercado laboral.

Cuadro 41. Trayectorias principales de los hombres según cohorte de nacimiento

	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
	n	%	n	%	n	%
Trayectoria 3	91	51.7	114	54.5	82	42.5
Trayectoria 5	10	5.7	15	7.2	12	6.2
Trayectoria 7	43	24.4	52	24.9	52	26.9
Otras secuencias	32	18.2	28	13.4	47	24.4
Total	176	100	209	100	193	100

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Trayectoria 3: Salida de la escuela, primer trabajo estable y primera unión. Trayectoria 5: Salida de la escuela, primera unión y primer trabajo estable. Trayectoria 7: Primer trabajo estable, salida de la escuela y primera unión.

Los porcentajes de ambas secuencias se mantuvieron más o menos iguales en cada cohorte, excepto que en la más joven descendió el porcentaje que recurrió al itinerario normativo y aumentó el del grupo de las otras 12 secuencias, lo cual se debió mayoritariamente a la posposición de la unión conyugal.

Debido a la división tradicional del trabajo los varones no pueden posponer el contar con un trabajo estable hasta después de iniciar su vida marital, por tal el trayecto 5, que en las mujeres resultó ser importante para una de cada diez, en los hombres fue reducido y limitado a un grupo con características muy particulares que más adelante se analiza.

2.4 Análisis de las edades medianas de inicio de las principales secuencias

En esta sección se buscó ahondar en las tres trayectorias principales por sexo y cohorte. Para ello se obtuvo la edad mediana de la transición que dio inicio al trayecto de vida para cada subpoblación, luego se calcularon los intervalos medianos entre la primera y segunda transición, y posteriormente entre la segunda y tercera, precisándose así las edades medianas de cada evento para cada trayecto.¹³⁷

¹³⁷ Para ver esquemáticamente las edades de cada trayectoria para mujeres y para varones consúltense los gráficos 33, 34 y 35 de este mismo capítulo.

2.4.1 Estudio de la temporalidad de los trayectos de vida de las mujeres por cohorte

En las mujeres la edad mediana de la trayectoria 3 (cuadro 42), que comienza con la salida escolar, fue aumentando en cada cohorte debido a los logros en la cobertura escolar que durante la segunda parte del siglo XX se registraron en el país. Sin embargo, si se comparan estas edades con las medianas donde se incluye al total de la población femenina en cada cohorte,¹³⁸ se ve que, con excepción de la generación intermedia, en esta secuencia la salida de la escuela sucedió más de un año antes, es decir que las mujeres que siguieron este trayecto no sólo no acumularon un mayor capital humano, sino que incluso su salida fue precoz con respecto al conjunto de las mujeres de su cohorte.

Cuadro 42. Edad mediana de inicio de las trayectorias principales y duración mediana del intervalo entre transiciones de las mujeres según cohorte de nacimiento

	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Trayectoria 3: Salió de la escuela+ empezó a trabajar+ se unió conyugalmente			
Edad mediana a la que salió de la escuela	11.0	13.0	14.0
Salió de la escuela+ empezó a trabajar	3.0	2.0	2.0
Empezó a trabajar+ se unió conyugalmente	5.0	4.0	4.0
Total de años	19.0	19.0	20.0
Años transcurridos entre la transición de inicio y la final	8	6	6
n	(51)	(88)	(79)
Trayectoria 5: Salió de la escuela+ se unió conyugalmente+ empezó a trabajar			
Edad mediana a la que salió de la escuela	10.0	12.0	14.0
Salió de la escuela+ se unió conyugalmente	6.5	4.5	2.0
Se unió conyugalmente+ empezó a trabajar	7.0	7.5	3.0
Total de años	23.5	24.0	19.0
Años transcurridos entre la transición de inicio y la final	13.5	12	5
n	(22)	(42)	(26)
Trayectoria 7: Empezó a trabajar+ salió de la escuela+ se unió conyugalmente			
Edad mediana a la que empezó a trabajar	14.0	14.0	15.0
Empezó a trabajar+ salió de la escuela	3.0	3.0	1.0
Salió de la escuela+ se unió conyugalmente	3.0	2.0	4.0
Total de años	20.0	19.0	20.0
Años transcurridos entre la transición de inicio y la final	6	5	5
n	(10)	(27)	(25)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Ello confirma, sobre todo en las cohortes extremas, que las personas que se apegaron a este itinerario no lo hicieron siguiendo el ideal social de adquirir un mayor nivel educativo

¹³⁸ Véase el cuadro 12 del capítulo IV sobre la salida de la escuela de las mujeres por cohorte.

y de desempeñarse laboralmente para luego contraer matrimonio, como en teoría podría suponerse, sino que más bien fueron orilladas a seguirlo debido a su situación económica que les impidió continuar estudiando o a que en su medio social no se esperaba que ellas estudiaran por tiempos prolongados, y en cambio si se les alentaba a que se unieran relativamente jóvenes. Por lo que esta trayectoria no puede ser considerada como un patrón normativo en el sentido que la enuncia el curso de vida.

Y una vez fuera del sistema escolar debieron transcurrir entre dos y tres años para que adquirieran un trabajo que durara al menos un año, lo que muestra que no existió una urgencia porque ellas aportaran económicamente a su hogar, sino que más bien debieron haberse dedicado a realizar las labores domésticas y quizá trabajaron fuera del hogar de manera intermitente.

Asimismo, entre el inicio de la vida productiva y conyugal mediaron entre cuatro y cinco años, es decir que las jóvenes se desempeñaron laboralmente durante un periodo más o menos largo antes de casarse. Sin embargo, sería interesante saber en qué tipo de empleos lo hicieron, ya que dada su escasa escolaridad, de entre primaria y secundaria, y la temprana edad a la que comenzaron a trabajar, son bajas las posibilidades de que lo hicieran en empleos bien remunerados.

De igual forma, se observa que en las cohortes más antiguas de mujeres la edad mediana a la conclusión del itinerario 3 se dio a los 19 años, y fue sólo en la más joven en que dicha edad se retrasó hasta los 20 años, producto del aumento de la escolaridad de esta generación. Es decir que las mujeres de este grupo iniciaron y concluyeron a muy temprana edad lo que podría llamarse el primer trayecto de su vida como adultas.

Por lo que respecta a la trayectoria 5, la cual de igual manera comienza con la conclusión de los estudios, se aprecian edades medianas de salida del sistema escolar todavía menores, no sólo con respecto al total de la población femenina de cada generación, sino también en comparación con las mujeres del trayecto 3. Las diferencias entre la mediana general y la de éstas son hasta de dos años, lo que muestra que las dos trayectorias más típicas de cada cohorte no fueron precisamente las que aglutinaron a las mujeres con mayores niveles de escolaridad.

En la secuencia 5 se observa que luego de haber salido de la escuela las mujeres de las generaciones más antiguas dejaron pasar un tiempo amplio para comenzar a vivir en pareja. Pero este lapso disminuyó drásticamente en la cohorte más joven al pasar de 6.5 a 2 años. De cualquier forma, a la edad de 16 años el 50% de las más jóvenes ya se había unido conyugalmente. Así también, una vez casadas las mujeres de las dos primeras cohortes

dejaron transcurrir más de siete años para comenzar a trabajar, muy seguramente después de haber tenido a sus primeros hijos. En tanto que en la cohorte más joven el lapso se redujo sólo a tres años, por lo que a la edad de 19 éstas ya habían concluido con este primer trayecto de vida, situación que en las dos primeras generaciones se dio hasta los 24 años, siendo la secuencia que más tiempo les llevó completar.

El itinerario 7 por su parte, se distingue porque en él las mujeres comenzaron a trabajar y posteriormente dejaron la escuela y se casaron, es decir que éstas pudieron combinar por algún tiempo las dos primeras transiciones. La edad mediana al primer trabajo estable fue entre los 14 y los 15 años, edades que nuevamente son mucho más bajas que las presentadas por el total de la población de cada generación.¹³⁹

Ello muestra que la subpoblación de la trayectoria 7 pudiera haber tenido necesidades económicas importantes que la llevaron a buscar un trabajo estable a más temprana edad que el resto de las mujeres que alguna vez laboraron. Sin embargo, ello no pareció afectar su asistencia escolar, sobre todo en las dos generaciones más antiguas, ya que dejaron la escuela entre uno y tres años después de que comenzaron a trabajar, pudiendo haber llegado a cursar hasta el nivel medio superior. De esta forma se podría pensar que el hecho de trabajar les proveyó de recursos económicos para no abandonar sus estudios. Asimismo, una vez fuera del sistema escolar muy probablemente continuaron trabajando entre dos y cuatro años más, para casarse entre los 19 y los 20 años, en edades más o menos similares a las del resto de las mujeres de su cohorte, transcurriendo entre 5 y 6 años desde el inicio hasta la finalización de esta trayectoria.

2.4.2 Estudio de la temporalidad de los itinerarios de los varones por cohorte

En los hombres la edad mediana de salida de la escuela en la trayectoria 3 se presentó entre los 11 y los 15 años. En ellos, al igual que en las mujeres, también se ve el incremento en el tiempo en dichas edades, producto del aumento generalizado de la escolaridad de la población mexicana a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

Al realizar la comparación entre esta edad y la mediana general de los varones de cada cohorte¹⁴⁰ se aprecian edades mucho menores, hasta de dos años, para los que siguieron la trayectoria 3, lo que lleva a pensar que al igual que en el caso de las mujeres, aquellos que se apegaron a este trayecto no lo hicieron siguiendo los mandatos sociales sino que más bien

¹³⁹ Consúltase el cuadro 21 sobre las edades al primer trabajo de las mujeres en el capítulo V.

¹⁴⁰ Véase el cuadro 14 sobre las edades de salida de la escuela de los varones en el capítulo IV.

pareciera que no tuvieron opciones o posibilidades de continuar estudiando, y por tal salieron a más temprana edad de la escuela.

A pesar de las precoces edades de salida del sistema escolar, ellos no obtuvieron un trabajo estable rápidamente, ya que debieron pasar entre dos y tres años para que tuvieran un empleo fijo por más de un año, por lo que o bien estos varones permanecieron en el hogar o bien trabajaron por periodos cortos en actividades eventuales, dado su bajo nivel escolar de entre primaria y secundaria y su corta edad, sobre todo en las generaciones más antiguas.

Cuadro 43. Edad mediana de inicio de las trayectorias principales y duración mediana del intervalo entre transiciones de los varones según cohorte de nacimiento

	1936-1938	1951-1953	1966-1968
Trayectoria 3: Salió de la escuela+ empezó a trabajar+ se unió conyugalmente			
Edad mediana a la que salió de la escuela	11.0	13.0	15.0
Salió de la escuela+ empezó a trabajar	3.0	2.0	2.0
Empezó a trabajar+ se unió conyugalmente	9.0	5.0	4.0
Total de años	23.0	20.0	21.0
Años transcurridos entre la transición de inicio y la final	12	7	6
n	(91)	(114)	(82)
Trayectoria 5: Salió de la escuela+ se unió conyugalmente+ primer trabajo estable			
Edad mediana a la que salió de la escuela	12.0	15.0	15.5
Salió de la escuela+ se unió conyugalmente	8.0	5.5	4.0
Se unió conyugalmente+ empezó a trabajar	3.0	2.0	2.0
Total de años	23.0	22.5	21.5
Años transcurridos entre la transición de inicio y la final	11	7.5	6
n	(10)	(15)	(12)
Trayectoria 7: Empezó a trabajar+ salió de la escuela+ se unió conyugalmente			
Edad mediana a la que empezó a trabajar	12.0	11.0	12.5
Empezó a trabajar+ salió de la escuela	2.0	2.0	3.0
Salió de la escuela+ se unió conyugalmente	6.0	6.0	3.5
Total de años	20.0	19.0	19.0
Años transcurridos entre la transición de inicio y la final	8	8	6.5
n	(43)	(52)	(52)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

En el trayecto 3 el comenzar a vivir en pareja fue una transición que se postergó hasta pasados los 21 años, cuando posiblemente ya contaban con algún capital para iniciar su propia familia. La edad mediana a la primera unión de esta subpoblación resultó ser menor a la del total de la población, ello posiblemente por la reducción en el tiempo que se dio en el intervalo entre el primer trabajo y la primera unión, misma que pasó de 9 a 4 años entre

cohortes extremas, lo que a su vez disminuyó tanto la edad a la que concluyeron con este itinerario, como el tiempo que les tomó completarlo.

En resumen, los varones que siguieron el trayecto 3 mostraron edades medianas más tempranas en cada transición que el resto de la población. Ellos siguieron dicha secuencia por la deserción escolar precoz y no por haber concluido los estudios que les facilitarían su ingreso al mercado laboral en condiciones óptimas y a edades más tardías.

En cuanto a la secuencia 5, que vuelve a iniciar con la salida de la escuela, se encontraron edades medianas similares a las del total de la población masculina de cada cohorte, sobre todo en las dos primeras generaciones. Luego de ello, transcurrió un lapso considerable entre la salida de la escuela y la primera unión conyugal, aunque los intervalos entre estas dos transiciones disminuyeron en el tiempo al pasar de 8 a 4 años entre cohortes extremas. Asimismo, en las tres generaciones se encontraron edades medianas a la primera unión menores a las vividas por el conjunto de la población masculina.

Sin embargo, una vez unidos conyugalmente todavía transcurrieron entre dos y tres años para que tuvieran un trabajo estable. Dicha situación pudiera tener su explicación en la forma como se recolectó la información de la Eder, ya que sólo se registraron los trabajos con duración de al menos un año, por lo que muy posiblemente estos jóvenes realizaran trabajos eventuales antes, y posiblemente después de casados, mismos que les ofrecieron gran inestabilidad económica a ellos y a sus familias y pocas oportunidades de conservarlos por periodos largos de tiempo. Tal conclusión se debe a que no es factible, dada la división tradicional del trabajo, que ellos hubieran postergado por años el ingreso al mercado laboral una vez viviendo en pareja.

En el trayecto 7 que inicia con el ingreso a la fuerza laboral la edad mediana a la que los varones comenzaron a trabajar varió entre los 11 y los 12 años, sin una tendencia definida. Al realizar la comparación con la edad mediana general de cada cohorte¹⁴¹ se aprecian aquí edades mucho más tempranas de iniciación laboral, con diferencias que van de entre los dos y los cinco años. Es decir que estos hombres debieron tener un mayor interés por entrar al mercado laboral, ya sea para contribuir a la economía de su hogar o para financiarse sus estudios.

La última explicación es factible debido a que una vez dentro del mercado de trabajo pasaron entre dos y tres años para que ellos dejaran la escuela, en edades cercanas a la conclusión de la secundaria, por lo que es posible, al igual que en las mujeres que siguieron

¹⁴¹ Véase el cuadro 22 acerca de la edad de inicio de la vida laboral masculina en el capítulo V.

esta secuencia, que el trabajo les haya facilitado su permanencia en el sistema escolar al proveerles de recursos económicos para continuar con su educación formal.

Y una vez fuera de la escuela pasó un lapso considerable de tiempo, sobre todo en las dos primeras cohortes, para que ellos comenzaran a vivir en pareja. En la más joven se aprecia que el intervalo entre la segunda transición y el comienzo de la vida marital se redujo al pasar de 6 a 3.5 años. Por último, este trayecto les llevó entre 8 y 6 años concluirlo, presentando las edades más jóvenes al final, ya que entre los 19 y los 20 años estos varones ya habían realizado las tres transiciones, seguramente facilitadas por el hecho de que desde temprana edad fueron acumulando experiencia laboral y quizá un capital económico que les permitió casarse pronto.

2.4.3 Comparación de la temporalidad de las trayectorias de vida por género

A continuación se presenta una comparación entre las tres trayectorias más seguidas por mujeres y por varones a lo largo del tiempo para observar sus semejanzas y diferencias. Comenzando por la secuencia 3 se aprecia que ambos egresaron de la escuela a la misma edad en las dos primeras cohortes, es decir a los 11 años en la más antigua y a los 13 en la intermedia, no observándose una distancia educativa por género en las dos primeras. Mientras que en la más joven se presentó una edad más tardía de salida de la escuela a favor de los hombres. En todos los casos se observa un paulatino aumento en el tiempo de la edad mediana de la conclusión de los estudios formales, aunque con edades medianas más precoces que las presentadas por el conjunto poblacional al que cada uno pertenecía.¹⁴²

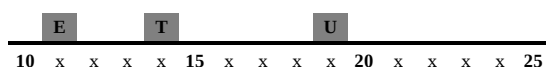
¹⁴² Situación que también es reportada por Coubès y Zenteno (2005), ya que ellos afirman que en todas las cohortes, los hombres y mujeres que vivieron la secuencia normativa tuvieron un nivel educativo menor que aquellos que rompieron con esta secuencia por trabajar antes de abandonar la escuela.

Gráfico 33.

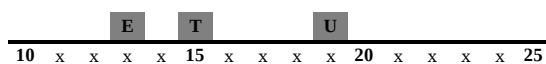
Trayectoria 3. Edad mediana de la salida de la escuela, la entrada al primer trabajo y a la primera unión de mujeres y de varones por cohorte

Mujeres

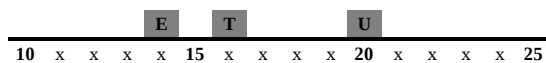
Cohorte 1936-1938



Cohorte 1951-1953

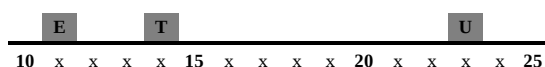


Cohorte 1966-1968

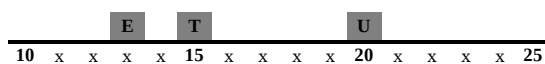


Varones

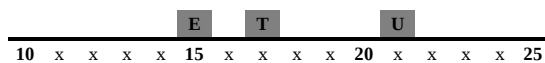
Cohorte 1936-1938



Cohorte 1951-1953



Cohorte 1966-1968



Fuente: Elaborado con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

E= Salida de la escuela. T= Primer trabajo. U= Primera unión conyugal.

Luego de esta transición transcurrieron entre dos y tres años para que mujeres y hombres consiguieran un trabajo seguro, lo que muestra que posiblemente no fueron las carencias económicas las que les hicieron desertar de la escuela, sino que más bien pudo haber sido su medio social el que influyó para que la dejaran a temprana edad al no visualizarse opciones reales de desarrollo dadas por el estudio, realizando quizá trabajos cortos durante ese lapso.

Por último, entre los 19 y los 23 años ambos concluyeron con el trayecto normativo al iniciar su vida en pareja, sin embargo en esta última transición, a diferencia de las dos primeras, si se observan discrepancias por género, ya que en todo momento fue mayor la edad a la primera unión marital de los varones que de las mujeres.

En la secuencia 5 se aprecian todavía más contrastes por género, ya que las mujeres tendieron a dejar la escuela entre dos y tres años antes que los hombres. Asimismo, el 50% de ellas se casó antes de los 17 años, en tanto que los varones pospusieron su enlace matrimonial hasta después de los 20 años.

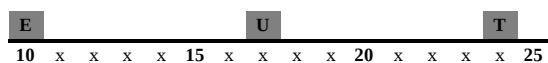
En cuanto al primer trabajo estable, que es la tercer transición de la trayectoria 5, la población femenina reporta que pasaron siete años en las primeras dos generaciones y tres años en la más joven antes de tener un trabajo permanente. Los hombres también debieron haberse enfrentado a mercados laborales constreñidos que no les permitieron contar con trabajos estables de más de un año que pudieran ser registrados en la Eder y por tal declararon un intervalo de entre dos y tres años en el logro de un empleo más seguro, realizando en el inter trabajos esporádicos e inestables para mantener a su familia.

Gráfico 34.

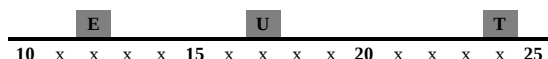
Trayectoria 5. Edad mediana de la salida de la escuela, la primera unión y la entrada al primer trabajo de mujeres y de varones por cohorte

Mujeres

Cohorte 1936-1938



Cohorte 1951-1953

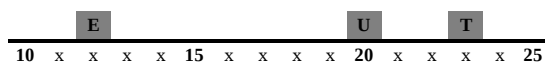


Cohorte 1966-1968

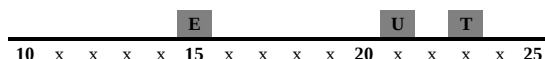


Varones

Cohorte 1936-1938



Cohorte 1951-1953



Cohorte 1966-1968



Fuente: Elaborado con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

E= Salida de la escuela. U= Primera unión conyugal. T= Primer trabajo.

Por su parte, en el itinerario 7 que comienza con el primer trabajo se aprecian edades más tardías de iniciación laboral en las mujeres que en los varones, lo cual concuerda con la división del trabajo por género que marca para ellos un ingreso masivo y temprano al mismo, en tanto que en las mujeres esta transición puede ser pospuesta o no experimentada.

Gráfico 35.

Trayectoria 7. Edad mediana de la entrada al primer trabajo, la salida de la escuela y la primera unión de mujeres y de varones por cohorte

Mujeres

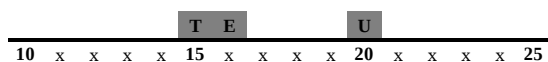
Cohorte 1936-1938



Cohorte 1951-1953

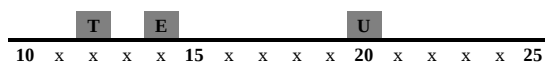


Cohorte 1966-1968

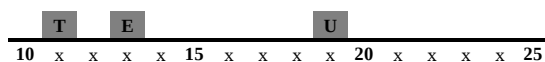


Varones

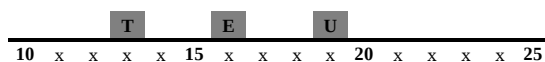
Cohorte 1936-1938



Cohorte 1951-1953



Cohorte 1966-1968



Fuente: Elaborado con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

T= Primer trabajo. E= Salida de la escuela. U= Primera unión conyugal.

Luego de ello, se observa en ambos casos que comenzar a trabajar no pareció ser un factor que precipitara el abandono de los estudios, ya que esta segunda transición se dio entre uno y tres años después de empezar a laborar, por lo que es posible pensar que el trabajo mas bien les facilitó los medios económicos para continuar con sus estudios.

Al respecto, Coubès y Zenteno (2005) consideran tres posibles explicaciones al hecho de que el incremento de la educación de estas cohortes parece estar asociado a una mayor propensión de iniciar el empleo antes de dejar la escuela: la primera hace referencia a que

entre mayor tiempo permanezca la persona en la escuela, mayor será el riesgo de iniciar un empleo antes de finalizar los estudios debido a que el tiempo por si sólo es un factor que influye en las probabilidades de comenzar a trabajar. La siguiente explicación es de tipo económico, ya que tal vez las familias necesiten del aporte económico de los hijos, aún cuando no han terminado la escuela, por lo que éstos deben comenzar a trabajar. Y tercero, dada la estabilidad temporal del matrimonio, las personas que no deseen posponerlo tendrían que comenzar a trabajar aún antes de terminar sus estudios para poder casarse a las mismas edades que los demás.

Dichas explicaciones parecen ser plausibles para la trayectoria 7, ya que por una parte se presentó por un largo tiempo la combinación entre el trabajo y la escuela y por otro lado una vez fuera del sistema escolar se dio la primera unión alrededor de los 20 años en ambas poblaciones, siendo el trayecto que más tempranamente se finalizó de los tres analizados, con edades similares a la primera unión conyugal de sus respectivas cohortes en el caso de las mujeres y más tempranas en los varones.

2.5 Principales trayectos de vida de las mujeres por cohorte y estrato socioeconómico

En esta sección se estudia las tres trayectorias que se han venido analizando pero esta vez por estrato socioeconómico. Dado el número reducido de casos, sobre todo en el nivel medio, es que no se determinaron las edades medianas para cada uno y sólo se presenta una revisión general de los mismos haciendo un mayor énfasis en el estrato bajo.¹⁴³ Por ello, se deben tomar estos resultados apenas como indicios de lo que sucedió al interior de cada uno.

Iniciando por la secuencia 3 se aprecia que, con excepción de la cohorte antigua, en las demás existió un mayor apego a trayecto por parte de las mujeres del estrato bajo que por las del medio, lo cual pudiera deberse a las menores oportunidades que las primeras tuvieron tanto para seguir estudiando como a sus mayores probabilidades de casarse a temprana edad con relación a las mujeres ubicadas en mejores niveles socioeconómicos. Dicha situación las llevó a realizar las tres transiciones a temprana edad, y en lapsos muy cortos de tiempo, ya que el apego a la secuencia normativa pareció darse más por falta de oportunidades educativas que por seguir un estándar social en donde el logro académico y laboral estuviera presente.

¹⁴³ En esta sección el número de casos se redujo debido a que 58 personas no tenían forma de ser ubicadas por estrato socioeconómico, por lo que en las mujeres la población pasó de 688 a 652 casos y en los varones de 578 a 556 casos. Para mayor detalle véase el capítulo III sobre la construcción de esta variable.

**Cuadro 44. Trayectorias principales de las mujeres
según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico (%)**

Cohorte	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
Estrato	E. Bajo	E. Medio	E. Bajo	E. Medio	E. Bajo	E. Medio
Trayectoria 3	24.7	29.4	35.0	30.9	36.9	26.0
Trayectoria 5	10.8	8.8	16.9	12.7	14.8	4.1
Trayectoria 7	3.8	11.8	8.2	21.8	7.4	19.2
Otras secuencias	60.8	50.0	39.9	34.5	40.9	50.7
Total	100	100	100	100	100	100
n	(158)	(34)	(183)	(55)	(149)	(73)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Trayectoria 3: Salida de la escuela, primer trabajo estable y primera unión. Trayectoria 5: Salida de la escuela, primera unión y primer trabajo estable. Trayectoria 7: Primer trabajo estable, salida de la escuela y primera unión.

La trayectoria 5 también fue seguida en mayor medida por las mujeres con menores opciones de desarrollo económico, en donde el inicio de la vida laboral, que es la tercer transición que conforma a esta secuencia, se pospuso hasta mucho después de haberse casado, y por ende después de haber tenido hijos, ello motivado quizá por la necesidad económica de su familia más que por el deseo de ellas de desarrollarse a través del trabajo.

Contrario al panorama anterior, fue menor el porcentaje de mujeres del estrato bajo, con relación a las del medio, que iniciaron su trayectoria vital con un trabajo estable, combinándolo con la escuela para luego dejarla y al final casarse, tal como lo marca la secuencia 7. Lo que en conjunto muestra las mayores desventajas que las mujeres con menores posibilidades económicas enfrentaron en su tránsito hacia la vida adulta.

2.6 Principales trayectos de vida de los hombres por cohorte y estrato socioeconómico

En la población masculina no se aprecia una tendencia definida por estratos en la trayectoria 3, es decir que ésta no pareciera haber estado afectada por el nivel socioeconómico. En tanto que en la secuencia 5, que pudiera estar representando a la población que tuvo mayores problemas para obtener un trabajo estable incluso ya casada, destaca un mayor porcentaje de varones del estrato bajo que siguieron esta secuencia en todas las cohortes, lo cual a su vez sería un reflejo de los bajos niveles educativos con que éstos contaban al momento de buscar incorporarse de manera definitiva al mercado laboral.

En contraste, combinar el trabajo con la escuela y luego unirse conyugalmente, tal como lo indica la trayectoria 7, fue una secuencia que estuvo mayormente presente entre aquellos con mejores condiciones de vida, situación que refleja la posibilidad que estos varones tuvieron de ajustar ambas transiciones como una forma de costearse los estudios.

Finalmente si bien los porcentajes varían, se observa que las secuencias 3 y 7 fueron quienes mayormente concentraron a tres de cada cuatro hombres en cada cohorte y estrato, ello es un indicio de que la manera de comenzar la vida adulta de los varones traspasa las diferencias socioeconómicas e históricas para convertirse en patrones estandarizados de cómo deben iniciar sus trayectos vitales, ya sea egresando del sistema escolar o trabajando, y hasta después de un lapso considerable de tiempo comenzar su vida en pareja.

**Cuadro 45. Trayectorias principales de los varones
según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico (%)**

Cohorte	1936-1938		1951-1953		1966-1968	
Estrato	E. Bajo	E. Medio	E. Bajo	E. Medio	E. Bajo	E. Medio
Trayectoria 3	48.8	58.7	57.5	46.4	43.5	43.1
Trayectoria 5	5.8	4.3	8.2	5.4	8.7	2.8
Trayectoria 7	24.0	28.3	23.3	30.4	27.0	27.8
Otras secuencias	21.5	8.7	11.0	17.9	20.9	26.4
Total	100	100	100	100	100	100
n	(121)	(46)	(146)	(56)	(115)	(72)

Fuente: Elaboración propia con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva 1998.

Trayectoria 3: Salida de la escuela, primer trabajo estable y primera unión. Trayectoria 5: Salida de la escuela, primera unión y primer trabajo estable. Trayectoria 7: Primer trabajo estable, salida de la escuela y primera unión.

3. Consideraciones finales

El análisis de las trayectorias de vida de mujeres y de varones permitió ver que aun cuando existe una gran variedad de posibles combinaciones teóricas dadas por la salida de la escuela, el primer trabajo estable y la primera unión, en la realidad las personas siguieron mayormente unas cuantas de ellas.

Entre los resultados más relevantes destaca que la gran mayoría de las mujeres primero dejó la escuela y luego realizó las otras dos transiciones. Aunque también comenzar a laborar, casarse o no haber asistido a la escuela, fueron alternativas que un porcentaje considerable siguió, sobre todo en la cohorte más antigua, sin que en ningún momento se encontrara una trayectoria dominante, sino que más bien pareciera ser que fueron varios los patrones que ellas siguieron dependiendo de los cambios socio-históricos, económicos y culturales que cada una vivió, sintetizados a través de la cohorte, el género y el estrato.

Así, la cohorte más antigua incluyó en menor medida la transición al primer trabajo, mientras que fue amplio el porcentaje de mujeres que no ingresaron a la escuela. En las siguientes dos cohortes ganó importancia la trayectoria 3, dada por la salida de la escuela, el primer trabajo y la primera unión conyugal, mientras que disminuyeron las trayectorias sin

escolaridad a causa de los aumentos en las oportunidades educativas y laborales que durante la segunda mitad del siglo XX se les presentaron. Aunado a ello, en la cohorte joven las secuencias donde se encontró presente la transición al mercado laboral incrementaron su porcentaje.

En términos generales, los itinerarios donde la unión no se presentó en su vida, independientemente del orden, fueron poco seguidas por ellas, ya que el matrimonio fue parte importante de su configuración como adultas. Mientras que las trayectorias donde las mujeres no estudiaron o no trabajaron decrecieron rápidamente en el tiempo

En cambio los varones de todas las cohortes y estratos parecieron seguir mayormente dos trayectorias: la 3, también conocida como normativa, y la 7 en donde comenzaron a trabajar mientras estudiaban, para luego egresar de la escuela y al final unirse maritalmente. Así, y a diferencia de las mujeres, ellos contaron con una menor diversificación de trayectos, ya que iniciar su vida como adultos casándose o no laborar antes de los 30 años son situaciones que simplemente no son viables para los hombres, debido a que el trabajar y ser proveedores de su hogar son dos de los roles que mayormente configuran su masculinidad. Sin embargo, el matrimonio y la escolaridad, junto con el trabajo, también son parte importante de su desarrollo como personas, por lo que en algún momento de la vida han de realizarlos.

Deteniéndose un poco más en las secuencias más representativas tanto para las mujeres como para los hombres, se realizó un análisis de aquellas marcadas con el número 3, 5 y 7. En términos generales se encontró que los que siguieron la trayectoria 3, acumularon un menor capital humano que quienes no se apegaron a ella, por lo que la escuela pareciera no haber sido una opción para ellos. Y una vez fuera del sistema, la realización de las otras dos transiciones en lapsos cortos de tiempo fue inevitable, no observándose grandes diferencias por sexo, aún cuando fueron los varones quienes más postergaron su primera unión conyugal, y por tanto concluyeron este itinerario mucho después que las mujeres. Por tal, la secuencia 3, más que ser un patrón seguido por aquellos que desean apegarse a la normativa social, ha sido un trayecto para quienes no cuentan con las posibilidades económicas o con el estímulo personal para continuar con sus estudios.

Por su parte, se considera que los varones que declararon el trayecto 5, donde primero se presentó la salida de la escuela, la unión y luego el trabajo, se debió probablemente a que ellos no contaron con un trabajo estable de más de un año al inicio de su vida marital y no porque en verdad hubieran tenido opciones de diferirlo una vez casados, lo cual es

confirmado en el estudio por estratos que también se presentó, ya que fueron los hombres del nivel bajo quienes mayormente la manifestaron.

En tanto que la secuencia 7, que inicia con el primer trabajo estable, más que estimular la salida de hombres y mujeres del sistema escolar, pareció favorecer su permanencia entre uno y tres años más, lo cual pudiera deberse a que esta población, de entrada, ya era selectiva al encontrarse mayormente motivada a seguir estudiando, no importándole para ello tener que trabajar si con ello contaban con los recursos económicos para proseguir en la escuela.

Por estratos socioeconómicos se observó en las mujeres del bajo un mayor predominio de las secuencias 3 y 5, donde primero dejaron la escuela y luego trabajaron o se unieron, mientras que en las del nivel medio hubo un mayor porcentaje que inició su vida adulta laborando y luego realizó las otras dos transiciones, tal como lo marca la trayectoria 7.

Mientras que en los varones no se apreciaron dichas diferencias por estrato en las secuencias, ya que o bien comenzaron su vida adulta saliendo de la escuela o trabajando, postergando varios años el inicio de su vida marital, por lo que estas formas de comenzar la adultez parecieron traspasar las diferencias socioeconómicas para establecerse como patrones socialmente esperados de vida.

Finalmente, las secuencias que agruparon a la mayoría comenzaron y concluyeron a temprana edad por lo que estos itinerarios, en muchos de los casos, más que ser elecciones parecieran ser caminos obligados ante la falta de oportunidades sociales y económicas a las que estas personas se enfrentaron.

CONCLUSIONES

Esta investigación parte de considerar la importancia que tienen la salida de la escuela, el ingreso por primera vez al mercado laboral y el inicio de la vida marital en las posibilidades de desarrollo presente y futuro, así como en la conformación de la personalidad y del bienestar familiar de las mujeres y de los hombres.

México es un país que ostenta altos grados de desigualdad social y económica al interior de su población ya que factores históricos y estructurales han hecho muy complejo y diverso el paso a la adultez en sus jóvenes. Éste es un proceso que dista de ser común entre la población mexicana tanto en el tiempo como en el ordenamiento de las transiciones que lo conforman.

Más que presuponer la existencia de un modelo normativo, se consideró la necesidad de discutir la presencia de diversas maneras de convertirse en adultos dependiendo de la cohorte, del género y del nivel socioeconómico de la persona. Por ello se buscó examinar los cambios en el calendario y los efectos de los factores asociados a la salida de la escuela y al inicio de la vida laboral y conyugal de tres cohortes de mujeres y de varones urbanos que realizaron estas transiciones en distintos momentos de la segunda mitad del siglo XX en el país. Asimismo, se precisó el ordenamiento de estas transiciones en trayectorias.

Los hallazgos más importantes de este análisis longitudinal apuntan a señalar desigualdades por estrato socioeconómico, pero sobre todo por género al momento de haber sido realizadas cada una de estas transiciones. Dicho entrelazamiento se sintetiza claramente en las mujeres del estrato bajo, quienes en cada cohorte fueron las primeras en abandonar el sistema escolar, mucho antes que las del estrato medio y que los hombres de su mismo nivel económico.

Asimismo, las mujeres de las dos primeras cohortes, y en especial las de la más antigua, no tuvieron presente la incorporación al mercado de trabajo como parte constitutiva de su transición a la adultez. Sin embargo, se registró la realización de trabajo infantil en todas las cohortes y estratos.

En las mujeres el riesgo de comenzar a trabajar en las distintas duraciones no fue diferencial por estrato. No obstante, las del bajo exhibieron edades mucho más tardías de iniciación laboral que aquellas con mejores niveles de vida, ya que las primeras fueron mayormente confinadas a apoyar en las labores de su hogar de origen. En la cohorte joven, se registró una entrada importante al mercado de trabajo en ambos estratos, pero las del bajo

mostraron un rango intercuartil más amplio, reflejo de una menor institucionalización de esta transición en sus vidas.

El calendario a la vida marital fue más temprano en las mujeres con menos recursos, ya que fueron las primeras en casarse en cada generación, siendo las diferencias más marcadas en la cohorte antigua. Así, la población femenina de esta cohorte, pero sobre todo la del estrato bajo, mostró un completo apego a las normas vigentes de su época, mismas que marcaban un temprano inicio de su vida marital y una ausencia de su integración laboral.

Las trayectorias que más siguieron las mujeres de escasos recursos fueron las que comenzaron con la salida de la escuela para luego trabajar o unirse, presentándose su salida escolar a edades más tempranas que las del resto de las mujeres de su cohorte, lo que confirma que tuvieron pocas oportunidades de continuar por periodos prolongados en la escuela, y una vez fuera de ella las otras dos transiciones se presentaron en poco tiempo, y antes de cumplir los 24 años.

La población femenina de este ámbito se enfrentó a una serie de desventajas cruzadas, producto de su bajo nivel educativo, de su incorporación a la vida laboral en edades muy anticipadas o tardías, de su inicio prematuro de la vida conyugal, así como de una doble desigualdad: de género y socioeconómica al ser mujeres dentro de un medio social adverso.

Por lo que el calendario de estas transiciones es un indicador que muestra cómo, a las desigualdades que las mujeres del nivel socioeconómico bajo presentaban de origen, se sumaron otras desventajas sociales, tal como Saraví (2007) ha destacado. Ante los requerimientos sociales para desarrollarse en un mundo competitivo, las mujeres de este estrato, aún las de la cohorte más joven, no contaron con amplias credenciales escolares, así como con experiencia laboral y con proyectos de vida alejados de la nupcialidad y de la maternidad, por lo que en caso de trabajar por necesidad económica se encontraron en mayores desventajas con relación a los otros grupos sociales.

Con ello no se afirma que el camino de todas las mujeres deba pasar por su ingreso a la universidad, por su incorporación al mercado de trabajo y por la posposición del inicio de la vida en pareja, sino que más bien éstas deben ser transiciones libres, elegidas por las personas en su tiempo, forma y ordenamiento. Ya que como Sen (1992) afirma, las personas deben gozar de oportunidades reales donde tengan la libertad de elegir cómo vivir su vida y por tanto puedan lograr su propio bienestar.

Las mujeres del estrato medio también vivieron desigualdades de género, ya que aún cuando su edad mediana de egreso escolar aumentó, y en cada cohorte permanecieron más tiempo en la escuela con relación a las mujeres del estrato bajo, tuvieron un riesgo más

amplio que los varones de su mismo nivel socioeconómico de dejarla, sobre todo después de los veinte años, debido quizá a que alrededor de esas edades comenzaron a realizar sus transiciones en el ámbito familiar, lo que les dificultó permanecer en la escuela.

Esta situación muestra la articulación entre las desigualdades socioeconómicas y de género, mismas que se expresan en diferentes momentos de la trayectoria educativa de las mujeres, llevando mayormente a las del estrato bajo a abandonar rápidamente sus estudios, sin posibilidades de concluir con los niveles más elementales de educación, en tanto que a las del medio les limita sus aspiraciones educativas en los niveles medios y superiores del sistema escolar.

En la transición al primer trabajo las mujeres no vieron diferenciado su ingreso por nivel socioeconómico, aunque las del estrato medio que sí trabajaron lo hicieron a más temprana edad que las del bajo. Pareciera así, que las mujeres con mejores niveles de vida buscaron mantenerse algunos años más dentro del sistema educativo, retardando al principio de su vida el ingreso al área laboral, para luego incorporarse más rápidamente al mismo, ya con mejores herramientas, pudiendo haber visto en el trabajo una oportunidad para desarrollarse fuera de los papeles tradicionalmente asignados a la población femenina.

En la primera unión si bien la cohorte y el estrato no afectaron el riesgo de casarse de las mujeres, ya que ésta es una transición importante en su vida, si se observó una edad mediana a la primera unión mayor en las del estrato medio con relación a las del nivel bajo. Siendo esta diferencia significativa en la cohorte antigua.

En el engarzamiento de sus transiciones las mujeres con mejores niveles de vida tendieron a seguir la trayectoria donde primero dejaron la escuela para luego realizar las otras dos transiciones. Además fueron ellas quienes en mayor porcentaje iniciaron su vida adulta trabajando, en un intento por proveerse de recursos económicos y por combinar el estudio con el trabajo, ya que su salida de la escuela se dio después de cierto tiempo y se postergó algunos años la unión conyugal. Sin embargo, no es posible generalizar estos patrones de vida al total de la población mexicana; dadas las condiciones de vida de la última mitad del siglo pasado, siendo más bien propio de una minoría de mujeres con mejores condiciones de vida.

En términos generales, las mujeres de cada cohorte y de ambos estratos estuvieron en posibilidad de seguir una gran variedad de trayectorias dadas por su incorporación al sistema escolar y laboral, y por la posposición de la nupcialidad en la cohorte más joven, sin que en ningún momento se encontrara una trayectoria dominante o normativa para ellas.

Asimismo, los itinerarios donde la unión no se presentó antes de los 30 años de edad fueron poco seguidos, en tanto que las trayectorias donde las mujeres no estudiaron o no trabajaron decrecieron rápidamente en el tiempo.

Varios fueron los factores sociodemográficos que caracterizan el inicio de la vida adulta de las mujeres, entre ellos destacó la edad, misma que juega un importante papel en todas y cada una de las transiciones, ya que el tiempo en si es un factor que incrementa las posibilidades de que éstas ocurran. Sin embargo, luego de cierto tiempo el riesgo de realizarlas decrece o se estaciona. En la salida de la escuela ello pudiera deberse a que aquellas que logran ascender determinados niveles educativos ven disminuida su probabilidad de dejar la escuela hasta haberla concluido.

Mientras que en el logro del primer trabajo estable dicho estancamiento pudiera situarse alrededor de las edades reproductivas, donde el matrimonio, pero sobre todo la llegada del primer hijo inhibió su posibilidad de integrarse por primera vez al mercado laboral. Y en el inicio de su vida marital la reducción de los riesgos de casarse luego de ciertas edades pudiera ser resultado de la disminución de los efectivos disponibles en el mercado matrimonial como resultado de la mayor emigración masculina.

De igual manera, se precisó un incremento en las oportunidades educativas y laborales de la población femenina en México, ya que mientras la cohorte antigua tuvo una mayor probabilidad de dejar la escuela, la joven vio disminuido su riesgo de salir con relación a la intermedia. En el ingreso a la vida productiva y en el inicio de la primera unión conyugal las cohortes no vieron diferenciados sus riesgos de realizar labores extradomésticas o de casarse.

Además de ello, se comprobó que a mayor escolaridad las mujeres se ven más motivadas, pero además cuentan con mejores credenciales para obtener un trabajo extradoméstico. En contraste, estar estudiando disminuye los riesgos de comenzar a trabajar.

En la posposición de la nupcialidad fueron las mujeres con escolaridad de primaria, secundaria y preparatoria y más quienes lo hicieron, con relación a aquellas sin escolaridad. Sin embargo, el coeficiente sólo fue significativo para las que tenían secundaria. Lo anterior indica que no son precisamente aquellas con mayor escolaridad quienes la postergan, sino que el cambio se da en los niveles medios de la educación. Y más que el nivel educativo, fue la asistencia escolar la que afectó negativamente la realización de la primera unión.

Conjuntando este resultado se establece que el encontrarse matriculado en un plantel escolar inhibe tanto la obtención de un trabajo estable como el matrimonio de las mujeres, muy seguramente esta posposición se da para concluir con su escolaridad.

Mientras que el haber trabajado un año antes no afectó la salida de la escuela y el inicio de la vida marital en estas mujeres. Y contrario a lo que se esperaba, el estrato socioeconómico no hizo diferencia en las transiciones al primer trabajo y a la primera unión conyugal, no así en la salida de la escuela. Ello indica que independientemente de las condiciones de vida de las mujeres, el trabajo no logró constituirse como parte de sus trayectorias vitales. Contrario a ello, el matrimonio es parte indiscutible en su configuración como mujeres adultas, por lo que traspasa el nivel económico de las personas para establecerse como una constante en sus vidas.

Por su lado, los varones del estrato bajo también compartieron la temprana edad mediana de egreso escolar que su contraparte femenina exhibió en cada cohorte, ya que si bien ellas dejaron la escuela primero, muy pronto ellos las siguieron, siendo bajas las posibilidades que tuvieron de lograr altos niveles escolares y por tal de colocarse en los mejores puestos de trabajo al carecer de amplias credenciales educativas.

En su incorporación a la vida laboral no se observaron diferencias por estrato en los hombres, pero las edades medianas en el estrato bajo fueron tempranas y en el primer decil de cada cohorte y nivel se presentó el trabajo infantil, en edades que coincidieron con las de salida de la escuela, situación que llevó a uno de cada diez varones a perpetuar el sistema de desigualdades del cual partieron, sumándose la desventaja de la escasa escolaridad a la del inicio temprano del trabajo.

Mientras que en los hombres en general debieron pasar varios años entre las otras dos transiciones y el inicio de su vida conyugal, con una distancia mayor a la presentada por las mujeres. En ésta última tampoco se observaron diferencias por estrato en el calendario de los varones, más que para la cohorte joven, por lo que el casarse ha sido una transición importante en su vida, independientemente de su nivel socioeconómico.

Por su parte, los hombres del estrato medio de cada cohorte fueron quienes más retrasaron su salida escolar. Situación que aumentó sus prerrogativas para lograr un mejor nivel educativo, así como para incorporarse al mercado laboral con un mayor capital humano y con más redes sociales. Y por tanto estuvieron en posibilidad de iniciar su vida en pareja en mejores condiciones. Por lo que esta es otra forma de observar cómo el género y el estrato socioeconómico se entrelazan para continuar favoreciendo a unos y limitando el desarrollo de otros.

En los varones a pesar de que su incorporación se dio de manera universal y a muy temprana edad, el estrato socioeconómico no hizo diferencia. No obstante ello, los del nivel medio exhibieron edades más tardías que los del bajo, pero mucho más tempranas que las

mujeres de ambos niveles al momento de comenzar a trabajar. Lo que indica la importancia de esta transición para su vida como una forma para acceder a la adultez y para contribuir a consolidar su identidad masculina.

Por su parte, en el inicio de su vida conyugal el estrato sólo fue significativo para la cohorte joven, en él se aprecia que fue en el tercer cuartil donde los varones del nivel medio comenzaron a retardar la primera unión marital, debido quizá a las contingencias económicas que esta última generación debió enfrentar durante la década de los noventa y que afectaron mayormente al último porcentaje de la población masculina que para ese momento se encontraba soltera. Aunque el incremento de la escolaridad también pudo haber jugado un papel importante en dicha postergación.

En términos generales ellos parecieron ser quienes encontraron menores barreras sociales en su tránsito hacia la adultez al tener las ventajas que les da ser hombres y contar con mejores niveles de vida dentro de una sociedad que favorece estas categorías.

En las trayectorias seguidas por los varones no se aprecian grandes diferencias por estrato o por cohorte, ya que o bien comenzaron su vida adulta saliendo de la escuela, o trabajando, postergando varios años el inicio de su vida marital, por lo que estas formas de comenzar la adultez parecieron traspasar las diferencias socioeconómicas para establecerse como patrones socialmente esperados en su acceso a la adultez y en la conformación de su masculinidad.

Entre los factores sociales y demográficos que incidieron en las transiciones de los varones destacó la edad, misma que incrementó el riesgo de dejar la escuela, así como de iniciar su vida conyugal. Ya que para ellos la unión también fue una transición que les permitió comenzar su vida en pareja y la formación de su descendencia, aunque su riesgo se hizo más lento cercano a la conclusión de su tercera década de vida, tal como lo indicó la edad elevada al cuadrado.

En tanto que en la consecución de un trabajo estable el tiempo no jugó un papel importante, ya que ellos iniciaron y concluyeron rápidamente esta transición debido a la importancia que ésta tiene en su vida.

El esfuerzo institucional y familiar que se hizo durante la segunda década del siglo XX para aumentar la cobertura escolar y para inscribir y mantener a más niños en la escuela pareció rendir frutos, ya que conforme las cohortes avanzaron ellos lograron permanecer más tiempo en la escuela.

Aun así, sus edades medianas al momento de salir de la escuela continuaron siendo tempranas, lo que no permitió que un amplio porcentaje de personas lograra acceder a los

niveles más altos de la educación. Con lo que se evidencia que si bien el Estado mexicano efectuó grandes avances en el incremento del número de escuelas, sobre todo en el nivel de primaria y secundaria, aún ha hecho falta aumentar la calidad de los planteles educativos a fin de mantener por periodos más prolongados a sus estudiantes, además de promover políticas que impidan su abandono a causa de factores económicos.

Se precisa también que la cohorte antigua de varones, además de ser quien experimentó un mayor riesgo de dejar la escuela con relación a las otras dos cohortes, fue quien más probabilidades tuvo de postergar su primera unión marital. Lo que indica su mayor apego a los roles tradicionales de género vigente durante sus primeros años de vida como formas de acceder a la adultez.

Los hombres de la cohorte joven por su parte, no vieron aumentado su riesgo de trabajar, lo que es importante de destacar, ya que a pesar de haber sido marcada como la cohorte de las crisis recurrentes, estos jóvenes no ingresaron masivamente a la fuerza laboral, e incluso postergaron cada vez más dicha transición.

Por su parte, haber trabajado un año antes precipitó su éxodo educativo, lo cual no sucedió en el caso de las mujeres. Ello es primordial de ser mencionado ya que indica que el trabajo realizado en edades escolares sí repercute seriamente en el nivel escolar que los varones logran alcanzar, ya sea porque ambas transiciones les demandan tiempo completo y esfuerzo, siendo por tal roles incompatibles, o porque el ingreso económico obtenido por su trabajo les desalienta sus expectativas de seguir en la escuela.

Al igual que como ocurrió en las mujeres, haber asistido al colegio un año antes inhibió su entrada a la fuerza laboral y a la vida en pareja. A su vez, contar con mejores credenciales educativas les facilitó dicho ingreso, ya que aquellos con primaria o más vieron aumentados sus riesgos de trabajar sobre quienes no tenían escolaridad alguna.

En conclusión, los aportes más destacados de esta investigación permiten afirmar que las personas experimentaron sus transiciones y trayectorias a la adultez siguiendo diferentes esquemas en donde las diferencias al interior de los grupos de hombres y de mujeres se encontraron matizadas por diversos elementos. Sin embargo, contrario a lo que se preveía, el estrato y la cohorte no siempre hicieron diferencia al momento en que éstos comenzaron su vida productiva y familiar, debido a que al controlar por otros factores su efecto desapareció. No presentándose la misma situación en la salida de la escuela, en donde las desigualdades por cohorte y estrato fueron muy claras.

Con ello se da un paso en el esclarecimiento de cómo se entreteje la cohorte y el nivel de vida con el género al haberse realizado un análisis longitudinal que abarcó poco más de la

segunda mitad del siglo XX en México. Se concluye que la desigualdad de género fue una constante a lo largo de las tres cohortes de mexicanos, aun por encima del nivel socioeconómico. Ello lleva a reflexionar sobre la necesidad que como país se tiene acerca de implementar acciones que contribuyan a abatir, no sólo la pobreza, sino también las diferencias de género tan presentes aún en el territorio nacional, lo que permitirá que cada vez más los jóvenes realicen su paso a la vida adulta siguiendo elecciones libres y acordadas por ellos mismos.

Dos aportes más que esta investigación realiza tienen que ver con el abordaje que aquí se hizo de los factores sociodemográficos que incidieron en cada una de estas transiciones, así como el estudio de las transiciones en trayectorias, siempre desde un enfoque demográfico y longitudinal lo que permitió avanzar un poco más en el conocimiento de cómo las personas inician su adultez.

Por otra parte, las limitaciones que enfrentan estudios retrospectivos como el presente tienen que ver con los enfoques teóricos, con las fuentes de datos y con las herramientas estadísticas de que actualmente se disponen. Es necesario incrementar el bagaje teórico que explique las desigualdades inherentes al género, a la cohorte y al estrato socioeconómico, ya que las teorías que actualmente existen no alcanzan a esclarecer completamente el mecanismo a través del cual se articulan estas categorías.

Además, es importante disponer de otras encuestas retrospectivas que permitan contar con más casos en cada transición y que contabilicen en tiempos más reducidos cada una de ellas, puesto que tener sólo transiciones que fueron vividas un año o más lleva a que existan sub enumeraciones de algunas de ellas, caso específico es el primer trabajo. También es necesario generar modelos estadísticos y programas computacionales que faciliten el realizar análisis, no sólo de las transiciones por separado, sino también de las trayectorias de vida.

A partir de este trabajo varias son las líneas de investigación que surgen. Entre ellas destaca el estudio cualitativo de dichas transiciones y trayectorias, tanto en mujeres como en varones a fin de profundizar en el significado que éstas tuvieron en la vida de las personas y poder analizar cómo es que fueron experimentadas desde la perspectiva del actor social. Así como profundizar en la diversidad de trayectorias presentes en poblaciones como la mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboites Aguilar, Luis (2006), "El último tramo, 1929-2000" en Pablo Escalante Gonzalbo [et al.], *Nueva Historia Mínima de México*, México, El Colegio de México, pp. 262-302.
- Aguado López, Eduardo (1995), "La equidad, una asignatura pendiente: Acceso y resultados educativos en cuatro zonas del Estado de México", en Pieck Gochicoa y Eduardo Aguado L. (editores), *Educación y pobreza: de la desigualdad social a la equidad*, México, UNICEF- El Colegio Mexiquense, pp. 183-236.
- Alba, Francisco y Joseph E. Potter (1986), "Población y desarrollo en México. Una síntesis de la experiencia reciente", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 1, enero-abril, pp. 7-37.
- Alba, Francisco (2004), "La transición demográfica en México: perspectivas y retos", en Consejo Nacional de Población, *Temas de Población. Población y desarrollo en México y el mundo CIPD+ 10*, pp. 203-218.
- _____ (1989), *La población de México. Evolución y dilemas*, México, El Colegio de México.
- Allison, Paul D. (1984), *Event history analysis*, United States of America, SAGE Publications.
- Alwin, Duane F. and Ryan J. McCammon (2003), "Generations, cohorts, and social change" by Jeylan T. Mortimer and Michael J. Shanahan (edit.), *Handbook of the life course*, New York, Kluwer Academic/ Plenum Publishers, pp. 23-46.
- Ariza, Marina (2000), *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales y Plaza y Valdés Editores.
- _____ y Orlandina de Oliveira (2005), "Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 429-452.
- _____ y Orlandina de Oliveira (2000a), "Contribuciones de la perspectiva de género a la sociología de la población en Latinoamérica", Trabajo preparado para el panel *Repensando la Sociología Latinoamericana*, XXII International Congress, Latin American Sociological Association (LASA), Miami, marzo 16-18.
- _____ y Orlandina de Oliveira (2000b), "Género, trabajo y familia: consideraciones teórico-metodológicas", en CONAPO, *La población de México, situación actual y desafíos futuros*, México, CONAPO, pp.201-227.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1996), "La condición femenina: propuesta de un marco analítico", en Orlandina de Oliveira et al., *La condición femenina: una propuesta de indicadores*. Informe final, México, Sociedad Mexicana de Demografía, Consejo Nacional de Población, vol. I.
- Barbieri, M. Teresita de (1978), "Notas para el estudio del trabajo de las mujeres: el problema del trabajo doméstico", *Demografía y Economía*, vol. XII, núm. 1 (34), pp. 129-137.
- Barriga A., Omar (2002), "Modelando transiciones democráticas en América Latina", *Cinta de Moebio*, núm. 13, pp. 1-12.
- Becker, Gary (1974), "A Theory of Marriage", en Theodore W. Schultz (ed.), *Economics of the family: Marriage, children, and human capital*, Chicago, Chicago University Press, pp. 299-344.

- _____ (1973), "A Theory of Marriage: part II", *Journal of Political Economy*, 81 (4), pp. 813-846.
- Blanco, Mercedes (2002), "Trabajo y familia: entrelazamiento de trayectorias vitales", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 17, núm. 3, septiembre-diciembre, pp.447-483.
- _____ (2001), "Trayectorias laborales y cambio generacional: mujeres de sectores medios en la ciudad de México", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 63, núm. 2, abril-junio, pp. 91-111.
- _____ y Edith Pacheco (2001), "Trayectorias laborales en la ciudad de México: un acercamiento exploratorio a la articulación de las perspectivas cualitativas y cuantitativas", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, enero-julio, pp. 105-137.
- Borgatta, Edgar F. and Rhonda J. V. Montgomery (2000), *Encyclopedia of Sociology*, en Edgar F. Borgatta and Rhonda J. V. Montgomery (edit.), USA, Macmillan Reference, pp. 342-348 .
- Bracho, Teresa y J. Padua (1995), "Características y valor económico de la educación y la formación especializada en el empleo en México", *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, vol. 25, núm. 1, pp. 9-42.
- Bronfman, Mario y Rodolfo Tuirán (1984), "La desigualdad social ante la muerte: clases sociales y mortalidad en la niñez" en Gustavo Verduzco et al. (coord.), *Memorias del congreso latinoamericano de población y desarrollo*, Volumen I, México, UNAM, El Colegio de México, PISPAL, pp. 187-219.
- Brugelilles, Carole (2005), "Tendencias de la práctica anticonceptiva en México: tres generaciones de mujeres", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 121-157.
- _____ y Olivia Samuel (2005), "Formación de parejas y vida fecunda en México", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 453-477.
- Camarena C., Rosa María (2004), "Los Jóvenes y el trabajo", en Emma Liliana Navarrete, *Los jóvenes ante el siglo XXI*, México, El Colegio Mexiquense, pp. 95-134.
- _____ (2000), "Familia y educación en México" en CONAPO, *La población de México, situación actual y desafíos futuros*, México, CONAPO, pp.233-280.
- _____ (1999), "Estado y curso de vida", en Beatriz Figueroa Campos (coord.), *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos 4*, México, El Colegio de México y la Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 255-271.
- Canales, Alejandro (2004), "Retos teóricos de la demografía en la sociedad contemporánea", *Papeles de Población*, núm. 40, abril-mayo, pp. 47-69.
- _____ (2003), "Demografía de la desigualdad. El discurso de la población en la era de la globalización", en Alejandro I. Canales y Susana Lerner Sigal (coords.), *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio*, México, El Colegio de México, Universidad de Guadalajara y Sociedad Mexicana de Demografía, pp.43-86.
- Carranza Palacios, José Antonio (2004), *100 años de educación en México 1900-2000*, México, Noriega Editores.

- Castro Martin, T. (1997), "Marriages without papers in Latin America" in Internacional Population Conference, IUSSP, Pekín, vol. 2, pp. 941-960.
- Castro Méndez, Nina y Luciana Gandini (2006), "La salida de la escuela y la incorporación al mercado de trabajo de tres cohortes de hombres y mujeres en México", ponencia presentada en el V Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo, Trabajo y Reestructuración: los retos del nuevo siglo, Oaxtepec, México, 17-19 de mayo.
- Centro de Estudios Educativos (1993), *Educación y pobreza*, México, Consejo Consultivo del Programa Nacional de Solidaridad, El Nacional.
- Christenson, Bruce, Brígida García y Orlandina de Oliveira (1989), "Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México", *Estudios Sociológicos*, VII: 20, pp. 251-280.
- Cohler, Bertram J. and Andrew Hostetler (2003), "Linking life course and life story", by Jeylan T. Mortimer and Michael J. Shanahan (edit.), *Handbook of the life course*, New York, Kluwer Academic/ Plenum Publishers, pp. 555-571.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (2000), "Situación actual de la mujer en México. Diagnóstico sociodemográfico", Serie Documentos Técnicos, México.
- _____ (1995), *Encuesta Nacional de Planificación Familiar*, (ENAPLAF), México.
- Conway Jill K., Susan C. Bourque & Joan W. Scott (1996), "El concepto de género", en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 21-33.
- Coubès, Marie-Laure, María Eugenia Zavala de Cosío y René Zenteno (2005), "Introducción. La Encuesta Demográfica Retrospectiva", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 11-37.
- _____ y René Zenteno (2005), "Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 453-477.
- De Oliveira, Orlandina (2007), "Reflexiones acerca de las desigualdades sociales y el género". Texto presentado en el Seminario Miradas a la desigualdad en América Latina, El Colegio de México, 13 de abril de 2007.
- _____ (2006), "Jóvenes y precariedad laboral en México", *Papeles de Población*, núm. 49, julio-septiembre, pp. 37-73.
- _____ (1995), "Experiencias matrimoniales en el México urbano: la importancia de la familia de origen", *Estudios Sociológicos*, núm. 38, mayo-agosto, pp. 283-308.
- _____ (1990), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en Neuma Aguiar (coord.), *Mujer y crisis. Respuestas ante la recesión*, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, pp. 31-54.
- _____ (1988), "La mujer en la actividad productiva: algunos comentarios", en Luisa Gabayet et al., (comps.), *Mujeres y sociedad. Salarios, hogar y acción social en el occidente de México*, México, El Colegio de Jalisco/ CIESAS.

- _____ y Brígida García (1990), "Expansión del trabajo femenino y transformación social en México: 1950-1987" en *México en el umbral del milenio*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, pp. 345-374.
- _____ y Marina Ariza (2000a), "Género, trabajo y exclusión social en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 15, núm. 1 (43), enero-abril, pp. 11-33.
- _____ y Marina Ariza (2000b), "Trabajo femenino en América Latina: un recuento de los principales enfoques analíticos", en Enrique de la Garza Toledo (coord.), *Tratado Latinoamericano de sociología del trabajo*, México, Colmex, FLACSO, UAM, FCE, pp. 644-663.
- _____, Marina Ariza y Marcela Eternod (2001), "La fuerza de trabajo en México: Un siglo de cambios", en Gómez de León y Rabell (coords.), *La población en México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, FCE, pp. 873-923.
- _____ y Minor Mora Salas (2008a), "Transición a la vida adulta: la importancia de la condición de clase, del género y de la edad", El Colegio de México (Mimeo).
- _____ y Minor Mora Salas (2008b), "Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo", *Papeles de Población*, núm. 57, julio-septiembre, pp. 117-151.
- _____ y Vania Salles (2000), "Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo" en De la Garza Toledo (coord.), *Tratado Latinoamericano de sociología del Trabajo*, Colmex, FLACSO, UNAM. México, pp. 619-642.
- Durán Juárez, Juan Manuel y Raquel Partida (1992), "Modelo económico, regionalización y nuevo estado mexicano (1940-1990)" en Alberto, Azis y Jaime Tamayo (coords.), *El nuevo Estado mexicano tomo I. Estado y economía*, México, Nueva Imagen, pp. 241-251.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier (2007), "Desigualdad socioeconómica y salud reproductiva: Una propuesta de estratificación social aplicable a las encuestas" en Susana Lerner e Ivonne Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, México, Programa de Salud Reproductiva, El Colegio de México, pp. 59-116.
- _____ (2005a), "Las trayectorias de coresidencia en la formación de familias", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 395-427.
- _____ (2005b), "Family transitions on the way to adulthood: Tradition, culture, or lack of opportunities?", The Mexican International Family Strengths Conference.
- _____ y Julieta Pérez A., (2003), "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", VII Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- EDER, 1998, *Encuesta Demográfica Retrospectiva*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- Eguiluz, Alicia y Ma. Luisa González Marín (1997), "Efectos del neoliberalismo en la familia y el hogar" en María Luisa González Marín (coord.), *Mitos y realidades del mundo laboral y familiar de las mujeres mexicanas*, México, Siglo Veintiuno, IIE, UNAM, pp. 173-194.
- Elder, Glen H. Jr (1987), "Families and lives: some developments in life-course studies", *Journal of Family History*, vol. 12, numbers 1-3, pp.179-199.

- _____ (1978), "Family history and the life course" en Tamara K. Hareven (ed.), *Transitions. The families and the life course in historical perspective*, New York Academic Press, pp. 17-64.
- _____ (1985), "Perspectives on the life course" by Glen H. Elder, Jr. (ed.), *Life course dynamics: trajectories and transitions, 1968-1980*, Cornell University Press, Ithaca and London, pp. 23-49.
- _____ (1975), "Age differentiation and the life course", *Annual Review of Sociology*, vol. 1, pp. 165-190.
- _____ y Angela M. O'Rand (1995), "Adult lives in a changing society", by K.S. Cook, G. Alan Fine, and J.S. House (comp.), *Sociological perspective on Social Psychology*, Massachusetts, Allyn and Bacon, pp. 452-475.
- _____ Monica Kirkpatrick Johnson y Robert Crosnoe (2003), "The emergence and development of life course theory", by Jeylan T. Mortimer and Michael J. S. Hanahan (eds.), *Handbook of the life course*, New York, Kluwer Academic/ Plenum Publishers, pp. 3-19.
- Estrada Quiroz, Liliana (2005), "Familia y trabajo infantil y adolescente en México", en Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (coords.), *Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico*, México, IIS, FLACSO, Miguel Ángel Porrúa, pp. 203-247.
- Eternod Arámburu, Marcela (1996), "Los jóvenes en México. Una aproximación en cifras", *Revista Jóvenes*, edición cuarta época, año 1, núm. 1, julio septiembre, pp. 12-23.
- García, Brígida (1993), "La ocupación en México en los años ochenta: hechos y datos", *Revista Mexicana de Sociología*, año LV, núm.55:1, enero- marzo, pp. 137-153.
- _____ (1988), *Desarrollo económico y absorción de fuerza de trabajo en México: 1950-1980*, El Colegio de México, 1993.
- _____ y Edith Pacheco (2000), "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp. 35-63.
- _____ y Orlandina de Oliveira (2004), "Trabajo extradoméstico femenino y relaciones de género: una nueva mirada", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 55, enero-abril, pp.145-180.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1998), "La participación femenina en los mercados de trabajo", *Trabajo*, vol. 1, núm. 1, enero-junio, pp. 139-162.
- _____ y Orlandina de Oliveira (1991), *Jefas de hogar y violencia doméstica*, México, D.F., El Colegio de México- Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____, Rosa María Camarena y Guadalupe Salas (1999), "Mujeres y relaciones de género en los estudios de población", en Brígida García (coord.), *Mujer, Género y Población en México*, México, El Colegio de México/SOMEDE, pp. 19-60.
- Gauthier, Anne H. (2007), "Becoming a young adult: an international perspective on the transitions to adulthood", *Eur J Population*, 23, pp. 217-223.
- Germani, Gino (1976), *Urbanización, desarrollo y modernización. Un enfoque histórico y comparativo*, Buenos Aires, Editorial Paidós.
- _____ (1969), *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

- Giorguli, Silvia (2006), "Deserción escolar, trabajo adolescente y estructuras familiares en México", en José Luis Lezama y José Morelos (coords.), *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, México, El Colegio de México, pp. 235-274.
- _____ (2004), "Deserción escolar, trabajo adolescente y trabajo materno en México", en Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (2004), (coords.), *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa, pp. 167-202.
- _____ (2002), "Estructuras familiares y oportunidades educativas de los niños y niñas en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 17, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 523-546.
- Gómez de León Cruces, José (2001), "Los cambios en la nupcialidad y la formación de familias: algunos factores explicativos", en José Gómez de León Cruces y Cecilia Rabell Romero (coords.), *La población en México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Consejo Nacional de Población, Fondo de Cultura Económica, pp. 207-241.
- Gómez Oliver, Luis (1978), "Crisis agrícola, crisis de los campesinos", *Comercio Exterior*, 28, núm.6, junio, pp.714-727.
- González de la Rocha, Mercedes (1991), "Family well-being, food consumption and survival strategies during Mexico's economic crisis" en Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar Latapí (eds.), *Social Responses to Mexico's Economic crisis of the 1980s*, San Diego, University of California, pp. 115-127.
- Gougain Oliva, Catalina (1983), "Influencia de la escolaridad sobre la fecundidad en los medios rural y semiurbano de México", en Raúl Benítez y Julieta Quilodrán (comps.), *La fecundidad rural en México*, México, El Colegio de México, pp. 315-377.
- Grusky, David B (1994), "The contours of social stratification", en David B. Grusky (ed.), *Class, race and gender. Social stratification in sociological perspective*, Social inequality serie, Stanford University, Westview Press, pp. 3-35.
- Hogan, Dennis y Marie Aston Nan, (1986), "The transition to adulthood", *Annual Review of Sociology*, vol. 12, pp. 109-130.
- Horbath Corredor, Jorge Enrique (2004), "Primer empleo de los jóvenes en México", *Papeles de Población*, núm. 42, oct.-dic., pp.199-248.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (1996) "Clasificación Mexicana de Ocupaciones (CMO)" Tomo I.
- Jejeebhoy, Shireen (2000), "Women's autonomy in rural India: It's dimensions, determinants and the influence of context" by Harriet B. Presser and Gita Sen, *Women's empowerment and demographic processes*, New York, Oxford University Press, pp. 204-238.
- Juárez, Fátima (1990), "La vinculación de eventos demográficos: un estudio sobre los patrones de nupcialidad", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 5, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 503-533.
- _____ (1984), "Examen crítico de la técnica de tablas de vida en las tendencias sobre fecundidad: el caso de México", *Demografía y Economía*, vol. XVIII, núm. 3 (59), pp. 287-333.
- Lagarde, Marcela (1996), *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, España, Editorial Horas y Horas.

- Lamas, Marta (1996a), "Introducción" en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 9-20.
- _____ (1996b), "La antropología feminista y la categoría "género"" en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 97-125.
- _____ (1996c), "Usos, dificultades y posibilidades de la categoría "género"" en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 327-366.
- Latapí, Pablo (1985), "La desigualdad educativa en México" en *Igualdad, desigualdad y equidad en España y México*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, El Colegio de México, pp.199-213.
- Lerner, Susana y André Quesnel (1994), "Instituciones y reproducción. Hacia una interpretación del papel de las instituciones en la regulación de la fecundidad de México", en Francisco Alba, y Gustavo Cabrera (coords.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, pp. 85-117.
- Lindstrom, David y Carlos Brambila Paz (2001), "Alternative theories of the relationship of schooling and work to family formation: evidence from Mexico", *Social Biology* 48 (3-4), pp. 278-297.
- López, María de la Paz y Vania Salles (2000), "Los vaivenes de la conyugalidad: una interpretación desde la cultura", en CONAPO, *La población de México, situación actual y desafíos futuros*, México, CONAPO, pp. 157-200.
- _____, Vania Salles y Julia Flores (2000), *Percepciones sobre la condición de las mujeres y de sus familias. Informe final del proyecto observatorio sobre la situación de la mujer en México*, México, GIMTRAP, Fundación MacArthur, CONMUJER.
- Malwade Basu, Alaka (2002), "Women, poverty and demographic change: some possible interrelationships over time and space" by Brígida García (ed.), *Women, poverty and demographic change*, International studies in demography, New York, Oxford University Press, pp. 21-41.
- Marshall Victor W. and Margaret M. Mueller (2003), "Theoretical roots of the life course perspective" in Walther R. Heinz and Victor W. Marshall (eds.), *Social dynamics of the life course: Transitions, institutions, and interrelations*, New York, A De Gruyter, pp. 3-32.
- Mason, Karen Oppenheim (1995), *Gender and demographic change: What do we know?*, International Union for the Scientific Study of Population, Lieja, Bélgica.
- Mier y Terán Rocha, Marta (2008), "El proceso de formación de las parejas en México" (Mimeo).
- _____ (2007), "Transición a la vida adulta. Experiencias de las jóvenes rurales y urbanas", en Ana María Chávez Galindo et al. (coords.), *La salud reproductiva en México. Análisis de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003*, México, Secretaria de Salud y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, pp. 85-106.
- _____ (2004), "Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de la península de Yucatán", *Población y Salud en Mesoamérica*, vol. 2, núm. 1, artículo 5, julio-diciembre, (revista electrónica).
- _____ y Cecilia Rabell (2005), "Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y los jóvenes", en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio*

- demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 285-329.
- _____ y Cecilia Rabell (2004), (coords.) *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa, 384 pp.
- _____ y Cecilia Rabell (2002), "Desigualdades en la escolaridad de los niños mexicanos", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 3, julio-septiembre, pp. 63-88.
- _____ y Cecilia Rabell (2001), "Condiciones de vida de los niños en México, 1960-1995. El entorno familiar, la escolaridad y el trabajo", en José Gómez de León Cruces y Cecilia Rabell Romero (coords.), *La población en México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Consejo Nacional de Población, Fondo de Cultura Económica, pp. 759-834.
- _____ y Cecilia Rabell (2000), "El proceso de escolarización de los niños en México, 1960-1990" en Conapo, *La población de México. Situación actual y desafíos futuros*, pp. 309-326.
- Mina Valdés, Alejandro (1993), "Cambios en la nupcialidad en México: 1970-2000", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 8, núm. 2, mayo-agosto, pp. 445-457.
- Modell, John and Tamara K. Hareven (1978), "Transitions: patterns of timing" by Tamara Hareven (ed.) in *Transitions. The family and the life course in historical perspective*, New York, Academic Press.
- Mooney, Margaret Marini (1984), "Age and sequencing norms in the transition to adulthood", *Social forces*, vol. 63:1, pp. 229-243.
- Morelos, José B., Alejandro Aguirre y Rodrigo Pimienta (1997), "Algunos nexos entre la escolaridad y el empleo en México, 1992", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 12, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 583-600.
- Morgan, S. Philip and Jay D. Teachman (1988), "Logistic regression: Description, examples, and comparisons", *Journal of Marriage and the Family*, 50, pp.929-36.
- Muñoz García, Humberto y Ma. Herlinda Suárez Zozaya (1994), *Perfil educativo de la población mexicana*, México, INEGI, CRIM, IIS-UNAM.
- Notestein, F. W. (1945), "Population. The long view" en T. Schurtz (ed.), *Food for the world*, Chicago, Chicago University of Chicago Press, pp. 36-57.
- Ojeda De la Peña, Norma (1989), *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas: un análisis sociodemográfico*, México, UNAM-CRIM.
- Ortega, Antonio (1987), *Tablas de mortalidad*, San José Costa Rica, CELADE.
- Pacheco, Edith (2005), "Clasificación de ocupaciones" (Mimeo).
- _____ y Susan Parker (2001), "Movilidad en el mercado de trabajo urbano: evidencias longitudinales para dos periodos de crisis en México", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol. 63, abril-junio, pp. 3-26.
- Parker, Susan W. y Carla Pederzini V. (2000), "Género y educación en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, El Colegio de México, vol. 15, núm. 1 (43), ene-abr, pp. 97-122.

- Parrado, Emilio y René Zenteno (2005a), “Entrada en unión de hombres y mujeres en México: perspectiva de los mercados matrimoniales”, en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 65-96.
- _____ y René Zenteno (2005b), “Medio siglo de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo: cambio social, reestructuración y crisis económica en México”, en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 191-226.
- Partida, Virgilio (2005), “Transición demográfica, bono demográfico y envejecimiento en México”, documento presentado en el seminario: United Nations Expert Group Meeting of Social and Economic. Implications of Changing Population Age Structures, Naciones Unidas y el Consejo Nacional de Población, México, 31 de agosto al 2 de septiembre de 2005, ponencia 18.
- Pavón, Norma (1990), “¿El mercado matrimonial en desbalance? El caso de México en 1980”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 5, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 503-533.
- Pederzini Villareal, Carla (2006), *Género y escolaridad en los hogares mexicanos*, Tesis de Doctorado en Estudios de Población, México D.F., El Colegio de México.
- Pedrero Nieto, Mercedes (2004), “Genero, trabajo doméstico y extradoméstico en México. Una estimación del valor económico del trabajo doméstico”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 19, núm. 2 (56), pp. 413-446.
- Pérez-Baleón, Guadalupe Fabiola (2006), *Mujeres mexicanas transitando hacia la adultez. Una mirada a través de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003*, Tesis de Maestría en Demografía, México D.F., El Colegio de México.
- Polo Arnejo, Rita Elena (1999), *La transición a la edad adulta entre los jóvenes del México Urbano*, tesis de Maestría en Población, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Quilodrán, Julieta (2006), “¿Está cambiando la naturaleza de la unión libre en América Latina?” en José Luis Lezama y José Morelos (coords.), *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, México, El Colegio de México, pp. 235-274.
- _____ (2004), “¿Han cambiado los jóvenes? Una mirada desde la Demografía” en José Antonio Pérez Islas y Maritza A. Castro-Pozo (coord.), *Historias de los Jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, pp. 361-392.
- _____ (2003), “La familia, referentes en transición”, *Revista Papeles de Población*, núm. 37, pp. 51-82.
- _____ (2001), *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México.
- _____ (2000), “Atisbos de cambios en la formación de las parejas conyugales a fines del milenio”, *Papeles de Población*, núm. 25, julio-septiembre, pp. 9-33.
- _____ (1996), “Trayectorias de vida: un apoyo para la interpretación de los fenómenos demográficos”, *Estudios Sociológicos*, XIV: 41, pp. 393-416.
- _____ (1993), “Cambios y permanencias de la nupcialidad en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, año LV, núm. 1, enero marzo, pp. 17-40.

- _____ (1991), *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México.
- _____ (1983), “La nupcialidad en las áreas rurales de México” en Raúl Benítez y Julieta Quilodrán (comps.), *La fecundidad rural en México*, México, El Colegio de México, pp. 139-210.
- _____ (1980), “Algunas características de la fecundidad rural en México”, *Demografía y Economía*, núm. 14 (44), El Colegio de México, México, pp. 397-410.
- Rendón, Teresa (2004), “El mercado laboral y la división intrafamiliar del trabajo”, en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo. Universo familiar y procesos de trabajo contemporáneos*, México, UNAM/IIS, pp. 49-87.
- _____ (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, CRIM, PUEG.
- _____ y Carlos Salas (2000), “La evolución del empleo”, en Arturo Alcalde y Graciela Bensusán, et al. (coords.), *Trabajo y trabajadores en el México contemporáneo*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 25-91.
- _____ y Carlos Salas (1996), “Empleo juvenil en México”, *Revista Jóvenes*, edición cuarta época, año 1, no. 1, julio sept. pp. 34-45.
- Rubín, Gayle (1996), “El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo”, en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 35-95.
- Salles, Vania (2005), “Sociología de la cultura, relaciones de género y feminismo: una revisión de aportes”, en Elena Urrutia (coord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México, El Colegio de México, pp. 435-457.
- _____ y Rodolfo Tuirán (1998), “Pobreza, hogares y condición femenina”, *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 4, núm. 7, pp. 97-117.
- Samuel, Olivia y Pascal Sebillé (2005), “La nupcialidad en movimiento”, en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 41-64.
- Saraví, Gonzalo (2007), “Atmósfera familiar y transición a la adultez en México. Factores de riesgo asociados con transiciones tempranas”, en Rosario Esteinou (ed.), *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México*, México, CIESAS- Publicaciones Casa Chata, pp. 341-383.
- Sathar, Zeba and Sonalde Desai (2002), “Class and gender in rural Pakistan: Differentials in economic activity” by Brígida García (ed.), *Women, poverty and demographic change*, International studies in demography, New York, Oxford University Press, pp. 175-192.
- Scott, Joan W. (1996), “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, UNAM-Miguel Ángel Porrúa, pp. 265-302.
- Sebillé, Pascal (2005), “Primeras etapas de la vida familiar y trayectorias migratorias”, en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 357-394.

- Sen, Amartya (2000), "Social exclusion: concept, application, and scrutiny", *Social Development Papers*, No. 1, pp. 1-54.
- _____ (1992), *Inequality reexamined*, Russel, Sage Foundation, New York, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.
- Settersten Jr., Richard A. (2003), "Age structuring and the rhythm of the life course", by Jeylan T. Mortimer and Michael J. Shanahan (edit.), *Handbook of the life course*, New York, Kluwer Academic/ Plenum Publishers, pp. 81-97.
- Singer, Paul (1971), *Dinámica de la población y desarrollo. El papel del crecimiento demográfico en el desarrollo económico*, México, Siglo XXI Editores.
- Smith, Meter H. (2001), "El imperio del PRI", en Timothy Anna (et al.), *Historia de México*, México, Crítica, pp. 321-384.
- Solís, Patricio (2007), "Análisis de supervivencia en Stata (Apuntes de clase)" Curso de Estadística II del doctorado en Sociología, México, El Colegio de México (Mimeo).
- _____ (2000), "Cambios recientes en la formación de uniones consensuales en México", texto presentado en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, México, SOMEDE (<http://www.somede.org/memorias%20VI/mesa%2022>).
- _____, Cecilia Gayet y Fátima Juárez (2008), "Las transiciones a la vida sexual, a la unión y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social", (Mimeo).
- _____ y Francesco C. Billari (2003), "Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, pp. 559-595.
- Suárez, Leticia (1992), "Trayectorias laborales y reproductivas: una comparación entre México y España", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 7, núm. 2 y 3, mayo-diciembre, pp. 359-352.
- Tilly, Charles (2000), *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Editorial Manantial.
- Tokman, Víctor (1999), "Empleos y bienestar. En busca de nuevas respuestas" en Víctor E. Tokman y Guillermo O'Donnell (comps.), *Pobreza y desigualdad en América Latina. Temas y nuevos desafíos*, Buenos Aires, Barcelona, México, Paidós.
- Torrado, Susana (1978), "Clases sociales, familia y comportamiento demográfico: orientaciones metodológicas", *Demografía y Economía*, vol. XII, núm. 3 (36), pp. 343-376.
- Tuirán, Rodolfo (2002), "Transición demográfica, trayectorias de vida y desigualdad social en México: lecciones y opciones", *Papeles de Población*, núm. 31, enero-marzo, pp. 25-66.
- _____ (2001), "Estructura familiar y trayectorias de vida en México", en Cristina Gomes (ed.), *Procesos sociales población y familia, alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica*, México, FLACSO-México y Miguel Ángel Porrúa, pp.23-65.
- _____ (1999), "Dominios institucionales y trayectorias de vida en México", en Beatriz Figueroa Campos (coord.), *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos 4*, México, El Colegio de México y la Sociedad Mexicana de Demografía, pp. 207-241.
- _____ (1998), *Demographic Change and Family and Non Family Related Life Course in Contemporary Mexico*, Tesis de doctorado, The University of Texas at Austin.

- _____ (1993), “Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México” en *Cambios de perfil de las familias: la experiencia regional*, Comisión económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y Fondo de las Naciones Unidas para la infancia, pp. 320-354.
- _____ y Elena Zúñiga (2000), *Situación actual de la mujer en México. Diagnóstico sociodemográfico*, Serie documentos técnicos, CONAPO.
- Tuñón, Julia (2005), “Las mujeres y su historia. Balance, problemas y perspectivas”, en Elena Urrutia (coord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México, El Colegio de México, pp.375-411.
- Urquidí, Víctor (1976), “Consideraciones acerca de la aplicación del Plan de Acción Mundial sobre la Población”, *Demografía y Economía*, vol. 28, núm. 1 (X), pp. 31-42.
- Zavala de Cosío, María Eugenia (1996), “Políticas de población en México” en Juárez, Quilodrán y Zavala de Cosío, *Nuevas pautas reproductivas en México*, México, El Colegio de México, pp. 199-218.
- _____ (1992), *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- Zenteno, René M (1999), “Crisis económica y determinantes de la oferta de trabajo femenino en México: 1994-1995”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 14, núm. 2, mayo-agosto, pp. 353-381.
- Zúñiga, Elena y Daniel Vega (2004), *Envejecimiento de la población de México. Reto del siglo XXI*, México, Consejo Nacional de Población.

ÍNDICE DE CUADROS

	Págs.
Cuadro 1. Nivel de instrucción de la población de 15 años y más, 1960. (Porcentaje)	23
Cuadro 2. Distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo en el año censal 1960. (Porcentaje)	25
Cuadro 3. Nivel de instrucción de la población de 15 años y más, 1970-1980. (Porcentaje)	29
Cuadro 4. Distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo en los años censales, 1970-1980. (Porcentaje)	32
Cuadro 5. Nivel de instrucción de la población de 15 años y más, 1990. (Porcentaje)	39
Cuadro 6. Distribución de la población de 15 a 59 años por estado civil y sexo en el año censal 1990. (Porcentaje)	45
Cuadro 7. Distribución de la población urbana por sexo y cohorte	83
Cuadro 8. Distribución de mujeres y de hombres por cohorte y estrato socioeconómico	87
Cuadro 9. Condición de asistencia escolar alguna vez en la vida, por sexo y cohorte (%)	88
Cuadro 10. Población urbana que experimentó alguna de las tres transiciones antes de los 30 años de edad por sexo y cohorte	88
Cuadro 11. Variables incluidas en cada uno de los modelos de tiempo discreto	94
Cuadro 12. Salida de la escuela de mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	106
Cuadro 13. Nivel educativo alcanzado por las mujeres según su cohorte de nacimiento (%)	108
Cuadro 14. Salida de la escuela de hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	109
Cuadro 15. Nivel educativo alcanzado por los hombres según su cohorte de nacimiento (%)	111
Cuadro 16. Edad mediana a la salida de la escuela, según cohorte de nacimiento y sexo	112
Cuadro 17. Salida de la escuela según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de las mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	115
Cuadro 18. Salida de la escuela según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de los hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	119
Cuadro 19. Edad mediana a la salida de la escuela de mujeres y de hombres según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico	124
Cuadro 20. Razones de momios del modelo de regresión logística de la probabilidad de salida de la escuela	127

	Págs.
Cuadro 21. Entrada al primer trabajo de mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana e índice intercuartil	146
Cuadro 22. Entrada al primer trabajo de hombres. Primer decil, cuartiles, mediana e índice intercuartil	149
Cuadro 23. Edad mediana a la entrada al primer trabajo, según cohorte de nacimiento y sexo	150
Cuadro 24. Entrada al primer trabajo estable según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de las mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	153
Cuadro 25. Entrada al primer trabajo estable según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de los hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	158
Cuadro 26. Edad mediana a la entrada al primer trabajo de mujeres y de hombres según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico	162
Cuadro 27. Razones de momios del modelo de regresión logística de la probabilidad de iniciar la vida laboral	164
Cuadro 28. Primera unión conyugal de mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	184
Cuadro 29. Número de uniones conyugales alcanzadas por las mujeres a los 30 años, según su cohorte de nacimiento	186
Cuadro 30. Primera unión conyugal de hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	186
Cuadro 31. Número de uniones conyugales alcanzadas por los hombres a los 30 años, según su cohorte de nacimiento	187
Cuadro 32. Edad mediana a la primera unión conyugal según cohorte de nacimiento y sexo	188
Cuadro 33. Primera unión matrimonial según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de las mujeres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	192
Cuadro 34. Primera unión matrimonial según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico de los hombres. Primer decil, cuartiles, mediana y rango intercuartil	197
Cuadro 35. Edad mediana a la primera unión conyugal de mujeres y hombres según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico	200
Cuadro 36. Razones de momios del modelo de regresión logística de la probabilidad de unirse conyugalmente por primera vez	202
Cuadro 37. Simultaneidad de casos entre dos transiciones según sexo y cohorte de nacimiento	216
Cuadro 38. Trayectorias de vida de las mujeres según cohorte de nacimiento	220

	Págs.
Cuadro 39. Trayectorias de vida de los hombres según cohorte de nacimiento	225
Cuadro 40. Trayectorias principales de las mujeres según cohorte de nacimiento	227
Cuadro 41. Trayectorias principales de los hombres según cohorte de nacimiento	229
Cuadro 42. Edad mediana de inicio de las trayectorias principales y duración mediana del intervalo entre transiciones de las mujeres según cohorte de nacimiento	230
Cuadro 43. Edad mediana de inicio de las trayectorias principales y duración mediana del intervalo entre transiciones de los varones según cohorte de nacimiento	233
Cuadro 44. Trayectorias principales de las mujeres según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico (%)	239
Cuadro 45. Trayectorias principales de los varones según cohorte de nacimiento y estrato socioeconómico (%)	240

ÍNDICE DE GRÁFICAS

	Págs.
Gráfico 1. Mujeres que permanecen en la escuela, según cohorte (%)	107
Gráfico 2. Hombres que permanecen en la escuela, según cohorte (%)	110
Gráfico 3. Mujeres y hombres que permanecen en la escuela según cohorte (%)	112
Gráfico 4. Nivel educativo según cohorte y sexo (%)	113
Gráfico 5. Distribución de la edad a la salida de la escuela por sexo, cohorte y estrato socioeconómico. (Edad mediana, primer y tercer cuartil)	114
Gráfico 6. Mujeres de la cohorte 1936-1938 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)	116
Gráfico 7. Mujeres de la cohorte 1951-1953 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)	117
Gráfico 8. Mujeres de la cohorte 1966-1968 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)	119
Gráfico 9. Hombres de la cohorte 1936-1938 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)	120
Gráfico 10. Hombres de la cohorte 1951-1953 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)	121
Gráfico 11. Hombres de la cohorte 1966-1968 que permanecen en la escuela, según estrato socioeconómico (%)	122
Gráfico 12. Mujeres sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según cohorte (%)	148
Gráfico 13. Hombres sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según cohortes (%)	150
Gráfico 14. Mujeres y hombres sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según cohorte (%)	151
Gráfico 15. Distribución de la edad a la primera entrada al mercado laboral por sexo, cohorte y estrato socioeconómico. (Edad mediana, primer y tercer cuartil)	152
Gráfico 16. Mujeres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)	154
Gráfico 17. Mujeres de la cohorte 1951-1953 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)	155
Gráfico 18. Mujeres de la cohorte 1966-1968 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)	156
Gráfico 19. Hombres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)	158
Gráfico 20. Hombres de la cohorte 1951-1953 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)	159

	Págs.
Gráfico 21. Hombres de la cohorte 1966-1968 sobrevivientes a la entrada al primer trabajo, según estrato socioeconómico (%)	160
Gráfico 22. Mujeres sobrevivientes a la primera unión, según cohorte (%)	185
Gráfico 23. Hombres sobrevivientes a la primera unión, según cohorte (%)	187
Gráfico 24. Mujeres y hombres sobrevivientes a la primera unión, según cohorte (%)	189
Gráfico 25. Distribución de la edad a la primera unión conyugal por sexo, cohorte y estrato socioeconómico. (Edad mediana, primer y tercer cuartil)	190
Gráfico 26. Mujeres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)	193
Gráfico 27. Mujeres de la cohorte 1951-1953 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)	194
Gráfico 28. Mujeres de la cohorte 1966-1968 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)	195
Gráfico 29. Hombres de la cohorte 1936-1938 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)	197
Gráfico 30. Hombres de la cohorte 1951-1953 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)	198
Gráfico 31. Hombres de la cohorte 1966-1968 sobrevivientes a la primera unión, según estrato socioeconómico (%)	199
Gráfico 32. Principales trayectorias de vida de las mujeres y de los varones según cohorte (%)	228
Gráfico 33. Trayectoria 3. Edad mediana de la salida de la escuela, la entrada al primer trabajo y a la primera unión de mujeres y de varones por cohorte	236
Gráfico 34. Trayectoria 5. Edad mediana de la salida de la escuela, la primera unión y la entrada al primer trabajo de mujeres y de varones por cohorte	237
Gráfico 35. Trayectoria 7. Edad mediana de la entrada al primer trabajo, la salida de la escuela y la primera unión de mujeres y de varones por cohorte	237
Diagrama de Lexis núm. 1	84
Diagrama 1. Trayectorias de vida del total de las mujeres (%)	218
Diagrama 2. Trayectorias de vida del total de los varones (%)	224